



JENNIFER ARMINTROUT

TRANSFORMACIÓN



Lectulandia

No soy una cobarde. Quiero dejar eso perfectamente claro. Pero después de que mi vida se transformara en una película de terror, ahora me tomo el miedo mucho más en serio. Hace ocho meses, por fin, me convertí en la doctora Carrie Ames. Después, un vampiro me atacó en el depósito de cadáveres del hospital. Ahora soy una vampira y resulta que tengo un lazo de sangre con el monstruo que me convirtió. Y, claro, es uno de los vampiros más terribles de la Tierra. Con mi creador empeñado en hacer de mí una asesina despiadada, y su enemigo declarado dispuesto a exterminarme, las cosas no podrían ir mucho peor... si no fuera porque me siento atraída por los dos. Por si fuera poco, los dos son mis creadores, porque he bebido de la sangre de ambos. Beber sangre, vivir como un demonio inmortal y ser una especie de títere entre dos facciones de vampiros enfrentadas no es exactamente lo que me había imaginado para mi futuro. Pero, como mi padre solía decir, la única forma de vencer al miedo es enfrentándose a él. Y eso es lo que haré.

Lectulandia

Jennifer Armintrout

Transformación

Lazos de sangre - 01

ePub r1.0

Rocy1991 21.12.14

Título original: *The Turning*
Jennifer Armintrout, 2006
Traducción: Esther Mendía Picazo

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

El final

Una vez leí en el periódico una encuesta que decía que lo que más miedo da a los estadounidenses de entre dieciocho y sesenta y cinco años es hablar en público. En segundo lugar, están las arañas, y la muerte en un distante tercer puesto. Yo le tengo miedo a todas estas cosas. Pero sobre todo, le tengo miedo al fracaso.

No soy una cobarde; quiero dejar eso perfectamente claro. Pero mi vida pasó de casi perfecta a una película de terror en cuestión de días, de modo que ahora me tomo el miedo mucho más en serio.

Había seguido mi plan de vida casi al pie de la letra, desviándome muy poco. Había pasado de ser la simple señorita Carrie Ames a ser la doctora Carrie Ames sólo ocho meses antes de la noche a la que ahora me refiero como «El Gran Cambio». Había dejado atrás la pequeña y aletargada ciudad de la Costa Este en la que había crecido, sólo para verme en una aletargada ciudad del centro de Michigan. Tenía un fantástico puesto como residente en Urgencias del hospital público de allí. La ciudad y las comunidades rurales vecinas proporcionaban infinitas oportunidades de estudiar y tratar heridas causadas tanto por la guerra urbana como por un traicionero equipo agrícola. Viviendo mi sueño, nunca había estado más segura de que había encontrado el éxito y el control sobre mi destino, que siempre había parecido eludirme durante mis tumultuosos años de universidad.

Claro que las aletargadas ciudades del centro de Michigan se vuelven aburridas, sobre todo en las heladas noches de invierno cuando ni siquiera la nieve se atreve a salir. Y en una noche exactamente como ésa, después de haber estado en casa sólo cuatro horas después de un extenuante turno de doce horas, volví al hospital para ayudar con una repentina afluencia de pacientes. En Urgencias estaban sorprendentemente ocupados para ser una noche tan hostil, pero la próxima llegada de las Navidades parecía afectar a todo el mundo que tuviera pulso. Gracias a mi asquerosa suerte, esa noche estaba encargada de atender casos de traumatología, pacientes con lesiones graves y enfermedades que los ponían en un inminente peligro de muerte. O, más específicamente, carros llenos de asiduos a los centros comerciales que aparecían hechos pedazos después de toparse con capas de hielo en la 131 Sur.

Después de haber atendido a tres pacientes, sentí una gran necesidad de nicotina. Aunque me sentía culpable por darles a los demás médicos unos cuantos casos extra, no me sentía lo suficientemente culpable como para renunciar a un rápido descanso para fumarme un cigarro.

Estaba dirigiéndome a las puertas donde paraban las ambulancias cuando llegó John Doe.

El doctor Fuller, el médico de guardia y el que más tiempo llevaba en el hospital, corría junto a la camilla gritando instrucciones y exigiendo información a los

paramédicos con su firme acento texano.

Distraída por el hecho de que el suave discurso sureño del doctor Fuller hubiera quedado reemplazado por un tono apremiante y brusco, no me fijé en el paciente que iba en la camilla. Nunca antes había visto a mi superior perder su imperturbable calma. Me asustó.

—Carrie, ¿vas a echarnos una mano o vas a hacer un viaje de ida al condado de Marlboro? —gritó dejándome sobresaltada. Mi descanso había quedado oficialmente cancelado.

Me limpié las manos con la bata y comencé a avanzar al lado de la camilla. Fue entonces cuando vi el estado en el que se encontraba la persona transportada.

Ver al paciente me paralizó cuando entramos en el cubículo y se sacó de allí a los paramédicos para dejar paso a los enfermeros, que entraron corriendo.

—Muy bien, señoritas, quiero guardabarros, batas, gafas, el traje espacial al completo. Y deprisa, por favor —gritó Fuller, quitándose su bata blanca embadurnada de sangre.

Sabía que debía hacer algo para ayudar, pero no podía más que mirar el desastre que había sobre la mesa delante de mí. No tenía ni idea de por dónde empezar.

Puede que la sangre sea la única cosa que no me da miedo. En el caso de John Doe, no fue la sangre lo que hizo que atenderlo, tocarlo e incluso acercarse a él, resultara insoportable. Fue el hecho de que parecía el diseccionado cadáver de mi último examen de Anatomía.

Tenía el pecho salpicado de heridas con forma de pinchazos. Algunas eran pequeñas, pero cuatro o cinco eran lo suficientemente grandes como para que dentro entrara una pelota de béisbol.

—¿Heridas de bala? ¿Con qué demonios le han disparado? ¿Con un maldito cañón? —murmuró el doctor Fuller mientras exploraba uno de los agujeros sangrantes con su dedo enguantado.

No hacía falta un doctorado en Ciencias Forenses para saber que la causa de las heridas en el torso de John Doe no era la misma que la de las heridas de su cara. Su mandíbula, o lo que quedaba de ella, le colgaba desde el otro lado del cráneo. Por encima del agujero que tenía en la mejilla, la cuenca del ojo estaba vacía y aplastada; del propio ojo y del nervio óptico no quedaba absolutamente nada.

—Diría que alguien lo ha golpeado en la cabeza con un hacha, siempre que creyera posible utilizarla con la fuerza suficiente como para hacer esto —dijo el doctor Fuller—. No vamos a poder pasarle un tubo por aquí, tiene la tráquea completamente machacada.

No podía respirar. El ojo que le quedaba a John Doe, de un azul claro y brillante, estaba mirándome fijamente, como totalmente alerta.

Tenía que ser un efecto de la luz. Nadie podía sufrir esa clase de trauma y permanecer consciente. Nadie podía sobrevivir a unas lesiones de semejante magnitud. No gritaba ni se retorció de dolor. Su cuerpo estaba flácido y

completamente carente de cualquier reacción mientras el equipo que lo atendía hizo una incisión en su tráquea para intubarlo.

En ningún momento desvió la mirada.

«¿Cómo puede estar vivo?», gritaba mi mente. Ese hecho destruyó la lógica que con tanto cuidado me había construido durante tres años en la facultad de Medicina. La gente no sobrevivía a algo así. No aparecía en los libros de texto. Y aun así, allí estaba, mirándome tranquilamente, centrado en mí a pesar de toda la desenfundada actividad que nos rodeaba.

Durante un espeluznante segundo, me pareció oír mi nombre saliendo de ese agujero aplastado que era su boca. Después me di cuenta de que era la desesperada voz del doctor Fuller atravesando la bruma en la que me encontraba, paralizada.

—Carrie, ¡necesito que despiertes y nos ayudes! Vamos, ahora, ¡estamos perdiendo a este tipo!

Podía seguir mirando a John Doe o girar la cara hacia el doctor Fuller para ver cómo, silenciosamente, perdía su fe en mí. No sé qué habría sido más doloroso, pero no llegué a tomar una decisión.

Farfullé una poco convincente disculpa, me di la vuelta rápidamente y corrí. Apenas había escapado de la horripilarle escena cuando me fijé en las pegajosas manchas del suelo que habían teñido de rojo brillante e intenso las prístinas baldosas. Iba a vomitar. Caí de rodillas sobre la sangre coagulada y cerré los ojos mientras la bilis subía hacia mi garganta. Me sacudía adelante y atrás mientras mi vómito se mezclaba con la sangre sobre las baldosas.

Un repentino silencio se hizo en el cubículo que había detrás de mí, seguido del insistente pitido del monitor cardiaco protestando ante la ausencia de pulso.

—Ya basta, se ha ido. Preparadlo y llevadlo al depósito de cadáveres —oí decir al doctor Fuller. Su fría y texana seguridad volvió a aparecer en su voz, aunque estaba teñida de agotamiento y resignación.

Me puse de pie y corrí al vestuario de empleados, incapaz de enfrentarme a mi fracaso.

•••••

Seguía en el vestuario una hora después. Fresca después de una ducha, y con un uniforme limpio, me situé frente al espejo e intenté peinar mi melena rubia y mojada en algo que se pareciera a una cola de caballo. Se me había corrido el rímel en la ducha y me lo limpié del todo con la manga, pero con ello no hice más que oscurecer mis ojeras. Mi pálida piel estaba tirante sobre mis pómulos, mis ojos azules se veían fríos y hundidos. Nunca me había visto tan derrotada.

«¿Cuándo me he vuelto tan patética? ¿Tan cobarde?».

Cruelmente, me mofé de mí misma con recuerdos que no podía dejar de lado: cómo me había reído con el resto de alumnos cuando el delgaducho chico extranjero

había vomitado el primer día de la asignatura de Anatomía. O aquella vez cuando había perseguido a Amy Anderson, la chica más popular de octavo curso, desde la parada del autobús, pegándole orugas en el pelo.

Al parecer, me había convertido en una de esas personas de las que me había burlado. Para todo el equipo médico de Urgencias del Hospital St. Mary, me había convertido en la aprensiva pazguata, en la niña chillona y delicada. Me dolió tan profundamente que necesitaría suturas emocionales para curarme.

Cuando alguien llamó a la puerta, desperté de mi estado de autocompasión.

—Ames, ¿sigues ahí?

La puerta se abrió y unos pasos decididos llevaron al doctor Fuller hasta el estrecho banco.

Durante un momento, no dijo nada. Sin mirar, supe que estaba de pie con la cabeza gacha. Tendría las manos en los bolsillos de su prístina bata blanca y los codos pegados a los costados, dándole el aspecto de una cigüeña alta y gris.

—Bueno, ¿qué? ¿Estás pasando el rato? —me preguntó de pronto.

Me encogí de hombros. Nada de lo que dijera habría servido de excusa para mi pésima actitud, una parecida a la que contaban los numerosos estudiantes de medicina que poco después dejaban de aparecer por clase.

—¿Sabes? —Comenzó a decirme—. He visto a muchos doctores, buenos médicos, derrumbarse ante la presión. Estás cansado, estás estresado, tal vez tienes problemas personales. Esas cosas nos pasan a todos, pero algunos las dejamos aquí —señaló a las taquillas que tenía detrás—, en lugar de llevárnoslas a casa. Eso es lo que nos permite ser médicos.

Esperó a que yo respondiera. Simplemente asentí.

—Sé que este año has pasado por mucho al perder a tus padres...

—Esto no se trata de mis padres —no había pretendido interrumpirlo, pero pronuncié esas palabras antes de poder pensar en ellas—. Lo siento. Pero de verdad, lo he superado.

Él suspiró mientras me sentaba a su lado.

—¿Por qué quieres ser médico?

Nos quedamos ahí sentados un buen rato, como un entrenador y su jugador estrella que había dejado escapar el balón, antes de que yo respondiera.

—Porque quiero ayudar a la gente —estaba mintiendo. Mucho, pero ni siquiera yo conocía la respuesta y él no quería una respuesta verdadera. Los médicos de verdad pierden la capacidad de sentir humanidad y comprensión antes de agarrar sus diplomas—. Y porque me encanta este trabajo.

—Bueno, a mí me encanta el golf, pero eso no me convierte en Tiger Woods, ¿verdad? —Se rió con su propio chiste antes de volver a quedarse pensativo—. ¿Sabes? Llega un momento en la vida de todo el mundo en el que tienen que examinar cuidadosamente los objetivos que se han marcado. En el que tienen que admitir sus limitaciones y ver sus capacidades de una forma más realista.

—¿Estás diciendo que debería haberme hecho dentista? —le pregunté forzando una carcajada.

—Estoy diciendo que no deberías ser médico —me dio unas palmaditas en la espalda, como si con eso pudiera suavizar sus duras palabras.

Se puso de pie y fue hacia la puerta, deteniéndose de pronto como si se le hubiera ocurrido algo.

—Mira... —comenzó a decir, pero no terminó. Por el contrario, sacudió la cabeza y salió por la puerta.

Cerré los puños con furia y mi respiración se volvió entrecortada mientras luchaba por recuperar la compostura. Había fallado en la prueba, debería haberle dicho que me gustaba el dinero. Eso habría sido bastante mejor. A pesar de ser razones por las que la gente se metía en ese campo profesional, ni la seguridad económica ni el deseo de ayudar a los demás eran mis verdaderas motivaciones para ser médico.

Era el poder lo que me atraía. El poder de tener una vida humana en mis manos. El poder de mirar a la muerte a la cara y saber que podía vencerla; un poder reservado únicamente a los médicos y a Dios.

Me había imaginado a mí misma como una Merlín moderna, con un escalpelo en lugar de varita, y un portafolios como libro de hechizos. Me estremecí ante esa idea tan ridícula.

Podría haberme puesto mi ropa de calle, haber salido del hospital y no haber vuelto jamás. Pero entonces pensé en mi padre fallecido y recordé una de los escasos consejos paternos que había recibido de él.

—Si te da miedo algo, enfréntate a ello. El miedo es irracional. El único modo de vencer tu miedo es plantarle cara.

Y tan pronto como me habían invadido, mis dudas se desvanecieron. Era una prueba de fe en mí misma. No iba a fracasar.

Me puse de pie y recorrí la sección de Urgencias, ciega y sorda ante mis compañeros y los pacientes que abarrotaban los cubículos que me rodeaban. Salí del pabellón de Urgencias empujando las puertas que conducían a la parte central del hospital.

Los despachos por los que pasé estaban cerrados, las ventanas oscuras. El vestíbulo principal estaba vacío, con la excepción de un empleado que estaba apoyado en la desierta mesa de información, leyendo un periódico viejo mientras su carrito de la limpieza estaba abandonado en mitad de la sala. Apenas me miró cuando le di un codazo al carrito al pasar corriendo y tiré al suelo un montón de servilletas de papel.

Seguí hacia los ascensores, pulsé el botón con impaciencia y di patadas al suelo. Después de lo que me pareció un momento interminable, las puertas de metal se abrieron y entré. Presioné el botón para bajar al sótano.

Una determinación irracional me hizo recorrer el largo pasillo hasta el depósito de

cadáveres. Sólo había ido allí una vez, durante la visita que hice el primer día que entré a trabajar al hospital. Pero era un recorrido fácil y localicé la puerta, que carecía de cartel, sin mucha dificultad. Pasé mi tarjeta de empleado por el lector de banda y oí un agudo clic cuando la puerta se abrió.

Agarré el pomo y me detuve, preguntándome por primera vez qué era eso que pretendía demostrarme. Temía ser un mal médico y quería enfrentarme a mis miedos viendo a John Doe en toda su destrozada gloria. ¿Y si no podía soportarlo?

El terror se apoderó de mí al pensar que tal vez su cuerpo no estuviera tan dañado como yo recordaba. Me acordé de la cara de horror de Amy Anderson mientras tenía la oruga moviéndose en su mano, cómo la había mirado como si su miedo hubiera convertido a esa cosa indefensa en un monstruo. ¿Mi pánico habría exagerado las heridas de John Doe?

«No, no estabas histérica. Sabes lo que viste». Entré en la fría y aséptica sala antes de poder cambiar de opinión.

Los depósitos de cadáveres de los hospitales se diferencian mucho de los que salen en las películas; no son unos espacios cavernosos con apenas iluminación.

La morgue del St. Mary, en concreto, era pequeña y estaba hecha un desastre. El empleado que había estado de guardia se había dejado una bolsa de comida rápida arrugada en la mesa, una reconfortante señal de vida en una sala dedicada a las indignidades de la muerte.

Antes de enfrentarme a la tarea que tenía entre manos, recorrí el perímetro de la sala. Examiné los armarios, los tubos de plástico de todos los tamaños que contenían turbias formas de órganos preservados para analizar y las mesas de autopsia. Evité la que estaba ocupada.

—¿Hola? —grité. Me estremecí ante el volumen de mi voz. La habitación estaba tan en silencio que se podía oír el zumbido de las luces fluorescentes. La frase «despertar a los muertos» se me vino a la mente. Me esperaba ver a un celador salir de una de las salas traseras, pero no apareció nadie. Seguro que el muy capullo estaba en su rato de descanso fumándose un cigarro. Tendría que ser yo la que hiciera el trabajo sucio de localizar a John Doe.

El congelador de la morgue tenía seis camillas. Con la gran cantidad de pacientes que habíamos tenido ese día, estaría lleno y, tal vez incluso, habría dos por camilla. No resultaba muy agradable imaginárselo.

Al entrar en esa zona, inmediatamente deseé tener una chaqueta. Temblando, miré hacia las seis camillas cubiertas con mortajas. Todas estaban colocadas en la misma dirección, con los pies de sus ocupantes señalando hacia la pared de detrás. Bajé la mirada y vi una mancha oscura sobre el pegajoso y sucio suelo. Se me puso la piel de gallina al pensar en cuánto tiempo habría pasado exactamente desde la última vez que alguien había desinfectado esa sala. Aunque la verdad era que ninguno de esos pacientes estaba en peligro de enfermar o infectarse.

Comencé con el cuerpo que estaba más alejado de la derecha, sin molestarme en

destaparlos para buscar las etiquetas en los dedos de sus pies. Por el contrario, opté por leer la etiqueta más detallada que había en sus mortajas.

El primer cuerpo era de una mujer de sesenta y ocho años. El segundo era de un hombre de veintitrés. Y así, cada etiqueta mostraba la única cosa que no estaba buscando: un nombre. No veía ningún sello rojo, el de los «no identificados», y parecía que mi viaje iba a resultar en vano.

Me froté la cara con las manos, estirando mi agotada piel mientras pensaba en el siguiente paso. ¿Adónde había ido? No era probable que el forense hubiera ido al hospital durante la noche para realizar una autopsia que podía esperar a la mañana. Incluso aunque lo hubieran identificado, no podrían haber entregado el cuerpo antes de que la policía hubiera terminado con él.

Tenía que estar en alguna otra parte. Pero mientras volvía a comprobarlo, tuve que aceptar que no estaba allí.

Tendría que subir y enfrentarme a mi humillación, para deleite de mis compañeros. Había perdido la oportunidad de plantarle cara a mi demonio, pero la vida seguiría, como siempre hacía. Con la misma determinación que me había llevado ahí, salí de la nevera sin mirar atrás. Alguien haría algún comentario sarcástico o incluso se compadecería de mí hiciera lo que hiciera. Ya había tenido bastantes experiencias con las críticas de la gente como para derribar a mis detractores sin tener que pasar por la experiencia de mirar lo que quedaba del cuerpo de John Doe.

Tenía la mano sobre el pomo de la puerta cuando volví a detenerme. Por el rabillo del ojo, vi la figura cubierta por la sábana sobre la mesa de autopsias.

A pesar de mi valentía, me había sentido aliviada al no encontrar el cuerpo de John Doe. Mirar o no mirar. Había sido muy fácil cuando no había tenido ningún cuerpo al que mirar. Una inquietante sensación se apoderó de mí a medida que mi alivio inicial se disipaba. No había duda de que John Doe yacía bajo esa sábana sobre la mesa de autopsias.

«Si te marchas ahora, siempre te quedará la duda», dijo una diminuta voz desde lo más profundo de mi mente. Durante una fracción de segundo, parecía que el miedo vencería. Saldría de la morgue y me olvidaría de lo que ese incidente había sucedido.

Pero las palabras de mi padre y la dolorosa evaluación del doctor Fuller sobre mis habilidades no dejaban de saltar en mi cerebro. No quería ser el fracaso que había sido a ojos de mi padre. El fracaso que me había convertido a ojos del doctor Fuller. Eso me hizo avanzar hacia la mesa.

No era una cobarde.

Antes de darme una oportunidad de cambiar de opinión, levanté la sábana del cadáver.

Los segundos pasaron a cámara lenta. En el instante en que aparté un extremo de la sábana del cuerpo, vi la chillona suela de una zapatilla de deporte asomando por debajo y, según iba subiéndola, vi el uniforme del hospital y el rostro del encargado

de la morgue, con su horrorizada y congelada expresión.

No grité en ese mismo instante, bien por el impacto de la imagen o por el hecho de que esa escena carecía de sentido. John Doe era el que debía estar ahí, no ese joven. La imagen me paralizó.

Estaba claro que le habían roto el cuello, y le habían arrancado la piel de la garganta, como si lo hubiera atacado un perro. Una extrema pérdida de sangre le había dejado su oscura piel pálida, aunque ni la mesa ni la mayor parte de su ropa tenían manchas. Tenía los ojos abiertos. Le faltaba uno.

Vi el teléfono sobre la brillante encimera de acero, pero mientras corría hacia él me pareció que estaba a miles de kilómetros. Me temblaban tanto las manos que apenas pude marcar los números para avisar de un código azul. Sin embargo, no sentí ninguna calma reconfortante cuando colgué. Seguía allí, sola y aislada en esa extraña pesadilla. Volví a levantar el teléfono.

Estaba marcando el número del guardia de seguridad cuando algo me rozó el hombro. Fue un roce tan ligero que apenas lo noté, pero inexplicablemente me caí de espaldas.

La fuerza del golpe me dejó sin aire en los pulmones. Confundida y asustada, me puse de rodillas, pero eso fue lo máximo que logré hacer.

Al instante, volvía a estar volando por el aire. Cristales rotos, ésa fue la consecuencia de mi impacto contra los armarios. Había chocado contra el cristal con suficiente ímpetu como para romperlo y astillar las puertas de madera. Un dolor me recorrió la espalda. Las baldas se cayeron y los tubos de plástico que había dentro cayeron al suelo volcando su contenido. Caí de manos y rodillas sobre un fango de formaldehído e hígados humanos, incapaz de salir a gatas de ese resbaladizo desastre.

Una mano me agarró por el pelo y me levantó. Cuando intenté plantar los pies, me resbalé, volví a caer de rodillas y me retorcí dolorosamente bajo la mano de mi atacante. Miré arriba.

John Doe estaba mirándome.

Su antes aplastado rostro mostraba únicamente las más ligeras marcas de las lesiones en forma de unas cicatrices moradas. Su pálido pecho no tenía más que una larga y recta cicatriz; claramente era una herida antigua. Su mandíbula ya no estaba arrancada, pero se había convertido, junto al resto de sus rasgos, en un rostro demoníaco con un hocico arrugado y unos colmillos alargados. Sangre seca manchaba su largo cabello rubio, aunque su cráneo se había cerrado. El claro ojo azul que me había mirado con tanta intensidad mientras yacía indefenso sobre la camilla en Urgencias era penetrante y despiadado. El otro, antes una cuenca vacía, era un ojo marrón con la parte blanca ocluida con sangre. El ojo que le faltaba al empleado de la morgue. John Doe mostró los dientes, dejando ver unos caninos afilados como agujas.

—Colmillos —susurré horrorizada. Un vampiro.

En ese momento él se rió; un sonido distorsionado por su estructura facial

cambiada, como si se hubiera ralentizado con una grabadora.

Todo en esa criatura sugería la calculada furia de un depredador que mataba no por necesidad, sino por amor a la matanza. Me acarició la mejilla con una uña en forma de garra. Era un gato jugando con un ratón, un ladrón admirando su premio robado.

Yo no sería ese premio. Busqué a tientas por el suelo, agarré un trozo de cristal roto y se lo clavé en el muslo. Su sangre me saltó a la cara. Saboreé esa humedad cobreña en mis labios y me dieron arcadas.

Aullando de furia, él colocó la mano que tenía libre en forma de garra y me hizo un corte en el cuello. El ardiente dolor vino unos segundos después, pero no me importó. Estaba libre. Me llevé una mano a la garganta, desesperada por detener la cálida sangre que brotaba entre mis dedos. Era inútil, lo sabía. Me desangraría hasta morir en el suelo del depósito de cadáveres antes de que alguien pudiera encontrarme.

Entonces vi los zapatos blancos del equipo de reanimación cuando entraron corriendo. Levanté la mano que me quedaba libre para hacerles una señal. Sólo uno se movió hacia mí. El resto se quedó petrificado ante la escena.

—Te pondrás bien —dijo un joven enfermero al apartarme los dedos de la herida de mi cuello.

Es lo último que recuerdo.

Capítulo 2

Unas cuantas (más) sorpresas desagradables

Pasé casi un mes en el hospital. Me visitaron detectives en varias ocasiones. Tomaron nota de la descripción que les di de John Doe, con colmillos y todo, pero seguro que se preguntaron qué clase de analgésicos me estarían dando. El primero en llegar a la escena no lo vio. La última entrevista de la policía fue breve y aunque me aseguraron que seguían investigando el caso, no deposité mucha esperanza en la justicia. Fuera lo que fuera John Doe, probablemente era lo bastante listo como para esquivar a la policía.

Unas cuantas enfermeras de Urgencias vinieron a verme. Se las veía incómodas y no se quedaron mucho rato. Bromeamos sobre las rebajas que empiezan el día después de Acción de Gracias, y que me había perdido, y sobre la de compras que tendría que hacer si salía a tiempo para Navidad. No me molesté en mencionar que no tenía nadie a quien comprarle regalos.

Lo mejor de las interminables visitas eran los recortes de periódicos que la gente me traía. Aunque no pensaba hacer un álbum con ellos, los artículos ofrecían más detalles sobre el crimen y la investigación que las vagas respuestas que los polis me habían dado.

Según la prensa, al empleado de la morgue, Cedric Kebbler, lo había atacado y asesinado un sospechoso desconocido, probablemente un enfermo mental fugado. Yo había aparecido en pleno desarrollo del asesinato y me había atacado a mí. Me había resistido y el asesino había huido por la única ventana del depósito. No me entrevistaron debido a mí «crítica situación médica» y «estado de aguda ansiedad y estrés postraumático», esto último diagnosticado en una rápida entrevista dirigida por el psiquiatra mientras me encontraba en un estado de aturdimiento inducido por la morfina.

Ninguno de los artículos mencionaba el cuerpo desaparecido de John Doe ni el extraño modo en que había aparecido el cadáver del empleado. O la policía había decidido u olvidado mencionar esos detalles, o el hospital tenía un equipo de relaciones públicas que era la bomba.

La visita más incómoda que recibí fue la del doctor Fuller. Al parecer, no había tenido suficiente con considerarme nula como médico, sino que también me consideró nula como persona viva. Se había situado a los pies de mi cama, con la carpeta de mis informes en la mano y sin apenas fijarse en mí mientras leía los detalles. Al final, cerró la carpeta y con un intenso suspiro dijo:

—No pinta bien, ¿verdad?

Y tenía razón. Durante la primera semana después de mi encuentro con John Doe, había necesitado dos operaciones. Una para reparar mi arteria carótida y la otra para extirpar los pedazos de cristal que tenía incrustados en el cráneo. En la sala de

recuperación, después de la primera cirugía, se me paró el corazón, algo que mi médico me comentó un rato después como si nada, como si su indiferencia por la gravedad de la situación fuera a tranquilizarme.

También me habían sometido a un maravilloso proceso de inoculación preventiva, incluyendo vacunas para el tétanos y la rabia. No creía que John Doe me hubiera agredido en un ataque de hidrofobia, pero nadie me preguntó mi opinión al respecto, y la verdad es que yo tampoco me había encontrado en situación de discutir.

Durante mi larga estancia en el hospital, comencé a sufrir extraños síntomas. La mayoría de ellos podían explicarse por el estrés postraumático, otros como efectos secundarios de las operaciones.

El primer mal que se mostró fue una temperatura corporal de cuarenta grados. Eso sucedió la noche en que sufrí el paro cardiaco y la posterior reanimación. Aún estaba profundamente sedada, y no puedo decir que lamente habérmelo perdido. Después de cuarenta largas horas la fiebre cesó y mi temperatura corporal disminuyó por debajo de lo normal, dejándome en treinta y tres grados.

No fue hasta que leí mis archivos médicos que determiné esto como la primera indicación de mi cambio. Desconcertó a los médicos. Uno dijo que nunca había oído algo parecido y citó evidencias de bajas temperaturas en pacientes comatosos. Era el equivalente de levantar los brazos en señal de derrota, y en lo que a ellos respectaba, parecía ser el final del asunto.

El segundo síntoma fue mi increíble apetito. Un tubo nasogástrico me alimentaba sin perjudicar los arreglos que le habían hecho a mi garganta, pero yo no dejaba de pedir comida. Las enfermeras me miraban extrañadas, comprobaban los informes en la carpeta y después me explicaban que, aunque recibía una adecuada alimentación a través del tubo, echaba de menos las acciones de masticar y tragar que acompañaban al acto de comer. Cuando me quitaron el tubo, ingerí impresionantes cantidades de comida y cuando me enviaron a casa, me fumaba casi un cartón de cigarrillos al día, como si me hubiera poseído un demonio ansioso de nicotina. El sentido común me decía que fumar después de una gran intervención de reparación de tejidos era mala idea, pero el sentido común no saciaría esa hambre que estaba volviéndome loca. El vacío que me plagaba nunca quedaba saciado y cuanto más comía, más vacía me sentía.

El tercer signo no se hizo aparente hasta después de que me dieran el alta. Después de semanas inmersa en el interior del hospital, como si hubiera estado sumergida en un submarino, esperaba que la luz natural me molestara. Pero nada podría haberme preparado para el ardiente dolor que me quemó la piel cuando salí a la calle, parpadeando y desorientada, bajo la cegadora y blanca luz del sol.

A pesar de ser mediados de diciembre, me sentía como si me hubieran metido en un horno. Tal vez me había vuelto la fiebre, pero no pensaba pasarme otra noche en una cama de hospital. Me subí a un taxi para ir a casa, bajé las persianas y compulsivamente me tomé la temperatura cada quince minutos. Treinta y dos, treinta

y uno... y seguía cayendo. Cuando vi que mi temperatura era igual que la que marcaba el termostato del salón, decidí que había perdido la cabeza.

Tanto si era una necesidad subconsciente de protegerme de más impactos o una decisión consciente de contener la realidad de mi situación, me negué a admitir lo extraño que me parecía todo. Se volvió una necesidad llevar gafas de sol durante el día, tanto dentro como fuera. Mi apartamento se convirtió en una cueva. Las persianas estaban bajadas todo el tiempo. Al principio me tropezaba en la oscuridad, pero con el tiempo fui adaptándome. Después de unos días, podía leer fácilmente con la titilante luz azul de la tele.

Cuando volví a mi trabajo en el hospital, mis extraños hábitos no pasaron desapercibidos. Dada mi repentina sensibilidad a la luz, pedí turnos nocturnos. Pero centrarme con los monitores que no dejaban de pitar y las interminables llamadas por el intercomunicador me resultó imposible.

Demasiadas cosas desafiaban cualquier explicación, demasiadas preguntas que la ciencia no podía responder. Y tampoco estaba segura de querer la explicación más obvia.

No podía seguir así para siempre. No sería más que una cuestión de tiempo antes de que agotara todo el conocimiento disponible en las revistas de medicina y en libros de texto. Con el tiempo, llegué a aceptar la conclusión que había temido.

•••••

Caminé de un lado a otro delante de la pantalla de mi ordenador durante una hora. ¿Qué estaba pensando? Los adultos no creían en las cosas que hacen ruidos misteriosos por las noches. Tal vez sí que necesitaba el psicólogo que mi médico me había recomendado.

De niña, nunca me había podido dar el lujo de ver las reposiciones de *Sombras Tenebrosas*, y todo lo que había leído era de naturaleza académica. En nuestra casa no te animaban a dejar volar tu imaginación. Mi padre, analista junguiano, lo consideraba un signo de un alma insuficientemente desarrollada, y para mi madre, toda una feminista, esas cosas me harían convertirme en otro soldado de infantería del ejército de los amantes de los unicornios. Me senté y encendí el módem. Si estaban mirándome desde el cielo que, como siempre habían insistido, no podía existir lógicamente, estoy segura de que estarían sacudiendo la cabeza, decepcionados.

De un modo extraño, fue culpa suya que yo tuviera el valor de explorar la posibilidad de ser un vampiro. *La Navaja de Occam* era una teoría que mi padre declamaba constantemente en casa. Que Dios me librara de que un objeto caro se rompiera o se descolocara en ese museo que parecía nuestra casa. Yo siempre mentía y decía que no había estado ahí; era una anomalía estadística. Siempre que lo hacía, mi padre me lanzaba su mejor mirada de desaprobación paternal y decía: «Uno no

debería aumentar, más de lo necesario, el número de sentencias requeridas para explicar algo».

En otras palabras, si lo que decía parecía una excusa, entonces probablemente yo había roto la lámpara. O, en este caso concreto, si parecía que me había convertido en vampiro...

—Gracias, papá —murmuré al encenderme otro cigarrillo. Había aceptado el hecho de que físicamente no me aportaban nada, pero hacerlo calmaba mis nervios de punta. Tecleé *vampiro* en el buscador y contuve el aliento.

Ligeramente más fiable que las hojas de té o que la Bola Mágica 8, Internet ofrecía posibilidades y anonimato, dos componentes cruciales para mi búsqueda de conocimiento. Aun así, me sentía un poco estúpida cuando hice clic en el primer link.

El número de gente interesada en vampiros, e incluso afirmando serlo, me impresionó, pero la cantidad de información que sus páginas web ofrecían era insignificante. Encontré una que prometía, un sitio con aspecto profesional y un área para enviar mensajes. Imaginándome que era un buen lugar por el que empezar, comencé a explicarle el aprieto en el que me encontraba a un desapasionado cuadro de texto en blanco.

Nunca se me había dado bien expresarme por escrito, y me sentía más tonta con cada palabra que escribía. Después de varios borradores, me di por vencida y reduje mi entrada a dos frases divididas por un punto: *Atacada por un vampiro. Por favor, consejo.*

No tuve que esperar mucho la respuesta. Antes de poder levantarme para ir a darme un baño, el correo sonó.

La primera respuesta me informaba de que era una loca. La segunda me sugería que tal vez estaba viendo demasiadas películas de las que ponen de madrugada. Otra intentó aconsejarme, con mucho cariño, que me alejara de la evidente relación abusiva en la que me encontraba. Para ser gente que se suponía que creía en los vampiros, no parecían muy abiertos a la posibilidad de que uno pudiera existir de verdad.

Comencé a borrar las respuestas que me iban llegando, hasta que el asunto de una de ellas me llamó la atención. *Avenida Wealthy, 1320.*

Reconocí la calle. No estaba lejos de donde vivía; era una calle en la que los universitarios se gastaban el dinero que les enviaban desde casa en láminas de Georgia O'Keeffe que se vendían en las tiendas de pósters ubicadas al lado de las bodegas en las que familias de inmigrantes compraban su escasa comida. Había cruzado ese barrio en coche, pero nunca me había parado.

El contenido del *e-mail* era simplemente esto: *Después de la puesta de sol, cualquier noche de esta semana.*

El reloj digital en la esquina de la pantalla del ordenador marcaba las cinco de la tarde. Después de la puesta de sol.

Me faltaban seis horas para volver al trabajo. Sólo tenía que subirme al coche y

conducir.

Pero parecía una proposición algo peligrosa. La curiosidad ya casi había matado al gato en esta ocasión. El que lo había enviado podía ser una grupi perturbada o un fanático de los vampiros. Claro que también podría tratarse de alguien perfectamente indefenso que sólo estaba divirtiéndose un poco, pero no me entusiasmaba la idea de pasarme otro mes en el hospital.

¿Cómo podía ir hasta una dirección desconocida siguiendo el consejo de un *e-mail* anónimo? Bueno, no era anónimo exactamente, aunque *Zigmeister69@usmail.com* tampoco era la dirección de correo más normal que había visto en mi vida. Entré en *usmail.com* con la esperanza de encontrar un perfil de usuario, una página web, algo que me diera una pista sobre quién me había enviado el mensaje. Pero no conseguí nada.

Eso me hizo pensar en otra posibilidad más aterradora. ¿Y si el que lo había enviado era el mismo John Doe, que estaba siguiendo lo que hacía? Aunque dudaba de que la criatura de mis pesadillas se hubiera puesto un nombre tan ridículo, no sabía qué era. Podría haber estado tendiéndome una trampa, descubriendo dónde vivía, cómo contactar conmigo y engañarme para hacerme creer una falsa sensación de seguridad.

—A la mierda —con mucha energía apagué el cigarrillo en el cenicero que tenía al lado del teclado antes de poner la dirección en el buscador.

La Cripta: Libros y Artículos de Ocultismo. Había un teléfono e indicaciones de cómo llegar.

No podía pasarme nada en un lugar público y en un barrio tan concurrido. Ésa fue la línea de razonamiento que mantuve mientras agarraba las llaves y me dirigí a la puerta.

Aunque el sol se había puesto hacía una hora, el cielo seguía lo suficientemente brillante como para hacer que la piel me picara y estuviera tirante. Llevaba una gorra de béisbol como disfraz. Si John Doe estaba esperándome allí, quería verlo antes de que él me viera a mí. Me tomé un analgésico y una de las pastillas que me habían prescrito para mi sensibilidad a la luz, y me envolví en mi abrigo de lana para protegerme del frío de diciembre.

La avenida Wealthy estaba sólo a unas cinco millas de mi casa. Se encontraba en mitad del cruce de tres calles y albergaba un grupo de escaparates eclécticos y restaurantes de moda. Había mujeres con minifaldas de tablillas y chaquetas de ganchillo corriendo por la nieve con hombres que llevaban gorros rastafari y pantalones de pana. La mayoría de las pisadas que había sobre la nieve eran de Doc Martens.

Encontré aparcamiento delante de una abarrotada cafetería. Con mis vaqueros, mi gorra y mi cola de caballo, sentía que estaba llamando la atención. Puse el pie sobre la acera e intenté ignorar las miradas de los ultramodernos especialistas en arte apiñados detrás de los cristales empañados. Debía de parecer una mascota para la

cultura capitalista que todos criticaban en sus reuniones.

Me resultó difícil encontrar el número 1320 de la avenida Wealthy. Pasé por delante varias veces antes de verla. Una tienda de ropa *vintage* y una tienda de ultramarinos. Los números 1318 y 1322 respectivamente, la una pegada a la otra sin nada más entre ellas que uno de los típicos carteles que se cuelgan a la espalda. Si hubiera tenido paciencia para leer el cartel en un principio, me habría ahorrado mucha frustración. *La Cripta: Libros y Artículos de Ocultismo, avenida Wealthy, 1320*, me gritaban las letras plateadas desde el fondo negro del cartel. Una gran flecha roja señalaba hacia una escalera que descendía por debajo de la acera delante de la tienda de ropa.

Me asomé para ver el sospechoso agujero. Los escalones estaban húmedos, pero no helados. Respiré hondo y comencé a bajar.

La puerta al final de las escaleras era vieja y de madera, con una ventana en la parte alta que mostraba el nombre de la tienda en pintura dorada. Unas campanillas sonaron cuando entré.

El aspecto y los aromas del lugar inmediatamente me abrumaron. Había incienso quemándose, un olor particularmente nocivo, y el aire del lugar era brumoso. Había música *New Age* sonando a un volumen bajo, una relajante composición de arpa celta puntuada con el canto de un pájaro. No sabía si era el humo o la extraña música lo que me provocó una arcada.

La tienda no estaba excesivamente iluminada, pero había suficientes velas encendidas como para proyectar titilantes sombras a lo largo de las hileras e hileras de estanterías.

Me cubrí la nariz con la manga para evitar el fuerte olor a incienso que enseguida formó un sabor metálico en mi boca. Miré hacia el mostrador.

La tienda parecía vacía.

—¿Hola?

Oí el fuerte sonido de la puerta al cerrarse y, cuando me giré hacia ella, algo me golpeó con fuerza en el pecho. Me había levantado y aterricé de espaldas sobre el suelo de madera.

Los músculos de mi cuerpo que aún no estaban acostumbrados a moverse después de tan larga recuperación gritaron agonizantes, pero un instinto completamente extraño para mí me obligó a moverme. Rápidamente, rodé hacia un lado justo cuando la hoja de un hacha astilló el suelo justo donde había estado mi cabeza.

Con una fuerza que no me había dado cuenta de que poseía, arqueé mi espalda y me levanté del suelo con las palmas de las manos, poniéndome de pie en un movimiento que parecía sacado de una película de acción. Sólo en ese momento me situé cara a cara con mi atacante.

Si hubiera tenido que adivinarlo, le habría echado unos quince años, pero el tatuaje que llevaba en el dorso de la mano y sus múltiples pendientes en la oreja y la ceja me dijeron que debía de tener por lo menos dieciocho. Su cabello largo y de

aspecto grasiento estaba peinado formando una fina línea en la mitad de la cabeza, y a pesar de la temperatura de la tienda, llevaba un grueso abrigo.

Levanté las manos para decirle que no pretendía hacerle daño, pero volvió a levantar el hacha y en esa ocasión rompió el cristal del mostrador.

—¡Muere, escoria de vampiro!

Como habría hecho cualquier persona con sensatez, salí corriendo. Aunque era rápido, logré escapar del psicópata con cara de niño y llegué a la puerta justo cuando se abrió. No pude alzar las manos a tiempo de protegerme. La pesada puerta me golpeó en la cara y me hizo perder el equilibrio. Volví a caer al suelo a tiempo de ver el hacha atravesar el espacio que yo acababa de ocupar.

—¡Nate, cuida...!

Dos pensamientos me recorrieron la mente cuando vi al hombre que había entrado por la puerta. El primero fue: «¡Joder!». Había detenido el hacha, que estaba a escasos centímetros de darle en su ancho pecho, antes de que el joven delincuente que la había lanzado pudiera terminar de gritar su advertencia. Lo segundo que pensé fue: «¡Joder!».

El hombre era muy *sexy*. Hombros anchos, estómago plano, pelo oscuro y ondulado... De pronto comprendí el atractivo que tenían esos calendarios de bomberos que las enfermeras se comían con los ojos en la sala de café.

—Lo siento mucho —me dijo.

Tomé la mano que estaba tendiéndome, una especie de corriente eléctrica me subió por el brazo ante su tacto, y me puse de pie. Casi dije «no pasa nada» antes de darme cuenta de que para nada era así. Me temblaban las manos cuando fui hacia la puerta.

—¿En qué demonios estabas pensando, Ziggy? —le gritó al joven antes de volver a girarse hacia mí—. ¿Estás herida? ¿Necesitas algo? ¿Una ambulancia?

Me puso la mano en el hombro y se la aparté furiosa.

—¿La mayoría de clientes salen de la tienda en ambulancia?

Ziggy me señaló con el dedo con actitud acusatoria.

—¡Tío, es una jodida vampira! ¡No dejes que salga de aquí!

Con una ferocidad que me dejó sorprendida, el hombre gritó al chico.

—¡Tráele una compresa para la cabeza!

Ziggy, con incredulidad, farfulló:

—A lo mejor también podría traerle una taza de mi rica sangre caliente para que pueda mojar malvaviscos en ella.

—¡Sube, ahora!

El chico pasó por delante de nosotros mientras farfullaba en voz baja; cerró la puerta con tanta fuerza que el cristal de la ventana resonó.

—No creo que vaya a volver con la compresa —observé con brusquedad.

—No, yo tampoco lo creo —el hombre se rió en voz baja, con la mano extendida—. Soy Nathan Grant.

—Carrie Ames.

«Sal de aquí, imbécil», gritaba mi cerebro. «¡Aún tiene esa maldita hacha!». Pero tenía los pies pegados al suelo, me encontraba completamente bajo el control de la curiosidad morbosa que me había llevado hasta ahí y la inexorable atracción que me insistía en que me quedara lo más cerca posible de ese hombre.

Nathan ladeó la cabeza y me miró con unos chispeantes ojos grises. Después de aclararse la voz, apoyó el hacha contra el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

—Ames. ¿Eres la doctora del periódico?

Su voz era profunda y seductoramente masculina, y sus palabras tenían un inconfundible acento escocés. Me costó concentrarme en su pregunta, distraída como estaba por su perfecta boca.

—Eh... sí. Soy yo.

Él sonrió, pero no fue la expresión más agradable que había visto en mi vida. Me recordó al modo en que te miran los dentistas justo antes de decirte que tienes que volver para una endodoncia.

—En ese caso tenemos mucho de que hablar, doctora. Me disculpo por lo de Ziggy. Tiene metido en la cabeza que es un cazavampiros. ¿Cómo te ha encontrado?

—¿Encontrarme? —«*Zigmeister69@usmail.com*». Estaba planeado—. Por *e-mail*.

Nathan se rió.

—¿Has entrado en *www.sangrenocturna.com*?

Tosí deliberadamente para ocultar mi respuesta.

—Sí.

Él sacudió la cabeza.

—Regla número uno, no te hagas pública.

—¿Regla número qué? ¿De qué estás hablando?

Como si tuviera todo el tiempo del mundo para explicarse, se dio la vuelta. Se situó detrás del mostrador y pulsó un botón del reproductor de música, interrumpiendo la irritablemente suave cantinela del *New Age*.

—¿De qué estás hablando? —pregunté mientras lo seguía por la tienda a la vez que él iba apagando las velas—. ¿Puedes dejar de andar y hablar conmigo?

Él suspiró y bajó la cabeza; apoyó los brazos sobre una mesa que parecía demasiado delicada como para soportar su peso.

—Las reglas que tienes que seguir. Las reglas que todo vampiro tiene que seguir.

Yo ya tenía la mano en la puerta antes de darme cuenta de que había pretendido salir corriendo.

—¡Espera! —me gritó. Me agarró del brazo y con cuidado me giró hacia él—. Si sales corriendo de aquí, esto terminará mal.

El modo en que agarró la manga de mi chaqueta me inquietó, al igual que lo hizo la tensión de su voz. Mi voz me resultó pastosa y extraña cuando pregunté:

—¿Es una amenaza?

—Escucha —comenzó a decir; algo de la urgencia que se había reflejado en su voz ya había desaparecido—. Sé que tienes preguntas. De lo contrario, no habrías contactado con Ziggy.

—Sí, tengo preguntas —escupí las palabras con furia—. ¿Quién demonios eres? ¿Por qué me han atacado cuando he cruzado esta puerta? ¿Y qué te hace pensar que soy un vampiro?

Abrí la puerta de la tienda y salí al despiadado frío, buscando en mi bolsillo el medio paquete de cigarrillos. Él me siguió y me dejó subir la mitad de los escalones antes de volver a hablar. Estaba intentando encenderme el cigarro cuando dijo:

—¿Qué te hace pensar que eres un vampiro? Por eso estabas fisgando en tabloneros de mensajes sobre vampiros, ¿verdad? Ahí es donde te encontré Ziggy. Es su *modus operandi* —subió las escaleras con una gracilidad que yo creía reservada para los animales y puso la mano sobre la mía. Su piel era fría como el hielo—. Da igual cuántos fumes, nunca quedarás satisfecha. La comida que comes ya no te llena, y no puedes entender por qué.

De pronto el cigarrillo me pareció ridículo, al verlo ahí entre mis dedos. Temblé, y no del todo por el frío.

—Sube —me dijo—. Intentaré explicártelo.

Dio unos cuantos pasos más e intenté convencerme para seguir caminando, para subirme al coche y no volver jamás, para evitar esa parte de la ciudad. Si no volvía a ver ese lugar, podría fingir que nada de eso había ocurrido. Siempre quedaba la esperanza de que nunca hubiera despertado de la operación y que estuviera en coma en la UCI. Por mucho que quería que eso fuera verdad, sabía que no lo era. Tiré el cigarro y lo vi rodar hasta el siguiente escalón.

—De ningún modo estoy soñando, ¿verdad?

—No —dijo él en voz baja—. Podemos distinguir a los de nuestra especie.

De pronto lo miré. Me quedé pálida y, a juzgar por cómo se suavizó su expresión, mi temor fue visible.

—Eres un...

—Vampiro —terminó por mí cuando mi voz se apagó.

—Bueno, eso lo explica todo —dije sintiéndome extrañamente aliviada a pesar del hecho de que estaba en una oscura escalera con un tipo que decía ser un vampiro—. Estoy loca.

—No estás loca. Todos pasamos por esto cuando cambiamos —levantó la mirada cuando un par de pies se arrastraron sobre la acera nevada por encima de nosotros—. Pero éste no es el mejor lugar para hablar de ello. ¿Por qué no subes a mi apartamento para que podamos hablar?

—No... pero gracias —dije incapaz de evitar la risa—. Ha sido un placer conocerlo, señor Vampiro, pero tengo que irme. Tengo que trabajar esta noche y puede que primero llame a mi psicólogo. Con un poco de suerte, me dará una buena receta para algunos antipsicóticos que me permitan volver a mi vida normal.

Me giré, pero Nathan me agarró del brazo. Antes de que me diera tiempo a pensar en gritar, me vi aprisionada entre su duro cuerpo y la más dura todavía pared de ladrillo. Su mano me tapó firmemente la boca, amortiguando mi grito de terror.

—No quería tener que hacer esto —dijo con los dientes apretados. Después, agachó la cabeza y su cuerpo se quedó rígido contra el mío.

Cuando echó la cabeza hacia atrás, el corazón se me paró. Los hermosos y esculpidos rasgos de su cara estaban contraídos, la piel tensa sobre un morro afilado y huesudo. Unos largos colmillos resplandecieron en la tenue luz. Se parecía a John Doe, justo antes de que me hubiera desgarrado la garganta.

Sólo sus ojos tenían un brillo de control. Hasta el día en que muera, recordaré los ojos de Nathan, tan claros y grises y descorazonadamente sinceros detrás de esa horrorosa máscara.

—¿Ahora lo ves? —preguntó.

El corazón se me salía del pecho mientras asentía. Él se apartó y se cubrió la cara con las manos. Cuando volvió a levantar la mirada, había recuperado sus rasgos normales y ahora su expresión era de amabilidad y compasión. Eso me inquietó más que verlo como un monstruo.

—Vamos. Entremos y te contaré todo lo que quieras saber.

Entumecida por el frío, el miedo y la desesperanza, lo seguí por los escalones hasta la acera.

—¿Lo que sea?

—Claro —me prometió mientras sacaba un juego de llaves del bolsillo.

—Está bien —tragué, tenía un nudo en la garganta—. ¿Por qué yo?

Capítulo 3

El Movimiento

El apartamento de Nathan era pequeño, con demasiados muebles. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de ésas que puedes comprar en una tienda de bricolaje y montar en un fin de semana. Algunas estaban cargadas de libros cuyo peso hacía que se arquearan en el centro. Cuadernos y libretas, todos ellos garabateados con una letra apenas legible, abarrotaban la mesita de café. El apartamento estaba atestado, pero no sucio.

—Perdona el desorden —dijo con una sonrisa de disculpa. Miró hacia el pasillo. Una canción de Marilyn Manson retumbaba a todo volumen desde detrás de una de las puertas cerradas—. ¡Apágala, Ziggy!

La música bajó unos decibelios. Durante un momento, Nathan y yo permanecimos junto a la puerta. Sospeché que se sentía tan incómodo como yo.

—Jóvenes —dije encogiéndome de hombros y mirando hacia la habitación que suponía era la de Ziggy—. Dame tu chaqueta.

Observé el rostro de Nathan mientras me ayudaba a quitarme la chaqueta. Me parecía tremendamente joven para tener un hijo de la edad de Ziggy. Pero, claro, por lo que sabía, Nathan podía tener cientos de años.

Después de colgar mi chaqueta junto a la puerta, pareció animarse de pronto.

—¿Has comido? —Fue hacia la cocina y me indicó que lo siguiera—. Tengo un poco de A positiva.

Me quedé junto a la puerta y vi cómo sacaba una bolsa de plástico de sangre de la nevera. Después, sacó una tetera y abrió la bolsa con los dientes como si estuviera abriendo una bolsa de patatas. Encendió el fuego de la cocina de gas, vertió la sangre en la tetera y la puso sobre la llama. El proceso me pareció tan natural que tuve que recordarme que los hombres normales no guardan sangre en la nevera. Y que, por supuesto, la mayoría de los hombres normales tampoco tienen teteras.

—No irás a beberte eso, ¿verdad? —Se me pasaron por la cabeza las advertencias que nos daban en la facultad de Medicina sobre los patógenos que portaba la sangre.

Aunque no me miró, vi diversión en su rostro.

—Claro, ¿quieres un poco?

—¡No! —Se me encogió el estómago—. ¿Sabes lo peligroso que es eso?

—¿Sabes lo peligroso que es si no me lo bebo? —Se apoyó sobre la encimera y se limpió las manos en un paño. Por primera vez, me fijé en lo altísimo que era.

Según mi carné de conducir, yo medía un metro setenta, y aunque mi estancia en el hospital me había hecho perder unos kilos, no era una flor mustia. Aun así, parecía que Nathan pudiera hacerme pedazos sólo con sus manos si le apetecía.

Pero su voz estaba marcada por una nota de tristeza. Sus ojos miraron los míos durante un escaso momento, pero antes de poder comprender la mirada de dolor que

había en ellos, se giró.

—Lo siento. Nadie te ha explicado todo esto. Beber sangre es sólo una de las realidades de ser un vampiro. Tienes que hacerlo alguna vez, y no hay mejor momento que ahora. Además, si esperas demasiado, acabarás explotando y harás algo... que lamentarás.

—Me arriesgaré —la tetera había empezado a desprender un olor cálido y metálico. Para mi horror, me sonaron las tripas—. Bueno, ¿voy a vivir eternamente?

—¿Por qué es eso lo primero que pregunta todo el mundo? —Se quedó pensativo—. No, probablemente no vivas para siempre.

—¿Probablemente? Eso no suena nada reconfortante.

—No lo pretendía —se echó el trapo sobre el hombro—. No somos susceptibles a los estragos del tiempo o de la enfermedad, y tenemos una capacidad de curación que aumenta con la edad. Pero la lista de cosas que pueden matarnos es kilométrica. La luz del sol, el agua caliente, incluso un accidente de coche lo suficientemente gordo puede acabar con nosotros.

Sirvió un poco de sangre en una taza de cerámica desportillada y me indicó que me acercara a la mesa.

—Si no quieres, ¿puedo darte alguna otra cosa?

—No, gracias —me senté en la silla que había retirado para mí—. ¿Tienes comida de humanos ahí dentro?

—Claro —dijo al sentarse enfrente de mí—. Me gusta de vez en cuando. Y aunque no puedo vivir a base de ella, Ziggy necesita comer.

Fruncí el ceño. Estaba claro que Ziggy me había llevado hasta la tienda para matarme. No tenía mucho sentido, teniendo en cuenta que vivía con un vampiro.

—Em... ¿sabe tu hijo que eres un vampiro?

—¿Mi hijo? —Nathan pareció confuso por un momento, y después se rió; fue un sonido profundo y rico que me produjo calidez—. Ziggy no es mi hijo. Pero entiendo por qué te ha dado esa impresión. Es un... es un amigo.

¿Un amigo? Lo había captado. Podía leer entre líneas. Al parecer, el primer tipo decente que me había encontrado en esta ciudad era gay.

—Es un poco joven para ti, ¿no crees?

Avergonzado, Nathan sonrió.

—No soy homosexual, Carrie. Ziggy es mi Donante de Sangre. Cuido de él, eso es todo.

Ésa fue la primera vez que pronunció mi nombre. En su marcado acento (estaba casi segura de que era escocés), mi corriente nombre de pila sacado de un libro de nombres para bebés, sonó exótico y casi sensual. Me pregunté si él podía sentir la atracción que sentía yo, el calor que recorría mi cuerpo.

Si lo sentía, tenía la cortesía de no hacer ningún comentario al respecto. Y se lo agradecía.

—Entonces, ¿por qué ha intentado matarme? Quiero decir, si eres un vampiro, y

él lo sabe y te da su sangre y todo eso, ¿qué problema tiene conmigo?

Nathan le dio un sorbo a su taza.

—Es complicado.

Miré el reloj que colgaba de la pared.

—Tengo unas horas.

Pareció pensar en su respuesta durante un momento.

Dejó la taza a un lado, apoyó los codos sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos.

—Escucha, pareces una buena chica, pero hay algo que tengo que preguntarte y es un poco personal.

A pesar de que el tono de su pregunta no presagiaba nada bueno, asentí. En ese punto, quería respuestas. Rellenaría un historial médico completo si me lo pedía.

—Dispara.

—He seguido tu historia en los periódicos muy de cerca y hay algunas cosas que me preocupan. Concretamente, ¿por qué estabas en la morgue esa noche? —Cuando me miró a los ojos, vi la verdadera pregunta.

—¿Crees que lo he hecho a propósito?

Él se encogió de hombros, su rostro ya no reflejaba ni compasión ni simpatía.

—Dímelo tú.

Había pasado el último mes sumida en una depresión, privada de una vida normal por una misteriosa enfermedad de la que no podía librarme. Me dolían los huesos las veinticuatro horas del día y la cabeza me palpitaba ante el más mínimo brillo de luz. Si en efecto era un vampiro, estaba claro que no estaba viviendo la elegante existencia de un conde Drácula o de un Lestat de Lioncourt. Estaba viviendo en un infierno, uno que sin duda yo no había elegido.

—Por favor —dijo en voz baja—. Tengo que saberlo.

Podría haberlo abofeteado.

—¿Qué clase de perturbada crees que soy?

Se encogió de hombros.

—Hay gente, gente enferma, que quiere huir de sus vidas. Tal vez han tenido alguna especie de trauma, una enfermedad, la pérdida de un ser querido —me miró directamente a los ojos—. La pérdida de tus padres...

—¿Cómo sabes lo de mis padres? —le pregunté con los dientes apretados. No había hablado de ellos desde que el accidente de coche los había matado cuando viajaban para ir a visitarme a la universidad. El sentimiento de culpa me había impedido hablar de ellos. Nadie, a excepción de los parientes lejanos que me quedaban en Oregón, y muchos de los cuales había conocido el mismo día del funeral, sabía nada sobre ellos ni sobre las circunstancias de su muerte.

—Tengo contactos —dijo, como si estuviera contando cómo había conseguido entradas de pista para los Lakers en lugar de cómo había invadido mi intimidad. Incluso tuvo el valor de agarrarme la mano por encima de la mesa—. Sé lo que es

perder a alguien. Créeme. Entiendo por qué querías...

—¡Yo no quería esto!

No había pretendido gritar, pero me sentó bien. Quería volver a hacerlo. La desagradable y horrorosa experiencia del pasado me parecía hincharse dentro de mí y empujarme hacia los límites de mi autocontrol.

—Carrie, por favor... —volvió a intentarlo, pero lo ignoré.

Me golpeé las rodillas con la mesa al levantarme y la taza se volcó haciendo que la sangre se extendiera sobre el mantel. Esa imagen despertó en mí una enfermiza fascinación y de pronto me imaginé inclinándome sobre la mesa y lamiéndola. Sacudí la cabeza para destruir esa visión.

—¡Yo no quería esto!

Aparté a un lado el cuello de mi sudadera y me pasé un dedo sobre la apenas curada cicatriz que tenía en el cuello.

—¿Crees que alguien pediría que le hicieran esto? ¿Crees que bajé a ese depósito de cadáveres y dije: «Eh, John Doe, ¿por qué no me desgarras el cuello?, ¿por qué no conviertes mi vida en una absoluta mierda?».

El volumen de la música procedente de la habitación de Ziggy cayó bruscamente. «Bien. Que lo oiga», pensé.

—¿Crees que quería estar aquí sentada y ver cómo un tipo al que no conozco de nada bebe sangre? ¡Lo único que quiero es recuperar mi vida!

No, lo que quería era gritar hasta destrozarme la garganta. Quería dar patadas en el suelo y tirar cosas. Quería estar vacía de esos sentimientos de desesperación y frustración.

Por el contrario, lloré. Se me doblaron las rodillas y caí al suelo. Cuando Nathan se arrodilló a mi lado y me rodeó con sus brazos para consolarme, lo aparté. Cuando volvió a intentarlo, no me resistí. No podía controlar los sollozos mientras lloraba sobre su firme pecho. Su jersey de lana me pinchaba la mejilla. Olía bien; tenía un inconfundible olor masculino y ligeramente a jabón, como si acabara de salir de la ducha. ¿Y qué si era un completo desconocido? Nunca había sido capaz de llorar así y dejar que alguien me consolara.

—Sé que no lo hiciste a propósito —dijo con voz suave.

—¿Sí? —le pregunté al alzar la mirada hacia él—. Porque estabas actuando como si fueras la policía de vampiros o algo parecido.

Con delicadeza, me rodeó la cara con sus manos para obligarme a mirarlo.

—Lo sé porque a mí me pasó lo mismo. Y me lo hizo John Doe.

Como por arte de magia, sus palabras parecieron cerrar el dique que parecía haberse roto en mi interior. Mi pecho ya no convulsionaba por los sollozos y, milagrosamente, mis lágrimas se secaron.

Nathan me ayudó a ponerme de pie. Aproveché el momento para apoyarme sobre él todo lo posible sin que pareciera extraño. Apreté la mano justo debajo de sus costillas haciendo como que me estaba sujetando para no perder el equilibrio y sentí

la solidez de un estómago perfecto bajo la lana.

Recogió mi silla del suelo (una víctima de mi repentina furia) y me ayudó a sentarme. Después, me trajo un vaso de agua y comenzó a limpiar la sangre derramada.

El silencio que se hizo entre los dos resultó agobiante, pero las preguntas me abrumaban. Comencé con la obvia.

—¿Cómo sucedió?

Nathan se quedó de pie junto a la pila mientras aclaraba la sangre del paño.

—Él toma algo de tu sangre, tú tomas algo de la suya. Y después mueres. Así es como sucede.

—No —comencé a decir. Había pretendido preguntar cómo lo habían convertido en vampiro, si John Doe lo había atacado sin provocación por su parte, como había hecho conmigo. Por el contrario, me centré en sus palabras—. Yo no he bebido su sangre. Y no creo que él bebiera la mía.

—¿Entró su sangre en tu boca? ¿En tus heridas? —Se apoyó sobre la encimera—. Sólo hace falta una gota. Es como un virus o un cáncer. Puede permanecer aletargado durante décadas, esperando a que el corazón deje de latir. Después, corrompe tus células.

—Sí, pero yo no morí. Me metieron al quirófano para detener la hemorragia... —aunque eso no era exactamente verdad—. ¡Oh, Dios! Sufrí una taquicardia ventricular en la sala de recuperación. Entré en parada cardiorrespiratoria.

—Fue ahí cuando pasó —señaló hacia el salón—. Vamos. Estaremos más cómodos.

Me senté en el sillón mientras él se dirigía a las estanterías que colgaban de las paredes. Sacó un libro y me lo dio.

—Esto debería responder a tus preguntas.

El libro, encuadernado en piel color burdeos, tenía las páginas con los bordes dorados y parecía increíblemente viejo. La portada no tenía nada a excepción de unas pequeñas letras doradas grabadas en la esquina derecha inferior.

—El sanguinario —susurré mientras deslizaba los dedos sobre las letras. Reconocí la raíz de la palabra, era «sangre» en latín. Lo abrí, pero ahí no estaba impresa la típica información de publicación. La portada te decía los años que tenía el libro.

El Sanguinarius, decía en letra grande. Debajo, en letra pequeña: *Guía práctica sobre los hábitos de los vampiros*. La fuente era irregular, como si las páginas se hubieran impreso en una prensa antigua. El libro debía de tener por lo menos doscientos años. Pasé unas cuantas páginas.

—¿Un manual sobre vampiros?

—No exactamente. Es más como un manual de entrenamiento para los cazavampiros.

Apenas había terminado su frase cuando me topé con un grabado de un hombre

hundiendo una horqueta en el estómago abombado de una rabiosa mujer demonio.

—Oh —cerré el libro de golpe.

—Una traducción aproximada del título sería «Los sedientos de sangre» —sonrió—. Es complicado. Comenzaré por el principio.

Asentí, aunque pensé que de todos modos no tenía elección. Se sentó a mi lado, un poco más cerca de lo que me esperaba. Tampoco es que me quejara...

—Durante más de doscientos años, ha existido un grupo de vampiros dedicados a la extinción de su propia especie para preservar la humanidad. En el pasado eran conocidos como la Hermandad de la Sangre. Hoy, se les conoce como Movimiento Voluntario para la Extinción de Vampiros. La Hermandad tenía catorce cláusulas, pero el Movimiento impone sólo tres. Ningún vampiro se alimentará de un humano que no se muestre dispuesto. Ningún vampiro creará a otro vampiro. Y ningún vampiro hará daño o matará a un humano.

—No parecen unas malas reglas —comenté.

—Hoy en día los vampiros lo tienen fácil en comparación con los viejos tiempos —dijo con un tono nostálgico—. El cuartel general del Movimiento está en España en unas mazmorras restauradas de la época de la Inquisición, pero los miembros del Movimiento están esparcidos por todo el mundo. Yo soy el único miembro en este lado del estado, pero hay algunos en Detroit y en Chicago. El Movimiento tiene una flota de aviones privados por si algún miembro necesita salir al extranjero. De lo contrario, sería muy difícil moverse.

—Entonces entiendo que no es una organización sin fines lucrativos si pueden permitirse aviones privados.

Eso provocó una sonrisa en el rostro de Nathan.

—La mayor parte de los fondos del Movimiento proviene de generosos benefactores, vampiros muy viejos que han tenido siglos para amasar sus fortunas. El Movimiento lleva funcionando mucho tiempo y las donaciones se suman. Además, creo que tienen escauceos en el mundo de las propiedades inmobiliarias.

—Siempre he dicho que mi casero era un monstruo, pero jamás pensé que pudiera ser verdad —intenté devolverle el libro—. Bueno, entonces nada de comerse a la gente, nada de convertir a otros en vampiros o asesinar. Hasta ahora he seguido muy bien esas reglas y no creo que vaya a tener problemas en un futuro próximo.

—Bien —dijo él, empujando *El Sanguinarius* de nuevo hacia mí—. Porque si es así, el castigo es excesivo.

—¿Cómo de excesivo? —Intenté no sonar preocupada.

—La muerte. Cyrus, el vampiro que te convirtió...

—¿Cyrus? ¿Es ése su nombre real?

Nathan se mostró algo molesto ante la interrupción.

—Cyrus lleva huyendo del Movimiento en Norteamérica desde hace más de treinta años, y desde hace más tiempo en otras partes del mundo. Las heridas que lo llevaron a tu sala de Urgencias le fueron producidas durante un intento de ejecución.

Pensé en las terribles heridas de John Doe y la boca se me quedó seca.

—¿Cuál de las reglas rompió?

—Todas. Mucho antes de atacarte a ti. Aún no hemos podido acabar con él.

—Nadie se merece eso —intenté sacar de mi mente la imagen de John Doe mutilado—. Si hubieras visto lo que le hicieron...

—Lo vi —dijo Nathan como si nada—. Fui yo al que enviaron para ejecutarlo.

—¿Tú? —Las heridas en el pecho de John Doe. El ojo que le faltaba. Los huesos de su cara, fragmentados, destrozados. El hombre que tenía sentado a su lado había hecho todo eso—. ¿Cómo?

—Empecé con una estaca en el corazón, y cuando eso no funcionó, pensé en cortarlo en pedacitos y enterrarlo en tierra sagrada, pero me dio unos buenos golpes. Tengo suerte de estar aquí sentado ahora mismo. Alguien debió de vernos luchar porque apareció la policía. El resto...

—Es historia —susurré.

—La verdad es que no. Sigue ahí fuera. Por eso Ziggy ha estado buscando vampiros. Sabemos que Cyrus está en la ciudad y es el único vampiro prófugo en la zona. Estoy atento ante cualquier Iniciado que surja. Los encuentro, los mato y se lo comunico al Movimiento —estiró las piernas para ponerse cómodo—. Me dan seiscientos dólares por cabeza. En sentido figurado, claro. No tengo que llevarles sus cabezas.

Tuve que recordarme que estaba hablando sobre acabar con la vida de la gente, a pesar de la naturalidad con que lo había mencionado.

—¿Los matas? ¿Por qué?

Me miró como si me hubieran salido antenas en la cabeza.

—Porque son vampiros.

—¡Y tú también!

—Sí, pero yo soy un vampiro bueno —explicó pacientemente—. Los vampiros buenos consiguen vivir, los vampiros malos reciben un billete de ida a donde sea que vamos al morir. Para saber esto no hay que saber latín.

Me puse de pie.

—¿Alguna vez has pensado que tal vez algunos de esos Iniciados podrían ser vampiros buenos? Quiero decir, ¿alguna vez lo compruebas primero o los matas sin más?

—Les doy una oportunidad para hacerme cambiar de opinión, pero todos resultan ser iguales. Les es imposible ser vampiros buenos —insistió.

—¿Y por qué?

—Porque los que los convirtieron no eran vampiros buenos —después de dejar escapar un largo suspiro, Nathan levantó *El Sanguinarius*—. Todos los Iniciados que me he encontrado hasta el momento han seguido el camino de los que los han convertido, sus Creadores. El lazo de sangre es increíblemente fuerte y eso hace que sea casi imposible que un vampiro nuevo luche contra la voluntad de la sangre que

corre por sus venas, contra la voluntad de su Creador. El libro lo explicará mucho mejor que yo.

—Bueno, ahora estoy aquí, así que ¿por qué no lo intentas? —Alcé una ceja con gesto amenazador y puse las manos sobre las caderas para demostrarle que no me movería hasta que respondiera a mi pregunta.

—Eres una persona muy molesta, ¿lo sabes? —Dejó el libro sobre la mesa—. El Movimiento no quiere que se creen nuevos vampiros. Estamos intentando dejar nuestra especie reducida a nada. A algunos vampiros no les hace gracia la idea y por eso empiezan a crear vampiros nuevos.

»Cuando un vampiro intercambia sangre con un humano para crear otro vampiro, su sangre se queda en las venas del vampiro nuevo. Para siempre. Crea algo llamado lazo de sangre. Para el Creador, es una forma de controlar a su Iniciado, como una correa invisible. El lazo se debilita a medida que pasa el tiempo, pero el Iniciado y el Creador sentirán las emociones del otro, el dolor físico y el hambre. El Iniciado siempre estará regido por la sangre del Creador, y la mayoría de ellos no quieren cambiar. Dura hasta después de la muerte. Incluso si el Creador muere, puede seguir causando estragos en el mundo a través de sus Iniciados. El Iniciado, para siempre influido por la sangre de su padre o madre y de la corrupta moralidad que haya heredado, puede salir y crear más vampiros. Muy pronto supondría el fin de la raza humana. Según lo ve el Movimiento, el único modo de evitar que alguien como Cyrus cree su propio ejército de vampiros y se apodere del mundo es matando a su prole. No es justo, pero así es.

Tragué saliva.

—Suenas como si fueras un incondicional del Movimiento.

—Tengo que serlo. Cuando cambié, les juré lealtad a cambio de mantener mi vida —se levantó y avanzó hacia mí, aunque con qué propósito es algo que no puedo saber.

—Parece que estos tipos del Movimiento tienen mucha influencia. ¿Cómo sabes que de verdad velan por vuestros intereses? —Me vi tentada a dar un paso atrás, pero me quedé donde estaba. No iba a dejar que me intimidara. No, después de todo lo que había pasado. Si quería matarme, tendría que... bueno, primero tendría que pasar por encima de mi nuevo yo.

No respondió a mi pregunta, pero tampoco intentó agarrarme ni clavarme una estaca en el corazón. Me apartó el pelo a un lado y con delicadeza tocó la cicatriz que me había dejado Cyrus.

—Te marcó bien.

Un escalofrío me recorrió la espalda ante su tacto y me dejé caer contra su mano. No pude evitarlo. Algo cambió en sus ojos, como si un portón de hierro se hubiera cerrado de golpe. Bajó los brazos y se dio la vuelta.

—Tú también vas a tener que elegir. Elegir si quieres entregarle tu vida al Movimiento como garantía o si quieres perderla.

—¿Firmo con sangre? ¿Dónde?

—Esto no es una broma —se giró hacia mí y en su semblante irritado vi que, efectivamente, no lo era—. No puedo garantizarte que el Movimiento te acepte, pero es tu única oportunidad de sobrevivir. La sentencia de muerte de tu Creador se extiende a ti.

El corazón se me salía del pecho y las piernas se me tensaron, como preparándose para salir corriendo. Dio un paso atrás.

—Me matarías, ¿verdad?

—Sí —apartó la mirada y se dejó caer en el sillón—. No es nada personal, pero no te conozco lo suficiente como para saber si vas a serle leal a Cyrus o no. Pareces una buena chica, pero no quiero correr ese riesgo.

—Nada personal —me reí con amargura e incredulidad—. Sabes que sí es personal. Cuando me hacen caer en una trampa y casi me decapitan, es personal. Cuando un tipo al que acabo de conocer me dice que va a matarme, es personal. Porque se trata de mi vida. Estás loco si piensas que voy a rendirme sin luchar.

Un extremo de su boca se alzó y pensé que iba a reírse. Le habría dado un puñetazo en la cara si lo hubiera hecho. Fue una suerte que no lo hiciera.

—Eso puedo respetarlo, pero no cambia la posición en la que me encuentro. Tienes que tomar una decisión, pedirle clemencia al Movimiento y esperar que te la concedan. De mí no la tendrás.

—¿Por qué no me matas ya? —le pregunté, esperando que no se lo tomara como una invitación.

—Porque sin una orden de ejecución, no me pagan.

—¿Sin una orden de ejecución? —¿Cuánto más podía parecerse todo eso a una película de terror mala?

—Si decides no pedirle al Movimiento que te admitan como miembro, te denunciaré ante ellos. Serás procesada según su sistema y se emitirá una orden de ejecución unos días después. Supongo que podrías huir, pero hasta que tenga esa orden en mis manos no voy a hacerte nada. No trabajo gratis.

Estaba a punto de decirle que podía matarme y después denunciarme. Por suerte, el sentido común que parecía haberme abandonado en las últimas semanas había encontrado el camino de vuelta y me mordí la lengua.

—Eres muy Han Solo.

Él no sonrió ni se rió. Es más, parecía incluso más serio que antes.

—Depende de ti. Petición de membresía o muerte. Puedo ponerte por teléfono con ellos ahora mismo.

—Está bien —dije apretando los dientes—. ¿Puedo al menos tomar una decisión estando informada?

Él frunció el ceño y ladeó la cabeza, observándome por el rabillo del ojo, como si quisiera tenderle una trampa.

—¿Qué propones?

Elegí mis palabras con esmero.

—Dame una oportunidad de leer *El Sanguinarius* y de tener un poco de tiempo para asimilarlo todo. Hasta esta noche no creía ni en vampiros ni en monstruos, y me encuentro en lo que los médicos llamamos «estado de *shock*». Es justo que sepa dónde me estoy metiendo. Además, soy una chica lista. No voy a unirme a una organización sólo porque tú digas que ellos son los buenos.

—Son los buenos —en su tono no hubo nada de diversión, sólo una absoluta convicción en la verdad de sus palabras.

Volteé los ojos.

—Sí, claro, eso era lo que los nazis decían sobre sí mismos.

Lentamente se levantó. Un poder, oscuro y apenas contenido, emanaba de él. Y eso, combinado con su presencia física, lo hacía más aterrador que John Doe mientras me clavaba sus garras.

Claro que John Doe no estaba tan bueno. De algún modo, mi atracción física hacia Nathan hacía que pareciera más peligroso.

Pero no me atacó. Simplemente invadió mi espacio personal e hizo añicos mi zona de bienestar. Se inclinó de modo que nuestras narices prácticamente estaban tocándose.

—¿Cómo sé que no estás andándote con rodeos para acudir a Cyrus y ganarte su protección?

—Porque hasta que lo has mencionado, la idea no se me había pasado por la cabeza —no sé si se esperaba que me encogiera de miedo, que llorara o que me derritiera en sus brazos, pero a juzgar por cómo parpadeó sé que lo sorprendí—. Dame un par de semanas. Incluso puedes tenerme vigilada. Te daré una respuesta al final.

—O saldrás corriendo y gritando —de nuevo intentó asustarme, pero estaba segura de que esa noche no me mataría. Algo en el modo en que recorrió mi cuerpo con la mirada, con descaro y deseo, me dijo que su punto flaco eran las mujeres. O su punto fuerte, dependiendo de cómo lo miraras.

Una sonrisa deliberadamente lenta jugueteó sobre sus labios.

—¿Te parezco la clase de chica que sale huyendo de los problemas?

—Has huido de Ziggy.

Touché.

—Sí, pero Ziggy tenía un hacha. ¿Vas a matarme con las manos vacías?

Él sonrió.

—Soy bueno con las manos.

La puerta de la habitación de Ziggy se abrió de golpe y al instante Nathan se apartó. El chico entró con paso airado y furioso en la cocina.

—Lo sé, lo sé, tengo clase temprano, debería descansar —gritó el chico—. Sólo voy a hacerme un sándwich antes de irme a la cama.

—¿Cama? —pregunté como una idiota y miré el reloj. Las diez y diez—. Tengo

que irme.

Nathan me siguió hasta la puerta.

—¿Has pensado lo que harías si Cyrus viniera a buscarte?

No lo había pensado.

—Le diré que se largue, que ya he contribuido a la causa —respondí y mi inquietud ante la posibilidad de toparme con él se reflejó en mi risa forzada.

No podía soportar la idea de compartir una conexión de nivel de plasma con el monstruo que me había atacado. Ya era bastante malo que hubiera invadido mis pesadillas, ahora su sangre también formaba parte de mí.

Nathan se quedó observándome por un momento y yo le devolví la mirada, incapaz de distinguir una sola emoción. Probablemente llevaba tanto tiempo practicando ocultar sus sentimientos que ni siquiera podía encontrarlos. Apartó la mirada y me dio mi chaqueta.

—Si necesitas algo, tienes mi número. Y toma esto —dijo entregándome *El Sanguinarius*.

Agarré el libro con una mano y, con torpeza, intenté ponerme la chaqueta con la otra. Se puso detrás de mí para ayudarme y tuve que hacer uso de todo mi autocontrol para no recostarme sobre él. ¿Qué podía decir? Hacía mucho tiempo que no había tonteado con alguien de ese modo amenazador y casi sexual.

—Gracias —le dije en voz baja mientras ponía la mano sobre el pomo.

—Una cosa más —dijo Nathan—. Si necesitas sangre, por favor, ven. Siempre tengo de sobra. Pero después no salgas. Durante el día, quiero decir. De hecho, deberías empezar a evitarlo por completo. Estoy seguro de que cuando pase un tiempo, aunque evites alimentarte, el Cambio se completará solo. Siempre estoy aquí, si necesitas... ayuda.

—Gracias, pero no tengo ninguna gana de beber sangre.

—Pronto lo sentirás —me advirtió mientras bajaba las escaleras.

—¿Sentir qué? —Estaba más preocupada por el hecho de que el suelo estuviera cubierto de nieve que por su tono de voz, que no auguraba nada bueno.

—El hambre. Sentirás el hambre.

Capítulo 4

Cuando Carrie encontró a Dahlia

No pensé mucho en la advertencia de Nathan hasta la noche en la que me invadió el hambre.

Había pasado la semana haciendo todo lo posible por vivir la vida como si nada hubiera cambiado. Ante lo que podían ser los últimos catorce días de vida antes de someterme al juicio del Movimiento, iba a aprovecharlos.

Empecé a leer *El Sanguinarius* y me resultó tan seco y victoriano como *El señor de los anillos*. Me recordé que el curso de mi existencia dependía de que terminara ese libro en particular.

Nathan me llamaba todas las noches; a veces recibía su llamada después de haber ido a trabajar y pronto me vi deseando terminar el turno para poder oír su voz en mi contestador automático. Pero cuando llegó el final de la semana, lo único en lo que pensaba era en sangre.

Para resistir mis turnos de noche en el hospital, picaba constantemente. Café, pizza, palomitas, cualquier cosa con un aroma sustancial que cubriera el olor a sangre. Algunas enfermeras hicieron comentarios cargados de envidia sobre mi capacidad de comer tanto y no ganar peso nunca. Apenas las oí. El odioso palpitar de su pulso era lo único que podía oír.

La sangre se convirtió en una distracción absorbente. Tomé numerosas y drásticas medidas para garantizar la seguridad de todo el mundo que me rodeaba. En mis frecuentes descansos, me encerraba en el baño de empleados y utilizaba una cuchilla para hacerme pequeños cortes superficiales en la cara interna del brazo. Después me lamía la sangre que salía. No servía de mucho para saciar mi sed, pero las marcas resultantes llamaron la atención del psiquiatra. Me pasé mucho tiempo evitándolo a él y a su suave voz cuando me invitaba a hablar sobre mí «recuperación».

A pesar de mi hambre, no podía soportar la idea de beber sangre humana. Una o dos veces, movida por la desesperación, me llevé a casa furtivamente algún frasquito de sangre que le hubiéramos extraído a un paciente. Pero la amenaza de virus diminutos esperando a residir en mi cuerpo me ponía los pelos de punta. Tiré la sangre por la pila y destruí los frasquitos.

Mi peso cayó radicalmente. Perdí cinco kilos en tres días. Estaba cansada y me sentía enferma. Allá donde iba, el sonido de los corazones humanos bombeando sangre por unas venas gruesas y azules me volvía absolutamente loca.

Mis noches libres eran casi peores que las noches en las que tenía que trabajar. Al menos en el hospital tenía que obligarme a concentrarme en algo que no fuera el hambre. Estaba pasando una noche especialmente mala en casa cuando acabé rindiéndome y volví a la avenida Wealthy. Las lágrimas se deslizaban sobre mi rostro mientras sacudía la cabeza incontrolablemente detrás del volante, como un drogadicto

necesitando desesperadamente un chute.

Nathan no me había llamado esa noche y no se me había ocurrido llamarlo antes de presentarme en su puerta. Necesitaba sangre. La necesitaba mucho. Me temblaban las manos mientras llamé al timbre de su apartamento.

No hubo respuesta. La ventana de la tienda estaba oscura, y nadie respondió a mi frenética llamada.

Unos jóvenes corrían por la acera y el palpitar de su sangre acallaba las palabras de su conversación. La mayoría parecían lo suficientemente jóvenes como para tener toque de queda en casa, pero algunos podrían haber sido universitarios.

Universitarios de otros estados, tal vez, con pocos conocidos por allí. Al igual que yo, si desaparecían, tardarían días en empezar a buscarlos, o tal vez semanas...

Estaba horrorizada ante la idea, pero necesitaba sangre. Y ya que no estaba dispuesta a asaltar un equipo móvil de extracción de sangre, tendría que encontrar un donante.

No volví a mi coche. Necesitaba caminar en un espacio abierto y respirar aire fresco.

No sé cuánto tiempo estuve buscando. Fui selectiva. Un bar me pareció demasiado oscuro y concurrido por demasiados obreros para mi gusto. Estaría lleno de hombres de mediana edad con camisas de franela y viendo deporte por la tele. Quería a alguien joven. A alguien hermoso.

La vi en la calle.

Estaba cruzando con el semáforo en rojo. Su cabello rubio claro se agitaba tras ella como una bandera al viento y el modo en que se aferraba el abrigo al pecho acentuaba su delgadez.

Nunca había sentido esa clase de atracción hacia nadie antes, y mucho menos hacia una mujer. No fue una atracción sexual. Fue un instinto animal, tan puro y natural como respirar. Quería su sangre.

La chica del abrigo negro se cruzó con un pequeño grupo de chicos y chicas que iban divirtiéndose por la calle. Al acercarme, leí el nombre del edificio en el que había entrado.

Las ventanas cubiertas del Club Cite estaban enmarcadas por tubos de neón azules. El edificio de ladrillo estaba pintado de negro, pero la pintura no se había mantenido y revelaba motas del ladrillo rojo original. El lugar estaba sucio y decrepito.

Una vez dentro, la seguí cuando bajó las escaleras. Las paredes que nos rodeaban vibraban con una melodía de fondo amortiguada. Abrió la puerta y todo el pasillo se llenó de ruido. El club estaba lleno de jóvenes, todos vestidos de negro. Algunos parecían sacados de una novela de Charles Dickens, con sombreros altos y bastones, y otros llevaban ropa de rejilla rasgada y parcheada con cinta aislante. Todos me miraron como si mis vaqueros azules y mi rostro pecoso les disgustara.

No pudo importarme menos. Había perdido a mi presa de vista. Encontrar su

figura en esa masa de autocompasión sería imposible.

—Ha entrado en el baño —me dijo una voz al oído—. Pero yo no iría tras ella si fuera tú. No sabe lo que eres.

El corazón podría haberseme parado. Se me encogió el pecho y la excitación de la persecución se desvaneció. Me habían pillado.

Me giré lentamente esperando ver a un policía uniformado. Por el contrario, me vi ante el gesto de satisfacción de una joven que parecía muy segura de sí misma. En absoluto era delgada, y se movía al ritmo de la música con una gracia innata que dejaba claro que no consideraba que su cuerpo fuera enorme o difícil de manejar. El típico maquillaje con la raya del ojo bien marcada y el pintalabios rojo decoraba su pálido rostro, y una espesa melena de rizos rojos caía sobre sus hombros.

—¿Estás sorprendida? —preguntó apoyando las manos sobre sus enormes caderas—. Se te notaba mucho.

—¿Notaba? —Se me secó la boca.

Se me quedó mirando con la cabeza ladeada. Sus rizos rebotaban mientras se reía.

—Sí, se notaba. Pero no te preocupes, la mayoría de chavales que hay aquí no distinguirían a un vampiro de verdad ni aunque los mordiera en el trasero. Están aquí porque sus padres no los entienden.

La música vibrante, combinada con el sonido de corazones palpitando a mí alrededor, me hizo sentir como si una convención de tambores estuviera en pleno apogeo en mi lóbulo frontal. Estreché la mirada contra las luces que daban vueltas y el movimiento de la sala.

—¿Cómo has sabido lo que soy?

—Debes de ser nueva en esto de los vampiros, ¿eh? —Esbozó una sonrisa absolutamente pícara, como si llevara años practicándola frente al espejo—. Esa chica de ahí gritará como las hadas que anuncian la muerte antes de que le saques dos gotas y después, ¿dónde acabarás tú? En una pila de problemas, ahí acabarás.

Antes de poder protestar, me agarró el brazo. Bajo su mano, mi piel se sintió cálida y viva, como si hubiera absorbido su energía. Por encima del estruendo de cien pulsos humanos podía oír el suyo más que ninguno, pero no me atrajo alimentarme de ella. Estaba cálida y viva, pero no me parecía del todo humana.

El peligro estaba ahí. La tensión hervía bajo sus dulces palabras. Se movía como una bailarina a pesar de sus redondeadas formas y cada uno de sus movimientos estaba cargado de apremio.

El hambre me carcomía y por eso la seguí.

Mientras caminábamos, me dijo que se llamaba Dahlia. Me sacó del club y me condujo por unos cuantos callejones a través de una estación de tren abandonada y cubierta de nieve.

—Ahí —señaló un edificio de piedra desproporcionadamente bajo que había sido engullido por el fuego un tiempo atrás. Una barrera de cemento separaba la zona de la autopista. Oí los coches pasar a toda velocidad—. Los polis nunca vienen aquí —

explicó—. Y si vinieran, no volverían.

El interior era grande y diáfano, como si todo ese espacio hubiera sido un almacén o una fábrica. Justo en el centro, el techo se había hundido. Alguien se había tomado suficientes molestias como para cubrirlo con lonas de plástico. Estaba oscuro y hacía frío. Unas formas siniestras se arremolinaban en las esquinas.

Oí latidos de corazón, toses y suaves gemidos. El olor a miedo en la sala resultaba tan cargante como el inconfundible hedor a desesperanza.

—¿Qué es este lugar? —susurré.

Dahlia se quitó el abrigo y lo tiró al suelo.

—Una casa de Donantes.

Debió de parecer que no la había entendido porque volteó los ojos y suspiró como si yo fuera una estúpida incurable.

—Un lugar para que vengan los vampiros y echen un mordisco rápido —dijo—. Un mordisco rápido, ¿vale?

—Entendido... pero ¿quién esta gente?

—¿Los Donantes? —Se dejó caer sobre el suelo y se cruzó de piernas—. ¿Quién sabe? Tal vez son unos sin techo y simplemente necesitan un lugar donde refugiarse. Tal vez son unos depravados a los que les resulta emocionante. O tal vez son como yo.

—¿Como tú?

Una chica flaca con la cara sucia y su melena castaña llena de grasa pasó por delante de mí. Uno de sus huesudos hombros se salió de su raída chaqueta cuando me empujó a un lado.

—Necesito dinero —dijo Dahlia mientras me indicaba que me sentara—. La cuestión es que esta gente está lo suficientemente desesperada como para daros lo que queréis. Esos góticos del club no saben una mierda. Te irá mejor si buscas vagabundos debajo de los puentes en lugar de volver a ese agujero.

Quería marcharme. El lugar apestaba a sudor, a humo y a desesperación. Pero necesitaba la sangre y por eso me arrodillé al lado de ella sobre el deteriorado cemento. El corazón me latía más deprisa y temblé ante la idea de hundir mis dientes en esa suave y pálida piel.

—Cincuenta dólares en metálico —sacó una estaca de madera del bolsillo de su abrigo—. Y paras cuando te lo diga, ¿entendido?

La estaca sofocó la furia animal dentro de mí. No sabía concretamente qué pasaría si esa cosa me tocaba, pero mi imaginación se avivó por el recuerdo de las heridas abiertas en el pecho de Cyrus.

Mis dedos entumecidos buscaron a tientas mi bolso y cuando le di un tirón a la cremallera el contenido cayó al suelo haciendo ruido. Una polvera cayó abierta al tocar el suelo. A través de una pequeña nube de polvo vi mis ojos reflejados en el espejo, grandes, asustados y excitados. Creía que los vampiros no tenían reflejo y me resultó graciosísimo no haber pensado en ello antes. Le di el dinero a Dahlia con

manos temblorosas.

Ella lo contó, sonrió satisfecha y se metió los billetes en el sujetador.

—Vale —colocó la punta de la estaca sobre mi corazón, se echó el pelo atrás y se descubrió el cuello.

Con mi dedo tracé la línea de una vena azul a lo largo de su cuello y hasta la clavícula. Mi respiración era entrecortada. Creía que el corazón me iba a explotar porque latía salvajemente en mi pecho.

Sentí la punta de la estaca cuando me incliné para pegar mi boca a su piel. Su cuello era cálido y suave. Mordí. La carne cedió fácilmente, como la piel de un melocotón maduro, y su sangre salió a borbotones en mi boca con tanta rapidez que casi me atraganté.

La realidad de mi situación de pronto me abrumó. Un momento antes no era un vampiro. Al menos, no por lo que yo sabía. Ahora, mientras tragaba con avaricia la sangre de esa extraña, me inicié de verdad. Ella gimió y el sonido vibró a través de mí como una corriente eléctrica. Las implicaciones de lo que había hecho me produjeron náuseas. La posibilidad de que tal vez no fuera un vampiro se me pasó por la cabeza. Tal vez me lo había inventado todo. Aparté la boca de su cuello e intenté no vomitar.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —gritó Dahlia.

No respondí. Desde las sombras, alguien nos ordenó callar. No podía controlar mis sollozos. Con desesperación, recogí el contenido de mi bolso e intenté guardarlo con manos temblorosas.

—¿Adónde vas? —preguntó Dahlia, con una mano en el cuello. Esperaba ver sangre brotando de la herida, pero cuando movió los dedos no había nada más que un ligero corte.

Me sequé la nariz con el dorso de la mano y me estremecí de dolor. Me dolía la cara.

Mi polvera yacía inocentemente en el suelo. La recogí y vi mi reflejo.

Mi cara, normalmente bonita para la mayoría de la gente, estaba retorcida en una visión de horror. Unos ojos crueles me miraban bajo una frente aplanada. Los pómulos se me habían desprendido formando un hocico con mi extrañamente alargada mandíbula superior. Eché mis labios atrás. Mis dientes se veían torcidos en su amplio y nuevo entorno, mis colmillos se habían alargado y acababan en puntas afiladas.

Había visto a Nathan transformarse de ese modo y mis pesadillas estaban llenas del monstruoso rostro de John Doe, pero nunca había considerado que algo así pudiera sucederme. Grité y me puse de pie.

Salí corriendo de la casa de Donantes, tragándome el aire fresco como si fuera agua y yo un viajero perdido en el desierto. Dahlia me siguió. Se apoyó contra los ladrillos de cenizas chamuscados y vio cómo me miraba y remiraba la cara en el espejo. El demonio se había ido. Una mujer asustada me miraba. El aire se me escapaba en grandes y blancos soplos de vapor.

—Pobrecita —se puso su abrigo. Llevaba el mismo abrigo y utilizaba los mismos gestos que la chica que había seguido hasta el club. Pero yo no había seguido a Dahlia...

Ella sacudió la cabeza, riéndose.

—Nunca aprendéis. Os creéis muy listos.

—Oh, estamos en lo más alto de la cadena alimenticia.

Sacó una navaja y la deslizó sobre su cuello, de arriba abajo.

—Lo cierto es que ahí fuera hay un poder que los de tu especie no pueden entender.

Me quedé mirándola fascinada.

—¿De qué estás hablando?

Sonrió.

—Pobrecita. Papi no se molestó en contarte nada, ¿verdad? Se fue corriendo en cuanto consiguió lo que quería —su boca formó una momentánea expresión de disgusto—. Es muy típico de él.

Con un giro de muñeca, marcó su tersa piel con la navaja. Una gota de sangre se formó y tembló sobre la herida antes de romperse y caer por su cuello.

Sentía la lengua pesada. Mi cuerpo ansiaba más sangre, aunque la idea me repugnaba. Me obligué a mirar a otro lado.

—¿De quién estás hablando?

Quería mirarla a la cara cuando me respondiera, pero el aroma de su sangre resultaba demasiado tentador. Temía lo que pasaría si volvía a mirar, así que fijé la mirada en las farolas encima de la autopista.

—De Cyrus, tonta. ¿No conoces ni a tu Creador?

Había sabido que algo no iba bien cuando salimos del club. Tal vez lo había sabido desde el momento que vi a la fantasmal chica en la calle, pero en lugar de seguir mi intuición, había seguido a Dahlia... para caer en una trampa.

—No puedo creerme lo estúpidos que podéis ser algunos —gritó, de pronto muy nerviosa—. Tus historias aparecen por todos los periódicos y aun así no te imaginas que alguien pueda reconocerte. Ni siquiera sé por qué te dejó tomar su sangre —dejó escapar un suspiro para calmarse—. Ahora me has hecho perder el control y eso me cabrea mucho.

Vi cómo se pegaba en la frente con la palma de la mano y murmuraba para sí, mientras caminaba de un lado a otro. Se detuvo y me miró. Su expresión era vacía.

—Tu pequeño amigo de la librería se ocupó del último por mí, pero a veces, si quieres hacer algo bien, tienes que hacerlo tú mismo —me señaló con la navaja.

De pronto, me sentí tan débil que no podía mantenerme en pie. Me caí de rodillas y me estremecí al golpearme contra el suelo.

—Buena chica —arrojó la navaja contra mí, pero se clavó en la nieve a escasos centímetros de mi rodilla. Respiró hondo y se rió—. No sé qué me pasa esta noche. ¿A veces tienes días así, en los que te sientes...?

—¿Loca? —Miré la navaja. Estaba muy cerca. Debería haber sido capaz de agarrarla y levantarme antes de que Dahlia pudiera alcanzarme, pero me sentía sin fuerzas y me pesaba el cuerpo—. ¿Qué quieres?

—¿Qué quiero, qué quiero? —canturreó mientras recogía la navaja antes de que yo pudiera detenerla—. Hablas como el último del que me encargué. Siempre intentáis negociar.

Colocó la punta de la navaja contra mi cuello.

—Quiero matarte.

—¿Por qué? —Fue apenas un susurro. Imaginé la punta de la navaja atravesando mi piel como mis colmillos habían hecho con la suya.

Se acercó más, girando la navaja sobre mi cuello, pero sin llegar a rajar la piel.

—Porque te llevaste lo que es mío.

—¿Qué? ¿Qué me he llevado? —Quería tragar, pero temía que eso pudiera matarme—. Ni siquiera te conozco.

—Tienes razón. No me conoces, zorra —levantó la navaja y, sin dudarlo, me la clavó en el estómago.

Respiré entrecortadamente ante el dolor. Había visto muchas puñaladas en Urgencias, pero nunca, ni en mis peores sueños, me había imaginado que se sintiera eso.

El ardor, el desgarró, se unieron a la invasión de un objeto que todos mis músculos se tensaron para rechazar. No podía pensar. No podía respirar. Dahlia sacó la navaja de mi cuerpo y la limpió con mi camisa.

—No sé por qué sigue haciendo esto. Sabe que todos morís.

—Lo que dices no tiene sentido.

—¿Que lo que digo no tiene sentido? —Volvió a bajar el arma y me pinchó en el costado—. ¡No! ¡Es él el que dice cosas sin sentido! Dice que me quiere. Promete darme poder. Pero «¡no es el momento, Dahlia!», me dice. ¡No es el momento! ¡Y después desperdicia su sangre con un montón de basura como tú! Mírate. Ni siquiera puedes mantenerte en pie.

Me dio una patada. Era peligroso hacerle eso a un vampiro herido, pero al parecer eso fue una sorpresa para ella tanto como lo fue para mí.

Después de ponerme de pie de un salto, arremetí contra ella, movida puramente por la desesperación y el instinto. Le arrebaté la navaja de las manos y se la puse en el cuello.

—Yo no te he quitado nada —le susurré al oído—. Él no pretendía convertirme. Fue un accidente. No tengo ningún interés en ti, ni en tu novio vampiro ni en nada de todo este maldito rollo de vampiros.

La tiré al suelo. Me miró a través de su pelo alborotado. Su mirada era dura y cargada de furia.

—Ya, claro ¡así que fuiste un accidente! ¡Pero eso no importa! ¡Estarás muerta por la mañana!

Mi furia me abandonó y la debilidad volvió. La voz de Dahlia era demasiado fuerte, demasiado estridente. La sangre brotaba de mis heridas. Sabía que tenía que detener la hemorragia, pero no podía pensar en nada más que en alejarme de Dahlia.

Fui tambaleándome por la estación. Cada paso que daba era como estar descendiendo a un foso oscuro y cálido. Mi pulso retumbaba en mis oídos. Cada vez era más lento. El impacto de mis pisadas sobre el desigual terreno dañaba mis tobillos y lanzaba oleadas de dolor por mis piernas. Cuando llegué al pavimento, mi cuerpo parecía saber a donde ir solo. Me moví a cámara lenta, pero debí de correr porque llegué al apartamento de Nathan en cuestión de minutos.

Como una estúpida, me quedé en la acera, sin saber qué hacer mientras apretaba las manos débilmente contra mi carne abierta. Sabía que mi coche estaba cerca, pero no tenía las llaves. Desesperada, miré la calle de arriba abajo, temblando. Deseaba estar en mi casa, en la cama, pero me conformé con la puerta de Nathan. Al menos, ahí me protegería del cortante viento. Tal vez Dahlia me había seguido, pero el cada vez más insistente deseo de algo de calor y descanso superó mi miedo. Si venía a matarme, por fin podría descansar en paz. Eso fue lo que razonó mi agotado cerebro.

No sé cuánto tiempo estuve allí tumbada antes de que la nieve comenzara a caer. Grandes y mullidos copos de nieve, que parecían sacados de una película navideña, bajaban flotando hasta el suelo. Vi unos pocos aterrizar en la palma de mi mano, donde mi ausencia de calor corporal les permitía estar sin derretirse. Comencé a contarlos, pero cuando la tormenta no cesó, no pude contar lo suficientemente deprisa y me contenté con mirar. Me pesaban los ojos. Incapaz de contener el sueño y sin saber por qué no lo había hecho antes, cerré los ojos.

Una voz familiar me despertó. Era Nathan. Tardé un momento en darme cuenta de que me había agarrado por los hombros. Me zarandeó frenéticamente, me gritó y dio palmadas delante de mi cara, pero estaba demasiado exhausta como para responder.

Eché la cabeza a un lado. En la acera había una bolsa de papel marrón. El contenido rodó por el cemento cubierto de nieve.

—Tu espuma de afeitar... se está yendo —murmuré, intentando seguir el bote con la mirada.

—No te preocupes por eso —me giró la cara hacia la suya—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dije mientras intentaba rendirme y dormir.

Nathan me zarandeó cuando cerré los ojos.

—¿Qué? —Lloriqueé e intenté apartarle las manos.

Él maldijo y me agarró con más fuerza.

—¡Despierta! —gritó. Cuando no lo hice, me dio una palmada en la mejilla.

Abrí los ojos de golpe e, impactada, farfullé:

—¿Qué? ¡Deja que me vuelva a dormir!

—¡No puedo! Has perdido mucha sangre. Si te duermes, morirás.

Entonces sentí el dolor, una sensación punzante en mis tripas, como si hubiera

comido cristales rotos. Lo agarré del brazo, retorciéndome de dolor. Él se quitó el abrigo y rápidamente me cubrió con él.

—Tengo que llevarte dentro —murmuró. Me levantó en sus brazos y me subió por las escaleras hasta su apartamento.

Capítulo 5

Decisiones, decisiones

Me desperté con el suave sonido de alguien tarareando *Brain Damage* de Pink Floyd y abrí los ojos, alarmada.

A juzgar por el desorden que me rodeaba, estaba en el apartamento de Nathan. No podía recordar cómo había llegado hasta allí. Me rugía el estómago y poco a poco recobré la memoria. Había sentido hambre. Había ido en busca de sangre. Después había conocido a Dahlia.

Me apuñalaron, eso es algo que recordé. Levanté la sábana que me cubría. Tenía las heridas cuidadosamente vendadas. Sangre seca manchaba las gasas, pero resistí el impulso de levantarlas para mirar. No costaba mucho remover una herida fresca y no quería volver a empezar a sangrar.

Con cuidado, me toqué la cara; ya no quedaba rastro del monstruo. Dolorida por todas partes, me senté. Mi camiseta rota estaba cuidadosamente doblada sobre el brazo del sillón. Me la puse rápidamente, intentando no pensar demasiado en el hecho de que Nathan hubiera visto mi sujetador raído, que ya tenía que echar a lavar.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó al entrar en el salón.

Podía oler la sangre en la taza que llevaba. Mi garganta era un desierto y mi estómago intentaba digerirse a sí mismo, pero aparté la mirada.

—Bebe —dijo, ofreciéndome la taza. Debió de haber sentido la razón de mi reticencia—. No te preocupes por eso. Ya he visto unos cuantos vampiros.

—No como yo.

—Exactamente como tú —se arrodilló delante de mí y me tapé la cara. Mis huesos se movieron bajo la máscara de mis dedos mientras él presionaba la taza contra el dorso de mis manos—. Necesitas beber esto.

Oí su tono decidido y supe que no iba a ganarle.

—No me mires —susurré.

—Está bien —fue hacia el extremo más alejado de la habitación y se dio la vuelta.

La sangre era cálida, como la de Dahlia, pero más espesa, como si ya hubiera empezado a coagularse. Fue como beber gelatina que todavía no se había asentado con sabor a moneda. Me repugnó, pero en lugar de tener arcadas, me tragué la mitad. Tenía un hambre voraz. Si hubiera estado bebiendo directamente del cuello de una persona, probablemente no me habría parado a pensar en los modales, pero era muy diferente estar sentada en el salón de Nathan, bebiendo de una taza como un vampiro civilizado.

Me bebí la sangre a sorbos tímidamente y lo observé. Sabía por experiencia que la gente no era amable con los extraños. En la facultad de Medicina, por ejemplo, los alumnos sólo se tienen a ellos mismos. Es más, la mayoría exagerábamos esa actitud

para intimidar a la «competencia». La actitud de «come o te comerán» la tenía tan arraigada en mi psique que había llegado a esperarme ese comportamiento de todo el mundo. Pero Nathan no había hecho más que ayudarme desde el principio, algo sorprendente teniendo en cuenta que me mataría en una semana si yo no me unía a su secta de vampiros.

No era normal que un hombre tan atractivo reparara tanto en lo que concernía a las reglas. Debía de haber trabajado para Hacienda en una vida pasada.

Claro que yo tampoco sabía mucho sobre la vida actual de Nathan. En las breves conversaciones telefónicas que habíamos mantenido durante la semana anterior, había revelado sólo información genérica sobre sí mismo y no me había dado mucha oportunidad de hacerle preguntas. Si tenía que confiar en todo lo que me dijera, necesitaba respuestas.

Y no había mejor momento que el presente.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Treinta y dos.

—Quiero decir, incluyendo... —no sabía cómo expresar el resto.

—Oh, eso —dijo, como si no le importara dar esa información—. Soy vampiro desde 1937.

Intenté ocultar mi decepción. Me había esperado oír que tenía cientos de años, que había estado en el campo de batalla con Napoleón y había discutido los misterios del cosmos con Nostradamus, como los vampiros de las películas.

—Fue el año en el que *The Star-Spangled Banner* fue nombrado himno nacional.

—No lo sabía. No era estadounidense en esa época.

Él miró atrás e inmediatamente me cubrí la cara.

—No pasa nada —me aseguró—. Vuelves a ser normal.

Me incliné sobre una zona despejada de la mesa de cristal para ver mi reflejo.

—Es el hambre —dijo él mientras recogía la habitación—. Cuanto peor es, peor aspecto se te pone. Lo mismo sucede con la furia, el dolor y el miedo. Es algo muy animal.

No podía entender cómo alguien podía mostrarse tan despreocupado ante el hecho de que su cabeza se metamorfoseara en un efecto especial propio de Ray Harryhausen en *Jason y los argonautas*.

—Lo que más asusta es que empeora con la edad. A algunos de los vampiros muy viejos incluso les salen cuernos o pies hendidos cuando cambian. Pero puedes controlarlo con la práctica. Simplemente tienes que calmarte, encontrar tu centro, todo ese rollo de la filosofía *New Age*. Es muy *Zen* —me quitó la taza vacía de las manos y fue hacia la pila de la cocina.

«¿Ese rollo de la filosofía *New Age*?». ¿Y eso lo decía un tipo que tenía una tienda de hechicería?

—Bueno, ¿y si me cuentas qué ha pasado esta noche? —Se le oyó decir por encima del sonido del agua corriendo.

—¿No podemos empezar hablando del tiempo?

—No.

—No ha sido nada, en realidad —dije intentando quitarle importancia.

—Cuando no sucede nada, la gente no suele terminar apuñalada —entró y se sentó a mi lado en el sofá. Su aroma me hizo plantearme seriamente si apoyarme o no sobre él e inhalar profundamente.

«Tengo que salir más».

—Necesitaba sangre.

—No le has hecho daño a nadie, ¿verdad?

—Bueno, aunque lo hubiera hecho, ¿te parece que gané la pelea?

Pareció aliviado al ver que no iba a tener que cortarme la cabeza.

—Seguí a una chica hasta un club del centro de la ciudad. Uno de esos... clubes góticos —bajé la voz, como si «gótico» fuera una palabra sucia.

—¿El Club Cite? —preguntó y asentí—. Pues es peligroso. Los clubes como ése están llenos de toda clase de indeseables. Gente que cree que es vampiro, que quiere ser vampiro y cazadores de vampiros. Cazadores aficionados, pero con suficiente conocimiento como para matarte, aunque sea por un accidente fortuito.

—Eso lo sé ahora —dije con tono amargo, al recordar el sabor metálico de la sangre de Dahlia en mi boca. Respiré hondo—. Conocí a una chica. Me dijo que me dejaría... beber su sangre. Le pagué.

Nathan suspiró y sacudió la cabeza mientras levantaba una libreta que había sobre la mesa.

—¿Cómo se llamaba?

—Dahlia —miré por encima de su hombro mientras pasaba las páginas. Había diagramas y notas en los márgenes. Un clip sujetaba una Polaroid en la parte alta de una página. Me dio la foto.

—¿Es ella?

Miré la foto. La mujer sí que se parecía a Dahlia, pero una peluca negra a lo Betty Page, ondulado en las puntas y con flequillo, cubría sus rizos pelirrojos. Los ojos eran los mismos; una mirada dura y loca. Me pregunté cómo no me había fijado en eso antes. Le dije que era ella y le devolví la foto.

Él se levantó, maldijo y la tiró sobre la mesa. Me encogí, sorprendida ante su repentina vehemencia.

—¡Te dije que vinieras aquí si necesitabas sangre! ¿Por qué no has venido? —gritó.

—¡Vine! ¡No estabas en casa!

—¡Deberías haber esperado! —Me miró y se preparó para mi próxima respuesta.

Alzar la voz me había calmado considerablemente. Cuando no respondí, maldijo, se dio la vuelta y se pasó una mano por el pelo.

—¿Has terminado? —le pregunté.

—Sí, maldita sea, aunque deberías haber esperado.

—Tal vez. Pero no pensaba con claridad —levanté la fotografía—. ¿La conoces?

—¿A quién?

Volteé los ojos y le acerqué la fotografía.

—A Dahlia.

Cuando se sentó a mi lado, pareció ocupar más parte del sillón que antes. No quería darle la impresión de que estaba intentando acercarme a él intencionadamente, y por eso me moví hacia el brazo.

—La conozco —dijo mientras hojeaba la libreta—. Es una bruja muy poderosa.

—¿Una bruja? —Me reí.

Nathan se quedó mirándome furioso antes de volver a centrar su atención en la libreta. Al observarlo, me di cuenta de por qué me había quedado tan decepcionada al enterarme de que no tenía cientos de años. Todo en él parecía anacrónico, como si hubiera salido de la Edad Media para plantarse en el presente. Estaría menos fuera de lugar en un campo de batalla y cubierto de sangre que sentado en un sofá de segunda mano en un apartamento lleno de libros viejos. Me lo imaginé en la batalla, con expresión adusta y decidida, sus fuertes brazos blandiendo una espada con ambas manos, sus musculosos muslos...

—¿Ves algo que te guste? —Su voz me sacó de mis lujuriosas imaginaciones históricas y Nathan esbozó esa sonrisa de arrogancia que muestran todos los hombres cuando alguien ha acariciado su ego.

—Lo siento, estaba en la luna —aunque ni yo misma me creía esa débil excusa y por eso rápidamente cambié de tema—. ¿Por qué crees que me ha atacado?

—No tengo ni idea. Lleva años intentando unirse a otros vampiros de la zona sin mucho éxito. No es alguien con quien se pueda jugar. Tiene mucho poder.

Su seria expresión aumentó mi cada vez mayor inquietud. No sabía lo poderosa que era Dahlia en realidad, pero ya había sido lo suficientemente violenta y peligrosa sin la ayuda de ningún hechizo o truco.

—Estaba muy cabreada conmigo por haber tomado la sangre de Cyrus. ¿Crees que... ya sabes... que está con él? ¿O que simplemente está como una cabra?

—Hace mucho tiempo que conozco a Cyrus. Le gusta la gente que es fácil de manipular y no hay duda de que ella tiene poderes que él podría explotar —frunció el ceño mientras pensaba en lo que había dicho—. Pero no creo que la convierta. No es tan estúpido.

—Dijo que no era el momento, o que él había dicho que no era el momento —levanté los brazos en un gesto de frustración—. Entonces, ¿qué hacemos con ella? —Nerviosa, miré hacia la ventana—. ¿Puedes matarla? ¿O está prohibido por eso de que no podéis matar humanos?

—Prohibido —respondió automáticamente—. Además, no tengo ningún motivo para matarla. La vigilo, claro, pero casi todos los cazavampiros de por aquí lo hacen. La he visto por ahí, pero los vampiros con los que la he visto normalmente desaparecen al cabo de un tiempo. Con tal de que no la conviertan, no me importa a

donde vayan.

—¡Los mata! —dijo triunfante levantando un dedo—. Dijo que ya había matado a otros Iniciados de Cyrus antes, así que tienes que poder...

—No, Carrie, el objetivo del Movimiento es librar al mundo de los vampiros, y la verdad es que ella está haciéndonos un favor —desvió la mirada—. Pero lo que me preocupa es oír que él ha estado creando Iniciados cuya existencia desconocíamos. Si Dahlia fuera una vampira... pero no creo que Cyrus sea tan estúpido de convertirla.

—Fue lo suficientemente estúpido como para convertirme a mí.

—Sí, pero tú no eres una bruja —dijo con tono condescendiente—. La sangre de un vampiro es muy poderosa. Combina eso con las habilidades de una bruja y tendrás conjuros para levantar a los muertos, para reunir ejércitos desde el infierno, etcétera. Pero creo que sería mejor dar por hecho que Dahlia quiere convertirse en uno de nosotros por su propio bien. ¿Hay algo más que dijera que pueda darnos alguna pista de por qué fue a por ti concretamente?

Pensé, pero la noche estaba borrosa en mi cabeza.

—Sólo mis vínculos con Cyrus.

Miró a su alrededor, como si la respuesta estuviera acuita en las estanterías cargadas de libros.

—Bueno, si cree que estás muerta, por lo menos no vendrá a buscarte. Eso ya es algo.

Se me encogió el estómago al recordar que todo lo que llevaba en el bolso se había caído sobre el sucio suelo de la casa de donantes.

—Tiene toda mi documentación. Me dejé el bolso.

Nathan frunció el ceño.

—Bueno, pues has sido muy descuidada.

—Sí, claro, ¡tendría que haber vuelto a por él después de que me apuñalara! —le respondí bruscamente. Pero estaba demasiado cansada como para seguir con el sarcasmo—. ¿Qué voy a hacer ahora?

Fue a la ventana y bajó las persianas.

—Pronto amanecerá. No creo que puedas llegar a casa antes del alba y preferiría que te quedaras donde pueda protegerte. ¿Por qué no te quedas aquí hasta que anochezca?

Miré a mi alrededor. Había un cerrojo en la puerta; algo a años luz de un edificio con un vigilante nocturno en cuanto a seguridad. Sobre todo desde que una bruja loca iba a por mí.

Él clavó los ojos en la puerta, y después volvió a mirarme.

—Te juro que no te pasará nada siempre que estés aquí.

Como si eso sirviera para reconfortarme, se levantó y abrió la puerta del armario, dejando ver un impresionante despliegue de armas con aspecto medieval.

—Esto es mejor que un vigilante —dije impresionada.

Nathan me sugirió que ocupara su cama.

—Yo voy a esperar a Ziggy, para asegurarme de que llega bien.

Mirando al sofá, vi que no debía discutirlo. No parecía cómodo y, teniendo en cuenta que allí vivían dos hombres, tampoco muy limpio. Eso no lo mencioné.

—Cuidas de él, ¿verdad?

—¿De Ziggy? —pronunció el nombre con verdadero afecto paternal—. Sí, bueno, no tiene a nadie más.

—Y tú tampoco.

Había pronunciado esas palabras sin pensar, pero su impacto fue visible. La ligera sonrisa de Nathan se desvaneció. Vi una chispa de dolor en sus ojos antes de que la máscara carente de emociones volviera a su lugar y él volviera a ser el hombre educado que se mantenía a cierta distancia de mí.

No sabía por qué eso me había molestado, pero lo hizo.

—Escucha, has pasado una noche muy mala y esas heridas no van a curarse sin un poco de descanso —señaló hacia el pasillo—. La habitación está al fondo.

Reconocía un rechazo cuando oía uno. Estaba a medio camino cuando volvió a hablar.

—Hay camisetas en el último cajón de la cómoda. Puedes ponerte una, si quieres.

Automáticamente me dirigí a la cómoda. Acababa de conocer a Nathan y pasar la noche en su cama ya era algo bastante íntimo. Lo último que necesitaba era ponerme su ropa, pero la idea de dormir desnuda tampoco me atraía. Me desnudé, estremeciéndome por el dolor que me recorrió al moverme. Cuando me metí en la cama, dejé escapar un agonizante silbido.

Unas fuertes pisadas recorrieron el pasillo y al instante Nathan entró en el dormitorio.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo para el dolor?

Su reacción inmediata a un sonido que no pensaba que hubiera oído me inquietó. Como también lo hizo la sincera preocupación que reflejaba su rostro. No me dio oportunidad de responderle. Con una velocidad que me sorprendió, se marchó y volvió a aparecer con una gran caja de metal. Sentado en la cama, puso la caja sobre su regazo y la abrió.

—Bueno, ¿qué quieres? Tenemos morfina, meperidina, Vicodin... tengo anestésico local, pero eso preferiría evitarlo —mientras seguía diciendo nombres de medicamentos, eché un vistazo. El botiquín de ese hombre estaba mejor abastecido que los botiquines de Urgencias, pero estaba casi segura de que no obtenía el material de manera legal.

—¿Cómo has conseguido todo esto?

—Conexiones con el Movimiento —sacó un bote de píldoras y leyó la etiqueta.

—Creía que todos buscabais la extinción de vuestra especie —saqué una jeringuilla y el vial de meperidina—. Esto me hará dormir. ¿Tienes un torniquete?

Me dio una banda elástica de látex.

—Las reglas dicen que no podemos salvarle la vida a un vampiro, ni siquiera a

uno de los nuestros. Si nuestras capacidades curativas no se ocupan, ahí acaba todo. Nada de lo que hay aquí va a salvarme si estoy mal, pero no hay una regla que no permita que estés cómodo durante tus últimas horas. ¿Necesitas que te eche una mano?

Tenía el torniquete entre los dientes e intenté enroscármelo alrededor del brazo como había visto hacer en la película *Trainspotting*. Había puesto tantas intravenosas en mi vida que debería haber sido pan comido, pero hacérmelo a mí misma no era tan sencillo como parecía. Cuando negué con la cabeza, la goma estirada se me escapó de los labios golpeándome en la cara.

—Trae, déjame —dijo riéndose mientras ataba el torniquete y le daba unos golpecitos a la gruesa vena que apareció en la cara interna de mi brazo—. Parece un buen sitio.

Vi cómo llenaba la jeringuilla. Estaba claro que no era la primera inyección que ponía.

—¿El Movimiento te enseñó a hacerlo?

Le dio unos toquitos con los dedos para llevar las burbujas de aire hacia la aguja.

—Lo aprendí en alguna parte. Ahora, quédate quieta.

Sentí la aguja adentrarse en mi brazo sin esterilizar y recordé lo que había leído en *El Sanguinari* sobre la enfermedad: «Los fluidos que disfrutan causando enfermedad y muerte no tocarán al vampiro. No se verá afectado por las plagas de Pandora».

Supuse que lo mismo sucedía con los gérmenes y las bacterias de hoy en día.

La medicina escoció al entrar en mi vena, pero el tacto de Nathan era cálido y reconfortante. Aun así, centré la mirada en su rostro para evitar ver la aguja que tenía en el brazo; nunca he sido buena paciente.

—¿Entonces podemos curarnos solos de heridas graves?

—La intensidad de la gravedad viene marcada por la edad. Si alguien me hubiera hecho a mí lo que le hice a Cyrus, ahora mismo no estaría aquí sentado. Me habría curado de tu puñalada en una hora, mientras que tú has tenido suerte de no necesitar puntos. Cuando te encontré, ya habías empezado a curarte. Es una suerte que hubieras comido un poco —apoyó el pulgar sobre el lugar donde estaba la aguja y lentamente fue extrayéndola; después, sacó una tiritita—. Toma. Esto debería quitarte el dolor y ayudarte a dormir.

—¿Y yo? ¿Cuánto tardaré hasta estar completamente curada? —Esperaba que la respuesta no fueran dos meses.

—Estarás bien por la mañana —dijo mientras le ponía la tapa a la aguja.

Se la quité.

—No hagas eso. Es un peligro universal.

Él parecía estar divirtiéndose.

—¿Un qué?

—Un peligro universal. Ha estado en contacto con fluidos corporales que transmiten enfermedades que causan la muerte. Podrías clavártelo y acabar muerto. Es peligroso, y no ponerle la tapa a las agujas es una precaución para todo el mundo por igual —al darme cuenta de que estaba hablando como uno de mis antiguos profesores, me sentí avergonzada—. No puedo creer con qué facilidad he soltado todo esto.

—Ha sido muy instructivo —Nathan se rió. Tenía una risa fantástica, profunda y auténtica. Era lo mejor que había oído en todo el día—. Pero no me preocupan las enfermedades; me preocupa más una estaca en el corazón o un hacha en el cuello.

—¿Eso es todo? —bromeé—. Me habría imaginado que un tipo fornido como tú estaría preocupado por los niveles de colesterol.

De pronto, se quedó serio y, agarrándome la barbilla, me obligó a mirarlo y dijo:

—Tu corazón y tu cabeza. Pierde una de las dos y estás muerta.

«¿Cómo me matarás tú?», pensé.

—¿Y el fuego? ¿Puedes morir quemado? ¿O ahogado?

Como si le horrorizara esa conversación tan morbosa, o el hecho de haber sido él el que la había comenzado, apartó la mano.

—La respuesta breve es «sí», puedes morir de cualquier cosa que te cause más daño del que puedas curarte en una determinada cantidad de tiempo. Pero no hablemos de esto ahora. Necesitas descansar.

Quería que me contara más cosas, pero me limité a decirle agradecida:

—Gracias. No tenías por qué haber hecho todo esto.

No me miró cuando comenzó a recoger las cosas de la cama.

—Nadie ha muerto nunca por ser demasiado educado. Además, necesitas ayuda. Los próximos meses serán duros.

—No puedo imaginarme que sean peores de lo que ha sido hoy.

—Vas a tener que decirle adiós a tu familia, a tus amigos, a todo el mundo —se levantó—. Resulta solitario ser uno de nosotros.

—Yo ya no tengo familia con la que hablar. Quiero decir, mis padres están muertos y no he visto a nadie de su familia desde que era pequeña, excepto en el funeral. Me mudé aquí hace sólo ocho meses, así que no he tenido tiempo de hacer amigos —me detuve—. Bueno, excepto tú, supongo. Eres lo más cercano a un amigo que he tenido hasta el momento.

No parecía muy complacido de adoptar ese papel.

—Vas a tener que dejar tu trabajo. La gente que hay allí es demasiado vulnerable a ti.

No podía discutirle eso. Les había robado su sangre, y a eso no se le puede llamar exactamente «velar por el bienestar de un paciente». Pero pensar en dejar de ser médico era... bueno... inimaginable. Después de cuatro tediosos años de universidad y tres extenuantes años en la facultad de Medicina, por fin había recibido el premio por el que tanto había luchado. Había sacrificado mi vida personal persiguiendo ese

objetivo. Si lo dejaba escapar, no tendría nada. No estaba dispuesta a dejar que ni el destino ni nadie me arrebatara la única cosa que me quedaba que me importara.

—Ni siquiera voy a discutir eso contigo. No es asunto tuyo.

Él suspiró.

—Tienes razón. No lo es, pero ¿cómo vas a explicarles que no puedes trabajar en los turnos de día o asistir a reuniones por la mañana? ¿Cómo vas a disimular el hecho de que dentro de veinte años sigas aparentando...? ¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho.

—De que dentro de veinte años sigas aparentando veintiocho. ¿Qué vas a decirle a la gente?

—¿Botox? —pregunté bostezando. El medicamento estaba haciendo efecto—. ¿No puedo esperar y pensar en esto durante una semana? Si me uno a tu club, me dirán que deje el trabajo de todos modos, y si no, vas a matarme.

Las palabras parecieron sorprenderle, como si hubiera olvidado que aún no estaba de mi lado. Abrió la boca para hablar, pero se giró y apagó la luz.

—Duerme un poco. Ya hablaremos de esto más tarde.

Como si tuviera elección. Minutos después de que Nathan saliera del dormitorio, me quedé dormida y dormí como un tronco.

Cuando desperté, parpadeé e intenté recordar cuándo me habían dado ese pecesito de colores.

La criatura me miraba expectante desde su pequeño castillo de la pecera sobre la mesilla de noche. Una extraña sensación de soledad se hinchó bajo mis costillas. Por pequeño que era el apartamento y lo revuelto que estaba, resultaba acogedor, tenía toques cálidos que faltaban en el mío. Me imaginé volver a casa, con mis altos techos y paredes desnudas, y la idea era demasiado terrible como para contemplarla. Hundí la cara en la almohada y me eché las sábanas sobre la cabeza. Hacía tiempo que Nathan no las lavaba. Olían a él y, descaradamente, respiré hondo. Me lo imaginé tumbado desnudo donde ahora estaba tumbada yo. ¿Llevaría mujeres a casa?

No podía imaginarme al Nathan que conocía formando una relación con nadie. Sí, se preocupaba por Ziggy igual que un padre cuida a su hijo, pero el amor familiar venía con unos vínculos ya formados. Hacía únicamente una semana que lo conocía, pero no hacía falta ser un genio para deducir que «intimidad emocional» y «Nathan» no eran términos que fueran de la mano. Probablemente era un milagro incluso que tuviera un pez.

El sol no se había puesto. Ninguna señal de vida desde el salón. Renunciando a mi sudadera ensangrentada, me puse los vaqueros bajo la camiseta de Nathan y, sin hacer ruido, fui hasta el baño. Desesperada por no tener cepillo de dientes, me froté los dientes con el dedo antes de aventurarme en el resto del apartamento.

Nathan estaba tirado sobre el sillón con un libro en una mano y una ballesta cargada en la otra. Un fino hilo de baba colgaba de la comisura de su boca. Sobre el suelo, a su lado, había dos estacas de madera y el hacha con la que Ziggy me había

atacado.

—¿Esperas compañía?

Él se despertó bruscamente.

—¡No estaba durmiendo!

Salté a un lado cuando una flecha salió disparada y se clavó en la puerta.

—Por Dios, ¿te das cuenta de que podría haberte matado? —Se puso de pie—. ¿Siempre te acercas sigilosamente a la gente o sólo cuando tienen un arma mortífera en su poder?

Di un paso atrás.

—Nunca me había encontrado con una persona durmiendo que tuviera un arma.

Él estiró los brazos y bostezó. Al parecer, había dormido cuando se suponía que tenía que estar protegiéndome.

—¿Cómo van las puñaladas esta mañana? ¿Se han curado?

Me subí la camiseta y Nathan apartó la cinta adhesiva de la gasa que cubría mi ombligo para revelar una ligera cicatriz rosa.

—¡Vaya! —exclamé con la voz entrecortada y tocando la zona con el dedo. El tejido ni siquiera estaba arañado. Mi cuerpo se había curado mientras dormía—. ¿Cómo demonios he hecho eso?

—*El Sanguinarius* dice que los humores de la sangre que bebemos sustentan nuestro tejido y le confieren una potente habilidad de curación. Estoy seguro de que no es muy científico, pero es la mejor respuesta hasta el momento —se detuvo y se le ocurrió una idea—. Eres médico. Si te unes al Movimiento, tal vez podrías trabajar en un departamento de investigación.

«Si». De nuevo ese tema se había metido entre los dos, destruyendo la tregua amistosa de la mañana. Nos quedamos de pie mirándonos el uno al otro como enemigos potenciales en lugar de como un anfitrión y su invitada.

El sonido de alguien llamando a la puerta rompió el incómodo silencio. Nathan agarró una de las estacas y me indicó que me quedara atrás. Justo cuando estaba alargando la mano hacia el pomo de la puerta, ésta se abrió de golpe.

Nathan arremetió, enganchó al intruso y lo tiró al suelo. Levantó el brazo dispuesto a clavar la estaca en el corazón del hombre.

—¡Eh! —gritó el intruso, que rodó sobre el suelo y escapó de Nathan.

Ziggy se levantó y se sacudió la ropa. Se atusó su largo y grasiento pelo y me miró.

—Lo siento, Nate, no sabía que tenías compañía.

Nathan gritó a su pupilo sin contener la furia.

—¿Dónde demonios estabas? —Miró hacia la puerta—. Y habría jurado que la había cerrado con llave.

—Menuda protección —dije. La mirada de advertencia de Nathan evitó que siguiera diciendo más.

—He estado por ahí —dijo Ziggy, respondiendo a la primera pregunta de Nathan

a la vez que se encogía de hombros—. He dormido en la furgoneta y he ido a clase esta mañana. He venido sólo para donar, después tengo una clase de Historia del Arte por la noche. Bueno, ¿qué pasa con ella? ¿Es tu nueva chica o algo así?

—¿Nueva chica? ¿Qué le pasó a la antigua? —le pregunté a Nathan enarcando una ceja. A él no le hizo gracia.

—Hace tiempo que no hay una «antigua».

No podía imaginarme a alguien con el aspecto de Nathan llevar tiempo sin tener una cita. Pero claro, la mayoría de las mujeres que yo conocía, las enfermeras a las que oía cotillear en la sala de descanso, no buscaban a vampiros como parejas potenciales.

Nathan colgó el pesado abrigo que Ziggy había dejado tirado en el suelo.

—No me gusta que salgas toda la noche, sobre todo con Cyrus en la ciudad. Y has olvidado usar la llamada especial en la puerta. Podría haberte matado.

—Ésa es una frase que parece estar usando mucho hoy —interpuse, pero Nathan me ignoró.

Ziggy fue directo a la cocina, con Nathan y conmigo detrás de él. Sacó de la nevera un bote de refresco con una Z escrita con rotulador y se la bebió de un trago. Se secó la boca con la manga y tosió.

—Una vez, dos y después una más.

—Sí, lo sé. Lo he hecho. Y aun así te has puesto en plan Rambo conmigo.

—Has llamado cuatro veces —dijo Nathan—. No es lo mismo.

Mientras Ziggy se bebía otro refresco, Nathan sacó del armario unos paquetes esterilizados de jeringas y agujas.

El joven olfateó al aire y puso mala cara.

—Mierda, Nate, apestas.

Furtivamente, me acerqué un poco a Nathan. Sí que olía un poco como las sábanas, pero a mí me había parecido un olor sexy. Esas feromonas...

Nathan se mostró algo ofendido, pero su expresión rápidamente cambió.

—Valoraría mucho más tu comentario si no acabaras de admitir que has dormido en esa vieja furgoneta con olor a rancio que tienes —le dio a Ziggy el material médico—. Si tienes algún problema, Carrie es médico.

Ziggy palideció mientras nos miraba a los dos.

—Ah, sí, claro, un vampiro nuevo y el Ziggy fresco y de carne tierna a su lado. Como que voy a dejar que se me acerque cuando tengo una vena abierta.

Volteé los ojos. Ni le estrecharía la mano a una persona con el aspecto de Ziggy, así que mucho menos le chuparía la sangre.

—Estás totalmente a salvo. Te lo aseguro.

Nathan fue hacia el baño.

—He pagado un litro, así que quiero un litro.

—¡Un litro! —exclamé cuando la puerta del baño se cerró—. ¡No puedes darle un litro de tu sangre!

Ziggy se acomodó en una silla y se ató una banda de goma alrededor del brazo, de una forma parecida a lo que yo había intentado la noche antes. Tenía, tal vez, demasiado dominio.

—Claro que puedo. Por si te entra el hambre, que sepas que en el bolsillo tengo una estaca con tu nombre puesto —hizo unos intentos de prueba con la aguja, aunque en ninguno acertó con la vena. Yo no sabía qué decir. Me sentía insultada por el hecho de que me hubiera dicho que era una especie de animal salvaje e incontrolable.

—Dame, te estás convirtiendo en una almohadilla para los alfileres.

Le quité la aguja y la deslicé suavemente dentro de la única vena intacta que logré encontrar.

—¿Heroína? —le pregunté a la vez que le lanzaba una mirada de desaprobación ante las marcas en las muñecas y el dorso de las manos.

—Eso a ti no te importa, doctora, pero no. Soy el donante más limpio de la ciudad y Nate no es mi único cliente.

En mi opinión, su limpieza era algo discutible. No lo dije y resistí las ganas de limpiarme las manos en los vaqueros después de tocarlo.

—Tendrías que tener más cuidado con las agujas —le dije intentando parecer lo más preocupada posible—. No puedes ir por ahí con ese brazo.

—Tomo nota.

Me dejé caer en el sofá y desvié la mirada. No me fiaba de poder seguir viendo su sangre. Oí el agua correr en la ducha y un canturreo a lo lejos.

—Entonces, ¿Nate y tú ahora sois amigos especiales o algo así? —preguntó Ziggy.

—No —respondí—, y si lo fuéramos, no creo que fuera de tu incumbencia.

Él se rió a carcajadas.

—Eh, no te ofendas. Sólo lo decía... bueno... porque llevas puesta su ropa y eso...

—Mi ropa tiene sangre.

—Escucha, no me importa. Sólo intentaba sacar un poco de conversación —se encendió un cigarrillo y al fijarse en mi expresión de puro deseo, me ofreció el paquete.

—No, gracias —dije, sabiendo que no me satisfarían—. Sería un desperdicio.

—Tú misma —dijo, tirándolos sobre la mesa—. Pero muchos vampiros fuman. No importa mucho lo que haces cuando ya estás muerto. No puedes enfermar de cáncer ni nada.

—Ya, pero tampoco puedes sacar nada de él —dije con tono melancólico. El acre olor a tabaco me resultaba más agradable que el de las galletas recién horneadas.

—No es verdad —me ofreció su cigarrillo.

Lo acepté e inhalé para probar. Tenía razón.

—Es la sangre —dijo él—. La sangre lo rige todo.

Le devolví el cigarrillo.

—Pero antes no me sirvió de nada.

—Porque estabas muriéndote por beber sangre —explicó, apretándose el brazo en el punto donde antes había estado la aguja. Yo me aclaré la voz ruidosamente y él apartó la mano con una sonrisa—. Es como si estuvieras muriéndote por no comer tarta de chocolate y no dejaras de comer espaguetis. Los espaguetis no te saciarían, ¿sabes?

Ni siquiera había sabido que los vampiros existían hasta que de pronto me convertí en uno y ahora un listillo estaba diciéndome, a mí, a un médico, los pormenores de mi nueva fisiología.

La bolsa se llenó y empezó con otra.

Yo le pregunté, señalando a la primera:

—¿Quieres que la meta en la nevera?

Él asintió.

—Bueno, ¿y desde cuándo eres médico?

—Menos de un año —vacilé—. Pero no estoy segura de que vaya a seguir siéndolo mucho más. Por esto de los vampiros. Después de haber trabajado tanto para conseguirlo... No puedo creerme que haya terminado.

—Menuda mierda —sonó como si de verdad estuviera mostrando comprensión hacia mí.

El sonido del agua dejó de oírse y por un instante mi mente se dividió para ver una imagen de Nathan saliendo de la ducha. Intenté, en vano, que esa imagen abandonara mis pensamientos.

Un fuerte golpe, seguido inmediatamente de un grito y de un ruido sordo, me devolvió a la realidad. Por un momento, pensé que Nathan se había caído en la ducha. Después me fijé en el ladrillo que rodaba por el suelo. La ventana de detrás del sillón estaba rota. El sol entraba y Ziggy cayó al suelo, inconsciente.

Nathan salió del baño a toda prisa con una toalla alrededor de la cintura. Corrió al lado de Ziggy y, desesperadamente, le tomó el pulso.

—¿Qué ha pasado? —gritó mirando la forma sin vida de Ziggy y después a mí.

Intenté centrarme en la urgencia que teníamos, pero era difícil ignorar que delante de mí tenía a un hombre medio desnudo, a pesar de las circunstancias. Su pecho estaba bien definido y unas gotas de agua seguían aferradas a sus anchos hombros. Sentí el calor subirme a la cara mientras me imaginaba aferrada a esos fuertes brazos y deslizando las uñas sobre su espalda.

Unos gritos procedentes de la calle me devolvieron al presente.

—¡Sal, sal, dondequiera que estés!

Reconocía esa voz.

—¡Sé que estás ahí! ¡Y Cyrus también lo sabe! ¡Si yo fuera tú, bajaría aquí y me quemaría antes de que él te atrape! —Se rió a carcajadas. Era el mismo sonido de locura que había emitido Dahlia la noche anterior.

—¿Nathan? —susurré, paralizada por el miedo.

Ziggy intentó ponerse de pie. En cuanto se incorporó, volvió a caer al suelo y se golpeó la cabeza.

—¿Qué demonios ha pasado? —Miró a su alrededor con unos ojos apenas abiertos. Levantó una mano, brillante de sangre, y me pidió desesperadamente que lo ayudara—. No sé por dónde está sangrando.

—¡Oh, mierda! —Los ojos de Ziggy se abrieron de par en par ante la sangre en la mano de Nathan. Intentó ponerse de pie. Las persianas de la ventana prácticamente se habían descolgado por la forma bestial en que había impactado el ladrillo. Unas cuantas franjas de luz salpicaban la habitación. Ziggy tuvo la preocupación de evitar que esos rayos de luz llegaran a Nathan.

Cuando capté el olor de la sangre, comprendí su reacción. Sentí los músculos y los tendones de mi cara tensarse y mis colmillos comenzaron a descender dolorosamente.

—¡Ahora no, Carrie! —gritó Nathan.

Su brusco tono me sorprendió, y mi transformación se detuvo en ese instante. Ziggy nos miró a los dos, como intentando calcular cuál sería la mejor vía de escape. Nathan se acercó a él cuidadosamente.

—Recuerda con quién estás hablando, Ziggy. Yo jamás te haría daño. Sé que no eres comida.

Dahlia seguía en la calle, pero parecía estar quedándose sin fuerzas.

—¿Estás esperando a que se ponga el sol para salir y patearme el trasero? Para entonces ya tendré mucho apoyo.

—¡Lárgate de aquí, Dahlia, o no me responsabilizo de mis actos! —bramó Nathan.

—Oh, estoy tan asustada —gritó ella—. ¿Qué vas a hacer, librero? ¿Leerme hasta que me muera? Me marchó. Sólo tenía que traeros este mensaje.

—¿Qué mensaje? —preguntó Nathan.

Justo entonces, la persiana se desprendió por completo de la ventana y la habitación se llenó de luz. Nathan maldijo y se tiró al suelo. Mis reflejos no fueron tan buenos.

Las palabras no pueden describir con exactitud lo que es que el sol toque la piel de un vampiro. Las peores quemaduras producidas por el sol no podrían compararse al ardiente dolor que me atravesó. Mi piel burbujeó hasta prenderse fuego ahí donde la luz entraba en contacto con ella. Mi camiseta se prendió por la piel y extendió las llamas por todo mi torso. Lo único en lo que podía pensar era en que olía a perrito caliente. Nathan dio un salto y me agarró, aplacando las llamas mientras caíamos al suelo.

Ziggy agarró la manta que había en el respaldo del sofá y la colocó sobre la ventana.

—¿Estás bien? —me preguntó Nathan; su rostro estaba a escasos centímetros del mío.

—Estoy bien —susurré, incapaz de respirar—. Excepto por las quemaduras de tercer grado.

Nathan se rió con el comentario. No parecía tener mucha prisa de moverse y a pesar del hecho de que no podía respirar, no me importó. Hasta que recordé que Ziggy tenía una herida abierta en la cabeza.

—Y no puedo respirar. ¿Puedes dejar que me levante? —le pregunté moviéndome bajo él. Algo demasiado tarde me di cuenta del efecto que mis contoneos podían tener en un hombre medio desnudo.

Cuando se apartó y se apretó más la toalla, parecía avergonzado.

Mientras Nathan atendía a Ziggy, me senté y con cautela examiné las quemaduras que tenía por brazos y piernas. La piel estaba ennegrecida. Cuando me aventuré a tocar, se me cayó, dejando ver carne tierna y nueva debajo.

—¿Por qué no me he desintegrado?

—Porque te he salvado con mis habilidades para colocar la manta —respondió Ziggy.

Nathan emitió un sonido. No supe si era de enfado ante el comentario de Ziggy o de preocupación por la brecha que tenía en la cabeza.

—Va a haber que cosértela —le dijo con un suspiro de resignación mientras examinaba la herida.

—Yo puedo hacerlo —me ofrecí, pero Nathan sacudió la cabeza.

—No tengo el material a mano y tú no tienes suficiente control todavía como para estar rodeada de mucha sangre —se volvió hacia Ziggy—. Será más seguro si vas al hospital. ¿Te importa?

—Es mejor que quedarme aquí. Esto es como nadar en una piscina llena de tiburones.

Nathan fue a su habitación. Volvió con unos pantalones puestos y dinero en metálico en la mano.

—Toma —le ordenó—. Ve directo a Urgencias.

Ziggy se metió el dinero en la cazadora.

—¿Adónde, si no, voy a ir? ¿A Denny's?

—Conociéndote, cualquier cosa es posible. Pero no estoy de broma —le advirtió—. Mantente alejado de la calle esta noche. Te quiero antes del toque de queda.

—No hay problema —respondió Ziggy—. Seguro que me dan algún analgésico en Urgencias.

Nathan lo vio descender las escaleras, después cerró la puerta y se giró hacia mí.

—Aquí estamos otra vez. Solos tú y yo. Y no completamente vestidos.

El comentario fue tan provocador e inesperado que no supe qué responder. Me tape el pecho con los brazos para cubrir los agujeros que había hecho el fuego en la camiseta e intenté forzar una carcajada.

—Últimamente no estoy teniendo mucha suerte con las camisetas.

—Bueno, te daría otra, pero he visto lo que le has hecho a la última —su voz

sonaba cansada, pero sonrió de todos modos—. Además, me gustan las vistas.

—Si vas a ser un listillo, te ignoraré.

Estaba claro que Nathan se enfrentaba al estrés por medio del humor, así que mientras tuviera que relacionarme con él, esperaba que tuviera suficiente estrés como para provocarle una úlcera. Resultaba mucho más simpático cuando estaba haciendo uso de ese mecanismo.

La débil luz del sol que se había colado por los bordes de la manta desapareció. Si el ladrillo de Dahlia hubiera roto el cristal cinco minutos más tarde, ya habría sido de noche. Volví a mirar mi piel chamuscada. Casi se había curado.

—¿Por qué ha pasado esto? —le pregunté.

—¿No has visto ninguna película de vampiros? —me preguntó Nathan.

—Soy más fan del hombre lobo, para tu información.

—No lo sería si vieras uno.

—¿Existen los hombres lobo? —Sonreí, a pesar de todo. Siempre me había gustado la idea de chicos salvajes que se comportaban como animales en la cama. Y no es que yo hubiera experimentado algo así, pero una chica tiene derecho a soñar.

Con un profundo suspiro, Nathan estiró las piernas.

—¿Por qué será que las mujeres los encontráis tan atractivos? ¿Acaso os pone quitar garrapatas?

—En ningún momento he dicho que me sienta atraída por ellos. Sólo he dicho que los prefería antes que, bueno, a unas sanguijuelas humanas, por ejemplo —vi el paquete de cigarrillos de Ziggy, que seguía en el suelo, y saqué uno—. De todos modos, ¿por qué ahora? Casi han pasado dos meses desde el ataque y he estado en el sol desde entonces.

Nathan me acercó un cenicero.

—Porque aún no habías bebido sangre. Tal vez antes hubieras sido algo sensible, pero después de comer, la sensibilidad se vuelve letal. Está en *El Sanguinarius*.

—Sí, pero aún no lo he terminado —confesé—. Aunque tiene sentido. Después de que empezara a... alimentarme, la luz artificial no me molesta tanto como antes.

—Estabas recorriendo un largo proceso hasta convertirte en vampiro. Una vez que dejaste de negar el hambre, el Cambio se completó —me quitó los cigarrillos—. ¿Son de Ziggy?

Mordiéndome el labio, pensé en la respuesta a esa pregunta. No quería que Ziggy se metiera en problemas, así que decidí que lo mejor sería provocar en él la culpabilidad paterna.

—No deberías dejarlo fumar. No es bueno para él.

Nathan sacó uno y se lo encendió, otra sorpresa más.

—Lo sé. Estas cosas te matan.

—Ja, ja —volteé los ojos—. Puedes bromear con ello porque tu función pulmonar no se verá tan seriamente comprometida dentro de veinte años.

—No creo todo ese rollo que dicen por televisión. Fumé cuando era mucho más

joven que Ziggy y nunca me hizo daño.

—Sí, porque no viviste lo suficiente para sufrir un enfisema o padecer cáncer — por primera vez, me di cuenta de lo grande que era el vacío en nuestra edad. La gente de su generación no se había preocupado por los componentes cancerígenos, el alquitrán o la adicción a la nicotina. Tenía un siglo de edad. Probablemente le preocupaba más el peligro que suponía que las mujeres llevaran pantalones.

Me observó con una sonrisa de diversión en la cara y me sentí desnuda, aunque no por los agujeros de la camiseta.

—¿Te importa?

Fue hacia el dormitorio y, cuando volvió, me lanzó una camiseta de forma juguetona.

Tropezó y dio un grito de sorpresa. Se agachó y recogió algo del suelo. Era el ladrillo que Dahlia había arrojado, y tenía un papel atado a él.

—¿Lo habías visto? —preguntó Nathan, dejándose caer en la silla para curarse su dolorido dedo del pie.

Sacudí la cabeza.

—Debe de ser el mensaje del que estaba hablando.

Mientras leía el papel, sus ojos se iluminaron, alarmados. Alargó la mano y agarró el papel.

Mariquita, mariquita, vuela de tu casa. Tu casa está en llamas...

—Nathan, ¡toda mi vida está en ese apartamento!

—Por no hablar de *El Sanguinarius* —abrió la puerta del armario, sacó su abrigo de cuero y se lo echó sobre sus hombros desnudos.

—¿No me darías la única copia, verdad? —Imaginé que tendría los ojos saliéndome de la cabeza mientras le hablaba.

—No, pero es la única copia que tengo yo. Lo último que necesito es que algún bombero la encuentre y la enseñe. Además, no sabemos si es Dahlia la que está vengándose o si está siguiendo las órdenes de Cyrus. Tal vez él haya mandado a sus seguidores que monten guardia por si regresas a casa, y si es así, yo puedo librarme de ellos.

—No creo que Dahlia fuera a hacer nada que me acercara a Cyrus, ni siquiera aunque él se lo ordenara. Está claro que no me quiere a su lado —me fijé en que, mientras hablaba, Nathan había estado guardándose estacas en los bolsillos y me dio una a mí—. ¿Planeando una excursión?

—Así es.

—¿Adónde?

—A tu apartamento —se giró hacia todo su arsenal y se ató una pistolera a su pantorrilla antes de meter dentro otra estaca.

Esperé mientras sacaba el hacha de Ziggy.

—Em... ¿vas a darme algo para que yo también me proteja?

—Tienes razón —con una sonrisa avergonzada, fue hacia el pasillo. Cuando

volvió, llevaba algo en la mano—. Lo siento, no sé dónde tengo la cabeza.

Fruncí el ceño al ver un teléfono móvil.

—¿Es esto alguna especie de artilugio al estilo James Bond que lanza bolas de fuego o pulveriza ácido?

—No exactamente —pulsó un botón haciendo que la pantalla se iluminara—. Pero tiene marcación automática al busca de Ziggy. Si tienes algún problema, llámalo.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué? Ziggy está en el hospital y le dijiste que no saliera a la calle.

Quería que se enfadara con mis protestas, pero se quedó perfectamente tranquilo mientras se preparaba para la batalla.

—Ziggy está mejor preparado para ocuparse de una emergencia de lo que estás tú. Confío en que te mantenga a salvo. Además, hay muchas armas en el armario que puedes usar, y dudo que Dahlia vuelva.

No podía creerme lo que estaba oyendo.

—Eh, ¿es mi apartamento el que está quemándose! Voy contigo.

—No —Nathan sacudió la cabeza con gesto categórico—. Demasiado peligroso.

—Demasiado peli... —dije furiosa—. ¡Pero si se supone que quieres verme muerta! Demonios, si eres tan fiel al Movimiento deberías estar metiendo vampiros en edificios ardiendo.

—No vamos a discutir esto. Tú no sabes cómo luchar y no serás más que una distracción para mí —cuando abrí la boca para hablar, alzó una mano—. Me voy. Si quieres llegar viva a mañana, te quedarás aquí.

Con el hacha en la mano, salió corriendo y dio un portazo tan fuerte que las paredes retumbaron.

—Bueno... ¡que te den! —grité, dándole una patada a uno de los cojines del sofá.

¡Cómo se atrevía! Como si yo fuera alguien incapaz de cuidar de mi apartamento aunque probablemente estuviera en llamas. ¿Y qué quería decir con que sería una distracción? ¿Creía que iba a insinuarle, a hacerle preguntas con respuestas exageradamente evidentes mientras me atusaba el pelo y lo miraba con una insípida expresión?

Cretino.

Tiré el teléfono encima de la mesa y se deslizó sobre la tapa de cristal para acabar chocando contra unas libretas apiladas. Unos papeles cayeron al suelo. Me arrodillé. Fui recogéndolos de uno en uno y cuando volví a dejarlos sobre la mesa, me fijé en que la página de arriba era un mapa impreso sacado de Internet; un mapa del barrio rico que había en el lado este de la ciudad, y tenía una gran X roja dibujada con rotulador.

Eso sí que era interesante. Dejé el papel a un lado para examinar el que había debajo. Era un fax con fecha de tres días antes al ataque que sufrí de John Doe. Enviado de parte de MVEM a N. Galbraith, la carta contenía una sola dirección. La

misma que la del mapa.

—Pensé que su apellido era Grant —murmuré para mí.

Estaba a punto de pasar a la siguiente página cuando sonó el teléfono móvil.

—Nate, soy yo. Estoy metido en esta sala de Urgencias. Me han puesto en una salita rodeada por una cortina y no han vuelto desde entonces. Creo que están llamando a la policía.

Interrumpí a Ziggy cuando se detuvo para tomar aire.

—Nathan no está aquí. Dahlia le ha prendido fuego a mi apartamento y ha ido a echar un vistazo.

—¿Y te ha dejado ahí? —Parecía tan sorprendido como lo estaba yo.

—Piensa que no sé defenderme sola —miré la mesa del ordenador que estaba en una esquina—. Escucha, ha llegado un fax después de que se fuera. ¿Del MVEM? ¿Es eso el Movimiento?

Sus palabras cuando maldijo resonaron por la línea y sin duda también por todas las salas donde se encontraba.

—Sí. Son ellos. Me pregunto qué querrán.

—No lo he leído —dije, soltando una mentira.

—Seguro que es otra orden de ejecución —carraspeó—. Pégala en la nevera. Es el primer lugar al que va después de luchar.

—Gracias, Ziggy —me mordí el labio—. ¿Cuándo llegó exactamente la orden de ejecutar a Cyrus?

—¿La original? No lo sé, ya tiene como cuarenta. Eh, alguien viene a sacarme sangre y no les está haciendo mucha gracia verme con el teléfono así que...

—Me refiero a la última —prácticamente le grité—. ¿Cuándo llegó?

—¿Por qué? —De pronto el tono de Ziggy se volvió desconfiado—. Tal vez deberías preguntárselo a Nathan cuando vuelva. Yo tengo que...

—¡Ziggy, espera!

Se cortó la comunicación. Frustrada, tiré el teléfono al suelo. Era demasiada coincidencia; ésa fue la conclusión a la que llegué mientras miraba el mapa. Tres días. ¿Qué posibilidades había de que hubiera recibido ese mensaje sobre un vampiro distinto tres días antes de haber atacado a Cyrus?

Pasé una página. Y ahí estaba mi respuesta; en blanco y negro.

De: MVEM

A: N. Galbraith

Asunto: Case #372—96 Parte 9Y

Orden de ejecución: Simon Seymour, también conocido como Simon Kerrick, también conocido como Cyrus Kerrick, por Crímenes contra la Humanidad.

Ueno. Ahí estaba.

Miré a la puerta y me pregunté cuánto tiempo estaría fuera Nathan. Pero ¿de verdad le importaba si volvía y veía que no estaba?

Al recordar su condescendencia de antes, decidí que definitivamente no le

importaría. No era asunto suyo y sólo me quedaban unos días antes de tomar una decisión con respecto al Movimiento. Por mucho que me hubiera ayudado, no era su sangre la que fluía por mis venas.

Sentí un repentino dolor al pensar en Cyrus y me pregunté si sería un síntoma del lazo de sangre. Y si lo era, ¿ese extraño vínculo me protegería de más daño de manos de mi Creador?

Sin permitirme sumirme en el miedo, me metí el mapa en el bolsillo y llamé al trabajo para decir que no iría. Cuando colgué, una leve sensación de vacío me embargó, al darme cuenta de que tal vez no regresara al hospital. Me obligué al no pensar en ello y abrí el armario.

Aunque tenía muchas armas a mi disposición, elegí una estaca; lo más pequeño y fácil de ocultar de todo el arsenal.

Además, sabía lo que hacer con una estaca. Esa cosa que era como una bola de pinchos pegada a un palo parecía bastante más complicada de usar, aunque una estaca no me protegería de Dahlia, si es que seguía esperándome. Pero Nathan era un cazavampiros, no un cazabrujas. Supongo que, llegado el momento, podía zambullirla en agua y hacer que se deshiciera como en *El mago de Oz*.

Estuve a punto de dejarle una nota a Nathan, pero decidí no hacerlo. Me di cuenta de que no había nada que pudiera escribirle que no pareciera como si estuviera dándole la espalda a toda la ayuda que me había dado. No había modo de suavizar la verdad.

A pesar de lo considerado y útil que había sido, había algunas preguntas que Nathan no podía responder. Para ello, tendría que enfrentarme a mi miedo igual que había hecho aquella noche en la morgue.

Tenía que encontrarme con mi Creador.

Capítulo 6

John Doe

El día no había sido cálido. El aire del crepúsculo fue lo suficientemente frío como para robarme el aliento.

Había encontrado el abrigo de lana colgando del toallero en el cuarto de baño. Al parecer, Nathan le había limpiado la sangre. Pero no me protegió del frío mientras caminaba los kilómetros que me separaban de la casa de Nathan a la dirección del papel. Estar muerto tenía unas serias desventajas, como la de adaptarte a la temperatura del lugar, independientemente de cuál fuera.

Mientras que mi coche estaba en la acera de la librería, las llaves probablemente seguían en el suelo fuera de la casa de Donantes, y de ningún modo iba a volver ahí. Prefería andar.

Conocía el elegante barrio. Cuando llegué a la ciudad, solía conducir por las sinuosas calles y maravillarme ante las modernas mansiones y los *châteaux* que parecían sacados de cuentos de hadas. Parecían estar completamente fuera de lugar en la escasamente arbolada zona. Altos muros de piedra y sofisticados portones las rodeaban. Algunas tenían vallas con seguridad y cámaras que miraban a los viandantes con unos ojos fríos y vidriosos. Desde el refugio de mi coche, había soñado despierta con la gente que vivía en ellas y me había imaginado viviendo en una en un plazo de diez años. Las fantasías siempre habían incluido a un marido guapo y, por extrañamiento que parezca, sin rostro, a nuestros adorables y ambiguos hijos. Sólo una casa me había resultado la protagonista de una película de terror.

Y resultó ser la de Cyrus.

Una mansión eduardiana rodeada de césped y de un muro de piedra. El portón de hierro forjado de la entrada parecía que no se había abierto en siglos. No había ni telefonillo ni timbre. Me agarré a las barras y empujé. Las bisagras no chirriaron y el portón se abrió para invitarme a entrar.

Nunca me había sentido tan expuesta en toda mi vida mientras caminaba hacia la casa. El camino de entrada se cruzaba con otro adoquinado que se extendía por el césped y que resplandecía con un verde espectral bajo la luz de la luna. Estaba segura de que en cualquier momento soltarían a los perros. Y odiaba a los perros.

Por suerte, nadie pareció percatarse de mi presencia, ni siquiera cuando me acerqué a la puerta. A cada paso que daba iba tomando más y más confianza, hasta que estuve lo suficientemente cerca como para agarrar el pomo.

La puerta estaba abierta.

Me quedé paralizada. Había creído que nadie me había visto llegar. Al mirar por encima de mi hombro y ver la gran extensión de hierba, me di cuenta de lo estúpida que había sido al pensarlo. La luna estaba llena y la luz que proyectaba bien podía equipararse a la iluminación de un estadio. Eso sin mencionar a alguien que

probablemente estaba vigilándome por la cámara de seguridad colocada sobre el dintel. Me tragué el miedo y entré.

—¿Hola? —grité. Mi voz sonó como la de la protagonista tonta de la peli de un degollador—. La puerta está abierta.

—Lo sé.

Antes de poder girarme para localizar de dónde provenía esa voz, unos fuertes brazos me rodearon. El eco de la puerta al cerrarse de golpe fue como el del mazo de un juez.

Quienquiera que fuera el que estaba sujetándome no era un vampiro. No sé cómo lo sabía, pero lo sabía. Tal vez era el olor de su sangre o la oleada de poder que sentí al darme cuenta de que podía vencerlo fácilmente y escapar. Pero el vestíbulo estaba absolutamente oscuro y no tenía ni idea de dónde encontraría la puerta. Las habilidades curativas y los reflejos agudizados estaban muy bien y todo eso, pero lo que más deseé en ese momento fue que los vampiros también estuvieran equipados con visión nocturna. Maldije ante la absoluta injusticia.

—Al Amo no le gusta esa clase de lenguaje —me reprendió el hombre que me sujetaba.

Mi captor me lanzó con una fuerza sorprendente. Choqué contra unas puertas dobles que se abrieron con mi peso y me empujaron a la otra habitación.

Me limpié un hilo de sangre de la nariz, enferma ante las ganas de probarla. Mis ojos se adaptaron a la oscuridad y vi que la sala estaba llena de lujos. Cargada de ventanales que se extendían desde el alto techo dorado hasta el suelo de mármol donde estaba tirada. Había un fresco en la pared. No pude distinguir las figuras, pero había mucha desnudez. Era como si hubiera muerto y me hubieran enviado a una versión barroca del Infierno. Aunque, por otro lado, no lograba imaginarme a Satán con un gusto tan malo como para colgar cortinas de terciopelo rojo.

Seis hombres vestidos de negro hacían guardia alrededor de la sala, dos situados en cada puerta. El que me lanzó entró. Estaba vestido igual que los guardias.

—Vigíladla —le ordenó a los dos hombres que estaban más cerca, y todos los centinelas asintieron con la cabeza.

Cuando el que me había lanzado se marchó, me puse de pie y di unos pasos a la derecha. Las cabezas de todos los guardias se giraron ligeramente para seguirme. Di un paso a la izquierda, con los mismos resultados. Tuve un abrumador impulso de bailotear un poco para ver si ese movimiento también lo copiaban.

Justo en ese momento se abrió una puerta para dejar pasar a una figura entre sombras.

Aunque la franja de luz que se colaba distorsionaba mi visión, por el olor supe que se trataba de Dahlia. Se me hizo la boca agua al recordar su sangre.

Uno de los guardias se movió como para evitar que pasara, pero ella levantó las manos y él bajó el brazo. Fue como si a todos los centinelas los hubiera embargado el miedo. Fue tan tangible como un maremoto rompiendo contra mi cabeza. Tenían

miedo de Dahlia.

Ella cruzó la sala lentamente y agitó una mano.

—Iluminación —dijo y la luz llenó la sala.

Me obligué a no retroceder cuando se acercó.

—Buen truco. Prefiero lo de dar palmas, pero sobre gustos no hay nada escrito.

—No recuerdo dónde lo aprendí, pero es útil —respondió ella—. Aunque no tanto como los otros poderes que tengo.

Caminó formando un amplio círculo a mi alrededor.

—Así que has sobrevivido. Había pensado que aprenderías de esa lección.

Me encogí de hombros.

—Aprendo muy despacio.

—¿En serio? Entonces tal vez necesites una ayuda visual —volvió a agitar la mano y farfulló una larga orden en un idioma que no reconocía. El cuerpo sin vida de Nathan apareció en el suelo rodeado por un charco de su propia sangre.

La imagen me robó el aliento. Abrí la boca para gritar, pero no salió ningún sonido. Pero Nathan no estaba muerto. «Es sólo un truco», me dije. «No dejes que te afecte».

La visión se evaporó tan pronto como había aparecido y Dahlia se rió como una niña con un juguete nuevo.

—¿Te lo has tragado? Para ser médico, no eres muy lista.

La rodeé y sentí el cambio apoderarse de mí. Por un momento me pareció ver miedo en sus ojos, pero se mantuvo en su sitio y no emitió ni un sonido cuando la tiré al suelo. Quería arrancarle la garganta, no para alimentarme, sino simplemente para matar. Imaginarla haciéndole daño a la única persona que se había molestado en ayudarme me volvió loca de furia.

Una serie de fuertes palmadas me interrumpió antes de poder lanzar un golpe mortal. Alcé la vista y Dahlia me alejó de una patada con más fuerza de la que me habría esperado.

Cyrus venía hacia nosotras. Su cabello rubio parecía más largo, le llegaba casi al suelo. Llevaba una túnica brocada del color de la sangre y sus pies descalzos asomaban bajo ella.

Ese era el monstruo que me había convertido en vampiro, pero no se parecía a la criatura que me había atacado. Su rostro era joven y hermoso. Sólo sus ojos, distinto el uno del otro, indicaban su verdadera naturaleza. Eso, y su expresión. Parecía furioso.

—Si no quieres ser la próxima comida en mi mesa, no volverás a hacerle daño —le advirtió a Dahlia con una voz profunda y sofisticada.

Pero ni la miró mientras se acercaba a mí. Cada paso que daba resonaba con una elegancia depredadora. Me recorrió el miedo cuando nuestras miradas conectaron. Una sonrisa de satisfacción curvó sus labios cuando se acercó para levantarme.

Dahlia lloriqueó patéticamente. Cyrus se giró y la señaló con un dedo. La uña

letalmente afilada resplandecía bajo la luz con una manicura elegante y perfecta.

—¡Márchate! —gritó, y ella se puso de pie para salir corriendo tan rápido como sus regordetas piernas se lo permitieron.

—Verás que la desobediencia es lo único que no puedo tolerarles a mis mascotas —dijo volviéndose hacia mí y encogiéndose de hombros como a modo de disculpa—. Por favor, deja que me presente. Soy...

—Ya nos conocemos.

Enarcó una ceja exquisitamente esculpida.

—¿Sí?

Con asombrosa y rápida precisión, me llevó contra su pecho. Mis venas ardieron ante el contacto físico y me quedé completamente quieta, temerosa de que en cualquier momento me contoneara contra él con todo descaro como una gata en celo. Ése era el lazo de sangre del que había hablado Nathan. Resultaba aterrador y estimulante al mismo tiempo.

Nunca en mi vida me había sentido como si estuviera perdiendo el control tanto, ni tampoco había sentido un alivio tan absoluto como el que sentí en los brazos de mi Creador. La soledad de los últimos meses se desvaneció cuando me tocó, como si lo único que necesitara para saciar el vacío de mi alma fuera él. Me hizo sentir extrañamente completa, tanto que me pregunté si volvería a ser completamente feliz sin él o si echaría de menos mi antigua vida si jamás volvía a salir de esa habitación.

Cyrus apoyó su mejilla contra la mía y me olfateó.

Oí la sangre correr por las venas de mi Creador, obligándome a no resistirme. Aunque no puedo decir que hubiera querido escapar si hubiera podido.

—Oh, sí, ahora te conozco —su voz era melodiosa cuando me susurró al oído—. Eres incluso más bella de lo que recordaba.

Deslizó sus manos sobre mis brazos. Temblé. Las rodillas me fallaron y caí hacia atrás, confiando en su fuerza para sostenerme.

Ahora sabía por qué el Movimiento pensaba en el lazo de sangre en unos términos tan absolutos. Era mejor que el amor, mejor que el éxito. Era la culminación y la realización de todos los deseos humanos. No podía imaginarme cómo alguien querría resistirse.

—¿Cómo te llamas? —El frío aliento de Cyrus me acarició la oreja mientras hablaba.

—Carrie —respondí sin dudar.

—Las cartas sugirieron que me esperaba una sorpresa. No tenía idea de que fuera a ser tan... excitante —empujó su pelvis contra mi espalda, su miembro tenso y rígido a través de la túnica. Sus dedos acariciaron el dorso de mi mano y entrelazó los dedos con los míos.

Un zumbido me obligó a cerrar los ojos y me sentí embargada por una desagradable sensación. Me obligué a abrir los ojos y mi visión bailó. Cuando se aclaró, la habitación había desaparecido. Por el contrario, vi la sala de Urgencias y mi

propia expresión de pánico. Estaba dentro del mutilado cuerpo de Cyrus, que yacía sobre la camilla. Me vi mirar horrorizada al paciente que tenía delante.

Aparté la mano de la suya y me vi en mi propio cuerpo, en el presente.

—Mi ángel compasivo —sentí su lengua, sorprendentemente caliente, contra mi cuello—. Me supiste tan bien...

De pronto, me invadió el recuerdo del demonio que me había atacado; de las garras que me habían arrancado la carne. De los sádicos ojos mirándome mientras yo estaba aterrorizada e indefensa. Me aparté.

—¡Aléjate de mí!

Aunque su aspecto no se parecía al del vampiro, lo único que podía ver era a John Doe. Se cruzó de brazos y se quedó mirándome.

—Así que hay fuego dentro de ti. Me divertiré mucho con eso.

A juzgar por su perverso tono de satisfacción, supe que no estaba hablando de una diversión buena, limpia, como la de una partida de bingo.

—No me interesa. Y hablando de fuego, prenderle fuego a mi apartamento no es exactamente el modo de llegar al corazón de una chica.

—No —asintió él con el ceño fruncido y acercándose más—. Creo que la ruta más efectiva es directamente a través del tórax.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

Me rodeó por la cintura y me acercó más a sí.

—Tú has venido a mí, Carrie. Parece que eres tú la que desea algo.

Se acurrucó contra mi cuello y deslizó sus labios sobre mi cicatriz. Cerré los ojos, decidida a ceder a las sensaciones que me recorrían las venas.

—Quiero respuestas.

—Aún no has respondido a mis preguntas —sus dientes acariciaron mi piel—. Pero no quieres hablar.

—Sí quiero —insistí, intentando apartarme de él.

Me agarró con fuerza.

—Tu cuerpo me dice algo completamente distinto. Me deseas. Puedo olerlo.

Apreté los dientes.

—Es por el lazo de sangre. Si fueras otro hombre, ya te habría abofeteado.

—Si fueras otra mujer, ya estarías muerta —a pesar de sus amenazantes palabras, me soltó—. He dormido hasta tarde y no he desayunado. ¿Quieres acompañarme?

—¿Responderás a mis preguntas?

—Eso depende de lo que preguntes. Pero sí, Carrie. Te daré las respuestas que con tanta valentía has buscado —alargó la mano hacia mí y me mordí el labio mientras consideraba su oferta. ¿Era un truco? ¿Una trampa? Pero no podía haber sabido que yo iría. Ni siquiera había sabido quién era cuando me vio. No habría tenido tiempo de planear nada. En el peor de los casos, pasaría una incómoda comida intentando luchar contra los efectos del lazo de sangre. En el mejor de los casos, lograría entender mejor lo que me había pasado. Tomé su mano y dejé que me llevara

hasta otra habitación.

El comedor era grande y sin ventana, e incluso más ostentoso que el salón, si era posible. Paneles de madera negra cubrían las paredes y la única luz que había era la de las velas posadas en ornamentados candelabros de pared.

Cyrus retiró una silla de la larga mesa y me indicó que me sentara. Después, se sentó a mi lado.

La mesa era lo suficientemente larga para veinte personas, pero estaba preparada sólo para dos. Unas copas de cristal ocupaban el lugar de los platos. La fuente más grande que había visto en mi vida estaba cubierta y dominaba el centro de la mesa. Me pregunté con quién tenía planeado compartir su comida antes de que llegara yo.

—Dahlia —dijo Cyrus respondiendo a mi pensamiento mientras, con elegancia, se colocaba una servilleta sobre el regazo. Había una campanilla de cristal junto a su mano izquierda y la tocó. Me inquietó que pudiera leerme el pensamiento con tanta facilidad.

Un mayordomo negro con aspecto distinguido entró, seguido de dos de los guardias. Alargó la mano hacia la resplandeciente tapa de plata y vaciló al verme. Uno de los guardias emitió un sonido. El mayordomo los miró y levantó la tapa.

—Su desayuno, señor —dijo, con mirada de disgusto sobre sus rasgos envejecidos.

El cuerpo desnudo de una joven yacía sobre la fuente. Estaba muerta. Sus ojos sin vida miraban al techo y tenía una flácida mano sobre su pecho. El otro brazo estaba estirado por encima de la cabeza, siguiendo la curva de la bandeja. A alguien se le había ocurrido adornarla con pétalos de rosa. La mujer estaba hermosamente presentada ante nosotros, como una diosa del Renacimiento. Me horrorizó mi reacción. Esa mujer estaba muerta y sus restos estaban siendo explotados con objetivos estéticos... Para complacer al hombre sentado a mi lado.

El terror que debería haber sentido por su presencia logró salir a flote, para a continuación volver a hundirse arrastrado por el lazo de sangre. A pesar de todo el daño que ya me había hecho, me parecía absurdo que volviera a herirme. Me encontré deseando tocarlo, desesperada por la seguridad de una conexión física, y derribé abajo ese sentimiento.

«Es un monstruo. Un asesino. Eres demasiado lista como para dejarte engañar».

—Gracias, Clarence, es todo —le dijo Cyrus asintiendo con gesto educado.

El mayordomo y los guardias salieron. Cyrus se levantó y agarró mi copa. Alzó el brazo de la chica muerta y deslizó sus uñas afiladas sobre su muñeca. Una sangre roja oscura brotó de la herida. Hacía poco que había fallecido.

El modo tan natural con que manipulaba el cadáver hacía que pareciera algo totalmente normal estar comiendo de un cuerpo muerto. Dejé de recordarme que tenía que estar horrorizada... ¿de qué iba a servirme?... y me concentré en las preguntas para las que quería respuestas.

Alzó su copa y se la llevó a la nariz, saboreando el aroma. Ignoré mi copa, pero

no pareció importarle.

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando? —me preguntó cuando volvió a sentarse.

—Has mencionado a Dahlia. ¿Estabas leyéndome la mente?

Dio un largo sorbo y se limpió los labios con la servilleta.

—Por supuesto. Estabas preguntándote con quién tenía planeado cenar ya que la mesa estaba preparada para dos. A veces a Dahlia le gusta consumir sangre humana y yo le doy ese capricho.

—¿Es una vampira? —Era una pregunta estúpida. Sabía que habría reconocido la sangre de él en el sabor de la de ella.

Tal y como me esperaba, sacudió la cabeza.

—No. Dahlia es muy dulce, una de mis mascotas favoritas, la verdad. Pero jamás la convertiría en uno de nosotros. Ella no es... ¿especial? Supongo que ésa es la palabra.

—¿Y yo era especial? —sentí una sorprendente lástima por la chica. Pensaba que yo había ocupado su lugar cuando en realidad ese lugar no existía para ella. Pero eso no era lo que más me preocupaba—. ¿Puedes leerme la mente todo el tiempo?

—Si quiero, sí —sonrió—. Y para responder a tu primera pregunta, sí, tú eres especial.

—Pero fui un accidente —dije al mirarlo fijamente a los ojos—. Recuerdo esa noche, o por lo menos, la mayor parte. En ningún momento me diste de beber tu sangre. Entró en mí cuando te apuñalé, pero no pretendías que sucediera.

Con un fuerte suspiro, se recostó en su silla y me observó durante un largo momento antes de volver a hablar.

—Tienes mi sangre, Carrie. Aunque no tuviera intención de compartirla contigo, fluye por tus venas. Hace que para mí seas algo muypreciado.

—Me atacaste y me dejaste al borde de la muerte. Entonces no debía de ser tan preciada.

Él levantó la mano para detenerme.

—Por favor, discúlpame. Estos malditos ojos se secan demasiado rápido.

Levantó un pequeño cuchillo y lo clavó en el ojo que llevaba prestado. El órgano cayó a la mesa con un suave sonido y se aplastó. Una grotesca imagen del encargado de la morgue muerto me atravesó la mente.

Cyrus se inclinó sobre la chica muerta y le sacó un ojo. Cuando se lo había colocado, le sacó el otro ojo y lo metió en su copa. Cayó al fondo como una aceituna en un martini.

—Antes de volver a esta ciudad tenía dos ojos perfectamente buenos. Es difícil conseguirlos frescos y se secan antes de que te hayas acostumbrado a ellos.

Mi curiosidad de médico tomó el control en ese momento, distrayéndome de la principal línea de conversación.

—¿Cómo funciona?

—No lo sé —parpadeó un par de veces, como si se acabara de poner unas

lentillas. Una fina línea de sangre le recorrió la mejilla como si fuera una lágrima—. Supongo que tiene algo que ver con los fluidos regenerativos de la sangre humana.

—No existen esos fluidos. ¿Funciona con otras partes del cuerpo? ¿Extremidades? ¿Y los dientes?

—¿Cómo voy a saberlo? Carrie, comprendo tu sed de conocimiento, pero hay preguntas que ni siquiera el maldito *Sanguinarius* puede responder —dijo un trago. El ojo rodó dentro de la copa y se quedó mirándome.

Iba a vomitar y, o Cyrus no se dio cuenta, o no le importó.

—Haré que los sirvientes preparen tu habitación, pero me temo que no estará lista antes del amanecer. Hoy puedes quedarte conmigo. Estoy seguro de que podemos encontrar alguna actividad para llenar las aburridas horas de luz.

—Eh, eh —agitó las manos como si estuviera señalizando un avión—. No voy a quedarme.

Y no porque no estuviera tentada. El lazo de sangre era un increíble afrodisíaco, a pesar del hecho de que acababa de verlo comer de un cadáver como si fuera un pollo asado. Pero había ido ahí únicamente buscando información, no en busca de una relación de una noche.

La expresión de Cyrus se ensombreció.

—Creía que habías dicho que tu apartamento se había quemado. Seguro que necesitas un lugar donde dormir.

—Tengo otras opciones. ¿Lo has hecho para que no tuviera otro sitio adónde ir?

—Yo no lo he hecho. Si ha sido Dahlia, entonces lo siento. Parece que el fuego le fascina. No puedo deshacer lo que ha hecho. Lo único que puedo ofrecerte es un lugar donde quedarte y unos cuantos entretenimientos —me acarició la mano sobre la mesa.

Volteé los ojos.

—Eres muy amable, pero está esa organización que querrá matarme si me quedo aquí contigo.

—¿El Movimiento? —Su melodiosa risa llenó el comedor—. Les gustaría encerrarnos a todos y dejarnos morir.

—No te caen muy bien.

—No. Llevo años deseando una compañera, pero por las restricciones estipuladas por el maldito Movimiento he sido incapaz de quedarme con ninguna de las Iniciadas que he creado.

Así que desconocía las aficiones de Dahlia y su predilección por cargarse a la competencia. No podía creer que fuera tan estúpido, pero si estaba tan solo, tal vez pasaba por alto las transgresiones de su mascota. Tal vez una compañera asesina era mejor que ninguna.

Cyrus se levantó y se colocó detrás de mí antes de posar sus largos dedos sobre mis hombros.

—El destino nos ha puesto en una situación única. ¿Por qué no llegar a un

acuerdo que nos beneficie a los dos? Tú te conviertes en la compañera que he estado buscando y yo te enseñaré a emplear todo tu poder, el poder que el Movimiento te negaría.

—¿Qué clase de poder?

Sonrió como un vendedor de coches usados.

—El poder de gobernar, por supuesto. El poder sobre la vida y la muerte y la fuerza para manipularlas a tu antojo.

Un golpe de deseo me embargó. Me habían fascinado los poderes parecidos a los de Dios que había creído que tenía como médico, pero esa ilusión se había acabado la noche en que Cyrus había destruido mis percepciones de la muerte y accidentalmente me había apartado de ambos.

—Antes creía que tenía eso y terminé sangrando hasta casi morir en la morgue — dije sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué debería creerte? No te conozco tan bien. Podrías volver a matarme.

—Podría. Por lo general no se me considera una persona de fiar.

Miré hacia el cuerpo que tan rápidamente estaba poniéndose morado.

—¿En serio?

Se arrodilló a mi lado.

—Busca en tu corazón, Carrie. Tengo la confianza de que tomarás la decisión correcta.

Decisión. Podría vivir únicamente si le juraba lealtad al Movimiento, o podría vivir para ser la mujercita de Cyrus. De cualquier modo, era una esclava. Una prisionera. Una prostituta.

—He tomado mi decisión. Que nos conociéramos fue un accidente. No estoy destinada a ser tu compañera, o lo que sea que estás buscando.

—Dime, doctora, ¿sigues a muchos de tus pacientes hasta la morgue? —preguntó con una sonrisa—. Me seguiste. Me deseabas.

—Estabas muerto. No es lo mismo. Lo siento.

Volvió a alargar las manos hacia mí, pero las esquivé.

—Si eso es lo que crees, no puedo hacerte cambiar de opinión —dijo señalando a la puerta.

Me levanté y fui hacia ella, pero Cyrus me llamó.

—Dahlia me es útil. Está viva únicamente porque me divierte, no porque la ame. Y ella no me ama a mí —su voz era triste y suave.

—Lo siento si no eres feliz —y lo sentía. Podía percibir su desesperación, su dolor, su rabia. Pero también podía sentir la fría manipulación. Estaba seguro de que yo caería en la trampa.

Continuó y su pesar pareció auténtico.

—Sólo quiero protegerte.

—No necesito protección, Cyrus. Necesito tiempo para pensar —seguí avanzando—. Si cruzo esa puerta, ¿me detendrán los guardias?

Cyrus sacudió la cabeza.

—¿Volverás?

Pensé en Nathan y en su lealtad al Movimiento. ¿Me adoctrinarían con su retórica? ¿Sería susceptible a su lavado de cerebro?

—No lo sé. Tal vez.

Su pesar pasó instantáneamente a furia.

—Soy tu Creador, Carrie. Me perteneces.

De modo que así funcionaba el juego. Me coaccionaría a quedarme.

—Yo no le pertenezco a nadie —las palabras me dieron valor mientras hablaba—. No le pertenezco a mi trabajo, no le pertenezco a ningún hombre, no le pertenezco al Movimiento, y sobre todo, no te pertenezco a ti. Me quedan cinco días para tomar una decisión. Si elijo volver a ti, lo haré. Pero no soy estúpida, Cyrus. No me convertiste a propósito. No me creaste movido por el amor. En la morgue pretendías matarme. Fui un accidente y no te debo nada.

Salí de la sala sin mirar atrás.

Capítulo 7

23 de junio, 1924

Cyrus cumplió su palabra; ningún guardia me abordó cuando salía de la casa.

Me bailaba la cabeza por una tremenda mezcla de emociones y la rabia, en concreto, procedía de Cyrus. Aún podía oír sus gritos de furia y el estruendo de cosas rompiéndose dentro de la casa mientras cruzaba el jardín.

La tristeza me invadía cuando pisé la acera. No sabía qué me había esperado encontrar en Cyrus. ¿Un mentor? ¿Un amigo? ¿Un aliado contra la amenaza del Movimiento, que me exigía vivir por ellos o no vivir en absoluto?

Lo que había encontrado era otro callejón sin salida. Cyrus me gobernaría igual que lo haría el Movimiento, y eso no era algo que yo pudiera aceptar. Toda mi vida había estado gobernada por una u otra cosa. Primero, mi padre, que había estado muy ocupado planeando mi futuro.

—Tú eres mi trabajo, Carrie. Es mi deber asegurarme de que te vaya bien en la vida.

Qué decepcionado estaría ahora. Pero claro, había dejado de lado mis sueños de adolescente por estudiar hasta que la medicina terminó consumiendo mi vida y veía que las relaciones no eran más que una pérdida de tiempo. Había dejado que tantas cosas triviales se interpusieran en mi felicidad que ya no podía recordar qué cosas podían hacerme feliz.

Mi cuerpo fue entumeciéndose de camino a la casa de Nathan. No le había dejado ninguna nota, pero estaba segura de que los faxes, descolocados, le darían una pista de adonde había ido. La tensión se notaba en el aire como si fuera electricidad cuando crucé la calle. Las ventanas del apartamento estaban oscuras, pero el caballete que sostenía el cartel de la tienda estaba sobre la acera. Me preparé para soportar el inevitable hedor a incienso y bajé las escaleras hasta la librería.

No hubo necesidad de ser precavida. El aire era limpio y no oí ninguna música relajante cuando entré y me apoyé contra el mostrador. Oí a alguien maldecir a lo lejos y el inconfundible sonido de unos libros cayendo al suelo.

—¿Necesitas ayuda? —grité.

Nathan salió de entre los estantes con una mano en la cabeza.

—Has vuelto —dijo estremeciéndose mientras se pasaba los dedos por el pelo.

—Lo siento. Tenía algo que hacer —decidí que no podía decírselo. Si me preguntaba, no le mentiría, pero sería un suicidio ofrecerle la información sin más.

No dijo nada. Volvió a meterse detrás de las estanterías y continuó con eso que yo había interrumpido. Lo seguí. A golpes, colocó los libros en su sitio y pasó delante de mí hacia el otro extremo de la tienda para toquetear unas cartas de Tarot que no necesitaban que las colocaran.

—Bueno, ¿vas a hablarme o qué? ¿Lo has pasado bien con tu Creador mientras

yo hurgaba en tu apartamento en llamas?

El sarcasmo en su voz fue como una bofetada en la cara. Me enfadé.

—Yo no te he pedido que fueras al apartamento. ¡Lo único que querías era tu preciado libro!

—¡Esto no tiene que ver con el maldito libro! —Golpeó la mesa con los puños y una baraja de cartas precintada cayó al suelo—. ¿Cuánto has esperado antes de hurgar entre mis cosas para encontrar su dirección? ¿Has pensado lo que estabas haciendo? ¡No! Después de todo lo que te he dicho, después de lo que has vivido por su culpa, has ido a buscarlo sin protección. ¡Podría haberte matado!

—Pero no lo ha hecho. Puedo ocuparme sola.

—¡No sabes cómo es! —gritó mientras colocaba unas velas.

—¿Y tú?

—¡Sí! —Se giró hacia mí con un puñado de velas naranjas—. Es capaz de cosas que ni te imaginas. Cosas que no querrías saber.

—Es un asesino. Nuestra sangre nos hace ser asesinos. ¡Lo pone en tu maldita biblia de vampiros!

—¿Y nuestra sangre nos hace torturar? ¿Mutilar? ¿Nuestra sangre nos hace apresar a los débiles y explotar a chavales como Ziggy? Porque en las venas tengo la misma sangre que tiene él ¡y nunca he tenido el deseo de violar y asesinar a una niña de dieciséis años!

No podía creer lo que oía, Cyrus era absolutamente perverso. Desde el poco tiempo que lo conocía lo había oído referirse a los humanos como «mascotas» y lo había visto darse un festín con un cadáver como si fuera un buen pedazo de ternera. Pero me conocía y jamás me habría sentido tan atraída a alguien capaz de un acto tan atroz.

—No puede haber hecho eso.

—¿Estás segura? Porque estaba en la última orden de ejecución. Tengo un recorte de la desaparición de la chica. Estaba orgulloso de ella. Al parecer, lo que le divierte es matar a las chicas mientras las viola. Le gusta verlas morir mientras está dentro de ellas.

La descripción de Nathan del obscuro acto me revolvió el estómago y me cubrí la boca con la mano.

—No quiero oír nada más.

—No, quieres experimentarlo por ti misma. Pero adelante, y haz lo que quieras.

—Eso no es lo que quiero.

—Eh, que a mí no me importa. Al parecer, nada de lo que te diga va a importar —se puso de nuevo con las velas y su calma alimentó mi cada vez más intensa furia.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que no importa lo que diga, porque vas a hacer lo que te plazca.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —Barajé las cartas colocadas de modo artístico y las puse formando una pila sobre el mantel—. Las únicas palabras que salen de tu

boca son «Carrie, no hagas eso» y «es peligroso, Carrie», y «te mataré, Carrie», pero ¡nunca me dices por qué!

—¡Te voy dando la información que necesitas en cada momento!

—¡Hablas como mi maldito padre! —grité dando patadas al suelo.

Nathan emitió un sonido de exasperación y echó los brazos al aire.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Si te hago preguntas, te muestras evasivo. No quieres compartir nada sobre tu vida, pero parece querer que tenga confianza ciega en ti porque sabes lo que es mejor para mí. ¿Cómo sé que no eres tan peligroso como Cyrus?

Se acercó tanto que nuestros zapatos se rozaron.

—Oh, créeme, ahora mismo soy lo más peligroso que hay en esta habitación.

—¿Ah, sí?

—Sí, y estás a punto de ver cómo de peligroso.

Ladeé la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—¿Es una amenaza?

—Dímelo tú —su aliento era frío en mi cara.

Nos quedamos mirándonos en silencio y la tensión danzó entre los dos como una bailarina con una pierna rota. Creo que jamás había estado tan furiosa.

Se dio la vuelta, pero ninguno de los dos habíamos soltado nuestra ira. Era simplemente el ojo de la tormenta. Volvió a ponerse frente a mí, con los brazos cruzados.

—Bien. Demuéstrame que puedes cuidarte sola.

Vacilé.

—¿Qué?

—Atácame.

—No hablas en serio —me reí.

—¡Cómo que no! —Dio un paso atrás y se preparó para luchar—. Estoy furioso contigo y tú estás furiosa conmigo, ¿verdad?

—Sí, pero no voy a dejarme llevar por una violencia sin sentido con un vampiro.

—¿Sería mejor si fuera humano? Esto servirá para liberar algo de esa agresividad. Y podrás demostrarme que puedes enfrentarte a Cyrus. Es una situación en la que los dos salimos ganando. Además, ahora mismo, me gustaría patearte el trasero.

—¡Pues patéame el...! —Me detuve para decir con resentimiento—: ¡Voy a hacerte mucho daño!

Cargué contra él sin un plan de ataque específico y mi hombro chocó con su tronco. Se tambaleó hacia atrás, y caí al suelo sobre él. Volcamos la mesa y las cartas de Tarot nos rodearon mientras forcejeábamos.

Mi pelo y nuestras extremidades oscurecieron mi visión. Lo golpeé a ciegas. Sentí un fuerte dolor en el brazo cuando mi puño tocó su mandíbula.

Nathan me agarraba un brazo por detrás de mí y me tumbó boca arriba. Las duras tablas del suelo se me clavaron en los nudillos y arqueé la espalda para aliviar la

presión. Por desgracia, el movimiento hizo que mis pechos rozaran su torso y resultó más que excitante.

Utilicé la mano que tenía libre para tirarle del pelo con tanta fuerza como pude. Me agarró la muñeca, la apretó brutalmente, y me soltó. Me subió el brazo por encima de la cabeza y me mantuvo sobre el suelo.

La furia entre los dos se disipó dejándonos sólo con el primario sonido de nuestras respiraciones. Dejé de luchar en cuanto me soltó y, consciente de lo cerca que estaban nuestros cuerpos, lo miré a los ojos. Presionó sus caderas contra las mías. Al parecer, yo no era la única a la que le había afectado esa postura.

—Eres pésima luchando —susurró. Se inclinó hacia delante y su boca quedó a un milímetro de la mía. Cerré los ojos e intenté hacer que mi cuerpo dejara de temblar, pero su aliento acarició mis labios y temblé.

Las campanillas de la puerta sonaron. Nathan se levantó y usó un libro de la mesa más cercana como escudo para ocultar su obvio estado de excitación. Me puse de pie con la esperanza de no estar tan sofocada.

La clienta que entró tenía unos cincuenta años y el pelo largo y gris. Nos dirigió una sagaz mirada marrón.

—Vengo en mal momento. Volveré después —miró la mesa volcada y los artículos tirados por el suelo antes de darse la vuelta e ir hacia la puerta.

—No, no —Nathan colocó la mesa—. ¿En qué puedo ayudarte esta noche, Deb?

La mujer nos miró con una expresión de incertidumbre. Tosí y sonreí, intentando, sin éxito, ocultar la culpabilidad escrita en toda mi cara.

Ante la insistencia de Nathan, la mujer leyó una larga lista de ingredientes que necesitaba para elaborar un hechizo protector. La dirigió hacia la despensa de hierbas en la trastienda y le prometió que estaría con ella en un momento.

—Deb es una clienta habitual —me explicó, casi disculpándose—. Puedes subir.

—¿No puedo ir a mi apartamento? —le pregunté esperanzada.

—Bueno... quería decírtelo.

—No queda nada.

No podía mirarme a la cara.

—Lo siento, Carrie.

Subía al apartamento de Nathan y la cabeza no dejaba de darme vueltas. ¿En qué había estado pensando? Había conocido a ese hombre hacía una semana y ahora estaba rodando por el suelo con él. ¿Me había convertido en una especie de belleza sureña esperando a que un gran Rhett Butler viniera a dominarme?

Fui de un lado a otro, sin pensar, recogiendo la ropa que había tirada por el salón y, una vez que la ropa sucia estuvo doblada, pasé a la mesita de café.

Coloqué las pilas de libros y papeles, aunque no minuciosamente, no fuera que volvieran a acusarme de espiar. Pensar en todo lo que había dicho abajo hizo que la sangre me hirviera, así que recogí unos platos y los tiré sin ningún cuidado a la pila llena de agua con jabón. Pretendía lavarlos hasta que las tazas de café volvieran el

agua de un tono rosado y se me quitaron las ganas.

Seguí con mi frenesí de limpieza por toda la casa. En los últimos nueve días, me había quedado sin casa, me habían perseguido y pronto me habría quedado sin trabajo. Probablemente tenía suficiente dinero en el banco para pagar unos cuantos meses de alquiler y para demás gastos, pero de nada servía si ya no tenía apartamento.

¿Pagaría un salario el Movimiento Voluntario para la Extinción de Vampiros?

Nathan me había ofrecido sangre, cobijo y protección, así que lo menos que podía hacer era ordenar la casa. «Porque no voy a darle nada más». Mi comportamiento abajo podría crearle esperanzas. Tendría que cortar esa situación de raíz.

Fui a su dormitorio, quité las sábanas y las tiré a un rincón que parecía ser su cesto de la ropa sucia. Vampiros o no, los hombres no podían tener las cosas limpias.

Una oleada de tristeza me sacudió al darme cuenta de que ya no tenía ni ropa ni una casa que limpiar.

¿Cómo se había vuelto mi vida de pronto tan complicada? ¿Cómo iba a sobrevivir como vampiro? ¿Cuánto hacía que Nathan no le había dado la vuelta a su colchón?

Miré el pez dentro de la pecera en la mesilla de noche mientras sacudía el colchón. En alguna parte había leído que los peces tenían una memoria de tres segundos. Cada tres segundos ese pobre pez tenía que enfrentarse a una nueva y aterradora realidad. Podía identificarme con él.

Levanté la pecera, puse la cara contra el frío cristal y conté hasta tres.

—Sorpresa.

Suspiré cuando la dejé en su sitio. No pareció incomodar al pececillo, que siguió nadando. Pasaron otros tres segundos mientras le daba la vuelta al colchón. Estaba sudando. Miré la pecera. Ninguna reacción.

Los peces eran unos supervivientes.

Abrí las puertas de los armarios para buscar sábanas limpias... contando con que tuviera. Había perchas vacías y unas cuantas camisas que hacía tanto tiempo que llevaban ahí colgadas que tenían polvo en los hombros. Tres zapatillas de tenis sueltas en una esquina junto a un objeto seco y arrugado que se parecía a un ratón muerto.

Encontré un juego de sábanas en la balda de arriba y las bajé. Algo pesado y afilado cayó con ellas y aterrizó a mis pies. Pronuncié unas cuantas palabras adecuadas para la situación y me incliné para recoger el objeto. Era un marco de fotos pequeño, pesado para su tamaño. La fotografía estaba amarilla y descolorida.

Una joven me sonreía desde la imagen. Llevaba una sencilla camisa blanca y una falda larga de tartán. Sostenía un ramo de flores contra su pecho. Un joven con un sencillo traje estaba a su lado. La pareja posaba en los escalones de piedra de una pequeña iglesia de campo. Miré al hombre. Tenía un importante parecido a...

Giré el marco y con cuidado saqué la fotografía. No había nombres, pero alguien había grabado la fecha. *23 de junio de 1924.*

Miré la fotografía y Nathan, con tan sólo veinte años, me miró.

—¿Carrie? Siento haber tardado tanto, pero no puedes imaginarte cuánto puede hablar esa mujer sobre sus gatos.

Volví a colocar la fotografía en el marco, la puse en la balda de arriba y cerré las puertas de golpe.

—Guau, la casa está fantástica —gritó desde el salón. Entró en el dormitorio y se rió al verme—. ¿También estás haciendo la cama? ¿Tengo que pagarte?

—Y le he dado la vuelta al colchón. Serán veinte pavos —miré las bolsas que llevaba en la mano—. O lo que sea que haya en esa bolsa de Victoria's Secret.

Se rió, algo avergonzado, y tiró las bolsas a la cama.

—No sabía qué talla tienes, así que si no te sirven, lo devolveremos.

Nathan había pensado en todo. Había jerséis y camisetas en colores neutros de Old Navy, vaqueros y bonitas braguitas de seda cortesía de Victoria's Secret.

—Salvé algo de tu ropa de las llamas, pero estaban tan llenas de humo que no pensé que pudieran limpiarse nunca.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Nathan, no tenías por qué hacer esto. Yo...

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que me costó hablar.

—No pretendía hacerte llorar. Sólo he pensado que algo de esto te vendría bien —se aclaró la voz y me dio otra bolsa—. Si te doy esto, ¿prometes parar?

Resoplé entre lágrimas.

—Lo intentaré. ¿Cuándo has comprado todo esto?

—Cuando he vuelto del incendio. Te habías ido y estaba cabreado, así que me he ido de compras.

—¿Has ido de compras porque estabas enfadado conmigo? —Le quité la bolsa de las manos—. Recuérdame ponerte de mal humor siempre.

Se rió.

—Debe de ser alguna influencia femenina de una vida pasada. Si alguna vez me pillas viendo uno de esos programas de testimonios que tanto os gustan a las mujeres, mátame. Me he imaginado que volverías y quería hacer que te sintieras muy culpable.

—No te preocupes, me siento culpable —dije metiendo la mano en la bolsa. Era de plástico y tenía el logo de la cadena de ultramarinos de la zona. Me quedé paralizada cuando mis dedos se cerraron alrededor de un objeto familiar.

—Nathan... ¿qué?

Con manos temblorosas, saqué la pequeña fotografía enmarcada en la que salíamos mis padres y yo el día de mi graduación. La última vez que lo vi estaba en mi cómoda.

—Oh, gracias.

Consternado ante mis nuevas lágrimas, se echó atrás.

—Eh, eh. Pensé que ibas a parar.

—Lo siento. Nunca nadie ha hecho algo tan bonito por mí.

No era una mentira. Me habían educado haciéndome creer que nada era fácil de conseguir, que nada era gratis, y que la única persona de la que podía depender era yo misma. Volví a meter la mano en la bolsa.

—¿Es esto...? Mi diploma.

—Pensé que querías conservarlo, por eso de la nostalgia —arrastró los zapatos sobre la alfombra—. ¿Sabes? Este incendio podría ser la forma perfecta de romper vínculos con tu antigua vida. La gente muere en incendios todo el tiempo.

Vida anterior. Mi álbum de fotos. Mis diarios. Todo lo que había considerado irremplazable había desaparecido. Mi padre solía decir que nuestra sociedad le da demasiado valor al pasado. Ojalá ahora pudiera gritarle estas palabras: «Mi pasado era lo único que quedaba de ti. Ahora que no está, tú tampoco».

—No hablemos de esto ahora mismo, ¿de acuerdo? —le dije mientras me frotaba los ojos con el dorso de la mano. Antes de que Nathan pudiera protestar, mi estómago bramó.

Una mirada de preocupación cruzó su rostro.

—¿Cuánto hace que no te alimentas?

Me encogí ante el recuerdo de la chica muerta.

—Cyrus me ofreció, pero no pude... No como lo estaba haciendo él.

Nathan apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Se dirigió a la cocina y lo seguí.

—Bueno, ¿has recuperado *El Sanguinarius*? —Lo vi sacar una bolsa de sangre de la nevera y verterla en la tetera que había en el fuego.

—No he tenido tiempo de buscarlo.

Sorprendentemente, me vi saboreando el olor metálico de la sangre calentándose.

—¿Pero sí has tenido tiempo de buscar mi diploma y la fotografía de mis padres? Encogiéndose de hombros, me sirvió una taza y dejó el resto en el fuego.

—Tenía prioridades.

¿Era yo una prioridad? Hacía escasos días que me conocía.

—Tu prioridad debería haber sido conseguir el libro.

Se giró hacia la pila y comenzó a lavar los platos.

—El libro se puede reemplazar. Los recuerdos no. Sé que si perdiera todas las fotografías que tengo de Ziggy... Mira, ésta es de cuando tenía once años, lo llevé a Disney World. Sólo podíamos salir de noche, claro, pero fuimos en diciembre, así que el sol se ponía antes...

—Espero que no creas que voy a acostarme contigo sólo porque estés siendo simpático.

Se oyó un crac y vi que la mano de Nathan estaba sangrando.

—Carrie, ¿pero qué demonios...?

De pronto, lo que había dicho me pareció estúpido. Aun así, me puse a la defensiva.

—Bueno, me has comprado ropa, has rescatado mi diploma de un edificio en llamas a costa de no recuperar tu preciado libro, estás dándome de comer... ¿qué

tengo que pensar?

—¡Tal vez tienes que pensar que soy un idiota por hacer todo esto por alguien que claramente no lo aprecia!

Se metió el dedo en la boca y chupó la sangre mientras su rostro se contraía mostrando los extraños rasgos de la noche que nos habíamos conocido.

Me estremecí, esperando que no se diera cuenta.

—La gente no hace cosas por los demás sin querer algo a cambio. Lo siento si te ofende, pero es un hecho.

—¿Ah sí? —Por un momento me miró con gesto divertido—. ¿Cómo es que has acabado tan amargada?

—Eh, tío, tú llevas viviendo en la Tierra más que yo. Puedes ofrecer una respuesta mejor a la mía —di un trago de sangre.

Nathan se rió y siguió fregando los platos. Después de una larga pausa, me habló sin mirarme.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. No me importa. Pero no pienses que espero algo a cambio por lo que ha pasado abajo. No ha sido más que algo extraño que podemos olvidar.

—Gracias —respondí en voz baja. Logré beber un poco más de sangre sin pensar en las cosas tan repulsivas que había presenciado aquella noche, como lo del sustituto de la aceituna del cóctel de Cyrus. Por desgracia, lo único que me quedaba era pensar en el comentario de Nathan. No es que me considerara el tamal más ardiente de la enchilada, pero ¿podía olvidar el hecho de haber estado a punto de besarme? No pude evitar sentirme insultada.

Continuó:

—Siento lo que he dicho y no debería haber luchado contigo. No nos conocemos muy bien, pero lo que conozco de ti me gusta. Quiero que hagas las elecciones correctas para que no tengamos que ser enemigos.

—Nathan, yo no soy como él. Eso lo he descubierto esta noche.

—Bien —no me miró.

Me quedé a su lado para que no pudiera evitarme.

—Cyrus no tenía nada que yo quisiera. No me interesa esa clase de vida.

Cuando me miró, su mirada fue como fuego atravesándome.

—¿Y qué clase de vida es ésa, Carrie?

—Una vida sin consecuencias —me giré y fui a sentarme a la mesa—. Pero eso no significa que haya tomado una decisión. No pasaré mi vida intentando demostrar lo que valgo ante una organización porque piensan que pueden decidir si vivo o muero. La única persona que tiene ese poder sobre mi vida soy yo.

—Lo respeto. Pero eso no cambia nada.

Suspiré. Jamás cedería, lo sabía. Nos faltaban cinco días para ser enemigos mortales, y había llegado a confiar en él como si fuera un amigo. Un amigo increíblemente susceptible y grosero, pero el único que tenía. No quería pensar en

ello esa noche.

Nathan terminó con los platos sin decir nada más y cuando el último ya estaba en el escurrerplatos, se lavó las manos y se las secó con el paño de cocina. Le di mi taza con una avergonzada sonrisa y la metió en la pila vacía.

—¿Te apetece un trago? ¿Uno bueno esta vez?

—No hay duda de que me vendría muy bien —lo seguí hasta el salón, donde me ordenó que me sentara.

Sacó un gran libro de una de las estanterías y lo abrió. Estaba hueco, las páginas se habían sacado dejando una especie de nicho en el que había un resplandeciente frasco de metal.

—Y yo que pensaba que eras un ratón de biblioteca, y resulta que eres un alcohólico —bostecé—. ¿Entonces la tienda es una tapadera para operaciones de contrabando?

—Escocés. Treinta años. Sólo guardo el bueno —me indicó que bebiera—. Ziggy se sirve del mueble bar y llena lo que se toma con agua. Se cree que no me he dado cuenta.

Bebí con precaución. Era suave y me reconfortó casi tanto como la sangre que había bebido.

Mis pensamientos se perdieron en la mujer de la fotografía. Estaba claro que era una fotografía de boda, pero Nathan no llevaba anillo y ni siquiera tenía la marca del sol en el dedo. «Menuda tontería he pensado», me reprendí. «Si no puede darle el sol».

Tenía que haber un modo de sacar el tema, una pregunta inocente que pudiera hacerle y que lo llevara a soltar la historia entera.

Se sentó en el sofá a mi lado, y su muslo rozó el mío. No me aparté. Él tampoco.

—¿Alguna vez te sientes solo? —Me pareció el mejor modo de comenzar la conversación.

Aunque, a juzgar por la mirada de Nathan, él la consideró una pregunta muy personal. Agarró la botella y dio un trago.

—Qué va. Ziggy está aquí y cuando no está, me gusta estar solo.

—Lo que quería decir es si la inmortalidad te hace sentirte solo —alargué la mano para agarrar la botella pensando que la mejor manera de matar el regusto era con otro trago de lo mismo.

—Bueno, después de la primera década, el tiempo parece volar, pero tengo que admitir que de vez en cuando resulta aburrido. Y sí, supongo que te sientes solo. Sobre todo cuando leo alguna noticia sobre alguien que ha cumplido ciento ocho años, por ejemplo. Eso me recuerda que soy muy, muy viejo. Pero no estoy envejeciendo —se rió y me miró—. Lo que digo no tiene sentido, ¿verdad?

—Sí —le aseguré—. Aunque puede que sea porque estoy un poco achispada.

Él sonrió con tristeza.

—Cuesta creer que un día seré la única persona que recuerde lo que fue vivir en

mi época. Está claro que la gente recordará las cosas más importantes, están escritas en los libros de Historia. Pero yo seré el único que recuerde el precio de los huevos y de la leche en 1953. Seré el único que recuerde cómo sabía la mermelada de mora de la señorita Campbell, o que recordará que esa señorita Campbell existió.

No sabía la edad de mi Creador. ¿Cyrus también había soportado todos esos años de soledad? ¿Era eso lo que le hacía estar tan desesperado por tener compañía? Me dolió el corazón al pensarlo y esa tierna emoción me sorprendió.

—Entonces es comprensible que quieras encontrar a alguien con quien estar cuando la gente que amas muere.

—Supongo. Pero no me he sentido así desde hace tiempo. Tal vez porque Ziggy es joven y siento que tengo tiempo antes de tener que volver a pensar en ello.

A juzgar por su tono, supe que estaba acercándose al tema que quería tratar.

—Bueno, ¿y de dónde eres?

—De todas partes —dijo otro sorbo de *whisky*—. Nací en Escocia, viví allí hasta... —su voz se apagó durante un segundo—. Fui a Brasil en 1937. Ahí es donde me convertí.

—¿Ah, sí? —No estaba segura de cómo responder.

—De ahí me mudé a Londres, después a Canadá cuando estalló la guerra...

—Rehuiste el servicio militar obligatorio... —lo interrumpí.

—No —enarcó una ceja—. Me refiero a la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, me mudé aquí.

—Te has mudado muchas veces —me pregunté si yo tendría que hacer lo mismo. La idea no me atraía nada.

—Eso es lo que sucede. Si vives en un mismo sitio demasiado tiempo y nunca envejeces, la gente sospecha. Créeme, es un auténtico fastidio tener que obtener una nueva partida de nacimiento y una tarjeta de la seguridad social.

Imité el acento de los estados campesinos del Sur y dije:

—Sobre todo cuando está claro que no eres de aquí.

Él se rió, y después hizo una muy buena imitación de un acento del Medio Oeste.

—No sé de quién estás hablando. Yo nací en Gary, Indiana, en 1978.

—Ahora en serio, ¿cómo lo haces? —Di otro sorbo de *whisky*.

Se recostó y apoyó su largo brazo detrás de mí sobre el respaldo del sofá.

—No es difícil, sobre todo en una ciudad como ésta. Hay muchos ilegales por todas partes, así que hay bastantes contactos para falsificar documentos. Una vez que tienes la partida de nacimiento y la tarjeta de la seguridad social, vas directamente a la Secretaría del Estado y dices: «Vengo a solicitar un permiso de conducir, por favor».

Había terminado la frase con su ridículamente buen acento del Medio Oeste.

—No hagas eso.

—¿Qué? —empezó a levantar el brazo.

—La voz. Me gusta tu acento.

Nathan me miró como si no me hubiera visto nunca antes. Sus ojos recorrieron mi cara, pero no me dejaron ver qué pasaba por su mente.

—Esta noche en la librería... si te hubiera besado, ¿me habrías dejado? —Su voz sonó más intensa de lo habitual y más áspera por el alcohol.

Se me secó la boca. Bebí un poco más, pero no me ayudó.

—No lo sé.

—¿Me dejarías hacerlo ahora?

Un débil sonido escapó de mi garganta y él lo interpretó como una protesta.

—Nada de esperanzas. Tan sólo un beso.

Asentí.

Sus labios eran suaves, pero fríos. Los deslizó ligeramente sobre los míos y unas mariposas del tamaño de un B-52 comenzaron a revolotear en mi interior. Cerré los ojos. Me sentía mareada, tal vez por el *whisky* o por el envolvente aroma de Nathan. Probablemente por ambas cosas.

Abrí la boca bajo la suya. La punta de su lengua se coló entre mis labios, lo rodeé con los brazos y apoyé una mano en el suave cabello de su nuca. Cada vez que respiraba, la excitación me producía un cosquilleo en el estómago.

Sin previo aviso, Nathan se apartó y abrí los ojos a tiempo de verlo caer al suelo.

Dahlia estaba mirando su cuerpo inmóvil con una expresión de sorpresa que dio paso a una sonrisa de satisfacción. Se encogió de hombros.

—Mejor, supongo.

Antes de poder preguntarle a qué se refería, dio una palmada y desapareció.

Capítulo 8

Un trato

Me arrodillé junto al cuerpo inconsciente de Nathan y lo puse boca arriba. Apenas respiraba.

—¡Abre los ojos! —le grité. Esperaba que lo que fuera que le había hecho Dahlia fuera temporal—. Nathan, ¡abre los malditos ojos! —sus párpados se movieron ligeramente y una sonrisa se formó en sus labios. Suspiré aliviada.

—¿Marianne? —susurró. Volvió a cerrarlos. Como si alguien hubiera accionado un interruptor, mi alivio se convirtió en un inmediato pavor. Volví a gritar su nombre, pero no respondió.

Desesperada, miré a mi alrededor y vi el teléfono sobre la mesa. Ziggy.

Me temblaban las manos cuando activé la marcación automática. El número de Ziggy era el único grabado. Esperé.

Nunca en mi vida me había sentido tan impotente. Intenté reunir la calma que había empleado al trabajar con un paciente, pero no pude. No cuando conocía al paciente en cuestión.

Me senté a su lado, incapaz de ofrecerle nada más que mi presencia. ¿Seguía respirando? ¿Estaba un poco azul? Estaba tomándole el pulso con el reloj del móvil cuando entró la llamada de Ziggy.

—¿Qué? —Fue su brusco saludo cuando pulsé el botón.

—Soy Carrie. Estoy en tu casa —no sabía cómo darle la noticia—. Escucha, ¿dónde estás?

—A punto de salir del hospital. Es una suerte que no fuera una herida mortal. Podría haberme muerto seis veces antes de que me atendieran. ¿Qué quieres?

—Nathan está herido —pensé que decirlo corriendo, como cuando te quitas una tirita, lo haría todo más fácil—. Dahlia ha aparecido aquí, lo ha atacado, y ha vuelto a desaparecer.

—¡Mierda! —gritó tanto que tuve que apartarme el teléfono del oído.

—Cálmate. ¿Puedes venir corriendo?

La única respuesta fue el tono de marcación. Maldije y tiré el teléfono al suelo. Si no hubiera cortado la comunicación podría haberme dicho cómo ayudar a Nathan. Ahora lo único que podía hacer era esperarlo. Otra vez.

No quería sentarme a ver a Nathan morir, pero no parecía tener elección. Su pecho se sacudía con cada inhalación. No me había fijado en mi respiración, pero de pronto noté que me costaba. De hecho, el aire en el pequeño apartamento se había vuelto brumoso.

Humo.

—¿Pero qué le pasa con el fuego? —exclamé.

Me puse de pie, lo agarré por debajo de los brazos y lo arrastré. Nathan no había

incluido «falta de oxígeno» como causa potencial de muerte para los no muertos, así que di por hecho que la inhalación de humo tampoco nos mataría. Pero incluso con mi fuerza de vampiro, no tenía esperanza de bajarlo por las escaleras si no podía respirar. Por lo menos, no sin dejarlo caer y romperle el cuello en el intento. Busqué un modo de escapar del acre humo y me decidí por el baño. La diminuta habitación sin ventanas tenía un ventilador, así que lo encendí y empapé una toalla para meterla por la ranura de la puerta. Evité el paso del humo, pero a menos que Ziggy se diera prisa, Nathan y yo arderíamos hasta morir.

En cuanto ese pensamiento cruzó mi mente, oí la puerta de la entrada abrirse de golpe.

—¡Estamos aquí! —grité, dándome cuenta demasiado tarde de que las fuertes pisadas podían pertenecer a un bombero y no a Ziggy. A pesar de ello, no rechazaría la ayuda, ya que no podía encontrar una excusa convincente para evitar que Nathan subiera a una ambulancia. Si vivía hasta llegar al hospital, dudo que pudieran ayudarlo. Acabaría en la morgue como John Doe, pero más muerto.

Por suerte era Ziggy, aunque ya empezaba a asfixiarse con el humo.

—¿Chicos, estáis... presentables?

—Claro que sí —respondí bruscamente—. Está inconsciente.

Abrió la puerta tosiendo. Se cubrió la nariz con el cuello de su camiseta.

—Esa zorra pirómana le ha prendido fuego a la librería. He adelantado a los bomberos, pero están de camino. Tenemos que sacarlo de aquí.

—Sólo faltan dos horas para que amanezca. ¿Adónde vamos a ir?

Ziggy levantó a Nathan en brazos.

—Mi furgoneta. Agárralo de las piernas.

Corrimos hacia la puerta mientras Nathan colgaba entre los dos como una cuerda de saltar.

—Esto me recuerda a la escena de *El retorno del Jedi* en la que los Ewok hacen prisioneros a Han, a Luke y a Chewie y los atan a esos grandes palos.

—Resérvate tu oxígeno. No puedo llevaros a los dos.

El aire de la noche ahora era helado y la frase «demasiado frío para nieve» me vino a la mente. Me resbalé en la acera y choqué contra el muro de ladrillo del edificio. Ziggy puso a Nathan en el suelo y abrió la parte trasera de la furgoneta.

Me asomé por la barandilla para ver la librería. El cristal de la entrada estaba roto y el humo salía hacia fuera. No dejaba de pensar en el edificio viniéndose abajo y en nosotros sin un lugar al que ir. No teníamos tiempo de recoger las cosas de Nathan. Su pez. Su fotografía de boda.

Pensé en cómo Nathan había rescatado mi diploma y la foto de mis padres del apartamento en llamas. Eso también seguía arriba, pero las sirenas estaban aproximándose y acabaron con toda idea heroica.

—Lo pondremos detrás —dijo Nathan al sujetarlo por los hombros. Después de contar hasta tres, lo metimos en la furgoneta y cerramos la puerta—. Abróchate lo o

multa —me recordó señalando al cinturón del asiento del pasajero.

Cuando los camiones de bomberos rodearon la manzana, comenzó a arrancar el motor y recorrimos la calle a una velocidad que no llamara la atención.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó señalando con el pulgar hacia la cortina que separaba la parte trasera de la furgoneta.

—No lo sé. Se ha caído. ¡Bam! —Alcé las manos desesperada.

—No lo entiendo —me miró con desconfianza—. Que Dahlia haya aparecido en el salón no es la clase de cosa de la que Nate no se daría cuenta.

—Estaba entretenido.

—Ah...

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —pregunté mirando con temor al cada vez más claro cielo—. ¿Podemos ayudarlo?

—No si no sabemos qué le ha hecho —mantuvo los ojos en la carretera—. ¿Sabes dónde encontrar a Dahlia?

Lo sabía. Por detrás de la cortina divisoria, Nathan gimoteaba de dolor. Cerré los ojos.

—Gira a la derecha en el siguiente semáforo.

Encontré el camino de vuelta a la mansión de Cyrus sin ningún problema. El portón de hierro forjado estaba cerrado.

—Déjame aquí.

—¿Vive aquí el tipo que creo que vive aquí? —preguntó Ziggy al detener la furgoneta—. ¿Quieres que espere?

Empujé la pesada puerta y bajé.

—Sí. Si no he vuelto antes de que salga el sol, busca un lugar seguro.

—¿Por qué? No creo que pueda salir para venir a por mí.

—No, pero tiene a esos tipos —había cinco de los guardaespaldas en la puerta.

—¡Madre mía! ¿No irás a entrar ahí, verdad?

—Tengo que hacerlo —respondí con más valentía de la que tenía. Al darme la vuelta, sentí el extraño impulso de volver a mirar a Nathan. Lo ignoré.

«A ver qué pasa...». Abrí el portón de hierro de una patada y recorrí el camino de entrada. Los guardias no se movieron y me dejaron acercarme, pero me preparé para lo que pudiera pasar.

Dos de los gorilas vinieron hacia mí con los brazos estirados. Me quedé quieta hasta que estuvieron lo suficientemente cerca como para agarrarme. No pensé. No me moví.

Arremetiendo hacia delante, golpeé al primer guardia en la nariz. Se oyó un crujido seguido de una cascada de sangre que cayó por sus labios mientras se agachaba y, aprovechando que tenía las manos sobre la cara, le di una fuerte patada en la entepierna. Gritó de dolor y cayó al suelo.

El segundo me agarró de los brazos por detrás, pero lo lancé hacia delante, por encima de mi cabeza. Después le doblé los brazos en direcciones opuestas hasta que

oí los huesos romperse.

No me dio tiempo a reagruparme antes de que me alcanzara el tercero. Me agaché y giré la pierna formando un amplio arco, haciendo que se tropezara. En cuanto cayó al suelo, le torcí la pierna y le disloqué la rodilla.

Los otros dos se quedaron paralizados. El aroma a sangre procedente de las heridas de los guardias hizo que mi rostro se transformara y emití un gruñido.

—¡Bajad aquí para que pueda mataros o id a buscar a Cyrus!

Pero fue innecesario ya que en ese momento Cyrus salió por la puerta aplaudiendo.

—Maravilloso —dijo como un padre orgulloso—, aunque un poco predecible. No suficiente sangre, pero en conjunto un buen debut. Estoy deseando ver en qué clase de asesina te conviertes —le hizo una señal a los dos guardias ilesos y dos más salieron para meter dentro a los heridos.

—Odio decepcionarte, pero no estoy aquí para que me evalúes —dije mientras mis rasgos volvían a ser normales—. Estoy buscando a Dahlia.

—Me imaginé que volvería a verte esta noche. Por favor, pasa —lo seguí con cautela.

El vestíbulo estaba totalmente oscuro y lo único que me sirvió para guiarme fue el sonido de sus pies descalzos sobre el suelo de mármol.

Me sentía llena de poder después de la pelea fuera y unas extrañas fantasías de matanzas me recorrieron la mente. Supe que si actuaba en ese momento, podría matar a Cyrus antes de que se diera cuenta y por ello me acerqué en silencio.

—Yo no lo haría, si fuera tú.

—¿Hacer qué?

Sus carcajadas llenaron la oscuridad e hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—Acabas de herir de gravedad a tres de mis empleados. Estoy seguro de que crees que eres toda una heroína, pero eran humanos. Luchar contra un vampiro es algo completamente distinto y puedo asegurarte que te vencería —se giró y, a pesar de la escasa luz, pude ver sus ojos brillar—. Pero puedo prometerte que lo disfrutaría.

Imbécil. Había oído mis pensamientos mediante el lazo de sangre. Seguro que había sentido mi adrenalina desde el otro lado de la ciudad.

Oí el ruido de metal contra metal y el crujido de una puerta al abrirse. La luz se coló entre las dos anchas puertas y entramos en lo que parecía ser un despacho.

El fuego estaba encendido en la impresionante chimenea de piedra y una alfombra persa dominaba la habitación. Cyrus encendió un par de lámparas Tiffany.

—Muy *art déco*.

—Me alegra que te guste. Por favor, siéntate. Me hundí en el sofá de piel delante del fuego.

—Yo no he dicho que me gustara.

Se rió y se sentó a mi lado. Demasiado cerca. Me echó un brazo por encima del

hombro y me acarició el cuello con sus largas uñas, siguiendo mi cicatriz. El pulso se me aceleró, pero no de miedo.

«Tranquila, Carrie. Antes has logrado resistirte. Céntrate».

—¿No te encanta esta alfombra? —preguntó señalando a la ornamentada alfombra que teníamos debajo—. Cuando las tejen, siempre cometen un error a propósito. ¿Sabes por qué?

No respondí.

—Porque sólo Alá puede hacer la perfección —suspiró suavemente—. La he estudiado una y otra vez y nunca he sido capaz de encontrar la imperfección.

—¿Qué quieres decir?

—La alfombra me recuerda a ti. Serías perfecta de no ser por un mínimo defecto —me hizo cosquillas en la oreja con una larga garra y temblé.

—¿Cuál?

Cuando se acercó, su helado aliento acarició mi oreja.

—Tu humanidad.

Se echó atrás.

—¿Has seguido pensando en mi oferta?

—Sí —no estaba mintiendo.

—¿Y?

—Y sigo sin decidirme. Pero no voy a renunciar a mi humanidad, ni siquiera aunque elija quedarme contigo.

—¿Por qué no?

—Porque está mal. Matar por placer está mal —lo miré fríamente—. He oído lo que le hiciste a esa niña.

—¿A cuál? —Me guiñó un ojo—. Me pregunto si alguna vez te has molestado en buscar a otros de tu especie para preguntarles qué piensan de tu idealista Movimiento. Se acerca una guerra. ¿De verdad crees que estás en el lado vencedor?

—No voy a ser la que esté en el lado de los que asesinan. Eso es todo lo que me importa.

Su rostro se volvió solemne.

—Carrie, estás convirtiéndote en una mártir cuando podrías convertirte en reina.

Su angustia parecía real. Su mirada fue suficiente para hacerme prometer que lo reconsideraría. Le sequé una sangrienta lágrima de la mejilla y una sonrisa rozó sus labios.

—Quédate conmigo, Carrie —susurró contra la palma de mi mano.

Rápidamente, aparté la mano de su cara. Los dedos me ardían por el contacto y me estremecí de furia.

—Estoy aquí por Dahlia.

—¿Y qué demonios quieres de ella? Aparte de ese deplorable incendio, por el que ha sido castigada con creces, todo lo que ha hecho, lo ha hecho bajo mis órdenes. Si quieres castigar a alguien, entonces castígame a mí —una malvada sonrisa iluminó su

rostro.

—¿Has enviado a Dahlia a matarme?

La furia contrajo su rostro.

—¿Qué?

—Lo siento, ¿he tartamudeado? Ha intentado matarme. Y no me ha gustado.

Confuso, frunció el ceño.

—Si hubiera intentado matarte, ahora mismo estarías muerta. Es muy buena en lo que hace.

—Bueno, pues ha fallado —me levanté y fui hasta las ventanas que llegaban al suelo. Las cortinas no estaban echadas, así que no le preocupaba que la luz del sol saliera en cualquier momento. Nunca había visto un amanecer, de modo que no sabía cuánto duraba. O, más importante, en qué punto me mataría. «Tengo que volver con Nathan».

—Ah, has conocido al señor... ¿Cómo se llama ahora? ¿Grant?

Me maldije en silencio. No había pretendido pensar en él en presencia de Cyrus.

De nada servía mentir.

—Sí.

—Y supongo que te ha hablado sobre nuestra... relación en el pasado —luchaba por controlar su furia, pero yo podía sentirla mediante el lazo de sangre—. No me extraña que te hayas inclinado a favor de los humanos.

Me mantuve firme a pesar de las volátiles emociones que invadían mi mente.

—Me dijo que lo habían enviado para ejecutarte. Y que tenéis la misma sangre.

—Y así es. Tenemos la misma sangre. Yo estaba ahí cuando mi Creador lo convirtió. Pero ahora no tenemos una relación en absoluto fraternal —se levantó y caminó de un lado a otro de la habitación—. Entonces, ¿Nolen está muerto? Me alegra oírlo, aunque no lo hiciera yo.

«¿Nolen?». Imaginé que era el antiguo nombre de Nathan.

—No está muerto, pero necesito que Dahlia invierta lo que sea que le haya hecho.

Cyrus se rió como si le hubiera contado un buen chiste. Sacó dos puros de una caja de caoba y me ofreció uno. Lo rechacé.

—Quiero verlo muerto, Carrie. ¿Por qué demonios iba a ayudarlo?

—Porque es lo correcto —mi respuesta me sonó vergonzosamente débil.

—Pero, Carrie, ¿no acabas de acusarme de matar por placer? —Encendió un puro y le dio unas caladas.

Contuve una arcada cuando el dulce olor llegó a mi nariz.

—He cambiado de opinión. Entrégame a Dahlia.

Se movió hacia mí. Sentí lo que estaba a punto de hacer y me preparé para ello.

Alargó la mano antes de que me diera tiempo a echarme a un lado y el puro se le cayó a la alfombra. Un brazo me rodeó por la cintura y me llevó contra su pecho. Me tiró del pelo echándome atrás la cabeza con brusquedad.

—Quiero dejar una cosa clara para que no haya más malos entendidos. No me

importa la opinión que tengas de mí. Al final, es mi sangre la que corre por tus venas. Me perteneces.

—¡No! —Mis instintos me decían que me liberara, pero no le daría la satisfacción de saber que le tenía miedo.

Se inclinó hacia delante y acarició mi cuello con sus labios. El puro seguía encendido a nuestros pies. Me dio algo en qué centrarme además de en la sensación de su lengua contra mi piel.

—Tu alfombra se va a prender fuego.

Di un paso atrás y, para mi sorpresa, me soltó. No sabía si tendría la voluntad de luchar contra él. Sin ni siquiera mirar el puro, lo apagó con su pie descalzo. Tragué saliva con dificultad y lo miré a los ojos.

—Si dejas que Nathan muera, el Movimiento enviará a alguien más, alguien más fuerte. Te colgarán como a un perro y no quiero que eso suceda.

—¿No? —Una amenazadora dicha se reflejó en su rostro. No sirvió de nada para calmar mis nervios.

—No —se me secó la boca al darme cuenta de que sentía lo que había dicho—. Eres mi Creador.

—Bueno, no podemos permitir que Nolen venga detrás de mí. Tú viste lo que logró hacerme la última vez. Y, además, no me gusta luchar; no es de caballeros. ¿Se te ocurre algo que pudiera animarme a correr ese riesgo?

Claro que se me ocurría, pero no quería decírselo.

—Dilo, Cyrus.

Él cerró los ojos, como si estuviera saboreando una deliciosa comida.

—Me encanta el sonido de mi nombre en tus labios. Es como música.

—No tengo tiempo para esto, ¡dilo! —Mi vehemencia me sorprendió.

Chasqueó con la lengua.

—No le tienes ningún aprecio al drama. Bien. Prométeme que volverás a mí, que te quedarás, y yo ayudaré a tupreciado Nathan.

Alargué la mano en un intento de parecer segura de mí misma, pero él, en lugar de estrecharla, se llevó mis dedos a la boca y los besó uno a uno. Dada la abrasadora sensación que me recorrió el brazo, bien podía haberme prendido fuego la mano.

—Entonces trato hecho —fue hacia las puertas y las abrió—. ¡Dahlia! —Su grito enfurecido resonó por el oscuro vestíbulo. En un momento, la habitación al otro lado de la puerta se llenó de luz.

—¿Me querías? —La oí ronronear por encima del sonido de sus tacones. Y entonces gritó.

Agarrando con fuerza sus rizos pelirrojos, Cyrus tiró de ella y la metió en la sala. Vestía de un modo muy parecido al de la noche en que la había conocido: una camisa negra ceñida y una falda negra. La única diferencia que veía ahora era una abundancia de joyas, anillos y collares con pentagramas de plata. Cyrus la tiró al suelo y ella se alejó arrastrándose después de que le diera una patada.

En una situación normal, yo habría girado la cabeza ante tanta violencia, pero me costaba sentir lástima por ella después de lo que había hecho. Sobre todo desde que había intentado matarme.

No suplicó clemencia cuando volvió a agarrarla y le echó la cabeza atrás, exponiendo su garganta. El rostro de Cyrus cambió y sacó los colmillos.

Dahlia no retrocedió asustada... Pero yo sí. Ese rostro me trajo el recuerdo del cristal atravesándome el cráneo, de los resbaladizos órganos bajo mis rodillas, y de la sensación de no tener ningún poder bajo las manos de un asesino. Me cubrí la mano para reprimir un grito.

Los ojos de Cyrus me miraron por un instante y en ese momento su grotesco rostro sí que registró una emoción parecida a la tristeza. No le gustó haberme asustado.

Soltó a Dahlia y dejó que su rostro volviera a la normalidad.

—¡Has intentado matarla!

Ahora ella gimoteaba, como si supiera que sus mentiras no fueran a servirle de nada.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? Tienes suerte de que al final esto haya resultado bien para mí, zorra llorona. De lo contrario, te habría entregado a los Colmillos cuando llegaran — iba rodeándola mientras hablaba.

—¡No! —Se aferró a sus piernas—. ¡He matado a ese tipo de la librería por ti! Deberías estar contento.

Él se apartó de ella, como si lo hubiera tocado un leproso.

—¡No se te permite matar cuando quieras! ¿Cómo esperas que te convierta si no sabes controlarte?

Su rostro palideció.

—¿Qué quieres que haga? Haré lo que sea. ¡Sólo dime lo que quieres!

—Si hubiera un modo de invertir lo que le has hecho a ese hombre, ¿qué sería necesario?

—Un antídoto —dijo mientras se secaba la nariz con la manga.

—¿Y dónde puedo encontrar ese antídoto? —le preguntó pacientemente.

Las lágrimas resplandecían sobre el rostro de Dahlia.

—En mi dormitorio.

—Entonces, ¿por qué no vas a buscarlo? —La hizo salir de la sala con tanta facilidad como si hubiera mandado a unos niños a la calle a jugar.

—Gracias —le susurré.

—Esto no es un regalo, Carrie. No lo confundas.

—No es un regalo, pero es lo correcto. Aunque te estén pagando por ello —lo miré, esperando que sintiera el verdadero peso de mis palabras.

Vino hacia mí y me acarició la mejilla.

—Pobre pequeña. ¿Es que el Gran Lobo Malo está aprovechándose de ti?

Intenté apartar la cara, pero me agarró de la barbilla y me forzó a besarlo. Abrí la boca y sentí mi sangre fluir por mis venas, abrasadora y gélida a la vez. Su excitación alimentó la mía. Y mientras sus afiladas garras me acariciaban la espalda a través de la camiseta, el roce de su lengua contra la mía y la caricia de su aliento contra mis labios no me parecían suficientes.

Se apartó, dejándome jadeante y sonrojada mientras que él estaba tan impasible como una persona a la que acaban de hacerle una revisión dental. Pero cuando levantó la mano para echarse atrás un mechón de su larga melena casi blanca, la mano le temblaba.

—Créete todo lo que quieras, Carrie. Pero cuando necesitabas ayuda, no llamaste al Movimiento. No fui un último recurso. Me elegiste a mí.

Mi cuerpo tembló ante el impacto de la verdad y nos quedamos mirándonos en silencio hasta que Dahlia entró. Se aclaró la voz y me lanzó una mirada asesina.

—Tengo tu maldito antídoto.

Cyrus alargó la mano, pero ella prácticamente se lo tiró. Él le dio un beso en la mejilla y se dio la vuelta.

—Ahora sé una buena chica y lleva tus cosas a una de las habitaciones del servicio. Carrie necesitará la suite de invitados.

Me esperaba un arrebató, pero lo único que hizo fue mirar a Cyrus. Dahlia aún no había asimilado sus palabras, el hecho de que estuviera usurpando su lugar, y yo no quería estar cerca cuando lo hiciera.

Volviendo a mi lado, Cyrus me puso el vial en la palma de la mano. Lo miré. Ése era el precio de mi libertad. Podría tirarlo al suelo y no tener que volver nunca.

—Pero no lo harás —enarcó una ceja—. Tu palabra significa demasiado. Le llevarás esto a Nolen, te asegurarás de que esté a salvo y volverás conmigo mañana al ponerse el sol.

—¿Cómo sé que esto no le hará más daño? —le grité a Dahlia. Aunque me miró, creo que en realidad no me vio.

—No le hará daño —contestó Cyrus—. Ella sabe lo que sucederá si ha mentido.

En ese momento la chica se vino abajo; la espalda le convulsionaba con los sollozos mientras se cubría la cara con una mano. Nunca había visto a nadie llorar con tanta elegancia, y eso que había visto muchas lágrimas en toda mi vida, pero Cyrus no pareció darse cuenta. Me besó en la frente y me llevó hasta la puerta.

—Ahora vete, el sol saldrá pronto.

No me siguió. Vacilé al pasar por delante de Dahlia. No sé si quería reconfortarla o echarle sal a sus heridas, pero cuando me miró con unos ojos llenos de odio, seguí caminando.

El vestíbulo resplandeció cuando las bombillas estallaron con la fuerza de la furia de Dahlia.

—Al ponerse el sol —gritó Cyrus—. No me hagas tener que ir a por ti.

Capítulo 9

Antídoto

Salí de la casa justo cuando una lluvia de chispas cayó de la instalación eléctrica del vestíbulo. En esa ocasión, sí que corrí por el jardín, pero sólo para ganar un poco de tiempo. Sin saber cómo reaccionaría Nathan al antídoto, quería llevarlo a un lugar seguro antes de que hiciera efecto.

Ziggy había abandonado el asiento del conductor, supuestamente para atender a Nathan. Llamé a las puertas traseras y entré cuando se abrieron. Ziggy estaba de cuclillas junto al cuerpo de Nathan con una estaca de madera apuntándome directamente al corazón.

Cuando me reconoció, bajó el arma.

—Lo siento. Nunca se tiene demasiado cuidado.

—No pasa nada —gruñí mientras cerraba las puertas—. ¿Cómo está?

—Vivo, pero eso no es decir mucho. ¿Qué has descubierto?

Le enseñé el antídoto, un turbio líquido azul.

—Conduce. Se lo echaré por la garganta y con suerte no hará efecto hasta que estemos de vuelta en el apartamento.

—¿Qué quieres decir? —Ziggy descorrió la cortina divisoria y se situó detrás del volante.

—Porque no tengo ni idea de qué efecto va a producirle.

Cuando arrancó, con cuidado me situé junto a la cabeza de Nathan, pero la furgoneta se apartó de la acera con brusquedad lanzándome contra su pecho.

El contacto resultó sorprendente, incluso inconsciente y sin ningún lazo de sangre que nos uniera, seguía sintiéndome atraída hacia él a pesar del hecho de que había mentido sobre su identidad. O de que no explícito el vínculo concreto que lo unía con mi Creador. Me recordé lo que había sacrificado a cambio del antídoto.

Abrí el vial y vertí el contenido en su boca medio abierta. «Espero que sepa terrible», pensé con gesto petulante. Después, me eché atrás y esperé. ¿Por qué lo había hecho? Cuando me había decidido a hacerlo, había sentido que lo hacía por un amigo. Y cuando descubrí que apenas lo conocía después de todo, aun así seguí adelante.

No quería reconocer el hecho de que Cyrus podría tener razón. El aprieto en que se encontraba Nathan... o Nolen... podría haberlo resuelto el Movimiento, pero mi primer instinto había sido correr al lado de mi Creador.

Me arrodillé junto a Nathan y le tomé el pulso. No respiraba. No tenía reflejos.

Derrotada, me tumbé a su lado, por necesidad más que por familiaridad. El cuerpo me dolía de agotamiento. Mis emociones eran un caos. La única persona con la que había pensado que estaba a salvo, bueno no exactamente a salvo, pero más a salvo, no era quien yo había creído. Que estuviera muerto era la guinda del peor

pastel de la Historia. Las lágrimas se deslizaban sobre mis mejillas mientras intentaba llorar sin que Ziggy me oyera.

Y entonces, como un milagro, Nathan gimió y murmuró algo que sonó como «márchate». Tuvo arcadas y vomitó un poco del antídoto sobre su camisa, pero había tragado suficiente. Estaba vivo.

Me senté, impactada.

—¡Creía que estabas muerto!

—Ojalá lo estuviera —dijo cuando por fin pudo hablar. Se apoyó sobre los codos y se agarró la cabeza—. ¿Qué ha pasado?

—Estábamos... —me detuve—. Esto... ¿qué es lo último que recuerdas?

Su sonrisa me hizo sonrojarme.

—Bueno, de pronto te desmayaste.

—¿Y por qué iba a hacer yo algo tan estúpido?

—No fuiste tú. Fue Dahlia.

Cerró los ojos.

—¿Estamos en la furgoneta?

—Sí, hemos tenido que salir del edificio. Estaba... —no sabía cómo decirle que había perdido su sustento.

—¡Oh, maldito fuego! —exclamó Ziggy desde el asiento delantero—. Tío, me alegro de que hayas despertado.

El sonido de un claxon le hizo centrar la atención en la carretera cuando la furgoneta se sacudió violentamente.

—¡Ziggy! ¡Mira a la carretera! —le ordenó Nathan, aunque su voz aún era débil. Se giró hacia mí—. ¿El edificio también ha desaparecido?

—Puede que no. Los bomberos estaban llegando justo cuando nos íbamos.

—Genial. Genial —se cubrió la cara con las manos y vi los duros músculos de su estómago vibrar bajo su camiseta. Esperaba que no estuviera llorando, pero al instante, una risa delirante brotó de él.

—¿Qué es tan divertido? —Estaba yendo demasiado lejos.

—Nada, nada. ¿Sabes? Hasta hacía una semana mi vida era completamente normal. Un fax del Movimiento y vuelvo a entrar en el caos —suspiró—. Así que Dahlia me ha atacado. Eso no lo había hecho antes.

—Estaba intentando hacerle un favor a Cyrus —le dije.

—Vale, chicos —gritó Ziggy cuando la furgoneta se detuvo—. El sol está justo por debajo de la línea que forman los árboles. Sugiero que corras con todas tus fuerzas.

En segundos la puerta se abrió. La tenue luz de la mañana me quemó los ojos y Nathan se echó atrás.

—¡Las llaves! —gritó Ziggy.

Las tomé y salté.

Para mi gran alivio, el edificio seguía en pie. Ya se habían extinguido las llamas y

el hollín cubría a los bomberos que se arremolinaban alrededor de los camiones. Dos coches de policía con las luces dadas bloqueaban la acera. Era como si la librería se hubiera llevado la mayor peor parte.

Un joven policía con aspecto de creído se acercó con arrogancia al vernos.

—Un poco tarde, ¿no?

Antes de poder responder, Ziggy salió de la parte trasera de la furgoneta con Nathan apoyado en su hombro.

—Tenemos que llevarlo arriba antes de que vuelva a escaparse. Oh, Dios mío... ¿qué le ha pasado a la librería? Vivimos justo arriba.

Nathan ladeó la cabeza como un borracho. El policía lo miró.

—Ha habido un incendio, pero hemos logrado apagarlo. ¿Se pondrá bien su amigo?

Demasiado agotada para pensar en una mentira, abrí y cerré la boca mientras emitía unos sonidos imprecisos. Ante la insistente mirada de Ziggy, las palabras comenzaron a brotar de mi boca.

—Se pondrá bien. Soy médico.

—Es... está bien —el oficial sacó una libreta de su bolsillo. Al parecer, aún no me iría a ninguna parte—. Necesito hacerle algunas preguntas.

La piel de mi nuca comenzó a arderme por la luz del sol. Oí a Nathan emitir unos sonidos, como si estuviera a punto de vomitar. Me giré y Ziggy lo lanzó hacia mí.

—Te toca ocuparte de la vomitona. Yo me quedaré con el agente. Si necesita preguntarte algo más, yo lo llevaré arriba —sonrió al policía—. Si le parece bien.

Nathan volvió a hacer lo mismo, y en esa ocasión resultó más convincente, tanto que el policía se echó atrás.

—Sí, sáquelo de aquí antes de que tenga que citarlo por alteración del orden público. Es seguro subir. No hay ningún riesgo.

Con Nathan colgando de mi hombro, corrimos hacia la puerta. En cuanto estuvo cerrada, fue corriendo al baño.

—Madre mía —exclamé con un silbido cuando se agarró a la taza del váter y comenzó a vomitar. Mojé una toalla—. Eso sí que es vomitar.

Me arrodillé a su lado y se la puse en la frente, mientras lo rodeaba con un brazo.

—No te contengas.

—Deberías haber sido enfermera en lugar de médico —su cuerpo temblaba con los escalofríos que inevitablemente seguían a un vómito—. O una mamá.

Me reí a carcajadas.

—Ya. No estoy segura de que eso estuviera hecho para mí.

—¿No querías tener hijos?

No lo dijo de modo acusatorio, como lo habría dicho cualquier otra persona. Estaba acostumbrada a tener que justificarme siempre por no desear tener hijos y estaba a punto de decirle esto cuando volvió a hablar.

—Aunque eso ya no importa porque ahora no puedes.

Un gélido dolor me atravesó el corazón y me robó el aliento. Me levanté y me apoyé contra el lavabo.

—¿Qué?

La cara se le puso más verde todavía, si cabe, pero sabía que no era por la poción.

—Lo siento mucho. Pensaba que lo sabías.

—No, no lo sabía. Pero no... no pasa nada. Ni siquiera había pensado en ello. Nunca planeé ser madre. Probablemente no se me habría dado bien.

Pero ahora que me habían arrebatado la posibilidad de elegir, lo lamenté. «Estás siendo ridícula, Carrie».

—Creo que habrías sido una madre fantástica —sus palabras parecieron estar cargadas de dolor, pero pudo haber sido por las violentas náuseas.

—Sí, bueno. Eso díselo a mi último novio.

Nathan se sentó contra la pared. El sudor cubría su piel, pero ya no estaba tan gris como momentos antes. Sus ojos buscaron mi cara.

—¿Por qué dices eso?

Al girarme para volver a mojar la toalla, me encogí de hombros. No debería haber mencionado a Eric. Aunque habíamos roto hacía nueve meses, de pronto la herida parecía increíblemente abierta. Sin embargo, para mi sorpresa, comencé a contarle toda la historia.

—Porque me dejó por no ser una buena madre para sus hipotéticos hijos —a pesar de la dolorosa verdad, aún logré reírme—. Básicamente, parecía creer que cuando nos licenciáramos, yo me quedaría en casa y cocinaría galletitas mientras él se forjaba una carrera en medicina. Decidió que iba a comprar una casa cerca de Boston. Le dije que yo vendría aquí por mi puesto en el hospital y me dio un ultimátum. Cuando le conté mi decisión, cuando le dije que no renunciaría a mi puesto, me dijo que era mejor así porque quería tener hijos, y no podía imaginarme como una buena madre. Y ahí acabó todo.

Me había estado mirando las manos, la cortina del baño, el toallero, lo que fuera con tal de mirar la cara de Nathan. Pero él se quedó en silencio demasiado rato y me sentí atraída a mirarlo.

—Es un idiota —dijo y sus ojos expresaron que decía la verdad.

Había olvidado lo que era que otra persona te valorara. Resultaba agradable, aunque no entendiera qué había provocado una reacción tan emocional por parte de Nathan. Era algo a lo que no estaba acostumbrada. Carraspeé.

—¿Tú quisiste tener hijos?

Tardó en responder y, cuando lo hizo, fue con palabras medidas, como si hubiera calculado cuánto decirme.

—Sí. Aunque tener mis propios hijos tampoco estaba hecho para mí.

—Lo siento —susurré. Detrás de su máscara de forzada alegría, sus ojos se veían cansados y la desesperación que vi en ellos me encogió el corazón.

Tan pronto como capté su tristeza interior, desapareció detrás de su muro de

autocontrol.

—No te compadezcas de mí. Tengo a Ziggy. Siempre quise tener un hijo.

Era la primera vez que admitía sus sentimientos hacia el chico y su expresión me dijo que no estaba acostumbrado a revelar tanto de sí mismo. La reconocía, porque yo la había visto muchas veces al mirarme al espejo.

Nathan creía que si algo le importaba de verdad, se lo arrebatarían con el tiempo.

Me di la vuelta... aunque por desgracia fui a dar directamente con el váter lleno de vómito.

—Si no supiera que eres un vampiro, diría que tienes una hemorragia gastrointestinal. Pero imagino has vomitado tu cena.

Nathan se levantó y se aclaró la boca debajo del grifo antes de responder:

—La sangre que he tomado sabía bien. Normalmente la sangre añeja sabe a quitaesmaltes.

—¿Conoces el olor del quitaesmalte? ¿Eso se usaba en los años treinta? —Me sonrojé. No le hablaría del antídoto ni de cómo lo había conseguido.

—Claro. Y tuve una novia en los ochenta. Eso fue hace unos veinte años, pero uno no olvida ese hedor químico.

—Bueno, definitivamente, debes de haber vomitado por la sangre. Espera una media hora antes de beber nada para asegurarte de que no vuelves a echarlo.

Nathan se rió.

—«¿Echarlo?». ¿Es eso un tecnicismo? —Se miró en el espejo y se quitó la camiseta—. ¿Con qué me ha golpeado?

—Un hechizo o algo así —sabía que debía examinarlo con ojo clínico, pero resultaba difícil cuando estaba tan... medio desnudo. Mis dedos se flexionaron, deseando tocar su pecho. Me aclaré la voz y desvié la mirada—. Supongo.

—Sea lo que sea, no me ha dejado marca —se giró para verse la espalda en el espejo y se me secó la boca ante los músculos de su torso moviéndose bajo su piel.

En el salón, la puerta del apartamento se abrió y se cerró de golpe, seguida del estrépito de unas botas de combate sobre el suelo.

—¿No lo estáis haciendo, verdad?

Nathan dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¡Ziggy, esos modales!

El joven apareció en la puerta; tenía ojeras.

—Se supone que tengo que darte esto —le dio una tarjeta con un sello de la policía, un nombre y un teléfono—. El poli ha dicho que los libros y demás objetos están destrozados y quieren que el dueño del edificio se ponga en contacto con ellos porque no pueden localizarlo.

—¿El propietario? Creía que el edificio era tuyo.

—Y lo es —se metió la tarjeta en el bolsillo—. Los llamaré después.

Ziggy soltó un bostezo enorme.

—Me voy a la cama. Mañana tengo un examen y hoy no quiero verme

involucrado en ningún otro rollo de vampiros, ¿entendido?

—Entendido —le respondió Nathan con una sonrisa—. Pero por la noche voy a necesitar tu ayuda en la tienda para ver qué podemos salvar.

—Vale —Ziggy me miró—. ¿Ya estás bien, Nate?

—Sí. Debo de haberme tomado una bolsa de sangre pasada, habrá sido alguna intoxicación.

Ziggy me miró con dureza.

—Sí, debe de haber sido eso. No podría haber sido ninguna otra cosa.

Pero no mencionó el viaje a la casa de Cyrus. Esperaba que tuviera la sensatez de no decir nada y así, cuando me marchara, Nathan pensaría que me había marchado por propia elección. Eso se lo creería.

Ziggy nos dio las buenas noches y se retiró a su habitación. Tal pronto como se cerró su puerta, se oyó música *rock*.

—Cuando está de este humor, no le hago caso —bostezó y se metió en su habitación. Lo seguí, sin saber por qué. Su torso desnudo probablemente tenía algo que ver.

Abrió la cómoda y sacó una camiseta. «Gris, como sus ojos», pensé al verle ponérsela. No. No necesitaba recordar sus ojos ni ninguna otra parte de su cuerpo.

A excepción de su corazón. Al menos podía consolarme con el hecho de que tenía otra vida salvada que añadir a mi cuenta.

Intenté no pensar en el precio que tendría que pagar por ello.

—Nathan, ¿quién es Nolen Galbraith?

Se pasó una mano por el pelo.

—Yo. Mejor dicho, ése solía ser yo. ¿Dónde has oído ese nombre?

—Estaba en el fax del Movimiento —decidí alterar un poco la realidad para ver si podía sonsacarle más información sobre él—, y así es como te llamó Cyrus. Dijo que él no te creó.

Con una sonrisa torcida, se sentó en el borde de la cama.

—¿Por qué tantas preguntas?

«Porque acabo de cambiar mi vida por la tuya».

—Me dijiste que te llamabas Nathan Grant y que Cyrus te convirtió. ¿Por qué mentiste?

—Yo no mentí —se sacó la cartera del bolsillo—. Mira.

Su permiso de conducir, por cierto con una foto que no le hacía justicia, llevaba el nombre de Nathan Grant.

—Tengo que cambiar de identidad cada dos décadas, ¿recuerdas? Me gusta pensar que puedo pasar por cuarentón antes de volver a mudarme —dejó la cartera sobre la cómoda.

—Pero ¿y Cyrus? Dijiste que por tus venas corre la misma sangre que por la suya, pero él dijo que no te creó.

—Y no lo hizo. Nuestra sangre está conectada porque nos convirtió el mismo

vampiro —carraspeó—. No suelo hablar de ello.

—Bueno, pues haz una excepción —le dije bruscamente, aunque me alegraba de que por fin él parecía abrirse un poco—. Lo siento. Es que estoy muy cansada y todo esto me pone de los nervios. ¿Alguna vez las cosas dejan de ser tan extrañas?

Él sonrió.

—En mi caso, no. Tal vez tú tengas suerte —se hizo un incómodo silencio mientras los dos evitábamos mirar a la cama.

—Eh —dijo mientras bostezaba alargando el brazo—, respecto a lo de anoche...

—Olvídalo —y sabía que lo haría. No había razón para guardarlo en la memoria cuando al día siguiente a esa hora seríamos enemigos.

Me pareció ver decepción en su mirada, pero intentó ocultarla con una sonrisa artificial.

—Sí, puede que sea lo mejor. Nos dejamos llevar y las cosas se nos fueron de las manos.

—Totalmente.

—Bueno... entonces voy a echarles un vistazo a los papeles del seguro de la tienda. ¿Quieres ver la tele o algo?

—No, la verdad es que estoy muy cansada —miré la cama—. ¿Quieres que me quede en el sofá esta noche?

—Esta mañana, Carrie. Acostúmbrate al horario de vampiro. Pero no, estaré un rato despierto y no quiero molestarte. Mañana ya solucionaremos lo de cómo vamos a dormir.

—Mañana —dije, de pronto paralizada.

—¿Estás bien? —me preguntó con gesto de preocupación y apretándome un brazo.

—Sí, genial. Sólo estoy cansada —no era mentira, pero cuando nos dimos las buenas «noches» y me dejó sola en su dormitorio, no pude dormirme. Busqué un boli y papel. En el suelo encontré un bloc de dibujo y un lápiz metido en el espiral. Me serviría.

Lo abrí y me detuve. Un dibujo increíblemente bonito de un niño durmiendo, que casi parecía una fotografía, ocupaba la primera página. En el margen, una letra inconfundiblemente masculina decía: *Ziggy con once años*.

Al pasar las páginas encontré dibujos similares. Eran principalmente de Ziggy en varias etapas de su adolescencia, durmiendo. Por lo poco que lo conocía, me imaginaba que el único momento en el que habría estado quieto para que lo dibujaran sería estando inconsciente. Los pocos retratos de Ziggy despierto estaban acompañados de unas fotografías enganchadas a ellos con clips. Fui a las últimas páginas esperando encontrar páginas en blanco y el último dibujo me heló la sangre en las venas.

Era como mirar una foto de la noche que nos habíamos conocido. Lo había hecho de memoria, ya que mi abrigo llegaba a las caderas, y no a las rodillas, y mi pelo

estaba recogido y no cayendo sobre mis hombros. Pero no había duda de que era yo.

Me sentí halagada, aunque no pude evitar preguntarme qué clase de bicho raro soñaba despierto con alguien al que hacía menos de dos semanas que conocía.

Pero claro, ¿qué clase de bicho raro cambiaba su vida por la de alguien a quien hacía menos de dos semanas que conocía?

Temblando, arranqué la hoja, la doblé y me la guardé en el bolsillo trasero de los vaqueros. Algo para recordarlo. Después arranqué una hoja en blanco y comencé a escribir.

La primera carta me resultó más fácil de lo que esperaba. Era mi carta de dimisión para el hospital; sencilla, profesional y, ya que iba escrita a lápiz, probablemente la gota que colmaría el vaso en cuanto a mi carrera médica.

Pero no importaba. Nathan tenía razón. Con el tiempo la gente se daría cuenta de que no envejecía y, a diferencia de Nathan, yo nunca podría pasar por cuarentona. A juzgar por todas las veces que me habían pedido el carné al comprar cerveza, apenas aparentaba veintiuno. Tendría que volver a la facultad cada diez años para seguir siendo médico. Y eso sería peor que el Infierno.

Metería la carta bajo la puerta del despacho del doctor Fuller antes de ir a casa de Cyrus.

Arranqué otra hoja y empecé con la despedida más difícil.

Nathan:

No voy a pretender que volvamos a vernos, al menos no de forma amistosa. He decidido que el mejor sitio para mí es junto a mi Creador. Por favor, debes saber que aunque sólo te deseo lo mejor, comprendo que tienes un trabajo que hacer para el Movimiento.

No me lo tomaré como algo personal si intentas seguir la tarea que te han impuesto, pero sé consciente de que lucharé hasta mi último aliento. Nadie tiene el poder de decidir si vivo o muero. Si alguna vez has sentido la más mínima amistad por mí, olvidarás que he existido.

Carrie.

Capítulo 10

Puesta de sol

Por mucho que intentaba ignorar lo que estaba a punto de hacer, no logré calmarme lo suficiente como para dormir. Por eso, metí mi ropa en una bolsa y esperé mientras miraba el despertador de Nathan como si fuera un preso del Corredor de la Muerte. Pronto me llegaría la hora.

Durante un momento estuve escuchando a Nathan moviéndose por el salón. Aunque dijo que estaría revisando los papeles del seguro, lo único que oí fue el ruido de palomitas haciéndose en el microondas y a Led Zeppelin. Escuché dos veces el disco *Houses of the Holy* antes de que se oyeran los muelles del sillón crujir.

Ziggy se marchó sobre las ocho. Cuando lo oí volver al mediodía, abrí la puerta del dormitorio y esperé a que se diera cuenta de que estaba despierta.

No tardó en venir. Se apoyó en la puerta y jugueteó con la calavera de su anillo para evitar mirarme.

—Bueno, así que mi invitada se marcha.

—Sí —estaba sentada al borde de la cama, que por fin experimentaba el placer de tener sábanas limpias—. No quiero quedarme más tiempo del debido.

—Has hecho un trato con Cyrus —no fue una pregunta. El chico no era tonto.

—Te agradecería que no se lo contaras a Nathan. No tiene por qué saberlo.

—¿Y voy a mentir a Nate porque últimamente has hecho algo por mí...?

—Te lo estoy pidiendo como amiga. No quiero hacerle daño.

—¿Por qué? ¿Vas a hacerle daño? —preguntó al echar la vista atrás hacia el salón y sacar una estaca de madera del bolsillo—. Nate es mi padre. Me ha cuidado desde que tenía nueve años. No hay razón para no matarte si estás amenazándolo.

—No estoy amenazándolo. Es sólo que no quiero que venga a buscarme. Cyrus lo mataría.

Ziggy se rió.

—Ya, como que no estás intentando salvarte el trasero. ¿Qué demonios quieres?

Quería olvidarlo todo y dormir un poco. Quería despertar y ayudarlos a reparar los cazasueños que se habían estropeado con el humo. Quería cualquier cosa menos volver a casa de Cyrus. Pero, aun así, le di mi carta.

—Dale esto después de que me haya ido.

No la leyó, como pensé que haría.

—Vale. ¿Algo más?

Lo vi meterse la nota en el bolsillo y cerré los ojos. Se me secó la garganta.

—No.

—Le gustas. Esto va a destrozarlo.

Esas palabras tan suavemente pronunciadas deberían haberme sorprendido, pero ya había llegado a esa conclusión después de ver el dibujo.

—Lo sé.

—¿Y aun así te vas? Mira, no es que vayas a partirle el corazón ni nada de eso, pero en todo el tiempo que llevo viviendo con él nunca había mostrado mucho interés en nadie.

—Eso es muy dulce —deseaba poder hacérselo entender—. Nathan ha sido una gran ayuda, pero no pienso en él de ese modo. He pensado mucho en esto. Es la elección correcta.

—Ha estado quince años haciendo que funcione este lugar. Te conoce y en una semana vuelve a estar como al principio. Y tú te vas con el malo. No es justo.

—Fue un trato, Ziggy. Para conseguir el antídoto, para salvar a Nathan, tenía que hacerlo.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó impactado, como si lo hubiera abofeteado.

—Soy médico —dije encogiéndome de hombros—. Tengo que salvar vidas y ayudar a la gente. Y Cyrus me necesita. Nathan no puede saberlo.

—¿Estás loca? —El rostro se le iluminó, como si se sintiera aliviado—. Lo único que tienes que hacer es decirle lo que está pasando. Él se ocupará de todo.

—¡No! Si Cyrus lo mata, ¿de qué habrá servido el trato? Tendré que seguir con él y Nathan habrá muerto. No habrá servido de nada.

—Entonces, ¿por qué estás contándomelo?

Me mordí el labio.

—Supongo que porque... no quiero que me odiéis.

—Si vas a estar con él... Si vas a ser como él, Nate te odiará. Pero no dejaré que te insulte demasiado.

—Es todo lo que puedo pedir —dije con una sonrisa. La expresión de Ziggy era absolutamente desgarradora. Sentí mi corazón destrozado, como el cuerpo de alguien que hubiera caído desde una altura de cuarenta pisos.

—No le daré la carta hasta que salga el sol. Así, aunque quisiera hacer algo, tendría que esperar y tendría tiempo para calmarse.

—Bien pensado —le tomé la mano y él no se apartó—. Gracias.

—Sí, bueno, si alguna vez nos encontramos en un callejón oscuro, hazme un favor y no me comas, ¿de acuerdo?

—Trato hecho.

Me tumbé y por fin me quedé dormida. Cuando desperté, el apartamento estaba oscuro y vacío. Había llegado el momento de irse.

Recogí mi bolsa, metí mi diploma y la foto de mis padres entre unas sudaderas y me aseguré de que llevaba la carta para el doctor Fuller. Después, bajé las escaleras.

En la acera, me detuve junto a la barandilla y oí a Nathan gruñir disgustado:

—¿Cuántas velas crees que se han derretido en este caos con olor a rosa?

—¿Veinte? —le respondió Ziggy.

—Sí, supongo.

Respiré hondo para aliviar el dolor de mi pecho mientras me alejaba. Estarían

bien sin mí. Acaba de entrar en sus vidas, no había habido tiempo de crear vínculos, pero jamás había anhelado tanto una familia, esa calidez. Ser criada por unos padres emocionalmente distantes había erradicado la idea del amor familiar. Pero con Nathan y Ziggy, me había sentido parte de una familia.

Me dolió separarme más de lo que me habría esperado.

•••••

Después de dejar mi carta en el hospital, me vi ante la puerta de la mansión de Cyrus. En unas horas mi antiguo jefe se pensaría que había regresado a la Costa Este. Por lo menos no acabaría en la lista de personas desaparecidas.

Dos guardias armados se me acercaron mientras murmuraban algo por sus auriculares. Cuando llegaron a la puerta, di un paso atrás.

—¿Doctora Carrie Ames? —preguntó uno de ellos.

Asentí. No se ofrecieron a llevarme la bolsa.

—Cyrus está esperando —dijo el mismo hombre.

El otro abrió el portón. Me fijé en que le temblaba la mano.

Cuando llegué a la puerta principal, se abrió y en ella apareció una pareja vestida con ropa de cuero. Pasaron por delante de mí y oí una música que provenía de alguna parte de la casa.

Más vampiros con aspecto duro se arremolinaron en el vestíbulo. Algunos estaban tirados en un sofá en el centro de la sala, luciendo sus rostros de vampiro. Otros jugaban a los dados en una esquina. Todos vestían como si fueran moteros y parecían estar borrachos.

Había un guardaespaldas en la puerta del despacho de Cyrus. Comparado con los demás, parecía un *boy scout*.

—¿Está Cyrus aquí dentro?

—La llevaré con él.

Ante el sonido de una voz, me giré y me topé cara a cara con Dahlia. Mis rasgos comenzaron a cambiar y saqué los colmillos.

—Estarías muerta antes de ponerme un dedo encima —chasqueó con los dedos y el guardia de la puerta se retiró.

—Soy mucho más rápida de lo que crees.

Sonrió con dulzura.

—No fuiste tan rápida cuando estaba matando a tu novio.

Arremetí contra ella. Levantó las manos para lanzarme un conjuro y se las rajé con mis garras. Unas gotas de su sangre salpicaron el suelo de mármol.

Los vampiros moteros dejaron su juerga. Supuse que era por la sangre, pero no estaban mirándonos a nosotras, estaba mirando detrás de nosotras.

Cyrus estaba en la puerta del despacho, ataviado con una suntuosa túnica de piel que llegaba al suelo. El pelo le caía en dos largas trenzas color platino por detrás de

los hombros. Sonrió a los moteros.

—Caballeros —gritó por encima de las palabrotas de Dahlia—. Espero que estén disfrutando.

Algunos vampiros alzaron sus cervezas y gritaron. Cuando volvieron a su fiesta, Cyrus agarró a Dahlia del pelo y la metió en el despacho. Le hizo una seña al guardaespaldas, que me metió también.

Cuando la puerta se cerró, Cyrus tiró a Dahlia al suelo.

—¿Qué hay que hacer con una mascota desobediente? ¿Sobre todo con una a la que le he dado tantas advertencias?

Dahlia se secó la nariz en su muñeca ensangrentada.

—Cyrus, no ha sido culpa mía, ella...

La abofeteó y el sonido del impacto me hizo estremecer. La agarró por la barbilla y le giró el cuello para obligarla a mirarlo.

—¿Qué me has llamado?

Unas lágrimas cayeron por el rostro de Dahlia, mezclándose con la sangre de sus manos y las capas de maquillaje que le cubrían el rostro.

—Lo siento. No volverá a pasar, Amo.

La empujó y se sacudió las manos como si hubiera tocado algo sucio y desagradable.

—Llévatela y que le pongan unos vendajes. Después, enciérrala en su habitación.

Se giró hacia mí mientras el guardia se la llevaba. Su atormentada expresión se volvió una de puro júbilo al mirarme.

Me reí nerviosa.

—No esperarás que te llame «Amo», porque de lo contrario acabarías muy decepcionado.

Se situó detrás de mí y puso las manos sobre mis hombros. Podía oler la sangre de Dahlia en ellas.

—Puede que te sorprendas a ti misma, Carrie. Puedo hacerte hacer cosas que jamás imaginarías.

«Es por el lazo de sangre», me recordé cuando una oleada de placer me invadió. «No tiene ningún control sobre mí». Cerré los puños con tanta fuerza que me rasgué las palmas con las uñas.

Me echó hacia atrás y coló las manos bajo mi camisa. Sus manos estaban calientes, como si acabara de comer.

—¿No crees que puedo? —El fantasmal deseo que me embargó quedó reemplazado por un temblor eléctrico y ardiente mientras sus dedos se colaban en las copas de mi sujetador. Se rió ante mi suave gemido—. Carrie, ahora no estoy usando el lazo de sangre.

Me aparté, aunque mi piel pedía a gritos que la tocara.

—Dejemos algo claro. He venido aquí para cumplir con el trato. Esto de tocarme no entraba en el acuerdo.

—Seguro que te haré cambiar de opinión enseguida. Mientras, deja que te enseñe todo esto.

Me colgué la bolsa al hombro.

—Puedo pedir que te lleven las cosas a tu habitación.

—Preferiría tenerlas conmigo, si no te importa.

—Como desees —su tono fue suave, pero estaba claro que no le gustaba que lo contradijeran.

Atrajimos unas cuantas miradas curiosas al cruzar el vestíbulo.

—Los Colmillos —me explicó—. Son un grupo de moteros de Nevada. Han tenido algunos problemas con el Movimiento allí y han buscado protección en mí. De ahí el horroroso sofá en el vestíbulo y el intolerable hedor de eso... ¿cómo lo llaman ahora? ¿Refrigerio?

—Sí, hace unos cincuenta años. ¿Lo has probado alguna vez?

Su intensa risa resonó por los pulidos suelos de mármol.

—Carrie, ¿te parezco alguien que tendría un hábito tan asqueroso? Yo prefiero bebidas más elegantes.

Entramos en un pasillo. Unas altas ventanas proyectaban cuadrados plateados de luz de luna sobre el suelo. A través de la oscuridad vi una pintura en la pared de un gigante agarrando un cadáver decapitado.

—¿Es... Goya?

—Conoces su arte, doctora. Muy bien —Cyrus dejó escapar un suspiro de melancolía—. Es una copia. El auténtico está en el Prado, a pesar de mis numerosos intentos de comprarlo.

—Bueno, pues es una copia muy buena —alargué la mano para tocar la superficie, pero me detuvo sujetándome la muñeca.

—Por favor, no lo toques. Hace años tuve una mascota de talento excepcional. También es responsable de la orgía bacanal pintada en los muros de mi dormitorio —su pulgar acarició la casi traslúcida piel bajo mi manga y un escalofrío me recorrió el brazo—. Tal vez quieras verlo ahora.

Aparté el brazo.

—No tientes a la suerte.

Se rió y me llevó del brazo.

—Por aquí.

Al final del pasillo había unas grandes puertas dobles. Daban al salón de baile que había visto en mi primera visita, aunque entramos por un lateral distinto. La habitación ahora era un improvisado garaje, con hileras de motos aparcadas sobre lienzos que protegían el suelo.

—Jamás entenderé la necesidad que tiene la gente de conducir allá donde va.

—¿Siempre has tenido chófer? —le pregunté mientras tocaba el tanque cromado de una moto.

—No siempre. Nací seiscientos años antes de que se creara el automóvil

moderno.

—Seiscientos... ¿Entonces viviste en la época de los caballeros y las armaduras y todo eso?

—Sí, Carrie, y todo eso —me pareció verlo voltear los ojos, pero no hizo más comentarios. Me llevó a otra habitación.

El comedor estaba preparado para albergar a mucha más gente y me recordó al gran salón de una película medieval. Lo seguí hasta la cocina donde los grandes fogones industriales estaban fríos. Ollas y sartenes colgaban resplandecientes del techo. La única persona presente allí era el anciano mayordomo negro.

—¿Cómo puedes permitirte todo esto? —le pregunté.

—Buenas noches, Clarence —dijo, como si no apreciara la aparente animosidad del hombre. Se giró y me respondió—. En mis tiempos maté a mucha gente rica e invertí con sensatez. Tu habitación estará en las dependencias familiares, por supuesto —explicó mientras subíamos las escaleras—, pero primero pasaremos por la zona del servicio para que sepas dónde está todo.

Esa zona consistía en dos estrechos pasillos llenos de pequeñas habitaciones. Había unos cuantos Colmillos en el vestíbulo. Oí el zumbido de la aguja de hacer tatuajes por algún lado.

—Se marchan a Canadá en un par de semanas —susurró Cyrus con una tensa sonrisa y apretando los dientes ante sus invitados—, y no puedo decir que vaya a lamentarlo.

—Entonces, ¿por qué dejas que se queden?

—Son anti-Movimiento. Y yo soy anti-Movimiento. Tenemos que permanecer unidos. Cuando el Movimiento caiga, y lo hará, me gustaría ocupar un puesto de liderazgo y ahora me viene bien ir calentando motores.

El segundo pasillo estaba custodiado por guardias armados con estacas de madera. Pensé que pasaríamos sin más, pero Cyrus se detuvo.

—Caballeros, os presento a la doctora Ames. Le concedo acceso total al ganado siempre que desee. Por favor, haced correr la voz.

—Sí, señor —dijeron los guardias al unísono al hacerse a un lado para dejarnos pasar.

—¿Ganado? —No me gustó cómo sonó.

—Mascotas, si lo prefieres. Son humanos que viven aquí para que mis invitados y yo podamos alimentarnos.

La mayoría de las habitaciones tenían las puertas cerradas. Las pocas que estaban abiertas estaban sin ocupar, con dos pequeñas camas y una mesilla en el medio.

Se abrió una puerta y una chica pálida y delgada con ojeras salió de ella. Sonrió nerviosa y me miró mientras dijo:

—Hola, Amo.

—Buenas noches, Amy, ¿es tu nombre, verdad? —La agarró de la barbilla y le giró la cabeza a un lado. En su piel había unas ligeras marcas de colmillos.

—Cami —dijo con una voz casi audible.

—Ah, sí, Cami. Lo siento. Últimamente hay tantos nombres que recordar... Cami, querida, ¿cuánto hace que no te mando a buscar?

—Una semana —bajó la mirada—. ¿Lo hice... lo hice mal?

—No, no. He estado ocupadísimo con... otras cosas —mientras hablaba, Cyrus me dio la mano y me hizo partícipe de sus recuerdos.

Mi visión se nubló y miré el aterrorizado rostro de Cami desde los ojos de Cyrus. Intentaba no llorar mientras se movía dentro de ella. Se me revolvió el estómago al ver sus jóvenes extremidades y su apenas maduro cuerpo bajo el de él. Aparté la mano.

Volví al presente y vi a Cami esbozando una sonrisa cargada de esperanza.

—¿Hoy?

—Sí, a menos que lo consideres un desplante —me preguntó Cyrus con una sonrisa. Su voz invadió mi cabeza: «Si me rechazas, me la llevaré a mi cama por la mañana y no vivirá para ver la próxima puesta de sol».

La chica me miró con algo parecido a celos y desesperación, pero como no tenía duda de que Cyrus llevaría a cabo su amenaza, me acerqué y como pude le dije:

—Es mi primera noche aquí. ¿No preferirías pasarla conmigo?

—Lo siento, Cami. Tal vez encuentres compañía con uno de mis invitados.

Palideció más todavía y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Me harán daño?

—Claro que no. No lo permitiría. Ahora, márchate. Tengo que enseñarle el resto de la mansión a la doctora Ames.

Salimos del pasillo y entramos en una pequeña sala de estar. Miré hacia la baranda y vi que estábamos justo encima del vestíbulo. Oí los gritos de los Colmillos.

—Pervertido —dije en cuanto cerró la puerta—. No es más que una niña.

—Tiene quince años. Sólo un año más joven que mi primera mujer.

—Ya no estamos en la Edad Media. Hay normas.

—Encuentro algo bello en lo prohibido.

—¿Bello? ¿Y sus padres? ¿Y su familia? Estarán en alguna parte, buscándola, ¿y tú estás planeando matarla?

—Ha huido de su casa, Carrie, como casi todas mis mascotas. Pero si no te gustan, puedes hacer con ellas lo que quieras, siempre que lo lleves con discreción.

—No voy a matar por sangre. Quiero un Donante que se ofrezca de voluntad propia.

—El ganado lo hace.

—¿Están dispuestos a morir?

Asintió.

—Están dispuestos a sufrir ciertas incomodidades a cambio de lo que les doy. Los mato con el tiempo, pero durante unos días, tal vez semanas, se sienten como en casa. Como si alguien los quisiera. Seguro que sabes lo valiosa que es esa sensación.

Lo sabía. De niña, había trabajado duro para ser la mejor, la más lista, y todo con la esperanza de que mis padres lo valoraran. Había saboreado cada palabra de sus halagos como si fuera ambrosía. Sabía lo que buscaba esa pobre Cami. Se había prostituido por amor, o por una sombra. Jamás conocería la diferencia.

Me sentía tremendamente agradecida de no haberme topado con nadie como Cyrus cuando tenía quince años. Habría sido una presa fácil. Aún lo era.

Seguimos avanzando hacia un ala altamente protegida que pensé que albergaba su dormitorio y el mío. Me paré y esperé hasta que se dio cuenta de que no estaba siguiéndolo.

—No voy a dormir contigo. Sólo he accedido para que no la mataras.

—Lo sé. No lo haré. Hoy. Deja que te enseñe tu dormitorio.

El pasillo era considerablemente más ancho que el del servicio, aunque sólo parecía haber dos habitaciones. Al fondo había otro grupo de guardaespaldas ante unas puertas dobles, pero nos quedamos en la otra única puerta.

—Ya hemos llegado —dijo Cyrus, acercándose a mí más de lo necesario para girar el pomo. Intentando rozarlo lo menos posible, entré.

La suite era más grande que todo el apartamento de Nathan. La primera habitación era un salón lleno de muebles eduardianos. El fuego ardía en la exageradamente grande chimenea.

—Si no te gusta la decoración, podemos cambiarla. Los gustos de Dahlia se parecen algo a los míos, aunque yo nunca soportaría tanto azul claro.

Tuve un ridículo impulso de darle las gracias, pero lo ignoré.

—¿Era la habitación de Dahlia?

Levantó lo que parecía una caja de música de Fabergé.

—Sí. Por un tiempo.

Solté mi bolsa y me quité el abrigo.

—¿Por qué la has echado?

—¿La verdad? No me gustaba tenerla cerca. La muy celosa controlaba todos mis movimientos. Era como estar casado otra vez —giró la llave de la caja y una melodía que no reconocía comenzó a sonar—. Deja que te enseñe algo.

Fue hacia una esquina y tiró ligeramente de una de las estanterías. Toda la pieza salió hacia delante con facilidad.

—Esto conduce a mis aposentos.

Miré la puerta como si fuera dinamita.

—¿Hay algún modo de tapiarla?

—Prefiero tener acceso libre a ti —cerró el pasadizo secreto—, pero estoy seguro de que entiendes por qué quería tener a Dahlia en otra parte. Bajo vigilancia.

Si yo fuera él, querría tenerla en otro país.

—Cree que vas a convertirla.

—Su poder supera cualquiera que yo haya visto —se quedó pensativo—. Pero me da miedo pensar el uso que haría de ese poder combinado con la fuerza de un

vampiro.

—Claro, eso lo dices porque tienes mucha moral.

—Porque soy realista.

—¿No podrías controlarla con el lazo de sangre? Quiero decir, ya que eso se te da tan bien.

—Eres perfecta —una sardónica sonrisa se formó en sus labios—. Por desgracia, tiene más poder que yo y no correré el riesgo de que me gobierne.

—Bueno, me alegra saber que no eres un psicópata completamente despiadado.

—Lo que ves como malvado no es más que la aceptación de nuestra propia naturaleza. Hago lo que mi naturaleza me dicta. Eso no significa que quiera que una completa chiflada lleve al mundo a la destrucción.

—¿Podría hacerlo?

—Probablemente. Eso es lo que me mantiene despierto durante el día —con una mirada de deseo, añadió—: Pero ahora parece que tendré una razón mejor para mis días sin sueño.

Levantó la mano y temblé, a la vez que deseaba que me tocara y me maldecía por ello. Cuando bajó la mano, me giré avergonzada.

—Tengo unos regalos para ti. En tu dormitorio.

El último lugar en el que quería estar con él era uno con una superficie horizontal, pero fui de todos modos. Al pasar, me fijé en que el ojo de la cerradura estaba soldado. No tenía forma de evitar que Cyrus entrara si decidía cortejarme en mitad del día.

La cama era enorme y estaba cubierta por un grueso edredón azul. En la cabecera había una pila de almohadas y un dosel con cortinas llegaba hasta el alto techo.

—Es como un cuento de hadas —dije, deslizando los dedos sobre la suave colcha. Costaba imaginarse ahí a Dahlia, con sus medias de rejilla y la raya del ojo tan marcada.

Cyrus cerró la puerta.

—Me alegra que te guste, aunque espero que no pases mucho tiempo aquí. Mira en el armario.

El gran armario de caoba estaba lleno de ropa y, cuando abrí los cajones, encontré una selección de joyas que avergonzarían a las de Tiffany. Casi me atraganté de la sorpresa. Estaba tan hipnotizada por las resplandecientes joyas que no me fijé en que estaba detrás de mí hasta que me rodeó por la cintura. Di un salto cuando agarró un colgante de esmeraldas.

—Nunca he tenido tantos... activos —dije cuando llevó el colgante hacia mi cuello.

Riéndose, me apartó el pelo.

—Todo en esta casa es tuyo —dijo al cerrar el broche.

Me aparté con la intención de quitármelo.

—Con tal de que sea obediente, ¿verdad?

—Hasta cierto punto. No creo que tenga que imponer mi voluntad contigo.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Y eso por qué? ¿Porque me has regalado cosas caras?

—Porque no quiero que estemos distanciados. Eres una mujer inteligente, pronto descubrirás que es inútil luchar contra tu propia naturaleza. Y cuando lo hagas, yo estaré ahí. Seguro que estás cansada, así que te dejaré.

—¿Y Cami?

Se quedó extrañado. Había olvidado quién era.

—Ah, sí, la chica. No, creo que yo también descansaré. Aunque, si quieres reunirme conmigo...

—Eso no va a pasar —metí el collar en el cajón y lo cerré de golpe.

—Bueno, pero ya sabes dónde encontrarme.

Me quedé en la puerta y lo vi alejarse por el pasadizo secreto. Cuando se cerró, una deliberada oleada de deseo me invadió. Apreté los dientes y cerré los ojos.

«Dios, ayúdame», le supliqué a una deidad con la que nunca antes me había molestado en hablar. «Si no lo haces, mis pecados pesarán en tu conciencia».

Capítulo 11

Un día sin dormir, una incómoda noche

Aunque aún faltaban horas para el alba, me metí en la enorme cama. Dejé encendida la lámpara de la mesilla ya que me resultaba ligeramente inquietante estar sola en una habitación tan enorme.

«No tienes por qué estar sola». Yo no podía haber pensado eso. Me senté en la cama y miré a mi alrededor para ver si Cyrus había regresado, pero yo era la única persona allí y, por mucho que odiara admitirlo, estar acurrucada al lado de Cyrus resultaba un panorama atrayente en comparación con pasar la noche sola en esa habitación que parecía un museo.

Tenía que ser el lazo de sangre. Cyrus era un monstruo que hacía presa a los débiles y a los indefensos. La atracción entre los dos no habría sido tan fuerte si él no fuera mi Creador.

Pero ni siquiera yo me lo creía. Había sentido la excitación de hundir los colmillos en un cálido cuello humano y había conocido la ardiente sensación de la sangre precipitándose en mi boca desde una vena. Podía ser adictivo. Lo había hecho una vez, quería volver a hacerlo y Cyrus me ofrecía exactamente lo que anhelaba. Me sentía atraída por él porque mi naturaleza más oscura quería que cediera y me convirtiera en una depredadora, sin remordimientos, sin humanidad.

Un grito horrendo rasgó la tranquilidad de la noche. Corrí a la ventana a tiempo de ver a una chica medio desnuda corriendo por el jardín hacia el laberinto de arbustos. Cuatro de los Colmillos la seguían. Logré distinguirla en la oscuridad. Era Cami.

—No mires atrás —le susurré, deseando que lograra llegar al laberinto. Allí podría esconderse tal vez incluso hasta que amaneciera.

Pero sabía que era en vano. Aunque escapara, Cami volvería a la casa y acabaría encontrando la muerte.

Los vampiros se acercaban. Miró atrás y volvió a gritar al verlos. El cristal de la ventana amortiguó el sonido y me alegré por ello.

Mirar atrás demostró ser un error fatal. Se tropezó y cayó al suelo. Los cuatro vampiros se abalanzaron sobre ella y, en esa ocasión, ya no gritó.

Les llevó un instante acabar con ella. Cuando se dispersaron, pude ver el cuerpo, o lo que quedaba de él. La habían abierto en dos y se habían comido hasta sus órganos. Parecía una muñeca de peluche a la que le habían sacado el relleno.

Me giré temblando. El corazón me latía a toda prisa y me costaba respirar. Pero mi reacción no se debió al horror de lo que había visto. Me había gustado. Había querido ser uno de esos vampiros, había querido arrancar esa carne bajo mis garras, rasgar la piel con mis colmillos.

Ahora yo, la doctora Carrie Ames, que había jurado no hacerle daño nunca a

nadie ni ayudarlo a morir, quería matar.

Corrí las cortinas y volví a la cama, aunque no pude dormir. El hambre me atormentaba y saber que simplemente tenía que recorrer ese pasillo y elegir un humano me hacía sentir diez veces peor. Temblando y sudando, decidí quedarme donde estaba. Después de que se pusiera el sol, podría pedir sangre... en una taza. Pero ese momento parecía estar muy lejano.

Durante el día, oí la puerta secreta abrirse varias veces y unos pasos que siempre se detuvieron antes de llegar a mi puerta. Agotada, me dormí antes de la puesta de sol. Llevaba durmiendo una hora cuando las pisadas regresaron.

Al pensar que me encontraría a Cyrus en el salón de mi suite, me puse la bata y fui hacia la puerta. Me sorprendió ver que no era él el que hacía ruido, sino el mayordomo. Estaba abriendo las cortinas y encendiendo el fuego.

—Que no se le ocurra ninguna idea brillante o meteré su trasero de demonio en esta chimenea tan pronto que querrá estar en el Infierno antes de saber lo que ha pasado.

—No soy esa clase de vampiro —le dije al acercarme lentamente.

«Tal vez si lo dices muchas veces, acabarás creyéndotelo».

—Claro, supongo que es de los buenos, ¿no? Vienen muchos de esos por aquí, así que tendrá que disculparme por no creerla —se apartó el cuello de la chaqueta de su esmoquin y me dejó ver una serie de cicatrices abultadas por su cuello—. Y para futuras referencias, la mayoría de la «gente» no habla con el servicio. Imagine que soy invisible.

—Lo siento. Soy nueva aquí.

El pasadizo secreto se abrió y Cyrus entró sin llamar. Me levanté como si fuera de la realeza, no sé por qué.

Llevaba una túnica de seda lo suficientemente abierta como para hacerme sentir incómoda. Su torso era duro y bien definido. Un cuerpo perfecto, a excepción de la cicatriz que iba desde su clavícula hasta su estómago.

Una herida como ésa habría sido mortal seiscientos años atrás, así que debió de haber sido humano cuando se la hizo porque un vampiro se habría curado. Toqué la cicatriz de mi cuello.

Bostezó, se estiró y su pelo suelto acarició el suelo con el movimiento.

—¿Has descansado y estás lista para la noche?

—Alguien ha estado rondando por mi habitación todo el día.

—Clarence, espero que te disculpes por haber despertado a Carrie.

—Creo que no ha sido Clarence.

En ese momento, el mayordomo desapareció como por arte de magia y oí la puerta de la sala cerrarse.

—He venido para ver cómo estabas —se sentó en el sillón y me puso sobre su regazo. Dejé escapar un pequeño grito al sentir su piel fría como el hielo a través de mi bata e intenté colocarme la tela sobre mis piernas desnudas. Sentada como estaba

sobre él, era difícil mantener la pose de una dama. Se aprovechó y deslizó una mano entre la tela ligeramente separada.

—Sentí tu angustia por la escena del jardín, pero también tu excitación.

Tragué saliva con dificultad mientras sus dedos acariciaban la cara interna de mi muslo.

—¿Lo viste?

—Fue espectacular, ¿verdad? —subió los dedos hasta el dobladillo de mi camiseta—. Son unas criaturas tan vulgares, pero me encanta cómo comen y la mentalidad de manada que tienen.

Le aparté la mano y me levanté.

—¿Les dijiste que lo hicieran? ¿Para que yo pudiera verlo?

Levantarme había sido un error. Con mi movimiento había deshecho el nudo de su túnica y él no hizo ademán de cubrirse. Intenté mirar a otro lado que no fuera donde me forzaba mi curiosidad carnal. Él parecía encantado al verme avergonzada.

—Oh, lo siento, ¿estoy haciendo que te sientas incómoda?

—Olvidas que soy médico... O lo era. He visto muchos cuerpos desnudos. Todos son iguales.

—¿En serio? —Se levantó y se acercó demasiado.

—¿Les dijiste o no que mataran a Cami? —No iba a lograr intimidarme. O, al menos, esperaba que no lo hiciera.

—No eres nada divertida, ¿lo sabías? No, yo no preparé ese pequeño espectáculo. No aconsejo que se alimenten fuera. Por muy grande que sea el terreno, probablemente los vecinos oyeron sus gritos. Las investigaciones policiales me resultan tediosas, por decir poco, aunque sí que tengo predilección por las esposas.

—Menudo cliché —dije volteando los ojos.

—No he podido resistirme —me rodeó lentamente—. Algo pasa contigo. Puedo sentirlo.

—Tengo un poco de hambre —admití—, pero no me interesa el sacrificio humano. ¿Puedes hacer que alguna de tus mascotas done sangre?

Se detuvo detrás de mí y puso las manos sobre mis hombros. Antes de poder detenerlo, echó atrás mi bata, el cinturón se soltó y me quedé delante de él únicamente con la camiseta con la que había dormido, la que me había prestado Nathan.

Acercándose a mi cuello, la olfateó.

—Aquí está el problema.

Me giró agarrándome de los brazos con tanta fuerza que supe que me había hecho unas heridas que enseguida se sanarían.

—Ve a quitarte esto y dásela a Clarence para que la destruya junto con cualquier otra cosa que te recuerde a él.

—¿Qué ha pasado con eso de que no me impondrías tu voluntad?

Me empujó, furioso, y caí de golpe contra las sillas delicadamente bordadas.

—No abuses de mi paciencia y no tendré que demostrarte la fuerza de mi voluntad.

Por primera vez, me sentí completamente débil y vulnerable a su lado. Sabía que no me mataría. Estaba demasiado encaprichado con su trofeo, pero eso no era mucho consuelo cuando sabía la tortura que podía ser la vida de un vampiro.

Casi me disculpé, pero cuando lo miré a sus fríos ojos desparejados, no vi nada que fuera merecedor de mis disculpas.

Empujó el sillón y fue hacia la puerta secreta.

—¿Qué pasa con mi desayuno? —grité tras él, algo envalentonada después de mi pequeña victoria en la batalla de miradas.

—Clarence te lo traerá —bramó—. Pero después, más te vale aprender a beber de un humano como un vampiro de verdad. Tu comportamiento es reflejo del mío y no dejaré que nadie diga que mi sangre es débil, ¿entendido?

Después de que se hubiera ido, fui al dormitorio a cambiarme. Por lo furioso que estaba, no creía que volviera a verlo esa noche, aunque tampoco quería correr riesgos. Me puse ropa que encontré en el armario en lugar de la que Nathan me había comprado. Un jersey de cuello alto negro y unos pantalones anchos fue lo que más se aproximaba a mi vestimenta favorita, camisetas y vaqueros.

Clarence me trajo una garrafa caliente de sangre acompañada de una selección de fruta fresca, el desayuno continental de una peli de serie B. Intenté entablar conversación, pero se limitó a responderme breve y educadamente. Al final, me di por vencida y comí en silencio.

Cuando salí de mi habitación, vi que los Colmillos estaban sueltos. La curiosidad me llevó hasta el salón de baile, donde otra hilera de motos daba fe de la llegada de nuevos vampiros.

Suponía que me darían problemas, y sin embargo me saludaron con educación y temerosos.

La única persona que parecía querer interactuar conmigo era Dahlia. La encontré tumbada en uno de los sofás vacíos del vestíbulo leyendo una revista. Al pasar, emitió un sonido para llamar mi atención, pero la ignoré. Se apartó el pelo dejando ver una marca fresca en su cuello. Bostezó y se estiró.

—Estoy agotada, pero ¿cómo no, si llevo despierta todo el día? —Se rió y se cruzó de piernas haciendo que su corta falda se levantara y dejara ver un muslo blanco marcado por dos colmillos.

—¿Crees que estás poniéndome celosa? —le pregunté. Era una locura, pero lo estaba, aunque hubiera preferido comerme un cactus antes que admitirlo.

—No. Es sólo que lo siento por ti. Tu primer día aquí y pasa la noche con otra. Es muy triste.

—Se me ocurren cosas más tristes —me senté a su lado y tomé una revista—. Ooh, las tendencias de belleza de la primavera.

Por el rabillo del ojo la vi levantar la mano.

—Yo no lo haría si fuera tú. Te mataría si me hicieras daño.

—Me da igual. Piensa que eres patética.

Tiré la revista y la miré a la cara.

—¿Más patética que una grupi de vampiros aferrándose a su última esperanza?

Dahlia no picó el anzuelo esa vez.

—Si fuera tú, evitaría cabrearlo. Le perteneces. Puede convertir tu vida en un infierno.

—No creo que pueda evitar cabrearlo. No, si eso significa ser como él.

Con un suspiro de clara contención, volvió a mirar la revista.

—¿Y cómo es?

—¿Qué quieres decir? —Me resultaba extraño que estuviéramos manteniendo una conversación.

—¿Cómo es... —repitió—... ya que te has tomado el tiempo de conocerlo tan bien?

Ahí tenía razón. No conocía a Cyrus, no tanto como ella. Intenté ponerme en su lugar. Estaba claro que sentía afecto por él.

—Supongo que quiero decir que es perverso. Y yo no quiero ser así.

—No todo es o bueno o malo.

—No te entiendo.

Apartó la revista y se giró hacia mí.

—Vale, supón que hay un tornado que destroza media ciudad. Eso es malo, ¿verdad?

Asentí, sin saber adonde nos llevaría esa analogía.

—Pues ya que el tornado ha hecho algo malo, según tu lógica, ¿es perverso?

—No, yo no diría que un tornado es malvado.

—¿Y por qué? —preguntó aunque parecía saber cuál sería mi respuesta.

—Porque no es más que un tornado. Es parte de la naturaleza.

—Igual que los vampiros son parte de la naturaleza. Hay cosas que no son ni buenas ni malas. Simplemente... son.

Con eso, se levantó y recogió sus revistas.

—Ahora, si me disculpas, preferiría clavarme las uñas en los ojos antes que seguir aquí contigo haciéndome la simpática.

—Bueno, pues que te den a ti también —dije en voz baja mientras subía las escaleras.

Bueno, no seríamos las mejores amigas pero al menos podíamos hablar sin que intentara matarme. Y para ser sincera, si se hartaba tanto de ser educada como para clavarse las uñas en los ojos, eso que yo ganaba.

Estaba leyendo un artículo de la revista de belleza que había olvidado llevarse cuando las puertas del despacho se abrieron de golpe. Cyrus salió vestido con unos pantalones de cuero ajustados y una camisa blanca desabrochada hasta la cintura. Tenía el pelo recogido y llevaba un florete. Sólo le faltaba un parche en el ojo y un

loro para completar el disfraz. Intenté no reírme al imaginármelo.

Limpiándose unas gotas de sangre de la frente, le arrojó el florete al guardia que lo seguía. Fingí estar demasiado interesada en la revista como para percatarme de su presencia.

Cyrus, exhausto, se sentó a mi lado mientras se quitaba los guantes de piel.

—Buenas noches, Carrie.

—¡Barco a la vista! ¿Has estado navegando? —A pesar de su repentino cambio de humor de la noche anterior, no pude evitarlo. Era mi naturaleza.

Me rodeó con un brazo, un gesto tan familiar que me obligué a apartarme. No le importó mi reacción.

—Estaba repasando mis tácticas de defensa. Roger es un gran esgrimista, ¿no es así, Roger?

El guardia asintió.

—Soy Robert, señor. Y sí, lo soy.

Pasé unas hojas de la revista.

Cyrus se acercó más con el pretexto de leer por encima de mi hombro.

—Ese *look* es bastante interesante. Nunca me he fijado en las mujeres con mucho maquillaje, pero estarías fantástica así.

—Tendré que recordarlo por si acaso algún día quiero impresionarte.

A pesar de mis esfuerzos, sentí la reacción de mi cuerpo ante el lazo de sangre. Todo en él me resultaba atrayente, dejando de lado la camisa de pirata. Olía de maravilla. Me gustaba sentirlo a mi lado. Pero entonces pensé en él con Dahlia. Había estado haciendo qué sabía Dios con ella todo el día. No me dolía su infidelidad, aunque sí me sorprendió esperar fidelidad por su parte.

Pasé de página, esperando cubrir mis emociones con un sarcasmo.

—Ha llamado el Capitán Garfio. Quiere que le devuelvas la camisa.

—Estás enfadada conmigo —preguntó enarcando una ceja.

—Sí, la verdad es que sí —de nada servía negarlo. Él podía sentirlo.

—¿Por nuestra pelea? —Me rodeó con más fuerza—. No te preocupes, les pasa a todas las parejas.

—La última vez que lo comprobé, yo estaba soltera.

Sonrió y se enroscó un mechón de mi pelo en el dedo índice.

—Entonces, ¿por qué te molesta tanto que haya pasado el rato con Dahlia?

—¿Tan transparente soy?

—Los celos están emanando de ti, prácticamente —me puso una mano en la rodilla—. Eres consciente del papel que Dahlia desempeña aquí.

—¿Pulidora de pomos ejecutiva?

—Es un modo bastante bruto de decirlo, pero sí. No te sientas amenazada por ella. Tú eres mi sangre.

—¿Cómo puedo no sentirme amenazada? Es tu favorita —lo aparté y me levanté.

Me miró de arriba abajo sin ocultar su deseo y me sentí desnuda.

—No importa. No lo entenderías. Odio estar celosa y ni siquiera estás escuchándome.

—Estoy escuchándote.

—No. Soy una estúpida. Me han enseñado a competir y Dahlia saca lo peor de mí. Y tú no ayudas nada.

—Lamento que te sientas así. Deja que te compense —se levantó para llevarme al sofá.

—¿Cómo?

—Permíteme que te corteje. Dame la oportunidad de demostrarte lo que significas para mí. ¿Qué te parece una cena? Podemos conocernos mejor.

—Recuerdo la última cena que compartimos. No me interesa otro *post mortem*.

—Nada de cuerpos, lo prometo —me aseguró con una sonrisa—. Para ser médico, eres bastante escrupulosa.

—No se trata de ser escrupulosa, sino de tener un mínimo de humanidad —cada minuto que pasaba con él hacía que mi furia fuera desvaneciéndose. Intenté encontrar razones para seguir enfadada con él, pero era difícil cuando estaba tan cerca—. ¿No se pondría celosa Dahlia?

—No creo que sea la única que está celosa —me agarró la barbilla—. Dahlia es una distracción momentánea. A ti te tendré para siempre.

Para siempre. ¿Cuánto tiempo viviría? Cyrus había logrado permanecer vivo más de seiscientos años. Yo llevaba muy poco tiempo y apenas podía soportarlo. Tal vez mi caída fuera inevitable.

Con delicadeza, me besó y no me resistí. Pero no porque no tuviera la fuerza de voluntad, o el lazo de sangre estuviera manipulándome; lo besé porque quería demostrarle, y demostrarme a mí misma, que no me hacía sentir nada. Que lo tenía todo bajo control.

Aunque no salió de ese modo. Lo rodeé por el cuello. Sentí su sorpresa, pero cuando se apartó me sonrió como si hubiera ganado una gran batalla.

—Bueno, no ha sido tan terrible.

Y no lo había sido. Se acercó para darme otro beso cuando oí al guardia carraspear. El rostro de mi Creador se vio surcado por una expresión de ira que rápidamente disimuló diciendo:

—Roger, ¿qué dirías si te propongo otro duelo?

—Es Robert, señor. Me sentiría honrado —el guardia le entregó su florete.

—Cena, en mis aposentos, a las cinco. Por favor, sé puntual —y con eso, ambos se marcharon.

Cerré los ojos. Habría sido demasiado fácil achacarle mi sumisión al lazo de sangre, pero no podía mentirme a mí misma. A pesar del horrible modo en que me había tratado esa mañana, por un momento me había hecho creer que le importaba como algo más que una posesión.

Era la táctica más peligrosa que Cyrus había empleado en la batalla hasta el

momento.

Capítulo 12

Un regalo

Cuando se acercaban las cinco, estaba dando vueltas por mi habitación decidiendo qué ponerme. Un cinturón de castidad habría estado bien, pero seguro que Cyrus no lo había metido en el armario.

La ausencia de ruidos modernos en nuestra ala, que al principio había resultado agradable, estaba empezando a volverme loca, y la idea de quedar un rato con los Colmillos se me hacía cada vez más atractiva. Esperaba poder negociar tener una tele en mi habitación si esa noche jugaba bien mis cartas. Después de la tediosa noche que había pasado, la idea de prostituirme a cambio de que me instalaran televisión por cable no me pareció tan mala como debiera.

Acababa de ponerme una falda negra a juego con el jersey de cuello alto que llevaba cuando alguien llamó a la puerta. Antes de poder abrirla, Clarence entró con una bolsa de traje, que tiró sobre la cama sin decir una sola palabra.

—¿Qué es esto? —pregunté mientras salía de la habitación.

—Lea la tarjeta —fue su única respuesta antes de que oyera el clic de la puerta al cerrarse.

—Gracias por tu ayuda —murmuré antes de leerla.

Espero que el vestido sea de tu gusto. Me complacería mucho que lo llevaras esta noche. Clarence irá a recogerte a las cinco en punto.

El vestido no era lo que me esperaba y al levantar esa prenda de satén rojo tuve que admitir, muy a mi pesar, que Cyrus tenía buen gusto.

En otras circunstancias me habría sentido demasiado arreglada, pero me gustó lo que vi en el espejo una vez que me lo puse. El color iba a juego con mi pelo rubio y aunque mi piel había palidecido desde que me había convertido, no resultaba tan obvio contra un tono tan delicado. Saqué un par de pendientes del alijo que había en el armario y me solté el pelo haciendo que cayera sobre mis hombros en suaves ondas.

«Ahora sí que parezco algo que merece la pena dibujar», pensé, e instantáneamente lo lamenté. Después de lo de la camiseta, había tenido la precaución de esconder el dibujo de Nathan. Me preguntaba qué estaría haciendo en ese momento, si me echaría de menos. O si estaba esperando hasta tener la oportunidad de matarme.

Me obligué a dejar de pensar en esas cosas. Lo que fuera que había comenzado entre Nathan y yo había terminado. Podía seguir aferrándome al pasado, o podía intentar ser feliz en mi nueva vida.

Mientras me miraba al espejo, apenas me reconocía. En el pasado, había estado sola y había sido infeliz. Mi vida había estado marcada por mi carrera y mi corazón no había participado en nada. No había sabido quién era, pero ahora tenía la

oportunidad y no podía desperdiciarla.

Clarence entró en la sala justo cuando el reloj marcaba las cinco. Su rostro era sombrío mientras me conducía por el pasillo. Nos detuvimos ante las grandes puertas dobles y esperamos mientras abrían desde dentro.

Las habitaciones de Cyrus eran mucho más grandes que las mías. El vestíbulo tenía un techo pintado desde donde los querubines miraban el soleado cielo. Era un sorprendente contraste con las estatuas de mármol de mujeres desnudas sujetas por demonios alados que flanqueaban la chimenea.

Cyrus estaba sentado a una pequeña mesa en el centro de la habitación. No había cadáveres, tal y como me prometió. Tenía delante dos copas de champán y un gran decantador de cristal lleno de sangre. Se levantó cuando entré.

—Cada vez que te miro estás más bella.

—Tú también estás muy bien —no fue un cumplido vacío, aunque cualquier cosa era mejor que su disfraz de pirata de antes. Llevaba camisa y pantalón negro y el pelo recogido. Tenía un aspecto más moderno y me resultó fácil imaginarlo como una persona distinta al hombre que tantos estragos había causado en mi vida.

Tal vez eso era lo que tenía que hacer, vivir negando que había vivido. Pero eso lo había estado haciendo durante demasiado tiempo.

Carraspeé.

—Me alegra ver que no has repetido con los pantalones de cuero.

Se lo tomó como un insulto.

—¿Cómo dices? La piel está muy de moda.

—En 1997 —me senté en la silla que Clarence había retirado para mí y me coloqué la servilleta sobre el regazo—. Y permite que te diga que no me va nada este estilo de «Satán va a Versalles» que tienes aquí —me ignoró y vertió un poco de sangre en mi copa. Burbujeó ligeramente al caer en el cristal—. Deja que adivine... ¿veneno? —Di un trago y el fluido rodó por mi lengua dejando un sabor dulce.

—Champán. Pensé que teníamos algo que celebrar —llenó su copa y bebió.

—¿Qué estamos celebrando exactamente?

Una sonrisa de maligna satisfacción se reflejó en su cara.

—Tu caída.

—Eh, eh, espera. Aún no he hecho nada —sabía que intentaría tentarme, tentar al monstruo que había en mí. También sabía que ahora era más receptiva a esa posibilidad, aunque eso él no tenía que saberlo. Pero, claro, tal vez ya lo supiera.

Cyrus dio otro trago sin dejar de mirarme.

—Me gusta ese vestido. Tendrás que ponértelo más a menudo.

—No sé. Cuando se presente la ocasión, tal vez. No es algo para llevar por la casa.

—¿Por qué no?

Me reí hasta que entendí que hablaba en serio.

—Bueno, me sentiría demasiado arreglada.

—Sería conveniente para tu posición.

—¿Mi posición? ¿Te refieres a eso que dijiste sobre que me harías reina?

—No puedo hacerte reina, eso fue una mentirijilla. Más bien una princesa. ¿Has leído *El Sanguinarius*?

—Sólo la mitad. Perdí mi copia en el incendio.

—Qué pena. Entonces si mencionara el nombre de Jacob Seymour, ¿no sabrías de quién estoy hablando?

—No. ¿Por qué? ¿Es importante?

—Sí, podría decirse así. Era mi padre.

No supe qué responder, y por eso simplemente esperé a que continuara.

—Mi padre no fue un hombre poderoso en vida. Era un anciano con dos mujeres en la tumba y diez hijos cuando se convirtió. Éramos campesinos de una tierra propiedad de un adinerado *lord* y le pagábamos la mayor parte de nuestro beneficio a la Corona.

—¿En Inglaterra? —Bebí y disfruté de los efectos embriagadores del champán mezclados con la saciedad de la sangre.

Cyrus asintió.

—El vampiro que lo creó lo hizo con la condición de que empleara todos los poderes que obtendría para hacerse más fuerte y vencer a todos los que lo gobernarán. Padre se lo tomó al pie de la letra. Primero, mató a la familia noble que nos esclavizó. Después, mató a su Creador y se alimentó de él, y por último, buscó uno a uno a todos los de nuestra especie. Mató a los más viejos, más fuertes y más temidos. Bebió su sangre y les robó su poder. Y entonces, de sus siete hijos vivos, eligió al que le parecía más cruel y calculador y lo convirtió.

El orgullo iba transformando su cara mientras hablaba.

—Y mientras mi hermano dormía el primer día de su nueva vida como vampiro, lo maté y le robé la sangre. Después, le apuñalé el corazón y le llevé un puñado de sus cenizas a mi padre para mostrarle lo que había hecho y que era yo el que merecía el lugar que me había negado. Entonces decidió convertirme a mí.

Me bebí media copa antes de poder volver a hablar.

—¿Por qué estás contándome esto?

—Porque mi padre ya ha matado a los vampiros más viejos conocidos. Es el líder de nuestra especie. Su sangre corre por la mía y mi sangre corre por la tuya. Somos de la realeza, Carrie.

¿Era eso afecto paternal?

—Lo que quiero decirte es que hay una buena razón para que vuelvas a ponerte este vestido.

—Veré lo que puedo hacer.

Una nueva y aterradora posibilidad se coló en mi mente. ¿Y si Cyrus no era el hombre que yo pensaba, sino la simple marioneta de su padre? ¿Cuánto del mal que infligía a los demás era fruto de su propio cerebro? Llevaba tanto tiempo siendo

vampiro que tal vez no recordara lo que era ser libre del lazo de sangre.

Ladeó la cabeza y me miró con la sonrisa de un hombre contemplando un premio que era casi suyo.

—Dios mío, eres preciosa.

—¿Por qué dices esas cosas?

—Porque es lo que pienso.

—Son tácticas para desarmarme.

Hizo una señal a Clarence y el mayordomo recogió la mesa.

—¿Hemos terminado? —Aún hambrienta, dejó la copa con cierta renuencia.

Cyrus se levantó y me dio la mano.

—No. Esto era sólo un aperitivo. Ahora vamos a pasar al plato principal.

Se puso detrás de mí y me tapó los ojos con las manos. Sentirlo tan cerca me encendió por dentro.

—¿Adónde vamos?

—Mira —susurró al retirar las manos.

Una enorme cama sobre un estrado dominaba la habitación. Unas elegantes cortinas de tela dorada y crema colgaban del dosel de madera y en el centro había un joven, atado, amordazado y sin camiseta.

A pesar de que tenía el pelo corto y limpio y de que llevaba pantalones en lugar de vaqueros, lo reconocí de inmediato. Ziggy.

—Es para ti.

«No reacciones», me dije imaginándome un muro de piedra para evitar que Cyrus se colara en mi mente. «Haz como si no lo conocieras. No hagas nada que lo ponga en peligro».

Pero mi pánico se transfirió por el lazo de sangre y, con preocupación, se acercó y me dijo:

—Es completamente inofensivo.

Ziggy tenía los ojos como platos, pero no se resistía. Me acerqué.

—¿Qué le pasa?

—Está drogado —se sentó en el borde de la cama y me indicó que me uniera a él—. Suelen ganar fuerza cuando luchan por sus vidas y quería que esta noche todo fuera perfecto.

Esperaba desesperadamente que Ziggy no diera muestras de reconocerme.

¿Era posible que Cyrus no supiera quién era?

—¿Quién es?

—No lo sé. Algún chico que se ha escapado de casa. Ha aparecido aquí hace unas horas. ¿No es impresionante?

Un día antes no habría estado de acuerdo, pero así vestido y sin todos sus pendientes, Ziggy me recordaban a un retrato renacentista de la belleza joven y masculina.

—¿Por qué está aquí? —pregunté al sentarme en la cama, vacilante.

—Para que te alimentes de él, querida —respondió distraídamente mientras le soltaba las muñecas y le colocaba las mangas—. Pero está consciente.

Se me secó la boca al ver a Cyrus desabrochándole la camisa.

—Bueno, de eso se trata, ¿no? No es divertido beber de una víctima que no puede sentirlo, pero tendrás que darte prisa. Pronto podrá moverse.

Las drogas paralizantes no eran un juego. Ziggy podía morir de asfixia si sus pulmones resultaban afectados. Haciendo que le acariciaba el pecho, aproveché para palpar el movimiento de su respiración.

—No puede estar demasiado paralizado si está respirando.

Cyrus deslizó un dedo sobre mi brazo, mi hombro y mi cuello. Me echó hacia delante. Me puse de rodillas y acaricié la suave y fría piel de su pecho bajo su camisa abierta.

Oí la sangre de Ziggy moviéndose deprisa por sus venas. Recordé el rico sabor de su sangre y me rugió el estómago. Mientras, Cyrus me apartó el pelo a un lado. Apoyó la boca contra mi cuello y deslizó sus dientes sobre él.

—Debería haberte mordido aquella noche —dijo cubriéndome un pecho con una mano—. Debería haberte arrancado la piel con mis dientes y haber comido de ti, en lugar de huir como un cobarde. Ojalá hubiera podido hacerte callar para tomarme mi tiempo.

Gemí y eché la cabeza atrás para darle mejor acceso. Me invadieron los recuerdos del ataque, pero ya no eran horribles. Ahora esas imágenes eran ardientes, eróticas. Recordé el lazo de sangre, el control que tenía sobre mí, pero no me importó porque esa ocasión sería algo que yo elegía, no que me imponía.

Ziggy, entre los dos, gimió. Cyrus se colocó detrás de mí y me tumbó en la cama para dejarme tendida junto al chico. Me rodeó por la cintura y me susurró al oído:

—Bebe, Carrie.

¡Y cuánto lo deseaba!, pero se trataba de Ziggy.

—Si lo hago, ¿lo matarás?

Malinterpretando mi pregunta, respondió riéndose:

—Vamos, quítale la vida si quieres, o déjalo vivir y jugaremos con él más tarde. Lo que prefieras.

Cuando vacilé, alargó la mano y posó una uña letalmente larga sobre el cuello de Ziggy.

—¿Quieres que lo corte por ti?

Sentí su impaciencia. Si supiera quién era Ziggy, si supiera por qué no podía comer de él...

No. Podía hacerlo. Lo único que necesitaba era demostrarle a Cyrus que estaba dispuesta a hacerlo. Unas gotas se lo demostrarían y entonces no nos haría daño a ninguno de los dos.

Sí, podía hacerlo. Para proteger la vida de Ziggy, podía hacerle daño.

Deslicé la lengua sobre mis colmillos. Ni siquiera me había dado cuenta de que el

Cambio había tenido lugar; estaba empezando a resultar algo natural. Me acerqué a la garganta de Ziggy.

—Sí —me susurró Cyrus. Levantó la tela de mi vestido hasta que sentí su mano sobre mi muslo.

Respiré hondo y mordí. Pensaba que el cuerpo de Ziggy se tensaría bajo mi boca, pero no reaccionó. Cuando la sangre llegó a mi lengua, grité con el más intenso de los orgasmos que había experimentado en mi vida. La sensación fue tan abrumadora que tardé un momento en darme cuenta de que no lo había sentido yo. Era un recuerdo de Ziggy que había entrado en mí a través de su sangre. Abrió los ojos y lo vi caer sobre el colchón de su cama. Oí el clic de una puerta y Ziggy se vio asaltado por el pánico que eliminó la paz que siguió a su clímax. Nathan, cubierto de hollín del fuego, estaba en la puerta, impactado y furioso. «El chico estaba masturbándose, ¿y qué?», pensé algo sorprendida ante la reacción de Nathan. Pero entonces vi a una tercera persona, un joven de la edad de Ziggy en el extremo de la cama. Cubría su cuerpo desnudo con la sábana y al instante intentó explicar su presencia antes de recoger su ropa y salir corriendo. Sentí la vergüenza de Ziggy, pero también su alivio por el hecho de que lo hubieran descubierto y su timidez al saber que yo veía todo lo que él recordaba.

«No sabía que estaba subiendo», me susurraron sus pensamientos. «No sabía que se enfadaría tanto. Debería habérselo dicho. Quiero irme a casa».

Eché la cabeza atrás y puse la mano sobre la herida que le había hecho para que dejara de sangrar. Cuando levanté la mano, la herida estaba cerrada, pero quedaba una cicatriz.

—¿Qué pasa? —Cyrus se sentó e intentó rodearme con su brazo. Lo aparté.

—No puedo hacer esto.

Su rostro se contrajo con furia, pero lo ocultó rápidamente.

—¿Por qué no?

—Puedo ver lo que piensa. Puedo sentir sus emociones —dije bajándome la falda y temblando.

—¿Eso es todo? —Con una carcajada que sonó más condescendiente que reconfortante, me llevó a sus brazos—. Querida, pero si eso es la mejor parte.

—No me ha gustado.

Me abrazó con fuerza suficiente como para evitar que saliera corriendo. Me lamió la oreja y sentí cómo volvía mi olvidado deseo.

—Ya está, ya está, querida. Lo has hecho muy bien para ser tu primera vez —buscaba el bajo de mi vestido—. Y la noche es joven. Hay muchas otras cosas excitantes que podemos hacer.

El tacto de su fría mano a través de mi ropa interior me dejó sin aliento. Separé las piernas y eché un brazo alrededor de su cuello.

Cuando oí a Ziggy emitir otro gemido, volví a la realidad.

—Espera, espera.

—¿Ahora qué pasa? —Su irritación fue inconfundible esta vez. Cyrus se levantó y se quitó la camisa—. ¿Necesitamos velas aromáticas y la música de Barry White? ¿Y espejos en el techo?

—No te enfades —dije al borde de las lágrimas e insistiendo en que eran los nervios y el cansancio los que me habían hecho reaccionar así—. Esto es tan... nuevo.

Con un suspiro, se quitó el cinturón y lo tiró al suelo.

—Lo sé. Y sé que soy algo impaciente, pero te deseo, Carrie. No estoy acostumbrado a esperar.

—Estoy cansada. Déjame dormir hoy y te prometo que mañana... bueno, ya sabes.

Sonrió.

—Supongo que puedo esperar un día más.

Miré a Ziggy, que seguía paralizado sobre la cama.

—Pero tienes que hacer algo por mí —pensé que se sentiría insultado, aunque no fue así.

—¿Quieres hacer un trato? Bien. ¿Qué precio he de pagar a cambio de una noche de pecado contigo, mi princesa?

Deseaba que no me llamara así, pero no era el momento de discutir. Señalé a Ziggy.

—Quiero quedármelo.

—¿Quedártelo? —preguntó enarcando una ceja.

—Como mi mascota. Al fin y al cabo, ha sido mi primera víctima. Quiero un recuerdo.

Contuve el aliento mientras esperaba su respuesta. Después de un largo momento, por fin habló:

—No veo por qué no. Puedes quedarte con tu trofeo.

—Gracias —bajé la mirada y dejé que me besara para sellar el acuerdo. Al ir hacia la puerta, oí el colchón hundirse bajo su peso. Me giré y lo vi tumbado junto a Ziggy y recorriendo su bíceps con la uña del dedo.

—Teníamos un acuerdo —dije con cautela.

Cyrus se rió.

—No te preocupes, Carrie. No lo mataré. Está en buenas manos.

No quise preguntar qué harían esas buenas manos. No podía librar a Ziggy de lo que fuera que mi Creador tenía planeado, pero creía que no iba a matarlo y eso era lo único que importaba por el momento. Volví a la puerta y miré atrás una vez más. Ziggy me miraba, suplicante. Sólo pude marcharme y cerrar la puerta detrás de mí.

Capítulo 13

Revelaciones y recriminaciones

De vuelta en mi habitación, prácticamente me arranqué el vestido. Me temblaban los dedos y me dolía el pecho de intentar contener los sollozos.

¿Qué estaba haciendo ahí Ziggy? Había tenido un incómodo encuentro con Nathan, pero eso no era explicación. No cuando sabía quién vivía ahí. A menos que... No, no era posible que hubiera huido para acudir a mí.

Me puse la bata y agité la campanilla de terciopelo para avisar a Clarence.

—¿Nunca duermes? —le pregunté cuando apareció unos minutos después.

—¿Necesita algo?

—Sí. El Amo... tiene un invitado con él en sus aposentos. Me gustaría que me avisaras cuando... termine, y que trajeras aquí al joven.

Clarence sacudió la cabeza.

—Lo siento, señora. No me relaciono con las mascotas.

—No es una mascota. Es un amigo. Si no quieres hacerlo, diles a los guardias que me lo traigan.

Me pareció ver un brillo de admiración en su mirada, pero no sonrió.

—Sí, señora. ¿Necesita algo más?

—Papel y boli. Sábanas limpias y artículos de botiquín, gasas, desinfectante...

Me interrumpió.

—Seguro que puedo encontrarle un kit de primeros auxilios en la garita de vigilancia.

—Hazlo. Ahora mismo.

Cuando se marchó, fui al baño y abrí el grifo del agua. Una vez salió lo suficientemente caliente, metí debajo una toalla y corrí al salón. Limpié los brazos de madera y el respaldo tallado del antiguo sofá, haciendo varios viajes al baño cuando la toalla se enfriaba. Repetí el proceso con la mesa de mármol y la cubrí con una toalla limpia. No estaba esterilizada, pero serviría.

Clarence regresó y casi me eché encima de él para arrebatarme el kit que traía. Le pedí que dejara las sábanas sobre el sofá y me sorprendió al extenderlas cuidadosamente.

Levanté los pestillos de la nevera portátil donde estaba todo lo que le había pedido. Había todo tipo de suturas, cinta adhesiva, gasas, viales e incluso instrumentos quirúrgicos en paquetes sellados.

—¿Esto es lo que les da a los guardias?

—No quiere que vayan al hospital. Genera demasiadas preguntas.

—¿Y si mueren?

—Entonces a algunos guardias les toca hacer de enterradores.

Miré por la ventana. El cielo estaba poniéndose rosa.

—¿Y las mascotas?

—No las entierran aquí afuera. Los guardias van detrás de la garita, pasado el laberinto. Las mascotas van a la despensa. Ése es mi trabajo.

—¿La despensa? ¿En la casa? —Me imaginé cuerpos apilados pudriéndose bajo nosotros. Me puso la piel de gallina.

—En barriles. Los lleno de cemento y cada dos semanas los guardias van al lago y los hunden.

—Como la Mafia. Bueno, gracias, Clarence. Ha sido muy ilustrador.

—Le echaré un ojo a su jovencito —fue lo único que dijo. Se marchó.

Fui a mi habitación con el papel y el boli que me había traído. No sabía qué decirle a Nathan. «Eh, no seas tan duro con tu hijo gay aunque se haya escapado» no me sonaba lo suficientemente asertivo, y «supéralo, estúpido» era más agresivo de lo que pretendía.

Frustrada, fui a la ventana. Pronto tendría que correr las cortinas, pero con esa luz previa al alba mi vista cayó sobre algo en lo que no me había fijado antes. Un pequeño hueco en el muro cubierto de hiedra que rodeaba la propiedad. Una puerta. No había guardias.

Quería correr y examinarla inmediatamente, pero arder en llamas no me parecía el mejor modo de empezar el día. Corrí las cortinas y volví a mi carta.

Nathan:

Ziggy está conmigo. Espérame en la puerta del muro lateral de la mansión de Cyrus cuando se ponga el sol. No tardes, no podré reunirme contigo después de que Cyrus se despierte.

Carrie.

Llegó el alba, pero no podía dormir. No hasta saber que Ziggy había sobrevivido. Sin embargo, el cansancio se apoderó de mí y me quedé dormida en uno de los sillones de la sala. Eran alrededor de las nueve cuando me despertó el sonido de unas pisadas entrando por la puerta. Ziggy colgaba de los frágiles hombros de Clarence.

—Écheme una mano —dijo el anciano y corrí a su lado. Ziggy gimoteó al caer contra mí y sentí su desnudez a través de la sábana con la que estaba cubierto. Cuando lo tendí en el sofá, vi los mordiscos recientes que le cubrían prácticamente todo el cuerpo... Y vi el que le había hecho yo. Se me revolvió el estómago.

—Señora —dijo Clarence al darme un manojo de ropa. Eran los pantalones de Ziggy. Encima había una nota. Temblando de rabia, desdoblé la misiva.

Únicamente dije que no lo mataría. Disfruta de las sobras.

Arrugué la nota en mi puño.

—Clarence, si necesitara que le enviaras algo a alguien, ¿lo harías?

—Depende de lo que sea —miró el cuerpo gris de Ziggy como calculando su peso.

—No, no a él. Se pondrá bien —no podía pedirle al mayordomo que pusiera en peligro su vida por liberar a Ziggy, ni me sentía cómoda dejando al chico tirado en la

calle. Se lo entregaría a una única persona—. Necesito que entregues una nota.

—Podría pedírselo al Amo. Tiene mensajeros.

—No. Cyrus no puede saberlo. Por favor, quiero poner al corriente al padre del chico. Quiero sacarlo de aquí.

El cuerpo de Ziggy convulsionó. «Genial, es alérgico a lo que sea que Cyrus le ha administrado y va a tener una crisis epiléptica». Para mi alivio, los espasmos que siguieron fueron mucho más leves, señal de que sus músculos estaban despertando después de la parálisis.

—Deme la carta —dijo Clarence con cierta renuencia—, y dígame la dirección.

—Avenida Wealthy, 1320 —dije conteniendo las lágrimas de alivio—. La nota está en esa mesa. ¿Quieres que te anote el número?

—No, señora. Avenida Wealthy, 1320. ¿Va a necesitar algo más?

Un juramento de lealtad como el de los caballeros a Arturo en esas películas de Camelot habría estado bien, pero dudé que eso fuera a obtenerlo de Clarence. La única garantía que tenía era que odiaba a Cyrus y que probablemente no querría hacer feliz a su Amo.

Asintió como si me hubiera leído el pensamiento y se marchó sin decir una palabra. Después, me arrodillé al lado de Ziggy. Sus ojos buscaban mi cara y su boca luchaba por hablar. Puse la mano sobre su pecho, esperando que eso lo reconfortara.

—Ziggy, creo que las drogas que te ha dado están perdiendo su efecto. ¿Te ha dado otra dosis? Parpadea para decir «sí».

Con visible esfuerzo, cerró los ojos y los abrió.

—Tienes unas marcas de mordiscos que creo que hay que limpiar. ¿Puedo examinarte?

Dos parpadeos y una mirada furiosa. Suspiré.

—Siento haberte mordido, de verdad. Pero no podía dejar que Cyrus supiera quién eres. Te mataría. Sabes que no lo habría hecho en cualquier otra circunstancia.

Dos parpadeos.

—Ziggy, por favor, no quiero que sufras una infección que puedo prevenir fácilmente.

Al cabo de un largo momento, un parpadeo.

Fui al cuarto de baño y me lavé las manos. Después, comencé con mi examen.

—Voy a quitarte esta sábana, pero volveré a colocártela para que no estés completamente desnudo. Ahora mismo lo único que haré será evaluar la gravedad de las heridas.

Y algunas parecían muy graves. Largos aunque no muy profundos cortes por el pecho. Unos horribles hematomas morados le oscurecían la piel y unas marcas de garras mostraban el lugar donde Cyrus había agarrado al chico por los brazos. Cuando fui bajando, vi mordiscos, no producidos por colmillos, sino por dientes humanos, en la cara interna de los muslos. Desvié la mirada y, al volver a mirar, vi una lágrima cayendo de su ojo. No me miró.

Unas horas antes había estado disfrutando de lo que parecía una sesión increíble de sexo. Después, se había escapado del único hogar que había conocido para ir allí y ser violado y humillado por Cyrus. Y por mí.

Cubrí los mordiscos y arañazos que tenían peor pinta con gasa.

—¿Te duele... en alguna otra parte?

Respondió con dos parpadeos, aunque emitió un apenas audible «no».

Fui a lavarme las manos y a quitar una sábana de mi cama. Cuando volví, arrojé a Ziggy con ella y me dejé caer en una silla. Volvió a hablar, en esa ocasión con más fuerza en la voz.

—Gracias.

Oí la emoción en su voz e intenté que no me afectara.

—No pasa nada. Si necesitas algo más, dímelo.

—Una aspirina me vendría bien. Me duele todo el cuerpo —hizo una mueca de dolor.

Busqué en el botiquín y encontré un bote de acetaminofen.

—Esto servirá. No quiero que la sangre se te haga más líquida teniendo... todas esas heridas.

No podía decir «mordiscos». Le partí las pastillas en cuartos para que pudiera tragarlas mejor y le llené un vaso de agua en el baño. Con la mano en su nuca, lo ayudé a ingerirlas.

—¿Por qué has venido?

Se atragantó un poco con el agua y su voz sonó más áspera, como la de un hombre y no como la del chico que me había atacado en la librería.

—Ya has visto lo que pasó. Me echó de casa.

—Pero eso no explica que hayas venido aquí. Sabías quién vivía aquí.

—Sabía que tú vivías aquí —intentó secarse las lágrimas, pero no tenía control sobre sus extremidades—. Pensé que me dejarías quedarme. No sabía que comerías de mí y que le dejarías hacer lo que... lo que me ha hecho —cerró los ojos, avergonzado—. Me encanta la ironía cuando no me pasa a mí.

Sintió que estaba siendo castigado.

—No te merecías esto.

—Sí, bueno, ésa es tu opinión —se rió amargamente y más lágrimas brotaron de sus ojos y le mojaron el pelo de las sienes.

—No es una opinión, es una realidad. No te merecías lo que te ha hecho.

Apartó la mirada y yo me aclaré la voz y decidí cambiar de tema.

—Ziggy, cuando has llegado aquí, ¿le has dicho a alguien que me conocías?

—Sí. A los guardias de la puerta. Les dije que estaba buscando a la doctora, que te conocía del hospital. No te preocupes, no mencioné al Movimiento. Pensé que seguramente me matarían.

—Vuelvo enseguida —la rabia me hizo ponerme de pie.

Empujé la puerta secreta y entré en las dependencias de Cyrus. Había dos

guardias en la puerta de su dormitorio, pero se apartaron e incluso la abrieron para mí.

Cyrus estaba tendido en la cama, desnudo. Las sábanas estaban tiradas por el suelo y había sangre en la que tenía bajo su cuerpo. Dormía plácidamente.

«Podría matarlo ahora mismo sin que le diera tiempo a reaccionar», pensé antes de tener la oportunidad de preservar mi mente de él. Me tensé, esperando una respuesta. Su respiración era entrecortada, pero no se despertó.

Intenté despertarlo, pero movió el brazo y me agarró por la muñeca. Me tiró sobre la cama y se situó encima.

—¿Entonces estás tan loca como para matarme? —murmuró contra mi cuello—. Deberías haber traído un arma porque te garantizo que no podrás hacerlo sólo con las manos.

—¿Cómo has podido hacerle eso? —le pregunté sin resistirme ni luchar.

—¿Cómo has podido mentirme? —Enroscó una mano en mi pelo y me echó la cabeza atrás—. «¿Quién es?», me has preguntado como si no supieras que había venido preguntando por ti. Como si no me hubiera dado cuenta de que estabas ocultando algo. ¿Qué es ese hombre para ti, Carrie?

Quería escupirle a la cara.

—No es un hombre. Es prácticamente un niño y es amigo mío. Estaba buscando un lugar donde quedarse.

—¿Y yo tengo que abrirle mi casa a todos los vagabundos que se presenten aquí? —Se quitó de encima e ignoré su desnudez.

—Lo haces por tus mascotas —se había excitado al estar encima de mí—. ¿Por qué tendría que ser diferente para él?

—No lo es —Cyrus agarró la campanilla de cristal de su mesita de noche y la hizo sonar. La puerta se abrió y los dos centinelas entraron y comenzaron a recoger las sábanas del suelo, tal y como él les indicó.

Se recostó sobre las almohadas, sin importarle su desnudez.

—Sólo he hecho lo que habría hecho con cualquiera de mis mascotas. He tomado de él todo lo que he querido y a cambio él tendrá de mí lo que quiera.

Los guardias nos echaron las sábanas por encima y Cyrus me llevó a sus brazos.

Aunque seguía furiosa, no pude resistirme y apoyé la cabeza sobre su pecho.

—Prométeme que no volverás a hacerle eso.

Sentí su aliento encima de mi cabeza.

—Bien. No lo tocaré contra su voluntad, pero no prometo no intentar convencerlo de lo contrario. Ha sido muy divertido.

—No quiero oírlo —dije bruscamente.

Se rió y acarició la piel expuesta de mi cuello.

—De todos modos, te decepcionarías. Yo no cuento lo que hago.

Comencé a levantarme.

—Voy a verlo. Está hecho polvo, pero eso tú ya lo sabes.

—Quédate —no estaba pidiéndomelo.

—Eh —le gritó a uno de los guardias—. Maldita sea, he olvidado tu nombre.

—Thomas, señor —respondió rápidamente.

—Thomas, ve a ver al joven que hay en la habitación de Carrie. Hoy te ocuparás de él.

—Si se queja por el trato que le des, yo misma te mataré. ¿Entendido? —le grité.

Thomas ni parpadeó ante la advertencia antes de salir por la puerta, pero sentí el orgullo de Cyrus mediante el lazo de sangre.

—Muy bien, Carrie. Si no supiera que no es así, diría que estás disfrutando de tu papel como señora de la casa.

Me rodeó por la cintura y me acarició el trasero a través de la bata. Le aparté la mano.

—No pienses que vas a conseguir nada. Nunca.

Quitó la mano y me apretó contra sí.

—¿De verdad crees que podría hacerte algo después de la energía que he gastado con tu amigo?

—Te he dicho que no quiero oírlo.

Se rió suavemente.

—Duerme, princesa. Sólo quería sentirte a mi lado. Es aquí donde debes estar.

Sus palabras fueron como una sentencia de muerte.

A pesar de que era casi mediodía, no podía dormir. Con la cabeza apoyada en la mano, lo observé.

No podía haber sido muy mayor cuando se convirtió. Veinticinco, como mucho. Durmiendo, su rostro era suave y terso, libre de las volátiles emociones que lo regían estando despierto. Su piel, aunque pálida, se estiraba sobre un cuerpo endurecido por años de ejercicio físico.

«Este hombre es tu Creador. Este hombre es la sangre que bombea por tu corazón». Lo besé en los labios. Por mucho que intentara odiarlo, algo me lo impedía. ¿El lazo de sangre o una insana atracción que aumentaba a pesar de su crueldad y depravación?

Cuando estaba cerca de él, lo deseaba. Cuando no lo veía, lo odiaba. Si pudiera separar mis verdaderas emociones de éstas que regía el lazo de sangre, sabría cómo me sentía. Tal vez entonces podría sentir mi propia sangre en mis venas y no sólo la abrasadora presencia de él.

Le tomé una mano, sorprendentemente elegante a pesar de las largas uñas que encumbraban cada dedo. Recordé lo que dijo Nathan sobre que los vampiros cambiaban al envejecer. Si yo vivía lo suficiente, ¿cómo sería? Le levanté la mano y me pregunté qué vería si la entrelazaba con la mía, como había hecho él una vez. Si estaba durmiendo e indefenso, ¿podría elegir la dirección de las visiones? Entrelacé nuestras manos y cerré los ojos. Una película roja me envolvió y un dolor inimaginable me atravesó el pecho. Abrí la boca, o mejor dicho, Cyrus abrió la boca,

y un grito de agonía salió de su garganta.

—¡Padre!

—Quédate quieto, chico —cuando Cyrus abrió los ojos, el rostro que pertenecía a la áspera voz me miró. Aunque tenía la piel deteriorada por la edad, guardaba un sorprendente parecido con mi Creador. Su camisa y las puntas de su largo cabello blanco estaban manchadas de sangre. Tenía las manos dentro del pecho de Cyrus, buscando, tirando, arrancando.

La visión cambió en un segundo y el rostro se transformó en el de una joven con los ojos abiertos pero sin vida. El abrasador dolor en el pecho de Cyrus comenzó de nuevo. No podía respirar, no podía moverse. No podía rezar. La risa de su padre resonaba en su oído. Los gritos de Cyrus pidiendo piedad eran broncos. Un bramido ensordecedor me sacó de la visión y me senté a la vez que Cyrus despertaba de su sueño.

—¿Has echado una buena ojeada? —me preguntó furioso.

El Cyrus que conocía había desaparecido y ahí estaba la despiadada figura de John Doe.

—Tenía que saberlo... tenía que saber qué sentía realmente por ti —miré a mi alrededor y mis ojos finalmente se posaron en la cicatriz que dividía su pecho—. Quería saber qué te dejó esa cicatriz.

Respuesta equivocada. Me agarró por los hombros y me arrojó de la cama. Caí contra el suelo y fue como si la suave alfombra fueran cuchillas contra mi piel.

—¡Lárgate! —Saltó de la cama y se puso la túnica.

Me levanté.

—No te enfades. No es...

—¿Me has oído? ¡Te he dicho que te vayas!

Caminó de un lado a otro como un animal enjaulado. Pensé que iba a golpearme, pero cada vez que alzaba los brazos, volvía a dejarlos caer. Finalmente, fue hacia la puerta.

—Estaré en mi despacho. Aseguraos de que nadie me molesta —les dijo a los guardias.

Dolorida, empujé a uno de los guardias.

—No os preocupéis, no voy a seguirlo —les contesté cuando protestaron. Era cierto. El sol se pondría en cuestión de horas y tenía una cita con Nathan. Necesitaría tener fuerzas...

Porque no sabía lo que Nathan me haría cuando me viera.

Capítulo 14

Una incómoda reunión

El guardia encargado de cuidar de Ziggy se había quedado dormido. Lo ignoré y arrojé al chico con una manta de mi cama.

El cansancio calaba mis huesos y gemí al ver la hora que era. Sólo podía dormir unas horas antes de reunirme con Nathan, y no me sería fácil dormir. Los nervios me hicieron dar vueltas en la cama. Cyrus seguía despierto. Podía sentir su furia y su inquietud, pero no dejé que me afectara. Lo que fuera que lo había alterado tenía más que ver con esa visión que conmigo.

Grogui, me desperté de la pequeña siesta y me vestí en silencio para no molestar a Ziggy. Al salir al salón, me detuve para verlo. Ya no parecía un chico; haber estado expuesto a la crueldad de Cyrus había borrado sus rasgos infantiles. Si eso me partió el corazón, no quería imaginarme cómo se sentiría Nathan. Decidí no contarle lo que había hecho Cyrus.

Gran parte de la mansión seguía durmiendo y unos cuantos guardias estaban preparando las habitaciones que pronto serían ocupadas. Con una temerosa mirada al despacho, salí furtivamente por la puerta de atrás. Una capa de nieve cubría el césped. Intenté no pensar en cómo el laberinto de arbustos me recordaba a *El Resplandor*. Ya estaba bastante asustada sin la amenaza de Jack Nicholson asaltándome.

Llegué hasta Cyrus con mi pensamiento, esperando enviarle la inocente vibración de «tan sólo voy a dar un paseo». Pero fue como chocar contra un muro. Cyrus estaba ignorándome.

Por un momento, su rechazo me dolió. Después, tuve el sentido común de recordar que no quería que supiera lo que iba a hacer. Bastante preocupación era estar preguntándome si mi Creador me haría pedazos cuando volviera, por traicionarlo. Y eso sin mencionar el hecho de que ni siquiera sabía si Nathan había recibido mi mensaje. ¿Y si Clarence me había vendido? No le gustaban los vampiros. ¿Por qué iba a esperar que me ayudara?

Caminé pegada al muro. Cuando llegué a la puerta estaba aterrorizada, pero entonces, al otro lado de los barrotes vi a Nathan. No había pensado mucho en cómo reaccionaría al verlo. Supongo que había dado por sentado que tendría que suplicar por mi vida o luchar, y por eso no estaba preparada para su rostro de preocupación ni el modo en que se aferraba a los barrotes.

—¿Dónde está? ¿Está bien?

—Está bien. Sólo está cansado. Ha pasado una noche dura.

—Carrie, te juro que si le ha pasado algo... —dijo con los labios apretados.

—¡Eh! ¿En serio crees que le haría daño?

—Sí.

Me dolió demasiado como para dejarlo pasar.

—No sabes nada de mí.

Comencé a alejarme, pero entonces me acordé de Ziggy. Antes de poder darme la vuelta, Nathan me dijo con una voz cargada de angustia:

—Por favor. Haré lo que quieras. Sácalo de ahí. Si le pasa algo, Carrie, no sé lo que haré.

—No va a pasarle nada —dije al volver a la puerta—. Me he asegurado de eso —sin mi permiso, mis ojos se posaron en las ventanas del dormitorio de Cyrus y recordé mi promesa de estar con él al amanecer. Una inesperada oleada de deseo me recorrió. Me giré hacia Nathan, esperando que no notara mi inquietud—. El problema es que este lugar es como Fort Knox y no sé cómo vamos a sacarlo.

Nathan miró la mansión mientras se frotaba las manos como si quisiera calentárselas.

—Estás muerto, ¿no tienen que estar frías?

—Estoy pensando.

Mientras observaba la casa, vi que deseaba tocarlo. No era atracción sexual, aunque sabía que uno de los dos, por lo menos, aún la sentía. Era más un anhelo, nostalgia.

—¿Por qué lo has echado de casa? —le pregunté, y me miró fijamente.

—Yo no lo he echado. Él se marchó.

—Me dijo que lo habías echado.

—Reaccioné mal. Hubo gritos, muchos gritos, pero nunca le dije que se fuera. Y no habría dejado que se fuera de haber sabido adónde vendría.

—Siento que tuvieras que descubrirlo así. Seguro que no fue fácil. Teme que lo odies.

—¡Eso es una estupidez!

—¿Lo es? ¡Por si no lo has notado, estaba avergonzado de que lo hubieras sorprendido así y lo único que recibió fue un juicio tuyo y un rostro furioso!

Por un momento pareció que mis palabras habían penetrado en él. Después, sacudió la cabeza, maldijo y dio un paso atrás.

—¿Por qué estoy hablando contigo? Debería estar colando una estaca entre estos barrotes por el modo en que te marchaste.

—¿Ziggy te dio mi mensaje?

—Sí —su voz sonó fría e impersonal.

—¿Y? —Agarré el frío metal con la esperanza de que me tocara la mano. Fue en vano.

—¿Qué demonios quieres que diga, Carrie? Tomaste una decisión.

—Entonces, ¿por qué me hablas?

Rodeó los barrotes con fuerza y sacudió el portón. Acto seguido, le dio una patada y volvió a maldecir. Desesperada, miré hacia la casa, segura de que los guardias estarían llegando. Pero Nathan siguió con su ira y con una última patada al muro de piedra, se echó atrás.

—¿Has terminado? —Cuando se acercó y asintió, seguí—: Bien. ¿Por qué estás hablándome?

—Porque eres la única forma de lograr que Ziggy salga de aquí vivo. Escucha, te propongo algo... —se metió la mano en el bolsillo.

—No necesito dinero.

—Ya, veo que tu novio está forrado —dijo con una sonrisa melancólica.

—No es mi novio —tomé el papel doblado que me pasó entre los barrotes—. ¿Qué es esto?

—Información. Haz lo que quieras con ella.

—Nathan, son planes de ataque.

—Si fuera tú, no estaría aquí el día trece.

—¿El trece de enero?

—¿Acaso no te ha dicho nada?

—No. No ha habido tiempo.

—Seguro —dijo riéndose.

—No es por eso —no podía mirarlo a los ojos—. No lo hemos hecho. Todavía.

—No me importa. Mira esos planes. Puedes descubrir lo que quieras de tu Creador, pero mientras tanto, empieza a pensar en cómo sacar a Ziggy de aquí. ¿Cómo puedo ponerte en contacto contigo?

—No lo sé. Tal vez mediante Clarence. Sale todos los días. Va a comprar comida.

—¿El tipo que me entregó tu mensaje? ¿El que vive con Cyrus y trabaja para él? Mira, si quiero hablar contigo, vendré aquí después de que se ponga el sol. Asómate cada noche.

—Si es que puedo escaparme —fue una especie de acuerdo.

En ese momento se giró y lo llamé. Quería decirle por qué estaba a ese lado de la valla, quería decirle que estaba vivo gracias a la decisión que yo había tomado. Pero me limité a mirarlo.

—Mantenlo a salvo, Carrie —dijo antes de darse la vuelta y alejarse.

Volví a la casa, entumecida por la temperatura y por la frialdad de nuestro encuentro. Decirle lo que había hecho no habría servido de nada. Nathan habría entrado en combate como si yo fuera una princesa atrapada en una torre por un malvado hechicero y después yo tendría que explicarle que la damisela no había pedido que la rescataran.

En cuanto al malvado hechicero, pasó por delante de la princesa sin decir ni una palabra cuando se cruzaron en el vestíbulo de su ala.

—Buenos días, cielo —le dije recibiendo como respuesta el golpe de una puerta.

Ziggy ya estaba despierto cuando entré en mi habitación. Vestido con los pantalones de la noche anterior, devoraba un tazón de cereales bajo la mirada de Clarence.

—Eh, ¿has visto a Nate? —preguntó como si nada, aunque capté la desesperación en su voz.

—Sí —respondí pensando que era un imprudente por hablar tan a la ligera delante de Clarence.

—No te preocupes por él. Sabe guardar un secreto, ¿verdad, Clarence?

—Como un muerto.

—¿Qué te ha dicho?

—Quiere que vuelvas a casa.

—¿Sigue cabreado conmigo?

—Nunca se ha enfadado —me senté a su lado—. Nathan te quiere.

Con absoluta discreción, Clarence me sirvió un vaso de sangre y me lo puso en la mano. Le di las gracias, pero mi atención seguía fijada en Ziggy.

—¿Quieres ir a casa?

—Emm... ¿quedarme aquí con ese vampiro sádico y loco o volver a casa con el insensible vampiro al que le dará un ataque si vuelvo a llevar un chico a casa?

—No creo que eso le pase. Simplemente se quedó sorprendido. Y además, creo que no le hace mucha gracia que ya hayas crecido. Habría hecho lo mismo si te hubiera pillado con una chica.

—Genial. ¿Cuándo me marchó?

Clarence tosió.

—No es tan sencillo —Ziggy y yo nos quedamos mirando al mayordomo en silencio. Como si captara mi desconfianza, sacudió la cabeza—, aunque tal vez no quieran la ayuda de un viejo.

Se dispuso a recoger los platos, pero Ziggy lo detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—¿Qué sabes?

Clarence me miró.

—¿Qué? ¿Quieres que me vaya? Es mi habitación —dije cruzándome de brazos.

—No quiero que se vaya, lo que quiero es que deje de mirarme como si fuera a traicionarlos.

—Lo siento, pero ¿cómo voy a confiar en alguien que ha trabajado para Cyrus todo este tiempo?

—Pues yo confío un poco en usted y eso que es un vampiro.

Teniendo en cuenta lo que pensaba de los vampiros, eso era decir mucho. Le indiqué que se acercara y saqué el papel que me había dado Nathan.

—Al parecer, el trece de enero habrá una especie de ataque.

De pronto caí en la cuenta de que las Navidades habían pasado sin que me enterara. Supuse que así me había ahorrado unas fiestas especialmente tristes y, además, no podía imaginarme delante del árbol de Navidad y escuchando discos de Bing Crosby con Cyrus.

Tragué el nudo que se me hizo en la garganta ante la sensación de soledad yforcé una estoica expresión.

—¿Sabes algo de esto, Clarence?

—No sé nada de ningún ataque, pero el trece de enero es el Año Nuevo Vampiro.

—¿El Año Nuevo Vampiro? —repitió Ziggy.

Clarence asintió.

—Todos los malditos años. Y siempre celebran una gran y asquerosa fiesta.

—¿Qué pasa en la fiesta?

—Muere mucha gente —Clarence recogió el cuenco de Ziggy y lo puso en el carrito—. Todos excepto dos de las mascotas entrarán en la lista de ingredientes. Esos dos serán los invitados de honor.

—No suena demasiado mal —interpuso Ziggy.

—A menos que ya hayas sido su invitado de honor antes —señalé y su expresión se ensombreció—. Clarence, ¿cómo elige Cyrus a sus invitados?

—No lo sé. Simplemente me da la lista. Yo no estoy invitado a la fiesta, pero sé que sólo uno regresa. Los convierte. No sé qué pasa con el otro. Si fuera usted, sacaría de aquí al jovencito.

Tenía muchas preguntas, pero Clarence parecía haber cubierto la cuota por el momento. Tendría que obtener mis respuestas de Cyrus.

•••••

O Cyrus había olvidado echar el cerrojo o no se había esperado que lo interrumpiera nadie, pero cuando entré en su despacho, su mirada fue asesina.

—Nadie te ha invitado a pasar —bramó levantando la mirada del libro que tenía en el regazo.

Me fijé en que llevaba un parche negro en el ojo.

—¿Dónde estaba eso ayer cuando lo necesitabas?

Con un suspiro, cerró el libro.

—Para tu información, llevo esto porque no le saqué un ojo a tu amigo y esta noche no tengo energías para buscar otro.

—¿Demasiado cansado para mí? —Puñaladas de decepción y alivio me atravesaban alternándose.

—No, pero estoy cansándome de ti muy deprisa. ¿Hay alguna razón para esta visita?

—Sí. Tengo una pregunta.

—¿Seguro que quieres preguntar o prefieres husmear por mi mente mientras duermo mañana?

—¿Aún sigues enfadado por eso? —Caminé lentamente hacia él. Le quité el libro y me senté en su regazo—. Si hubiera sabido que te enfadarías tanto, no lo habría hecho.

—¿Por qué me cuesta creerlo? —Pero sonrió y me llevó contra su pecho. Su piel era más fría de lo habitual.

—No has comido.

Estaba débil y eso me alarmó.

—No estaba de humor.

—¿Por mi culpa? —la pregunta salió de mí antes de que mi mente le diera permiso.

Y a él también pareció tomarlo desprevenido. Tal vez si se hubiera encontrado mejor, me habría mentido, pero asintió.

—Hay cosas en mi pasado que... me quitan el apetito cuando pienso en ellas.

Se acurrucó contra mi cuello como buscando consuelo y no pude negárselo. Le acaricié el pelo e intenté calmar su acelerado corazón. El contacto fue más íntimo que cualquiera de las otras veces que me había tocado. De pronto, no podía recordar por qué me había enfadado con él.

Me gustaba estar abrazándolo así, era como si alguien me necesitara, y no porque fuera a salvarle la vida. Cyrus me necesitaba únicamente a mí.

—¿Querías preguntarme algo? —dijo adormecido.

«¿Sí?».

—Ah, sí. ¿Qué pasa con el Año Nuevo Vampiro?

—¿Dónde has oído eso? —preguntó riéndose.

—Por ahí.

—Es una tradición creada por mi padre. Lo pasarás bien, si te lo permites.

Con delicadeza, me apartó de su regazo y se levantó para dirigirse al intercomunicador que había junto a la puerta.

—Enviadme a Clarence. Decidle que he cambiado de opinión con respecto al desayuno.

—Sí, señor.

Cyrus me sonrió, pero estaba claro que había gastado gran parte de su energía en ir hasta la puerta. Hice ademán de ayudarlo, pero me rechazó.

—¿Así que quieres saber cosas sobre el Año Nuevo?

Y así era, pero su debilitado estado me preocupaba.

—Has comido de Ziggy. ¿Por qué te encuentras tan mal?

—No comí lo suficiente. No quería enfadarte —dijo apoyándose contra el brazo del sofá—. Cuando envejecas, verás que necesitas más sangre para funcionar, y eso te dificulta la vida si tienes que pasar uno o dos días sin comer.

Adopté el papel de médico.

—Si no comes, ¿morirás?

—No directamente —se sentó en el sofá y me indicó que me acomodara a su lado—. Pero resulta muy incómodo después de un tiempo.

—¿Cuántos días llevas sin comer bien?

—La última vez fue la noche que nos conocimos —me besó la frente—. He estado un poco distraído desde entonces.

Y esa noche no había comido por lo que había descubierto al fisgonear en su cerebro. Para aplacar mi culpa, cambié de tema.

—Ibas a contarme lo del Año Nuevo.

—Ah, sí. ¿Recuerdas lo que te conté sobre mi padre?

Asentí. ¿Cómo iba a olvidarlo?

Pareció recobrar fuerzas al hablar de su padre.

—Aunque no me saca mucho tiempo como vampiro, la sangre que bebió de los ancianos parece haber acelerado su... ¿cómo es la palabra?

—¿Metabolismo?

—Sí, exacto. A los cincuenta años del cambio, necesitaba alimentarse de dos, y a veces de tres, cuerpos en una noche. Nos mudábamos de una aldea a otra, pero las sospechas nos seguían allá donde íbamos. Padre descubrió que si ingería sangre de vampiro, su hambre quedaba más saciada. Durante un tiempo fue fácil. Yo los convertía y padre se alimentaba de ellos. Los dejábamos con suficiente sangre como para sobrevivir, pero no les decíamos cómo sobrevivir.

Clarence entró sin llamar, pero Cyrus ni se inmutó.

—Carrie, si eres tan amable.

Le serví una copa del decantador que Clarence me dio y volví al sofá.

—Si tu padre seguía convirtiendo vampiros, ahora habría muchos más. ¿Qué lo detuvo?

Cyrus no respondió hasta beberse la copa de un trago y dársela a Clarence para que la rellenara.

—El miedo, supongo. Mi padre era un hombre valiente, pero no estúpido. Creo que sabía que algún día uno de sus Iniciados le haría lo que él le hizo a su Creador. Ahora se alimenta sólo una vez al año. Mientras, está en una especie de hibernación. Algún día podrá volver a caminar por esta tierra, pero hasta entonces celebro el Año Nuevo para servirle.

—¿Qué significa que caminará por esta tierra? ¿Dónde vive?

—En un lugar secreto —me dijo con una sonrisa—. Por el momento lo único que tenemos que hacer es asegurarnos de que Padre come una vez al año.

—Cyrus, eso no tiene sentido. Si el metabolismo de tu padre se ha acelerado tanto, ¿cómo puede sobrevivir bebiendo sangre sólo una vez al año?

—No bebe sólo la sangre de los humanos —un cruel brillo del Cyrus que conocía volvió a sus ojos. La sangre que había consumido le sonrojó las mejillas—. Se toma su esencia. Carrie, mi padre es el vampiro que más temen los demás vampiros. Mi padre es el Devorador de Almas.

Capítulo 15

Consumación

La declaración de Cyrus me dejó impactada. Una vez me aseguré de que se había recuperado, lo dejé leyendo o haciendo lo que fuera que hacía en su despacho.

El Devorador de Almas. Nunca había oído ese nombre, pero me aterrorizó.

Cyrus me había resumido en qué consistía la celebración. Habían elegido el trece de enero por su proximidad al Día de la Novia, una antigua fiesta celta que festejaba el cortejo del joven dios Sol a la diosa Virgen.

—El objetivo de la fiesta es elegir a personas con un alma pura y convertirlas. Cuando padre los mata, sus almas no tienen adónde ir. Padre recoge esas almas y lo mantienen durante otro año.

¿Cómo sería estar atrapado para siempre en el cuerpo de otra persona? Recé por no descubrirlo nunca. Ya tenía un incentivo más para permanecer al lado de Cyrus.

Eran las seis en punto cuando finalmente decidí ir a verlo. Mis sentidos estaban tan sintonizados con los suyos que sabía que lo encontraría en su dormitorio. Ni me cambié de ropa ni me maquillé. No quería parecer demasiado ansiosa. Cuando me despojara de mi ropa, una fría fachada sería mi única armadura.

La habitación de Cyrus estaba muy distinta esa noche. La sala de estar estaba oscura y fría. El fuego no estaba encendido. Cyrus no estaba por ninguna parte, pero la puerta de su habitación estaba ligeramente abierta y de ella salía una suave y titilante luz de vela.

Con el corazón palpitándome con fuerza, no sé si de temor o excitación, empujé la puerta.

La cama con dosel parecía la misma. Aliviada, vi que ninguna mascota sedada yacía sobre la cama. Las sábanas estaban apartadas y había pétalos de rosa negros sobre el edredón marfil. Al parecer, esa noche sería sólo yo.

Cyrus estaba sentado en su pequeño escritorio junto a la ventana, con la cabeza agachada, concentrado. Tenía el pelo recogido y llevaba su túnica negra de seda. Estaba tan absorto en su tarea que tuve que carraspear para que me mirara.

No levantó la cara, pero oí una sonrisa en su voz.

—Estoy contigo en un momento, Carrie. Por favor, ponte cómoda.

—Haces que suene como si fuéramos a cerrar la venta de una casa —dije con voz nerviosa.

—En cierto modo, vamos a cerrar una clase de acuerdo. ¿No sirve esto para comprar oficialmente la vida de tu amigo? —Una excitación sin adular irradiaba a través del lazo de sangre. No había ternura en él, sólo oscura y perversa lujuria. Su intensidad debería haberme asustado, pero su deseo pudo con mi miedo y me dejó temblando a su paso.

Lo vi doblar el papel y me fijé en cómo le temblaban las manos. Intentaba

controlarse. En un gesto puramente antagonista, creé una vivida imagen de nosotros en mi mente, de mí misma desnuda apoyada sobre las manos y las rodillas mientras él me tomaba por detrás con la cabeza echada hacia atrás de placer.

Silbó cuando la imagen se materializó en su cerebro y se estiró antes de levantarse.

—Tienes una imaginación muy creativa, Carrie.

Con la letal sonrisa de un depredador, se movió hacia mí. Su túnica, abierta hasta la cintura, resbalaba sobre su piel.

—¿No crees que esto habría sido más interesante?

La oscuridad, y después una visión muy clara, invadió mi mente. Una chica de apenas dieciséis años yacía en el centro de una enorme cama. Cyrus le sujetaba los brazos contra la cama y ella gritaba horrorizada mientras yo hundía mis colmillos en su cuello. Cyrus le agarraba las piernas, se las separaba y se adentraba en ella a la vez que sus ojos iban quedándose sin vida.

Sacudí la cabeza para deshacerme de esa visión, pero lo único que vi fue rabia en su hermoso rostro.

—No olvides con quién estás tratando —me advirtió llevándome hacia sí para que pudiera sentir su erección a través de la fina seda—. Soy capaz de cosas que ni comprenderías.

Pero tan pronto como apareció su siniestra actitud, desapareció. Me besó en la mejilla y dio un paso atrás. Frunció el ceño al ver mis vaqueros y mi camiseta.

—Pensé que te pondrías algo más... apropiado. ¿No te compré nada para esta ocasión?

Era cierto, en mi armario había varios trajes, incluyendo el disfraz de alumna de colegio católico que con repulsa había metido en el fondo del armario.

—Supuse que no lo llevaría puesto mucho rato.

—Muy perspicaz. ¿Te gustaría beber algo?

Vi el líquido verde en la garrafa de cristal y sacudí la cabeza. El lazo de sangre ya era lo suficientemente embriagador. Esa noche necesitaba tener las ideas claras.

—No, preferiría...

—¿Acabar cuanto antes? —Terminó por mí y no me atreví a responder.

Deslizó una uña sobre mi cuello y la siguió con la lengua. La sensación envió puñaladas de deseo hacia la parte inferior de mi cuerpo y noté mi humedad. Ningún ser humano había generado esa respuesta tan inmediata en mí. No pude contener un gemido. Su lengua me acariciaba el lóbulo de la oreja mientras susurraba:

—Eres una mujer desconcertante. Esta tarde te has mostrado cariñosa y ahora te contienes.

Se alejó un poco y, con la mano en mi nuca, me obligó a mirarlo a los ojos. El ojo que le faltaba seguía oculto por el parche, pero el otro me miraba fijamente.

—¿Qué soy para ti, Carrie?

Aunque su caricia era delicada, sabía cuál era su verdadera intención. Quería que

sintiera por él un deseo tan descarado como el de Dahlia y las otras mascotas de su harén.

—Eres mi Creador.

—¿Es todo? —Hubo una chispa de tristeza en su tono, pero no respondí.

Metió la mano bajo mi camiseta y deslizó las uñas sobre mi estómago. Mi respiración era entrecortada. Después, se dio la vuelta.

—Desnúdate y ven a la cama.

Fue hacia la cama sin mirarme. Se quitó la túnica dejando ver un cuerpo tan blanco y firme que bien podría haber estado esculpido en mármol.

Se me secó la boca al imaginármelo encima de mí, llenándome. Quería culpar al lazo de sangre por esa nueva oleada de deseo, pero no pude. Era yo la que lo deseaba.

Tal vez ésa fue su primera victoria. Pero al mirar a Cyrus, me pregunté por qué había querido resistirme. No me quedaba mucho fuera de esas paredes. No podía volver al hospital, no tenía casa, no tenía amigos, ni familia. ¿Por qué iba a huir de la única persona que de verdad me deseaba?

Me quité la camiseta y los vaqueros antes de subirme a la cama sin nada más que mi ropa interior de satén negro. Apartó las sábanas para que me metiera debajo.

Estaba a punto de hacer algo prohibido, de rendirme por completo ante algo que sabía que estaba absolutamente mal.

«Pero es algo que has elegido. Tú tienes el control».

Con qué facilidad podía mentirme a mí misma. Estaba tan lejos de tener el control como California de Connecticut. Incluso el roce de mi pelo sobre mi propia piel me excitaba.

Cyrus me tomó en sus brazos.

—Estás mejor de lo que pensaba —ronroneó, prácticamente, mientras deslizaba una mano por mi espalda y sobre mis nalgas. Se me puso la piel de gallina.

—¿Qué aspecto pensabas que tendría?

—No lo sé. Tal vez más masculina. Siempre te ocultas bajo prendas masculinas.

Me apreté contra su torso; mis pechos sobresalían de las copas del sujetador. Agachó la cabeza y deslizó la lengua sobre la costura que separaba mi piel de la tela.

—Pero no esta noche.

Me bajó las tiras por los brazos y se le oscurecieron los ojos cuando me desabrochó el sujetador y lo soltó.

Lo único que yo quería era echarme las sábanas por encima para ocultarme de su mirada, pero él las apartó para verme sin obstáculos. No dijo nada. Se tomó su tiempo para mirarme de arriba abajo hasta que me dieron ganas de gritar para romper la tensión.

Lenta y deliberadamente, deslizó una afilada uña desde mi garganta hasta la cintura de mis braguitas. Arqueé las caderas con descaro y deslizó un dedo bajo el satén, rasgando el tejido con la uña. Después me las arrancó.

—¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuve con alguien de

nuestra especie? —me susurró mientras se agachaba para mordisquearme el estómago.

—¿Cuánto?

—Medio siglo, aproximadamente —me separó las piernas y deslizó las uñas por la cara interna de mis muslos—. El sexo con humanos no tiene comparación. Con un giro de muñeca, me hizo un corte poco profundo encima de la rodilla. Primero sentí dolor, pero luego gemí de placer cuando acercó la boca a la sangre que se había acumulado.

Cuando se retiró, sus labios estaban teñidos de rojo. Se inclinó para besarme y con entusiasmo lamí mi propia sangre de su boca.

—Sabes tan bien como recordaba —susurró contra mi mejilla. Volvió a bajar la mano hasta mi muslo y me hizo otro corte, en esa ocasión uno más profundo.

Me ardía el cuerpo cuando se agachó para lamer esa nueva herida y su cabello rozó contra mi dolorido sexo. No era lo que me había esperado. Lo cierto era que nunca había disfrutado mucho del sexo; lo veía como algo que sucedía en una relación de manera natural, pero que nunca había sentido que necesitara. No así, como si fuera a morirme si me abandonaba en ese momento, o como si fuera a aferrarme a sus piernas para suplicarle más. Se propuso seducirme, saborear cada momento, y yo me vi disfrutando de la sensación de sus helados labios sobre mi piel. Sus malvados dedos me acariciaban las piernas. Su duro cuerpo estaba contra el mío.

Me hizo un corte en la zona donde mi pierna se unía a mi cuerpo y «accidentalmente» su mejilla rozó mi abultado montículo cuando se movió para succionar la sangre. Mis piernas se tensaron alrededor de su cabeza.

—¿Puede ser que estés disfrutando? —me preguntó sorprendido.

Cerré los ojos al no querer ver su expresión de satisfacción.

—Sí.

—Dime que me deseas.

Cerré los ojos, respiré hondo y dije:

—Te deseo.

—No me refiero al sexo, Carrie. Dime que me deseas a mí —sus palabras me hicieron abrir los ojos. Su rostro estaba lleno de puro anhelo. No estaba pidiéndome que lo deseara, estaba pidiéndome que lo amara.

Necesitaba que le dijera que sí. Su miedo al rechazo me entristeció, pero la parte de mí que seguía resistiéndose al lazo de sangre me contuvo. Era la parte de mí que nadie había tocado. No estaba dispuesta a rendirme.

—Lo siento, Cyrus.

Pensé que me apartaría, que le pondría fin al encuentro, pero por el contrario me besó con más intensidad y más pasión que nunca. Sus manos parecían estar en todas partes a la vez, amenazando con hacerme daño con sus uñas como cuchillas y darme placer con sus tiernas caricias.

Recorrió un camino por mi cuerpo con su lengua hasta que llegó a la ardiente y

resbaladiza entrada que estaba buscando. Separando mis pliegues con los pulgares, dejó escapar una suave ráfaga de helado aliento sobre mi palpitante piel. Intenté alzar las caderas hacia su boca, pero me tendió sobre la cama. Antes de poder protestar, estaba encima de mí, presionando la rígida longitud de su sexo contra mi cuerpo.

—Dime que me amas.

Me quedé sin habla. Temía las consecuencias de su ira.

—¿Te has quedado sin voz? —Coló una mano entre nuestros dos cuerpos y bruscamente deslizó dos dedos en mi interior. Temblé de dolor, pero me cubrió la boca con la otra mano—. Gritar sí que puedes hacerlo con facilidad.

Tan pronto como sus caricias se habían vuelto violentas, se convirtieron en delicadas. Sus dedos, aún hundidos en mi interior, ya no me rasgaban. Me acariciaban, como si quisieran reparar el daño, y masajearon ese punto hipersensible que todos los hombres con los que había estado habían ignorado. Mordí la mano que seguía tapándome la boca para evitar que gritara.

Debería haberme resistido, debería haberme defendido, pero no pude. Su excitación alimentaba la mía. Retiró la mano de mi boca para oír mis gemidos de placer.

Retiró los dedos. Vi mi sangre en ellos, mezclada con la humedad de mi excitación. Cyrus se llevó los dedos a los labios y los lamió sin dejar de mirarme mientras lo hacía.

«Dile que pare», gritó mi mente racional mientras la presión de mi cuerpo esperaba, suplicaba que pronunciara unas palabras que nunca había imaginado decir.

Cuando Cyrus entró en mí sin piedad, grité con agradecida desesperación. Su expresión era de éxtasis mientras movía las caderas y se adentraba más y más. En mi interior, lo sentí duro y frío como el cristal.

—Muerde —dijo con la voz entrecortada y acercando su cuello a mi boca.

Sacudí la cabeza mientras intentaba recuperar algo del control que había perdido. Me abofeteó y me estremecí.

—¡Hazlo!

Abrí la boca intentando transformarme, pero no lo logré. Bramó con frustración y para evitar que volviera a golpearme, lo mordí con unos dientes humanos.

Gritó sorprendido. Sentí la fuerza de su dolor en mi propia garganta y no resultó agradable. Una nueva ráfaga de su deseo abrasó mis venas.

—Bebe.

Cuando las primeras gotas cayeron a mis labios, llegué al éxtasis. Mi cuerpo tembló y mis piernas se enroscaron alrededor de su espalda. Mi boca se quedó abierta en ese momento de placer mientras su sangre goteaba sobre mi lengua.

Entonces, y aunque lo evité, abrí los ojos y me vi de nuevo en el cuerpo de Cyrus, mirando en su pasado.

Las imágenes eran inconexas; algunas se repetían una y otra vez. Una a una se fueron colocando y me invadió una sensación de mareo.

Cyrus estaba sentado a una larga mesa en un comedor iluminado por velas. El aire era caliente y pegajoso. No estaba sentado en un lugar de importancia. Estaba junto a unas mujeres y hombres de aspecto adinerado.

Giró la cabeza para mirar a la mujer que tenía al lado y justo al lado de ella había un hombre con un uniforme militar que no era estadounidense.

Una voz profunda y con un marcado acento cortó la conversación.

—Señoras y caballeros, antes de que nuestros invitados de honor lleguen, me gustaría darles las gracias por venir.

Cyrus giró la cabeza hacia la voz. Un hombre alto y delgado estaba de pie en la cabecera de la mesa. Su cabello blanco estaba recogido en unas trenzas tan largas que tocaban el suelo. Aunque parecía mucho más frágil y deteriorado que la primera vez que lo había visto, la nariz recta y los crueles ojos eran inconfundibles. El padre de Cyrus.

El Devorador de Almas.

Cuando la mirada del viejo vampiro cayó sobre su hijo, algo parecido al amor suavizó su mirada para enseguida ser reemplazado por la mirada calculadora y depredadora que les dirigió a todos los presentes.

—También me gustaría recordaros las reglas. Sólo uno de nuestros invitados es el plato principal —se rió con su chiste y el resto de la sala se rió por educación—. El otro es para mí. Lo sabréis, ya que estarán marcados.

La atención de Cyrus se centró en las altas puertas dobles al final del comedor. Dos sirvientes las abrieron. Allí estaban Nathan y la mujer de la fotografía que encontré en su armario. Nathan tenía prácticamente el mismo aspecto que ahora, a excepción de su pelo, que entonces era más corto, y del saludable tono dorado de su piel.

La mujer había perdido toda la juventud y la belleza que había visto en la fotografía. Se apoyó en el brazo de Nathan para mantenerse en pie. Cyrus se fijó en el colgante que llevaba. Era un dragón dorado engarzado alrededor de un diamante extraordinariamente grande.

—*Bon appétit* —dijo el viejo vampiro.

Las caras de los que estaban sentados a la mesa se transformaron y su cambio se reflejó en el rostro horrorizado de Nathan, que se situó delante de su mujer como para defenderla, pero los invitados se abalanzaron sobre ellos y los tiraron al suelo.

Cyrus se quedó en su asiento y se sobresaltó cuando su padre le tocó el hombro.

—Algún día habremos terminado con esto —le susurró al oído el Devorador de Almas.

—Sí, padre —respondió Cyrus—. Algún día gobernaremos.

Después, avanzó hacia Nathan.

Quería manifestarme de la forma que fuera para poder atacar al Devorador de Almas y detener lo que estaba a punto de suceder, pero sabía que lo que estaba viendo no estaba sucediendo en realidad. Formaba parte del pasado y ya no podía

cambiarse.

Un dolor de cabeza amenazó con destrozarme, se me nubló la visión, pero pude oír los gritos de angustia y terror de Nathan mientras mis sentidos intentaban conectarme con el presente. Vi miembros retorcidos, torsos mutilados y llamas, como si la tierra se hubiera consumido en ellos. Ríos de sangre fluían por mi mente.

Había vuelto a mi cuerpo y Cyrus gemía mientras vertía su éxtasis en mi interior. Fue frío como el hielo.

Iba a vomitar. Con todas mis fuerzas, lo aparté de mí y rodé hasta un extremo de la cama. Había sangre, suya y mía, por todas las sábanas. Cerré los ojos con fuerza para bloquear esa imagen.

—¿Quién... qué es tu padre?

Oí las sábanas detrás de mí y supuse que Cyrus se había sentado.

—Ya te lo he dicho.

—Pero no me lo has contado en realidad. ¿Qué quiere decir que un día gobernará?

Suspiró y oí cómo se dejó caer contra las almohadas.

—Todo es muy complicado. Preferiría dormir antes que hablar de esto.

—A veces en la vida tenemos que hacer cosas que no queremos —me giré para mirarlo—. ¿Por qué no me lo cuentas?

Estaba claro que no le hacía gracia esa charla postcoital, pero no pensaba rendirme. Dejó escapar otro suspiro de exasperación.

—Si de verdad quieres saberlo...

—Quiero saberlo.

—Durante años mi padre ha estado buscando un modo de recuperar su poder. Es una búsqueda secreta y ni siquiera yo conozco los rituales y textos que está revisando —en su voz capté una nota de amargura.

—¿Entonces cómo los obtiene? —Un día de consciencia al año no podía darle mucho tiempo para ir a las bibliotecas.

Cyrus se rió.

—Tiene un ayudante que lo lee casi todo por él. No sé quién es, pero me ha asegurado que es alguien en quien puedo confiar.

—Me dijiste que tu padre fue campesino antes de convertirse en vampiro. ¿Qué poder tenía que necesite recuperar?

—No es un poder que poseyera. Es el poder que cree que se merece, que está esperándolo. Simplemente necesita la llave para liberarlo —sonrió y, con delicadeza, me acarició el brazo—. Pero podemos hablar de esto más tarde.

Me aparté de él enfadada.

—Podemos hablar de ello ahora. ¿Qué va a hacer exactamente el Devorador de Almas? —Pero había insistido demasiado y el diálogo se cortó de inmediato.

Cyrus se recostó y cerró los ojos.

—Estoy cansado. Si lo único que vas a hacer es molestarme con incesantes

preguntas, puedes marcharte.

—¡No voy a ir a ninguna parte! ¡Dime qué está pasando!

—¿Quieres saber qué está planeando mi padre? —se sentó y se inclinó hacia mí, ahora su cara estaba a escasos centímetros de la mía—. Cuando llegue el momento adecuado, y todas las piezas encajen, el Devorador de Almas se alzará para convertirse en el vampiro más poderoso que el mundo ha visto y los humanos serán el ganado que alimente a los secuaces de mi padre. Cualquier vampiro que se oponga a él será consumido. Gobernará el mundo y el mundo de los humanos perecerá.

El fervor religioso con el que habló me congeló. Cuando hablé, apenas fue un susurro:

—¿Lo ayudarías a lograrlo?

—Carrie, sabías quién era cuando entraste por esa puerta —parecía casi como si se sintiera herido—. No puedes odiarme por ello.

—No. Eso no sería justo.

Me levanté y, con manos temblorosas, me envolví con la sábana.

—Pero la vida no es justa, Cyrus. Y ahora mismo no me gustas mucho.

No intentó detenerme cuando salí cojeando de la habitación.

Capítulo 16

Planes bien preparados

En los días que siguieron, Cyrus no me habló. No sabía si estaba ocupado planeando la fiesta (su excusa frecuente) o si de verdad había herido sus sentimientos. No debería haberme preocupado si lo había hecho, pero estaba aprendiendo rápido que, en lo que respectaba a Cyrus, mi corazón quería lo contrario de lo que mi cerebro sabía que estaba bien.

Las primeras mañanas llamó a Dahlia para compartir su cama con ella, que se paseó por la mansión luciendo orgullosa sus cicatrices, pero nunca me habló. Parecía como si todo el mundo en la casa supiera que era persona *non grata* para su Amo. Fueron días tristes y solitarios y no me reconfortó nada saber que quedaban siglos de ellos por llegar.

Cuando llegaba la noche, Cyrus salía de la mansión acompañado de sus guardaespaldas y en ocasiones de Dahlia. No sabía ni qué hacían ni adónde iban y me convencí de que tampoco me importaba, a pesar de que me moría por salir. Habría sido una oportunidad perfecta para reunirme con Nathan, pero él había dejado de venir. Decidí no preocuparme por ello; Nathan no era la persona que tenía que proteger.

Lo que más me inquietaba era el repentino interés de Cyrus por Ziggy. Mantuvo su palabra y no le hizo daño físicamente y después de las primeras visitas a sus aposentos, pareció que a Ziggy le caía bien mi Creador.

—No es que estemos saliendo ni nada de eso, doctora —dijo el chico cuando lo acorralé en la cocina una noche mientras examinaba la nevera de comida para humanos y marcaba con un rotulador lo que era para él. No me molesté en decirle que las mascotas no vivían lo suficiente para gorronear a su anfitrión durante mucho tiempo.

—Lo sé, pero Dahlia va a matarte. ¿Y tienes que actuar como si estuvieras divirtiéndote?

—La verdad es que sería un tipo bastante majo si no fuera un vampiro. Pero lo más importante es que si quiero sobrevivir a esta cosa que tiene planeada, necesito amigos en las altas esferas.

—¿Qué tiene planeado?

—La fiesta —dijo Clarence.

Ni siquiera me había fijado en que estaba ahí y me sobresalté.

—Eso ya lo sabía, pero hace un par de semanas no me entero de anda, ponédme al día.

El mayordomo ni me miró, aún existía esa tensión entre nosotros porque yo era un vampiro, aunque a pesar de ello había seguido entregándole mensajes a Nathan siempre que había sido posible y había dejado de comportarse como un estirado

mayordomo y de llamarme «señora».

—¿Qué demonios estás haciendo, chico? —le preguntó bruscamente.

Ziggy sonrió tímidamente cuando le entregó un bote de refresco para que se lo abriera.

—Esta mierda te pudrirá los dientes.

—Bueno, de todos modos me voy a morir antes.

Se me encogió el estómago al oír eso.

—No hables así —comprobé el lazo de sangre para ver si Cyrus estaba escuchando y lo único que capté fue una especie de bruma de alcohol antes de que el vínculo se desvaneciera entre los dos. Sentí cierta soledad al ver que se había desconectado de mí con tanta facilidad, pero por otro lado eso me daba la oportunidad de hablar sobre el inminente evento—. Ya que Cyrus tardará en volver, cuéntame qué pasa con esa fiesta.

Clarence volteó los ojos.

—Pues lo mismo que todos los años. Unos cuantos sacrificios humanos y mucho dolor. Eso.

—¿Sacrificios humanos? ¿Te refieres a los chicos de la lista?

—A ellos y a otros cuantos que traerá de fuera de la ciudad. No pueden sacarlos a todos de esta zona porque sería sospechoso.

«Ojalá Nathan volviera».

Cada noche había comprobado la puerta con el pretexto de pasear por el jardín, pero Nathan no había regresado y según se acercaba la fecha del Año Nuevo Vampiro, mis nervios aumentaban.

—No te preocupes por nuestro chico —dijo Clarence—. Se lleva bien con el Amo. Él no será parte del menú.

Puse un papel sobre la isla de la cocina y lo agarré. Era una lista de nombres en la que aparecían casi todas las mascotas excepto dos.

—¿Ziggy y Dahlia se libran?

—Supongo que, después de todo, no está tan mal quedar con el jefe —comentó Ziggy.

Me encantaba la idea de que Dahlia fuera a ser elegida para el consumo del Devorador de Almas, pero supongo que ella no era un «alma pura».

Dos guardias entraron y me aparté de Ziggy.

—Perdónenos, doctora —dijo uno de ellos y se giró hacia el chico—. El Amo desea verte.

—El deber me llama —respondió él con una sonrisa—. Eh, de camino tenemos que pasar por mi cuarto porque tengo que prestarle un libro a C —iba diciéndoles a los guardias al alejarse.

«¿C?». Me dejé caer en uno de los taburetes de la encimera. Clarence estaba callado dándole forma a un bloque de hielo con un martillo y un cincel, pero se rió.

—¿Aún vas a ayudar a rescatarlo aunque te haya robado a tu hombre?

—No me ha robado a mi hombre —respondí intentando engañar al anciano, aunque sabía que no era posible—. Es sólo que no entiendo por qué Ziggy se junta con él después de lo que Cyrus le hizo.

—Al Amo se le da muy bien ganarse a la gente después de haberse portado mal con ellos. Mírate a ti. Ha destrozado tu vida y tú sigues acudiendo a él.

—Eso es diferente. Hay un lazo de sangre, pero no lo entenderías porque no eres un vampiro.

—Tienes razón —respondió mientras seguía trabajando—. No sé nada de lazos de sangre, pero sí que sé que no estarías aquí si no quisieras. No eres de esa clase. Si tienes que decirte a ti misma que lo que te mantiene a su lado es cosa de magia, no seré yo el que te lo discuta.

Sus palabras me llegaron hondo. Tenía razón. Sí, había un lazo de sangre, pero ésa no era la razón por la que yo estaba allí. Era cierto que había prometido volver con Cyrus a cambio de la vida de Nathan, pero ¿por qué no había avisado al Movimiento o, por ejemplo, le había pedido ayuda a Ziggy? Había sido Perséfone, comiendo las granadas encantada y culpando al malo de Hades. Sabía lo que estaba haciendo cuando me había metido en ese Submundo. Me había resignado a aceptar mi situación y ahora quería explorar la vida que Cyrus me había ofrecido, pero temía que su interés por Ziggy me usurpara mi sitio.

•••••

La noche siguiente, Nathan esperaba en el portón.

—¿Cómo está Ziggy? —me preguntó en cuanto me acerqué.

—Está bien. Hola a ti también —di una patada al suelo para que mis pies reaccionaran. Había nevado tanto durante el día que me costó salir de la casa.

—¿Está en la lista?

—No —pensé que le aliviaría saberlo, pero por el contrario su rostro reflejó verdadero horror.

—Dime que no es...

—Invitado de honor. No sé cuál de los dos —miré al suelo—. Sé cómo te convertiste.

—¿Te lo ha contado? —Su mandíbula estaba tensa.

—Lo he visto. Bebí su sangre... y lo vi.

En su gesto vi rechazo, pero sabía que estaba asustado pensando que no lo ayudaría o que había arrojado a Ziggy a los leones.

—Eso forma parte del pasado. No quiero que le suceda también a Ziggy. ¿Quién es el otro?

—Dahlia.

—¿Dahlia y Ziggy, y tienen que elegir al que tenga un alma pura? Eso sí que les va a resultar difícil —apartó la mirada, aunque me dio tiempo a ver el sufrimiento en

sus ojos—. ¿Los Colmillos se quedarán para la fiesta?

—Se suponía que iban a marcharse hace una semana, pero creo que siguen por aquí para que Cyrus tenga que invitarlos a la fiesta. ¿Qué va a pasar?

—Seguro que los invita.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Qué va a pasar cuando tus amigos y tú aparezcáis?

—Entraremos, me llevaré a Ziggy y ellos matarán a los vampiros.

Su mirada clavada en mí pareció decir «incluida tú». Se me encogió el corazón, ¿de verdad me guardaba tanto rencor? Pensaba que nuestra amistad era auténtica.

«Pero eso era antes de que te fueras».

—Parece peligroso.

—Lo será —seguía sin ofrecerme seguridad.

—¿No sería más fácil intentar sacarlo justo antes de la fiesta? Ahora mismo podríamos pasarlo a través de la valla.

—Se me ha pasado por la cabeza, pero no se me permite hacer nada que ponga en peligro la misión. Son órdenes del Movimiento. Creen que Cyrus aumentaría la seguridad del complejo si Ziggy escapara antes del evento.

—¿El complejo? Haces que parezca que estoy metida en una especie de extraña secta religiosa.

Eso, al menos, lo hizo sonreír, aunque brevemente.

—He tenido hospedados en casa a un par de chicos del Movimiento y supongo que se me ha pegado la terminología.

—¿Por eso no has venido? —Pareció como si estuviera celosa.

—Lo siento, pero ya no eres una prioridad para mí.

Eso me dolió. Era mucho más fácil estar enfadada con él que lamentar haber perdido nuestra relación.

—Bueno, ¿entonces vas a entrar aquí la noche de la fiesta y me matarás?

—Yo no. Yo voy a buscar a Ziggy y a sacarlo. Pero ten cuidado con los demás, nos han ordenado que matemos a todos los vampiros que no pertenezcan al Movimiento.

—¿No vas a hablarles de mí? —Odiaba el miedo que se reflejaba en mi voz—. Me he ocupado de Ziggy, eso tiene que servirme de algo.

—Ya te lo advertí, Carrie. Te uniste al equipo perdedor. Es un poco tarde para echarse atrás.

—¿Sabes? No vine aquí porque quisiera.

—¿De qué estás hablando?

No había querido decírselo, pero ya no podía evitarlo. Y además, con las probabilidades que tenía de morir el sábado, no tenía nada que perder.

—Fue un trato, estúpido. Tu vida por la mía.

Dio un paso atrás y en sus ojos pude ver que no quería creerme.

—No.

—Yo sola no podía invertir el conjuro de Dahlia, así que acudí a Cyrus en busca

de ayuda y esto es lo que me pidió a cambio.

—No te creo.

—Vale, no me creas —estaba demasiado cansada como para intentar convencerlo de una verdad que no había querido revelar en primer lugar—. Ziggy te lo dirá. Él mismo me trajo aquí para buscar el antídoto y también te dirá lo que he hecho aquí para mantenerlo a salvo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque era algo que tenía que hacer. No quería que murieras, y no quería que te mataran cuando entraras aquí a rescatarme —para que no se sintiera tan culpable como parecía, añadí—: Además, quería una oportunidad de conocer a mi Creador. Hay una razón para cómo es.

Pensé en la cicatriz que le había dejado su padre y el dolor que había sentido. A pesar de ello, Cyrus quería complacer al Devorador de Almas. ¿Podría haber sido una buena persona antes de que su padre lo hubiera tentado con promesas de riqueza y poder? Aunque, claro, no podía olvidar que había matado a su propio hermano mientras dormía.

Había cosas que quería decirle a Nathan, pero no sabía por dónde empezar. A pesar de haber sufrido abusos de manos de Cyrus, no lo odiaba. No quería que muriera y una parte de mí deseaba desesperadamente que volviera a mí. Habían sido unas semanas muy solitarias.

Pero a pesar de lo que sentía por mi Creador, no quería que Nathan se marchara sin que lo nuestro se solucionara.

—He sido un cretino.

—Un poco. Pero tal vez yo debería haber confiado en ti. Quiero decir, si te hubiera dicho que habíamos hecho un pacto y que tenía que venir a vivir con él, lo habrías respetado, ¿verdad? No habrías entrado aquí a salvarme.

Él enarcó una ceja a modo de respuesta.

—Ésa es exactamente la razón por la que no te lo dije —a cada segundo que pasaba fui dándome más y más cuenta de cuánto había echado de menos a Nathan. Entre nosotros no había lazo de sangre, así que, ¿significaba eso que lo que sentía por él era más fuerte que lo que sentía por Cyrus?

Poco a poco, Nathan coló la mano entre los barrotes y cuando nuestras manos se tocaron, sentí algo muy distinto al vínculo que compartía con Cyrus. En esos sentimientos no había oscuridad.

—Carrie, ¿quieres marcharte?

—¿En serio?

—En serio —se rió suavemente—. Puedo sacarte a la vez que saco a Ziggy.

Miré atrás. La luz del dormitorio de Cyrus estaba encendida.

—Quiero irme, pero...

—Pero el lazo está reteniéndote —me apretó la mano.

Una lágrima que brotó de mi ojo cayó en el dorso de su mano y se congeló

instantáneamente al tocar su fría piel. ¿Por qué estaba llorando? Quería escapar de ese lugar, ¿verdad?

—No sé si soy lo suficientemente fuerte como para alejarme de él, Nathan —no podía mirarlo a los ojos—. Cuando no estoy cerca, no lo echo de menos, pero cuando estoy con él... siento que me necesita. Probablemente no lo entiendas, pero necesito sentir que me necesitan.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Por qué, si no, te habrías hecho médico?

Había pensado que quería poder, pero ahora tenía ese poder y no quería usarlo. ¿Tenía razón Nathan? ¿Me había hecho médico, no por un deseo de control, sino por un deseo de ser indispensable y valorada por unos completos extraños? ¿Sólo me sentía completa cuando alguien me necesitaba?

—Carrie, ¿estás bien?

Miré a Nathan.

—Quiero marcharme.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ladeando la cabeza.

Renunciar a una casa y a comidas regulares debería haberme asustado, pero no lo hizo. Cuando mis padres murieron había sobrevivido sola. La única diferencia ahora era que sí que quería ser huérfana.

—Sí —respondí—. Tú también saldrías corriendo despavorido si vieras la decoración de ventanas que tiene ahí dentro.

Como pudo, Nathan me abrazó con los barrotos por medio y, cuando se apartó, un rubor teñía su cara.

«Así que los vampiros se ruborizan»

—Éste es el plan —dijo carraspeando—. Cuando entremos, tírate al suelo y, hagas lo que hagas, no luches con nadie. Quédate junto a Ziggy. No van a hacerle daño. Y, por lo que más quieras, mantente alejada de Cyrus. Es el blanco principal.

—No cometas ninguna estupidez —era bueno que no supiera lo que Cyrus le había hecho a Ziggy.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso —Nathan se metió la mano en el bolsillo y sacó una diminuta botella—. Toma esto.

Sin pensarlo, me la guardé en el sujetador.

—¿Qué es?

—Agua bendita.

Corrí a sacármela.

—¡Podrías haberme avisado!

Él se rió.

—Lo siento. No sabía que ibas a metértela debajo de la camiseta.

—¿Qué hago con ella? —le pregunté cuando ya la tenía en las manos.

—Ten cuidado, puede producirte una buena quemadura. Pero úsala para defenderte si es necesario.

—No voy a necesitarla. Lleva un tiempo que no me presta mucha atención —y

para que no pareciera que eso me dolía, añadí—: Aunque, claro, no es algo que me importe.

—Sí que te importa. Y ésa es la razón por la que él no te merece.

—Nathan... —comencé a decir, pero me interrumpió.

—Tengo que irme. Recuerda lo que te he dicho y repasa el plan. Te veo el sábado —se giró, avanzó un poco y se detuvo. No me miró—. Gracias por salvarme la vida —lo conocía demasiado bien como para saber que cuando se le hacía un nudo en la garganta su acento se volvía más intenso. Casi me resultó imposible comprender las siguientes palabras—: Y tal vez cuando Ziggy y tú hayáis salido, podrás decirme si te gustó el dibujo.

Cuando volví a mi habitación, saqué el dibujo de su escondite. Después de la fiesta tendría que decirle que no se parecía nada a mí, porque la mujer del papel era una persona completamente distinta. Hasta el momento las cosas le habían sucedido a ella. Pero ahora esa persona haría que las cosas sucedieran.

•••••

Sin embargo, eso resultó ser más difícil de lo que me esperaba. Gran parte de mi plan para ayudar a Ziggy dependía de mi habilidad para manipular a Cyrus, pero era complicado manipular a alguien cuando ese alguien no te dirigía la palabra. El sábado se acercaba como una muerte inminente. Cada vez estaba más desesperada y no porque mi plan pudiera fracasar.

Por muy enfermizo y deshonesto que pudiera parecer, quería pasar un último día con él. Era una pulsión de muerte, teniendo en cuenta su tendencia a leerme la mente, pero o estaba demasiado ocupado para destapar mi engaño o ya lo había hecho y estaba esperando al momento oportuno para castigarme. Por razones que no estaba dispuesta a analizar, me arriesgaría a que me descubriera a cambio de unas horas más a su lado, incluso después de que me hubiera hecho sentir tan... utilizada. Decidí que tenía que ser yo la que diera el primer paso y así, el viernes por la mañana, me metí en su habitación sin que me invitara. Vestida con un camisón de seda blanco y con el corazón a punto de salirse del pecho, me quedé mirando a los guardias apostados a su puerta.

Cuando entré en el dormitorio, había esperado encontrármelo con Dahlia o con Ziggy, pero estaba con una delgada chica de pelo rubio. Alzó la mirada y esbozó la sonrisa de un hombre que acababa de saber que para cenar tendría su plato favorito.

—Espero no interrumpir nada —dije sorprendida ante el sensual sonido de mi voz. Debió de ser la lencería, el perfume o el maquillaje, porque estaba metiéndome muy bien en el papel.

Cyrus le dio una patada a la chica que, en lugar de salir corriendo de la habitación, cayó al suelo con su cuerpo sin vida. Tenía el cuello roto y vi que le faltaba un ojo.

Casi me di la vuelta.

«No. Haz lo que has venido a hacer».

Llamé a los guardias y les indiqué que se llevaran a la chica, teniendo la precaución de disimular mi repulsa mientras la recogían.

—No quería tener público.

—De todos modos, era una aburrida. No ha dejado de llorar diciendo que quería irse a casa. Bueno, ¿a qué debo el placer de esta visita?

Me acerqué lentamente mientras deslizaba mis manos sobre la seda que me cubría el vientre y los pechos.

—Te he echado de menos.

Me miró con desconfianza.

—Creía que ya no te gustaba. Eso fue lo que dijiste, ¿verdad?

—Tal vez no me gustes y sólo estoy aquí por el sexo —mi cuerpo vibró ante la idea.

Lo miré de arriba abajo y pude comprobar que él estaba igual de excitado.

—Seguro que quieres algo más.

Me situé en el borde de la cama, ignorando el charco de sangre que había a mis pies.

—Puede que sí.

Sonrió y pude ver sus colmillos, que aún no se habían ocultado desde que había comido. Los rasgos vampíricos en su rostro normal lo hacían parecer más peligroso de lo habitual.

—¿Es algo que yo pueda darte?

—No lo sé. Tal vez —fingí inocencia e indefensión.

—Todo tiene un precio, Carrie —se sentó en el borde de la cama.

Después de respirar hondo, me subí el camisón hasta las rodillas, y con la otra mano lo empujé sobre la cama. Me senté encima de él y subí la seda hasta mi cintura antes de guiar su erección hasta mi cuerpo.

Ambos gemimos cuando me deslicé a lo largo de su frío sexo. Alcé las caderas y puse mi cuello contra su boca.

Cuando atravesó mi piel, me concentré en la sensación de tenerlo dentro de mí para que no viera la verdadera razón del favor que le pediría... Ni el dolor que de pronto me apuñaló el corazón.

Sería la última vez que estaríamos juntos y no sabía por qué me inquietaba tanto. Culpaba al lazo de sangre por todos los sentimientos que tenía hacia él, aunque tal vez sí que me importaba en realidad. Pero ya había tomado una decisión. Se lo había prometido a Nathan y tenía que proteger a Ziggy. Ahora no podía cambiar de opinión. Si al final tenía que llorar la pérdida de Cyrus, ésa sería la carga que tendría que soportar.

Me levanté y él se estiró para volver a adentrarse en mi interior, pero me aparté.

—Intentas esconderte de mí —susurró mientras se inclinaba para lamer la cicatriz

que me había dejado en el cuello—. Pero no eres lo suficientemente fuerte. Puedo ver lo que quieres. Dilo.

Me temblaban las manos mientras le apartaba el pelo de la cara. ¿Era un truco? ¿Cuánto veía en realidad?

—Quiero elegir al que será entregado al Devorador de Almas.

Se quedó paralizado y me asusté, pero al instante me rodeó con sus brazos, me tumbó en la cama y entró en mí con un movimiento brutal.

—Lo que mi princesa quiera.

Supongo que en ese momento debería haberme sentido como una absoluta ramera, pero mi alivio fue tal que casi me reí. Eché la cabeza atrás y me rendí a la sensación de las manos de mi Creador, y a su sexo llenándome. Cuando alcancé el éxtasis, grité tan alto que estaba segura de que había despertado a la casa entera. Cyrus terminó poco después y se dejó caer sobre mí con una sonrisa.

—El sábado será una noche para recordar —me susurró.

Una lágrima brotó de mi ojo.

«Ni te lo imaginas».

Capítulo 17

Feliz Año Nuevo

Cuando desperté a la mañana siguiente, Cyrus se había ido. Me acurruqué contra el espacio que había estado ocupando en busca de algo de calor, pero no lo encontré. Claro. Un vampiro. Ausencia de calor corporal. Me senté riéndome ante mi estupidez, pero mi buen humor se desvaneció al ver a Dahlia apoyada contra la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —me subí la sábana hasta cubrirme el pecho y busqué el camisón.

—¿Lo amas? —No estaba mirándome.

No sabía qué podía decir que no le enfureciera. Esperaba que bastara con la verdad.

—No.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? —Daba patadas a la puerta con un lento y deliberado ritmo.

—No puedo marcharme.

—Ojalá yo pudiera —se rió, pero no como siempre, sino con unas carcajadas llenas de amargura—. Ojalá yo pudiera.

—Tú puedes —me sentí culpable por mentirle. En menos de veinticuatro horas, tenía planeado dársela para comer al Devorador de Almas. Sin embargo, reafirmé mi determinación pensando en cómo me había apuñalado, incendiado mi casa, atacado a Nathan y, en general, pensando en el hecho de que era la razón por la que yo estaba ahí metida.

—¿Conoces el Síndrome de Estocolmo? —me preguntó mirándome a los ojos.

—Es cuando un rehén crea un vínculo con su raptor.

—Pensarás que eso es lo que pasa aquí, ¿verdad?

—Tal vez —dije en voz baja mientras me echaba la túnica de Cyrus sobre los hombros. Ella no se apartó de la puerta.

—No tienes ni idea de por qué estoy aquí.

—Dahlia —comencé a decir mientras me humedecía los labios secos y agrietados. Necesitaba alimentarme, y pronto—. ¿Estás enamorada de Cyrus?

—No sabía que era un vampiro. No, antes —se llevó a mano a la frente cuando unas lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro—. Me dijo que me quería.

Me até el cinturón y me puse a su lado. No sabía qué hacer, excepto quedarme a su lado y ofrecerle un hombro sobre el que llorar.

—Probablemente te quiera.

—Estaba fascinado conmigo, con mi poder. Y ahora estoy aquí atrapada.

—Te tiene miedo —su rostro era la viva imagen de la desesperanza y eso me partió el corazón. Por mucho que no me gustara Dahlia, me compadecía de ella—. Le

tiene miedo a tu poder. Por eso no te convertirá.

—Lo sé. Pero eso no me ayuda.

—Podría. Mañana por la noche aquí habrá cientos de vampiros. Si pudieras encontrar a uno que te convirtiera, podrías alejarte de Cyrus —asumí la idea de Dahlia con un poder ilimitado demasiado tarde, pero ya estaba dicho y no podía borrar mis palabras.

—Es verdad. Porque es muy fácil encontrar a un vampiro que quiera crear Iniciados.

No pude evitar responderle con sarcasmo:

—Para mí lo fue.

En un instante, su mano me dejó una sensación de escozor en la mejilla y, con una mirada cargada de furia, se dio la vuelta y salió por la puerta con tanta fuerza que la dejó prácticamente arrancada de las bisagras.

Temblando, me apreté el cinturón de la túnica de Cyrus. No podía dejar de pensar que acababa de cometer o un increíble acto de piedad o un enorme error.

•••••

El sábado por la noche llegó marcado por un grupo de organizadores de fiestas homosexuales y extravagantes y unos adolescentes confundidos que creían que los habían invitado a una fiesta *rave*. A los primeros los habían mandado a un lado de la mansión para que prepararan la celebración en el jardín a pesar de las bajísimas temperaturas, y los otros entraron en la casa con promesas de alcohol y drogas. Ziggy y yo estábamos en el balcón del vestíbulo y vimos a los guardias arrear a los grupos de desventuradas víctimas hacia la despensa.

—Bueno, prácticamente puede decirse que estoy acabado, ¿verdad? —Llevaba una camisa perfectamente planchada, unos pantalones y una corbata negra. Incluso con el cambio de ropa, seguía pareciendo poco sociable y ligeramente amedrentador, pero no para los que lo conocíamos bien. Prácticamente podía ver la palabra «miedo» escrita en su frente. Esperaba que él no pudiera ver tanto dentro de mí porque yo tampoco podría reconfortarlo mucho.

—No estás acabado. He logrado que me deje elegir quién será el que tome el Devorador de Almas. Cyrus convertirá a Dahlia y después te arrojará a la multitud. Es muy sencillo.

—Claaaaro. Me arrojará a la merced de vampiros hambrientos. Y aun así me dices que no estoy acabado.

—Sabes luchar, y Nathan llegará a tiempo. No te preocupes, yo no lo hago —era mentira, pero no tenía sentido decírselo.

—¿Y qué me dices del servicio secreto? —señaló a los guardias—. Nate y esos tipos no pueden tocarlos, son humanos.

—En ese caso será más fácil reducirlos. Además, esta noche no hay muchos, es

una medida preventiva —Clarence me lo había dicho. Menos humanos significaba menos posibilidades de que se produjera un frenético festín. Ahora la casa tenía un personal reducido que cobraría el bonus de peligrosidad.

Resultaba algo extraño que Cyrus dejara la fiesta tan vulnerable, aunque, claro, también estaba el equipo de seguridad del Devorador de Almas.

—Ahora, vuelve a tu habitación antes de que alguien te confunda con el ganado.

El muchacho tenía los ojos clavados en el vestíbulo.

—¿Crees que alguien echará de menos a estos chicos?

—Supongo que cada año celebra la fiesta en otra parte. Me dijo que no puede quedarse en un mismo sitio mucho tiempo sin que la gente empiece a sospechar —pero entonces caí en la cuenta de que no estaba refiriéndose a los chicos que teníamos debajo—. Nathan te echa de menos. Te quiere.

—Sí, bueno, eso lo veremos esta noche, ¿eh? —Con una mueca, se apartó de la baranda y fue hacia el pasillo.

Quise seguirlo, meterme en mi habitación, cerrar con llave y dormir. Me había pasado el día con una almohada en la cabeza para no oír los gritos de Cyrus mientras se quejaba de todos los detalles de la fiesta. Si pensaba que las cosas iban mal, no podía esperar a ver qué cara pondría cuando viera aparecer a unos asistentes a los que no había invitado.

Era imposible saber qué sucedería. En escasas horas podría estar alejada de esa casa y de toda tentación... o podría estar muerta. Ziggy podría estar muerto. Cyrus podría estar muerto. Todos podríamos estar muertos.

Para no pensar en algo tan nefasto, fui a mi habitación a ponerme el vestido que Cyrus me había comprado para la ocasión. Era negro y rojo, con finos tirantes y una falda de volantes de tul que llegaba hasta el suelo.

—Voy a parecer una bailarina del Infierno.

Y lo peor era que correr con los zapatos que me había comprado a juego sería imposible, por decir poco.

Tambaleándome, entré en la sala donde Ziggy esperaba como un auténtico caballero y una expresión de pura incredulidad.

—Estás muy bien.

—Gracias —me toqué el pelo para asegurarme de que mis largos y rubios mechones seguían en la trenza francesa en la que los había recogido—. Me siento como un payaso.

—Eres como el sueño húmedo de un gótico. Me haría heterosexual si me hicieras una propuesta ahora mismo.

Por un momento su picara sonrisa me recordó tanto a Nathan que me pareció imposible que no fueran de la misma sangre.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Alguien llamó a la puerta y le dije que pasara, esperando que fuera Clarence.

—El Amo quiere que baje al vestíbulo para saludar a su padre —dijo uno de los

guardias.

Me sequé mis sudorosas manos en la falda del vestido.

—¿El Devorador de Almas está aquí?

—El Amo Seymour está al llegar —me corrigió el hombre con un tono de advertencia.

—Bien —respondí con la misma brusquedad—. Bajaré en un minuto.

La puerta se cerró, pero sabía que el guardia esperaba fuera. Le dije a Ziggy que se acercara.

—Cuando te bajen a la fiesta, quédate a mi lado, porque...

—Porque eres mi seguro de vida. Lo sé, lo sé —suspiró—. No irás a cambiar de opinión en el último minuto y dejar que me coman, ¿verdad?

—No lo tenía planeado —mi corazón parecía plomo entro de mi pecho. Impulsivamente, lo abracé y el chico que aún vivía enterrado en alguna parte de Ziggy creció ese consuelo—. Tengo que bajar.

No me permití mirar atrás al salir. El guardia me escoltó como si no me supiera el camino. Caminaba densa y no me agarró del brazo, de modo que lo seguí tan rápido como pude sin romperme los tobillos. Mientras bajaba las escaleras con mucho cuidado, les eché un vistazo a los invitados, vampiros de varias ciudades que charlaban emocionados. Allá adonde miraba había pieles y joyas caras. Incluso los Colmillos parecían haberse vestido para la ocasión, aunque seguro que los seguirían echando de los mejores bares de carretera por quebrantar el código de vestir.

Cyrus estaba junto a la puerta principal. No podía verle la cara, pero sí que sentí su ilusión ante la idea de ver a su padre y también su miedo a que algo parecía no ir bien. Mostrándome muy segura de mí misma, me abrí paso entre la multitud porque no quería que captara mi nerviosismo y estropear así el plan de Nathan.

Me tropecé con los tacones de aguja y fui a caer contra un delgado vampiro calvo. Dos pequeños cuernos salían de su frente.

—Discúlpeme —dije intentando no mirarlo.

Cuando por fin llegué a su lado, Cyrus me rodeó por la cintura y me besó en la mejilla.

—Estás preciosa.

—Gracias. Pero tal vez la próxima vez podrías dejarme elegir el calzado. ¿Quién es toda esta gente?

—Amigos de mi padre, amigos míos. Aliados, conocidos. Los Colmillos —dijo con desgana.

—Se han puesto sus mejores galas para venir. ¿Todos son vampiros?

—Sí, pero algunos son mutantes.

—¿Están mezclados con algo?

—Así es. El vampiro con el que te has chocado tiene algún demonio como ancestro. También hay lupins —arrugó la nariz—. Ten cuidado, es posible que se te enganchen a la pierna, ya me entiendes...

—¿Lupins? —Recordé algo que Nathan me había dicho—. ¿Te refieres a hombres lobo?

—Mestizos de hombre lobo y vampiro, pero ése no es el término políticamente correcto. Están dando grandes pasos para volverse civilizados y prefieren que no se los meta en el mismo saco que a sus hermanos inferiores, los hombres lobo —hizo una mueca—. Esas criaturas siguen viviendo en los bosques y corriendo en manadas. ¿Quién querría que se los asociara con ellos?

—Señor. Ya se acercan —le dijo un guardia.

Cyrus respiró hondo y se giró hacia mí.

—¿Estás lista?

No estaba segura de para qué tendría que estar lista, pero asentí y lo acompañé cuando los guardias abrieron las puertas.

El cielo de la noche era frío. Sobre el primer escalón, y bajo la luz de la luna, vi el portón al final del camino de entrada abrirse. Un largo sedán seguido por un coche fúnebre y por otro sedán más a su vez. Se detuvieron y el coche fúnebre quedó justo delante de la puerta. Ocho hombres, con rasgos y altura idénticos, salieron de los coches. Un chófer bajó del coche fúnebre y abrió la puerta de atrás ceremoniosamente dejando ver un resplandeciente ataúd de bronce.

Cyrus se puso tenso. Me pareció ver una lágrima en su mejilla, pero podría haber sido una gota de sangre de su ojo de repuesto, que ya estaba deteriorándose. Se la secó con una mano temblorosa.

Los hombres se echaron el ataúd a los hombros y lo metieron en la casa. Cyrus me llevó dentro.

La multitud se apartó y vi a algunos bajar la cabeza al paso del féretro; otros se limitaron a mirar con aburrimiento y los Colmillos alzaron sus cervezas. Los guardias abrieron las puertas del despacho. Dentro, se había movido el mobiliario para instalar un estrado rodeado de claveles negros y blancos. Los portadores del féretro lo dejaron allí cuidadosamente.

—Gracias, caballeros —dijo Cyrus—. Mis guardias se encargarán de que coman bien.

Las puertas se cerraron dejándonos solos con el Devorador de Almas. Cyrus se arrodilló junto al ataúd y posó las manos sobre la tapa de bronce antes de acercar la boca y susurrar:

—Bienvenido a casa, padre.

Me sentí culpable al ver a Cyrus ahí, tan vulnerable, mientras yo estaba a punto de clavarle una puñalada por la espalda. Se levantó y se giró hacia mí con un brazo estirado para invitarme a acercarme.

—Carrie, ven a conocer a mi padre.

Nerviosa, me arrodillé y puse las manos sobre la tapa. Nunca en mi vida había sentido un odio tan fuerte. Irradiaba del ataúd, podía sentirlo bajo mis dedos y rodeándome. Me temblaron los brazos cuando intenté apartarlos. Lo único que podía

oír eran gritos de muerte y, cuando cerré los ojos, el dolor y la tortura me rodearon. Colmillos y garras arrancando carne. Sangre brotando de arterias seccionadas. Abrí la boca para gritar y cuando ningún sonido salió de ella, me di cuenta de que ni siquiera había sido capaz de mover los labios. Cuando ese insidioso poder me soltó, aparté las manos. Tenía la frente cubierta de sudor. A mi lado, Cyrus pareció no percatarse de nada. Estaba acariciando el féretro como si estuviera hipnotizado.

—Padre, te presento a Carrie. Mi Iniciada y tu nueva hija. Espero que la encuentres merecedora de nuestra sangre.

Pero algo me decía que mi nuevo suegro no pensaría que yo estaba a la altura. En silencio recé para que Cyrus no viera lo que había sentido y me matara allí mismo.

—Me gustaría pasar un momento a solas con él. ¿Puedes ocuparte del resto de preparativos para la cena?

Asentí lentamente con la mirada fija en el ataúd. Estaba segura de que no me ganaría al papaíto por comprobar que las servilletas estuvieran debidamente dobladas, pero cualquier cosa sería mejor que presenciar esa macabra reunión familiar.

—Claro. No hay problema.

Los invitados pululaban por el vestíbulo y el comedor mientras bebían cócteles hechos con sangre y charlaban sobre política y arte. Se habían colocado unas filas de sillas a lo largo de una de las paredes del comedor y unas cuantas mascotas desafortunadas estaban encadenadas a ellas. Estaban inconscientes y unos sedientos vampiros se servían sangre a través de unos grifos insertados en sus cuellos. Las mascotas que ya habían fallecido estaban apiladas en un rincón y los guardias iban forcejeando con los sustitutos a los que llevaban allí.

Los Colmillos ya habían invadido el jardín; unos estaban tirados en las delicadas sillas y con los pies encima de los immaculados manteles mientras que otros habían puesto música *heavy* a todo volumen para acallar al cuarteto de cuerda que tocaba en la terraza. Pensé en decirles que cuidaran sus modales, pero cambié de opinión. Quería ver la cara de Cyrus cuando se enterara de que le habían destrozado su elegante jardín.

A las once y cuarenta y cinco parecía como si la población mundial de vampiros estuviera allí metida, Cyrus entró en el vestíbulo a las doce menos cinco y saludó a los allí reunidos. Después, los guardias lo llevaron al jardín. Yo iba justo detrás de ellos cuando Cyrus se detuvo.

—Espera. Querías el privilegio de elegir y no te lo negaré —me puso algo duro y pesado en la mano.

Cuando separé los dedos, contuve un grito. El coleante del dragón estaba ahí, pero el diamante había sido sustituido por un enorme rubí.

—¿Te gusta? Pensé que había llegado la hora de un cambio —me besó en la mejilla—. No sabes cuánto significa para mí tenerte a mi lado esta noche.

Dos guardias escoltaban a Dahlia y a Ziggy por las escaleras. Ella tenía aspecto triunfante y de estar segura de sí misma. Él estaba aterrorizado.

—Eh —le susurré.

—Dahlia, estás preciosa, como siempre —le dijo Cyrus a la chica.

Ella me lanzó una petulante sonrisa y después se giró para admirar a Cyrus.

—¿Estás nervioso? —le preguntó él a Ziggy.

Ziggy sacudió la cabeza.

—Bien. No tienes por qué estarlo. Como sabéis, cada año debo tomar una difícil elección. De todas mis mascotas, dos deben sobrevivir esta noche para que nuestra celebración esté completa. Aun así, sólo una podrá ocupar el lugar de honor. Hasta ahora yo he sido el encargado de decidir quién recibe ese honor.

—¿Hasta ahora? —preguntó Dahlia con los ojos abiertos de par en par.

—No lo interrumpas mientras habla —dijo Ziggy. Le lancé una mirada de advertencia.

—Como iba diciendo, hasta ahora he tenido que decidir quién recibe ese honor. Este año tengo el placer de ver a mi Iniciada llevar a cabo esa tarea. ¿Carrie?

Di un paso al frente y, sin dudarlo, señalé a Dahlia.

—Ella.

—Interesante elección —dijo Cyrus enarcando una ceja.

—¿Por qué dices eso?

Pero ya me había quitado el colgante de las manos. Dahlia gritó y comenzó a dar palmas. Cyrus le puso el collar y dio un paso atrás.

—Amo, el primer plato está listo.

Cyrus se giró hacia mí.

—No queremos hacer esperar a nuestros invitados —alargó la mano y la tomé a la vez que le dirigía a Ziggy una reconfortante mirada. Nadie me vio mover los labios para decirle sin palabras «quédate cerca».

Entramos en la terraza en medio de un fuerte aplauso. Un guardia paró a Ziggy y a Dahlia y las puertas de cristal se cerraron dejándolos dentro.

—Damas y caballeros —gritó Cyrus—. Gracias por venir. Me alegra poder compartir esta noche con tan buenos amigos.

Más aplausos. Intenté no mirar hacia los muros del jardín en busca de la presencia del Movimiento. Debía de ser casi la hora. Nathan prometió que vendrían, pero la caballería no apareció. No durante el largo discurso que Cyrus pronunció sobre la importancia de la tradición y sobre el peligro de la extinción. Cuando terminó, les hizo una señal a los guardias que esperaban al otro lado de las puertas de cristal.

—Como sabéis, nuestros invitados de honor saldrán en un momento. Por favor, recordad que uno de los dos es para el Devorador de Almas y que el otro es nuestro tradicional primer plato.

Dahlia y Ziggy salieron a la terraza. Al ver la radiante expresión de Dahlia me sentí culpable; ella creía que la había elegido para ocupar un puesto de honor, aunque en realidad la había condenado a un destino peor que la muerte una vez que Jacob Seymour consumiera su alma.

Cyrus le indicó a Dahlia que se acercara. Esperaba que la mordiera para comenzar al proceso y que estuviera convertida para el Devorador de Almas.

Dos fornidos guardias agarraron a Ziggy por los brazos. Pensé que estaban preparándose para arrojárselo a la multitud.

«Nathan, ¿dónde estás?».

El estómago se me revolvió al ver a Cyrus enroscar la mano en el cabello de Dahlia.

—Damas y caballeros, ¡*bon appétit!*

Capítulo 18

El Devorador de Almas

La confusión invadió su rostro cuando los vampiros se abalanzaron sobre ella. Forcejeaba con las ansiosas manos mientras nos miraba y gritaba:

—¡Cyrus! ¿Qué está pasando?

Mi cabeza se hizo eco de su pregunta.

—Esto era lo que querías —me gritó Cyrus antes de rodear a Ziggy.

—¡Creía que ibas a entregársela a tu padre! —Lo agarré del brazo, pero él se apartó.

—¡De eso nada! —Ziggy luchaba contra los guardias y logró escapar, pero cayó al suelo de espaldas y avanzó como un cangrejo asustado. No llegó lejos.

—¡No! —grité mientras Cyrus se agachaba hacia él. Se oyó un desagradable crujido cuando el músculo y las venas cedieron ante los colmillos. Los agonizantes gritos de Ziggy llenaban el aire.

Necesitaba algo, algo que emplear como arma. Los gritos de Ziggy disminuyeron hasta detenerse por completo y su cuerpo quedó colgando de los brazos de Cyrus.

A Dahlia le fue mucho mejor. Gritó una orden y los vampiros que la rodeaban cayeron. Corrió hacia el laberinto sin mirar atrás. Los Colmillos la siguieron lanzando gritos de guerra mientras desaparecían entre los oscuros arbustos. Los que no se habían visto afectados por el ataque de Dahlia miraban a su alrededor, sorprendidos.

Cyrus se levantó y dejó a Ziggy inconsciente sobre el suelo. Vi cómo se limpiaba la sangre de la barbilla. Su áspera voz y su salvaje rostro de vampiro lo hacían parecer más perverso todavía.

—Damas y caballeros, disfruten de la cacería. Detrás de nosotros, se abrieron las puertas y un desesperado grupo de humanos salió corriendo por la terraza. Corrían por sus vidas y habrían aplastado a Ziggy si no me hubiera arrodillado junto a él para proteger su vulnerable cuerpo.

—Ziggy, ¿puedes oírme? —Lo coloqué sobre mi regazo y puse la mano sobre la herida de su cuello, aunque apenas le quedaba sangre que derramar. Abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos.

La mayoría de las mascotas corrieron directamente hacia el laberinto seguidos de los vampiros. Unos cuantos se separaron del grupo y los atraparon mientras intentaban trepar el muro del jardín. Cyrus lo contemplaba todo con orgullo. Después, se giró hacia nosotros y alzó la muñeca.

—¿Lo convierto yo o tú?

—¡No! —volví a gritar intentando cubrir a Ziggy—. He cometido un error. Quería que él viviera.

—Bueno, ahora ya no es posible. Venga, te conseguiremos otro.

Las lágrimas que brotaban de mis ojos escocían mi fría piel.

—Esto no debería haber pasado.

—¿De qué estás hablando?

Sospechaba algo. Entre los gritos y la destrucción que nos rodeaba, bajé la guardia y mi sentimiento de culpa y mi temor invadieron el lazo de sangre.

Por encima de todo el caos, emergió un nuevo sonido. Los golpes de unas hélices en el aire. Había oído ese sonido en el hospital cuando trasladaban en helicóptero a heridos, pero los del hospital no tenían nada que ver con los helicópteros negros de estilo militar que estaban descendiendo. Miré al cielo y mi corazón se infló con una mezcla de temor y esperanza. Había llegado la hora de la salvación... aunque demasiado tarde para Ziggy.

O para mí. Sin él, mi seguridad no estaba garantizada. Lo rodeé por el pecho y me puse de pie. Él gimió y una cascada de sangre cayó sobre mis manos. No duraría mucho más.

Cyrus gritaba desesperadamente a sus guardias. Nuevos gritos salían del laberinto, los gritos petrificados de vampiros atrapados y dándose cuenta de lo que estaba sucediendo. Los reflectores de los helicópteros se encendieron y auténticos rayos UVA cayeron sobre el jardín.

El calor hizo que mi piel crepitara, pero no era una exposición directa como para matarme allí, en el porche cubierto donde nos encontrábamos. Otros no tuvieron tanta suerte. Los pocos vampiros que lograron salir del laberinto explotaron en llamas antes de llegar a la terraza. Sólo unos cuantos llegaron a la casa y nos empujaron para cruzar las puertas de cristal.

Unas largas cuerdas cayeron de ambos lados de cada helicóptero y unas figuras oscuras saltaron a la hierba. Los asesinos habían llegado.

Veinte de ellos se deslizaron por el suelo cubiertos de pies a cabeza con un equipo de color negro. En la cabeza llevaban capuchas y gafas de sol. Unos guantes y unas botas les protegían manos y pies. Ni un centímetro de su piel quedaba expuesto.

Eran impresionantemente eficientes. Los vampiros que no habían ardidado lo suficiente fueron atravesados con estacas y otros decapitados con largos cuchillos.

Fue horripilante. Cuerpos sin cabeza estallando en llamas, piel y músculo reduciéndose a ceniza. Durante un breve segundo, todo lo que quedó de ellos fue una llama azul en el punto donde habría estado su corazón, justo antes de que sus costillas se convirtieran en cenizas y se desmoronaran sobre el césped.

Cyrus pasó corriendo delante de mí y, con el rostro girado hacia un lado para protegerse de la luz, me gritó:

—¡Luego me ocuparé de ti! ¡Corre!

Pero no podía dejar a Ziggy. Como pude, fui arrastrándolo hacia la puerta mientras mi Creador corría como un cobarde para ponerse a salvo.

Los asesinos se levantaron del suelo. Uno de ellos se llevó un *walkie-talkie* a la cara, farfulló algo, y las luces se apagaron a la vez.

Busqué a Nathan, pero ¿cómo podía encontrarlo si todos iban vestidos igual? Uno

de ellos señaló en mi dirección cuando llegué a la puerta.

—¡No le hagáis daño! —grité al dejar a Ziggy tendido sobre el suelo de mármol del vestíbulo. Me tumbé a su lado—. ¡Es humano! ¡No le hagáis daño!

Sin decir nada, el asesino le levantó las piernas antes de gritar a los demás que iban entrando en la casa.

—Barred los jardines y la casa por arriba y por abajo. Max, Amy, traed las luces de suelo y, ¡por el amor de Dios, vamos a encontrar al Devorador de Almas! ¡Carrie, agárralo por los hombros!

Era Nathan.

Hice lo que me dijo. Al ver las puertas abiertas, asentí en dirección al despacho. Estaba oscuro, pero guié a Nathan hasta el rincón más alejado de la habitación. Él dejó a Ziggy en el suelo y se quitó la capucha para examinar la herida.

—Tiene muy mala pinta. Aunque lo subiéramos a una ambulancia ahora mismo... —le dije.

—¡Calla! —gritó levantándolo en brazos—. Se pondrá bien, ¿verdad, hijo?

Ziggy se atragantó con su propia sangre cuando intentó hablar. Sólo entendí dos palabras; una de ellas era «casa». La otra, «papá».

—Sí. Nos vamos a casa —le susurró Nathan mientras le apartaba el pelo de la frente—. Papá ya te tiene y vamos a irnos a casa.

Me cubrí la boca cuando un sollozo amenazó con rasgarme la garganta. Al otro lado de la puerta, se libraba una batalla. Nadie sabía que en esa habitación, un padre abrazaba a su hijo moribundo. «Nadie excepto nosotros y el Devorador de Almas».

Me había olvidado de su presencia, incluso había pasado por delante de su ataúd al entrar sin pensarlo. Ahora el terror me invadió. Mi mirada se posó en el féretro. Estaba vacío.

—Nathan...

Aunque no me sería de ayuda; estaba acunando a Ziggy sobre el duro suelo. Una imagen tan dolorosa que tuve que mirar a otro lado.

El Devorador de Almas estaba en alguna parte de la casa... Entonces recordé el vial de agua bendita que Nathan me había dado. Me lo había metido en el sujetador al vestirme y lo estaba sacando cuando oí el pomo de la puerta girar.

—¡Nathan!

Estaba de pie a mi lado.

—Ziggy está muerto.

—Lo siento —susurré—. ¿Hay algo que...?

—No hay tiempo para eso ahora —se puso delante de mí—. Sea lo que sea lo que entre por esa puerta, corre.

—¿Cómo dices?

Justo en ese momento, las puertas se abrieron de golpe. Cyrus estaba en la puerta; su rostro abrasado y contraído por la furia.

—Debería haberlo sabido —susurró mientras nos miraba con el único ojo que le

quedaba.

Nathan dio un paso al frente.

—Simon Seymour, hijo de Jacob Seymour, por orden del Movimiento Voluntario para la Extinción de Vampiros te acuso de destrucción de humanos, de la creación de nuevos vampiros y de ayudar a tu padre, el Devorador de Almas, en sus ofensas. ¿Cómo te declaras?

Una cruel sonrisa se formó en los labios de Cyrus mientras se acercaba.

—Querido Nolen. Tan estúpido como siempre.

Nathan apretó los puños.

—¿Cómo te declaras de los cargos, Cyrus?

—¿Acaso importa? No estoy armado, por si prefieres abatirme en mi debilitado y vulnerable estado —tras una deliberada pausa, añadió—: Como le hiciste a tu esposa.

Nathan actuó. Mientras apretaba con sus manos el cuello de mi Creador, quise matarlo. Mi corazón se encogió de dolor y horror ante la idea de que pudiera hacerle daño a Cyrus.

—¿Crees que ella sobrevivirá sin mí? El lazo es demasiado fuerte, pero eso no importa, ¿verdad? Ni siquiera has salvado a ese patético chico humano.

—Cierra la boca —gritó Nathan, llevándolo contra la pared.

—¿No creerás de verdad que has cambiado sólo por matar a unos cuantos de los malos, verdad? —dijo Cyrus riéndose.

Nathan le golpeó la cabeza contra la pared y yo caí al suelo; tenía el pecho contraído y el dolor me impedía respirar. Cuando Cyrus habló, el odio en su voz fue inconfundible:

—Mátalos, Nolen. Valdrá la pena ver la satisfacción en tus ojos. Moriré sabiendo que eres merecedor de la sangre de nuestro Creador.

Nathan le apretó el cuello con furia, pero Cyrus lo empujó con fuerza haciéndole perder el equilibrio; Nathan cayó al suelo y mientras se levantaba le gritó:

—Me la llevo.

Cyrus, frotándose el cuello y apoyado contra la pared, le respondió:

—Bien, te la regalo.

Antes de que Nathan y yo pudiéramos reaccionar, se lanzó hacia delante y me agarró por las muñecas.

—¿En cuántas piezas quieres llevártela? ¿En dos?

Me torció el brazo hasta que los largos huesos de mi antebrazo se partieron como ramas secas. Gritando de dolor y de rabia como un animal herido, sacudí la otra mano para romper el vial que tenía guardado en ella. Si tenía que hacerlo, nos rociaría a los dos.

—¿Qué es eso? —me susurró al oído—. ¿Una muestra de afecto de tu caballero protector?

Me quitó la botella y unos feroces dedos me agarraron la barbilla y me hicieron abrir la boca.

—Todo este tiempo me has dejado pensar que había creado a la compañera perfecta mientras tú esperabas a hundir la estaca en mi corazón —le quitó la tapa al vial y lo ladeó. Una única gota pendía del borde y apuntaba directamente a mi boca abierta—. Nos parecemos más de lo que pensaba.

—No lo hagas —le advirtió Nathan.

—¿Por qué? ¿Porque vas a matarme? Ya has demostrado que no puedes. Lo disfrutarías demasiado —inclinó el vial un poco más y la gota suspendida tembló.

Cerré los ojos.

No estaba preparada para morir. Tal vez no tenía nada por lo que vivir, pero una vida vacía sonaba mejor que una incierta vida después de la muerte.

—Por favor —gimoteé lo mejor que pude teniendo limitado el movimiento de mi barbilla.

—Oh, cállate, Carrie. Qué inútil espécimen has resultado ser. ¿Creías que podías traicionarme sin sufrir las consecuencias? —Me apretó más la cara—. ¿Qué pensabas hacer? ¿Suplicar piedad? ¿Decirme que me amas?

Aunque mi alma ardió al hacerlo, asentí levemente.

—Te amo —no era del todo mentira, pero no se lo creyó. Y no podía culparlo.

—¿Crees que soy estúpido? ¿Crees que no he sentido tu traición? —Me lamió la oreja—. Cada vez que estaba dentro de ti, sentía tu inseguridad. Tu miedo. Nunca hiciste una elección.

Nathan respiró hondo.

—Oh, ¿te molesta lo que oyes, Nolen? —Cyrus me mordió el cuello suavemente—. Apuesto a que creías que estabas rescatando a una pura damisela. No dejes que te engañe. Lo suplicó. Me dejó usarla como a una ramera y bebió mi sangre a cambio.

—Los caballeros no cuentan lo que hacen.

—Yo nunca he dicho que sea un caballero. A diferencia de otros, yo no niego mi verdadera naturaleza.

Cyrus dejó caer la gota de agua bendita. Me giré y cayó sobre el hombro desnudo de mi brazo lesionado. El líquido atravesó mi piel y la carne bajo ella como una bala ardiendo. Me mordí el labio para contener los gritos.

—Ojalá gritaras, Carrie. Tienes un grito maravilloso —suspiró y volvió a darle un golpecito a la botella—. Es una de las cosas que echaré de menos de ti.

El vial se le cayó de la mano antes de que pudiera verter el resto sobre mí y me soltó. Caí al suelo. No podía mover el brazo y era como si me lo hubieran arrancado del cuerpo. Nathan sujetó a Cyrus contra la pared y su rostro se transformó. El agua bendita les salpicó las piernas y salió humo del suelo, donde quemó sus pies. Cyrus apartó a Nathan de una patada haciéndolo caer al suelo. Lo vi sacar una estaca de la manga; no debería haberme sorprendido que mintiera sobre lo de no ir armado. Me abalancé sobre él y le clavé las uñas en la cara. Se sacudió violentamente y me soltó. Cuando se detuvo para secarse la sangre de los ojos, volví a echarme sobre él, lo rodeé por la cintura con las piernas y lo golpeé desde atrás. Se echó hacia atrás y

aplastó mi cuerpo contra la pared. Me quedé sin aire en los pulmones y me deslicé hasta el suelo. Se quedó de pie, a mi lado, preparado para atacar.

Nathan se levantó y con su codo golpeó un lado de la cabeza de Cyrus, haciéndolo caer al suelo. Una vez ahí, siguió golpeándolo, dándole patadas en la cabeza hasta que dejó de resistirse.

—¿Está muerto? —pregunté con la voz entrecortada mientras Nathan me tendía una mano para levantarme.

No me miró; miraba el cuerpo sin vida de Ziggy.

—No. Y no tardará en reaccionar. Voy a por Ziggy y nos iremos.

En cuanto pronunció esas palabras, las puertas que daban al vestíbulo se salieron de las bisagras. Un poderoso y nauseabundo viento nos lanzó contra la pared en una lluvia de astillas de madera. De la fría chimenea surgieron unas llamas y los muebles se volcaron ante la magnitud de la explosión.

Un vampiro alto y con aspecto enfermizo entró en la habitación. Sus ojos estaban rojos y su largo cabello blanco arrastraba detrás de él mientras flotaba sobre el suelo. Lo reconocí. Era el padre de Cyrus. El Devorador de Almas.

—¡Corre, Carrie! —gritó Nathan corriendo hacia el cuerpo de Ziggy.

Lo agarré del brazo.

—No, ¡no hay nada que puedas hacer por él!

El anciano vampiro se acercó lentamente con sus garras chorreando sangre.

—No os marchéis. Estoy hambriento —dijo con el sonido de muchas voces hablando a la vez.

—¡Que te den! —gritó Nathan y por un momento pensé que lo atacaría sin llevar un arma encima—. ¡Me lo quitaste todo! —Nunca había visto a nadie tan enfadado. Todo el resentimiento y la rabia que había estado conteniendo salieron a la superficie mientras gritaba al Devorador de Almas.

El vampiro ladeó la cabeza, como un niño que no entendía por qué lo castigaban.

—Sólo déjame probar. Sólo un poquito —me señaló—. Tú. Ven a mí.

—¡No! —Nathan me agarró de la mano y corrió hacia la puerta.

—¡No huyas de mí, chico! ¡Huelo mi sangre en ti! ¿Por qué no sirves a tu amo?

—Jamás volveré a servirte.

Los asesinos bajaban por las escaleras. Algunos se habían quitado las capuchas y chocaban los cinco tras un trabajo bien hecho.

—¡Salid! —gritó Nathan—. El Devorador de Almas está despierto.

El plan de ataque había contado con el estado vegetativo del Devorador de Almas, porque sabían que ni siquiera ellos podían enfrentarse a él. Corrieron hacia la puerta de atrás, pero Nathan tenía una salida diferente planeada para nosotros. Me tropecé con mis ridículos zapatos y me destrocé el tobillo. Nathan me echó sobre su hombro como si fuera un saco de patatas y salió por la puerta principal. Bajó las escaleras y corrió sobre el césped cubierto de nieve.

—Sólo un poco más —repetía una y otra vez. Yo me aferraba a él con un solo

brazo mientras él luchaba por no resbalar.

El portón estaba cerrado.

—¿Puedes trepar?

—Puedo intentarlo.

—Bien —me alzó y, cuando estuve arriba, fui deslizándome por el otro lado de la puerta hasta caer sobre la acera. El maldito tacón se dobló torciéndome más todavía mi tobillo lesionado. Grité de dolor.

Nathan estaba en lo alto del portón cuando me oyó. Dio un salto y cayó a mi lado.

—¿Puedes andar?

—Creo que no.

Me levantó en brazos y cruzó la calle hacia donde estaba la furgoneta de Ziggy. Abrió la puerta y me dejó sobre el asiento del copiloto. Se sentó detrás del volante y arrancó el motor.

Miré por el retrovisor y detrás de nosotros vi tres helicópteros negros alzarse en el aire mientras unas diminutas y titilantes luces de los coches de policía que había a lo lejos iban acercándose.

—Te pondrás bien —me dijo Nathan—. Estaremos bien.

Le creí y ya que no había nada más que pudiera hacer, me dejé caer contra el asiento y cerré los ojos.

Capítulo 19

Los asesinos

Me desperté junto a Nathan en su cama. Los últimos rayos de sol se desvanecían y nos rodeaba un brillo rosado. Me senté, con cuidado de no despertarlo ni de hacerme daño en el brazo. Antes de caer exhaustos, se había tomado la molestia de hacerme un cabestrillo con una vieja camiseta, pero aún no estaba curada, aunque habría estado en un estado mucho peor sin su ayuda.

Tenía los ojos cerrados y la cara llena de polvo, sangre y sudor. Aún llevaba el uniforme negro, pero la camiseta se le había levantado mientras dormía. Posé la mano sobre su plano estómago y me reconfortó sentir otro cuerpo a mi lado.

—Por favor dime que me despiertas para darme una buena noticia —murmuró adormilado.

—Lo siento. No pretendía despertarte.

—Habría pasado tarde o temprano... —se sentó—. ¿Quieres desayunar?

—Tal vez dentro de un rato. Creo que quiero volver a dormir.

—Tenemos una noche movidita por delante —dijo al levantarse.

Gruñí y lo seguí por el pasillo. Mi tobillo lesionado hacía que cojera de un modo patético. Al entrar en el baño, Nathan se detuvo en seco al ver dos botes medio usados de tinte de pelo azul y magenta. Era un recordatorio de Ziggy.

—Lo siento muchísimo —le susurré. Quería tocarlo, reconfortarlo, pero como siempre, parecía intocable.

Sin decirme nada, se quitó la camiseta y su cuerpo no me resultó tan atractivo como siempre; tal vez el dolor y el agotamiento le habían arrebatado algo de su perfección. O tal vez mi cuerpo no estaba demasiado receptivo.

—Tenemos que reunimos con los asesinos esta noche. Cyrus sigue ahí fuera —abrió el grifo de la ducha y se desabrochó el cinturón como si yo no estuviera ahí, como si no le importara. Fingí estar buscando algo en el armario y esperé a oír el sonido de las cortinas antes de volver a mirar en su dirección.

—Bueno, ¿estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Por Zi... —no podía decirlo—. Por lo que pasó anoche.

—La gente muere.

—Sí, pero él era tu única familia.

—No hablemos de eso ahora mismo. Tengo otras cosas de qué preocuparme.

Se me erizó el pelo de la nuca y salí del baño sin decir más. La ropa que me había comprado estaba en la casa de Cyrus, así que me puse uno de sus vaqueros y un jersey. Cuando dejé de oír el agua correr, apareció en la habitación con una toalla alrededor de la cintura. No me dijo nada, pero me miró con una expresión que habría sido de diversión de no ser porque sus ojos eran tan tristes. Nunca en mi vida había

sentido que molestara tanto en un sitio. Tenía que buscarme otro lugar en el apartamento.

El salón resultaba frío y extraño. Había un par de zapatos de Ziggy junto a la puerta, una pila de CDs de música *heavy* sobre la mesa y una mochila llena de libros de texto apoyada contra el sofá. Era como la tumba de un faraón, un museo de mi fracaso al protegerlo y de la pérdida sufrida por Nathan.

Fui a la cocina y saqué una bolsa de sangre de la nevera. Estaba buscando algo con lo que abrirla cuando Nathan me agarró por el brazo. Al sobresaltarme, se me cayó la bolsa, que él recogió en el aire y protegió contra su pecho como si fuera un artefacto inestimable.

—¿Qué?

—Es la última. No quiero consumirla.

—Oh... Oh, Dios —esos millones de células eran la última evidencia física de la vida de Ziggy.

Nathan abrió la nevera y volvió a meterla dentro.

—¿Y si hablamos de esto? —le dije sin pensar.

—¿Y si te metes en tus propios asuntos? —me preguntó sin mirarme mientras sacaba una sartén y una mezcla para preparar tortitas—. No eres vegetariana, ¿verdad?

—Es bastante difícil ser un vampiro vegetariano. A menos que seas Bunnicula.

Se rió.

—¿Conoces a Bunnicula?

—Se lo leí a Ziggy cuando era pequeño —volvió a ponerse serio—. ¿Puedes sacar el beicon de la nevera? —Se giró para que no viera su sufrimiento, pero le puse una mano sobre el hombro e inmediatamente me apartó de él.

—Imbécil —le dije con lágrimas en los ojos.

—Vale. Entonces haré salchichas.

—Ya sabes a qué me refiero.

Abrió la nevera y sacó huevos y leche, girando el cartón para no ver la Z escrita en él.

—Lo sé y ya te he dicho que no quiero hablar de ello.

—¡Bueno pues yo sí quiero!

Nathan vertió la leche y la mezcla para tortitas en un cuenco sin necesidad de un vaso medidor, tal y como haría una madre después de años preparando el desayuno para su familia. Comenzó a agitar el contenido con una cuchara de madera.

—Sólo porque no quiera tener un momento ñoño contigo hablando de esto no significa que no quisiera a Ziggy. ¡Me preocupé por él mucho más de lo que alguien como tú podría entender!

—¿Alguien como yo? —Odiaba el tono agudo de mi voz cuando me enfadaba—. ¿Qué quiere decir eso?

—Dímelo tú. ¿Qué tuviste que hacer exactamente para mantenerlo a salvo? ¿Y

cuánto lo disfrutaste?

Su comentario fue como un puñal en mi corazón, tal y como él había pretendido.

—¡Hice lo que tuve que hacer! ¡A diferencia de alguien que hay en esta cocina!

—¿De qué estás hablando?

—¿Por qué no le diste a Ziggy tu sangre? Podrías haberlo salvado. ¡Sólo hacía falta un poco de tu sangre! ¿Por qué no lo hiciste?

Esa pregunta había pendido entre los dos desde que habíamos salido de la mansión. Había sido la causa de la tensión que habíamos tenido durante toda la mañana.

—¿Crees que lo dejé morir? —El dolor en su voz me quitó fuerzas para luchar.

—¿Crees que lo dejaste morir?

Con un grito de furia tiró todos los platos y los utensilios de la encimera. Avanzó hacia mí, pero dio un paso atrás. Él no me haría daño; él jamás abusaría de alguien más débil.

—¡Prefiero que esté muerto antes que verlo convertido en uno de nosotros! —gritó—. Tú has podido seguir siendo la misma persona que antes, pero no todos hemos tenido esa suerte. La sangre tiene efectos distintos en la gente. Te hace hacer cosas que normalmente no harías.

Bajé la mirada al pensar que yo también podría haber salvado a Ziggy con mi propia sangre.

—Viste esa... esa cosa —dijo casi escupiendo la palabra al referirse a su Creador—. Su sangre está en la mía. ¿Cómo podía darle eso a mi hijo? ¿Cómo podía convertirlo...?

Su furia iba disminuyendo, lo único que le quedaba era desesperación.

—¿Cómo podía convertirlo en lo que soy yo? —Se dejó caer al suelo con un grito de angustia.

Reaccioné quedándome en silencio al ver sus lágrimas, pero entonces decidí que tenía que hacer algo, así que me arrodillé sobre el suelo de la diminuta cocina y lo rodeé con mis brazos.

—Nathan, tú no eres como ellos —me devolvió el abrazo con fuerza.

—No me conoces, Carrie. No sabes lo que he hecho.

Lo abracé mientras sus frías lágrimas mojaron mi ropa y su espalda se sacudía con los sollozos. Bastante tiempo después, cuando se recompuso, recogimos los platos que habían sobrevivido a su ira. Como si nada hubiera pasado, nos pusimos a preparar el desayuno. Y como no había nada más de lo que hablar, le pregunté por Ziggy. Al principio se resistió, pero después empezó a contármelo todo:

—Se marchó de su casa cuando tenía nueve años. ¿Te lo puedes creer? Su madre tomaba drogas y su padre estaba en la cárcel. Su padrastro le pegaba tanto que cuando lo encontré tenía dos costillas rotas. Cada ciertos meses, yo hacía rondas por bares góticos en busca de aspirantes a cazavampiros que se metían demasiado en el papel. Normalmente, les daba un buen susto y volvían a casa —me indicó que le

diera la vuelta al beicon—. Ziggy estaba allí con unos chicos mayores que él que se hacían llamar cazavampiros, aunque me alegré de detenerlos antes de que se metieran en problemas. No tenían ni idea de cómo luchar. Todos salieron huyendo excepto Ziggy. Nos quedamos en ese callejón durante dos horas mirándonos mientras no dejaba de repetir que iba a matarme y a librar al mundo de «esa jodida prole».

—¿Y qué hiciste?

—Le habría lavado la boca con jabón de haber sabido que tenía un don para esa clase de lenguaje, pero lo llevé a Denny's a comer tarta —sonrió—. Hacía días que no comía, estaba delgadísimo. Le pregunté si tenía dónde quedarse y respondió como si tuviera muchas opciones. Le dije que podía quedarse conmigo y ha vivido aquí desde entonces. ¿Sabes? Tengo la sensación de que va a cruzar esa puerta de un momento a otro. Fue mi Donante durante un año. No quiero que pienses que me aproveché de él.

—No lo hago.

—Y no quiero que pienses que no lo quería por lo que pasó antes de que se marchara. Lo seguí. Lo busqué por toda la ciudad hasta que amaneció y tuve que volver. Me quemé bastante.

—Seguro que sí.

Sin decir nada más, saqué dos platos y cubiertos. No estaba segura de que unas tortitas pudieran tener el mismo efecto que la sangre, pero estaba claro que cocinar tenía una especie de efecto terapéutico en Nathan. Cuando terminamos de comernos las tortitas, los huevos, las salchichas y el beicon, fue hacia el armario para buscar masa de magdalenas, pero lo detuve.

—Creo que es suficiente. No sé si los vampiros pueden engordar, pero prefiero no arriesgarme.

Se rió.

—Lo siento. Estoy acostumbrado a cocinar para un adolescente. Me costará adaptarme a esto.

—Nathan, no tienes que disimular. No conmigo —le agarré una mano.

—Eh, olvídalo, pero me alegra saber que estarás aquí si te necesito —cuando sonrió, reconocí al Nathan que había conocido.

Cuando dieron las once y media y bajamos para la reunión llevábamos un buen rato hablando sin decirnos nada.

La tienda estaba mucho mejor de lo que me esperaba; las obras de reforma después del incendio estaban terminando.

—Está muy bien —dije.

Nathan inspeccionó el nuevo mostrador y deslizó los dedos sobre él.

—Los bomberos dijeron que fue un fallo eléctrico y yo no iba a decirles que había sido una bruja loca la que había provocado el fuego. El seguro me ha cubierto la reforma. Será una pena marcharme. Este sitio está mejor que cuando lo compré. Tal vez debería enviarle a Dahlia una tarjeta de agradecimiento.

Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en la idea de que se marchara. Era mi

único amigo.

—¿Te marchas?

—He estado aquí quince años, Carrie. Mis clientes están empezando a hacer comentarios sobre lo bien que envejezco.

—¿Adónde irás? ¿Volverás a Escocia?

—No, allí no. No he pensado mucho en ello. ¿Por qué? ¿Vas a echarme de menos?

—Ja, ja —intenté cambiar de tema—. ¿Qué necesitamos para la reunión? ¿Café y donuts?

Sonrió.

—¿Qué tal el brazo?

Lo levanté. Me dolía, pero estaba prácticamente curado.

—Está bien, ¿por qué?

—Necesitamos sillas —sacó un carro con sillas plegables de la alacena—. Empieza a abrirlas.

—Sí, señor. Bueno, ¿van a subirse por las paredes cuando se enteren de que no soy del club?

—Tal vez, pero si alguien te molesta, mándamelo a mí.

—Ooh, gran hombre.

—No te haces una idea —la pícara sonrisa que se formó en su cara eliminó parte de la ansiedad que me invadía. El comentario, sin embargo, encendió la chispa de otra clase de tensión que casi había olvidado que existía entre los dos. Casi se me cayó la silla que tenía en las manos.

Sonaron las campanillas de la puerta. Se habían derretido con el fuego, así que más que anunciar con alegría la llegada de un cliente, sonaban como la llegada de un carrito de los helados satánico.

Entraron dos hombres con aspecto amenazador.

—¡Alex, Gary! ¿Habéis descansado?

No respondieron. Estaban demasiado ocupados mirándome.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Alex.

—Es la doctora Carrie Ames.

—Hola —alargué la mano esperando que no me la estrechara. Y no lo hizo, pero Gary sí, y con firmeza.

—Encantado de conocerte —él no parecía odiarme.

—¿Es una de nosotros? —preguntó Alex mirándome con desconfianza.

—Sí, es una de nosotros. Aunque no del Movimiento.

—¿Y hay alguna razón para eso?

Antes de poder responder, Nathan se puso delante de mí.

—Aún no está segura.

—¿No está segura de si quiere ser de los buenos o de los malos? No creo que sea una elección difícil —dijo Alex con claro odio en la voz.

—No ha roto ni una sola regla desde que ha vuelto.

—Sí, pero ya conoces las reglas, tío —señaló Gary algo nervioso.

—Y todos sabemos lo bien que sigues las reglas —añadió Alex mirándolo. Su tono dejaba entrever que Nathan no le gustaba.

Si ese tipo pensaba que Nathan se tomaba las reglas a la ligera, habría que ver cómo vivía él su vida.

Esperaba que Nathan no empezara a soltar puñetazos porque llegarían más vampiros enseguida.

Me aclaré la voz e intenté sonar autoritaria.

—Esto no tiene nada que ver con Nathan, sino conmigo. Estoy a favor de la ley y el orden y de mantener la paz, pero no me gusta eso de tener que unirme al Movimiento o morir. No hago nada a menos que se me pida con educación.

Miré a Nathan y vi orgullo en su rostro.

—Creo que será mejor que se lo pidas con educación —dijo Gary riéndose.

—Preciosa, por favor, ¿te gustaría unirme al maldito Movimiento?

—Lo pensaré.

Contrariado, Alex fue a sentarse en una silla. Gary me miró con los ojos como platos y fue a reunirse con su amigo. Nathan se acercó y me susurró:

—¿Crees que puedes hacer eso unas quince veces más?

No estaba bromeando. Exactamente quince vampiros más aparecieron con unos saludos poco entusiastas. La variedad me sorprendió ya que casi la mitad del equipo eran mujeres. Algunas parecían las típicas vampiras seductoras, pero la mayoría eran bastante normales. Una incluso llevaba un conjunto de cachemir rosa con perlas; parecía más apropiada para una reunión de Jóvenes Republicanos que para una de despiadados asesinos. También había diversidad entre los hombres del grupo; unos eran tan jóvenes que parecían adolescentes y otros lo suficientemente mayores como para haber sido mi padre. El mayor me estrechó la mano con entusiasmo mientras me explicaba que él también había sido médico en los años veinte.

—Bueno, médico en psicología. Tendremos mucho de que hablar.

Cuando la reunión comenzó oficialmente, sólo uno de ellos mostró su preocupación por mi presencia y ése fue Alex. Quedó anulado por la mujer alta y esbelta que parecía estar al mando; la misma mujer alta y esbelta a la que Nathan no podía quitarle los ojos de encima.

—Le pedí que te dejara quedarte como un favor —me susurró Nathan sin apartar la mirada de su bonito cuerpo.

La señorita Tía Buena se paseó delante de nosotros y yo intenté no odiarla. Tenía unas piernas que parecían llegarle hasta el cuello y un sentido de la moda que yo nunca llegaría a tener. Con una triste sonrisa, comenzó a hablar.

—Gracias por venir, chicos. Sé que muchos tenéis aviones y autobuses a los que subir, así que seré lo más breve posible. Como sabéis, anoche perdimos a dos miembros y Nathan Grant perdió a alguien muy especial. Le sonrió con ternura

mientras yo oía a alguien reírse detrás de mí. Dudaba que la tragedia de Nathan fuera eso que le hacía tanta gracia.

—Max, ¿quieres compartir algo con nosotros?

—No, nada. Siento lo del chico.

—Si podemos continuar... Mientras que nuestro ataque a la mansión de Cyrus fue un éxito en cuanto a que eliminamos a un gran número de vampiros, algunos os pasasteis un poco. Tres lupins y un medio demonio murieron por error. No creo que ninguno queramos aumentar la tensión entre el Movimiento y el Consejo Lupin. Por otro lado, tampoco logramos ninguno de nuestros objetivos.

—¿Qué significa eso? —le susurré a Nathan.

—Que no matamos ni a Cyrus ni al Devorador de Almas.

El vampiro rubio que tenía detrás se acercó y me susurró:

—Pero algunos estuvimos muy cerca.

Nathan se giró en su silla.

—Cyrus es su Creador. Sabes meter muy bien el dedo en la llaga, ¿verdad?

Estuve a punto de decir que no me importaba, que ese cretino podía decir lo que quisiera; sin duda, eso me habría hecho ganar unos puntos para esa gente, pero lo cierto era que en el fondo sentía dolor por estar separada de mi Creador. El dolor que había sentido a través del lazo de sangre no sería nada comparado con el vacío que sentiría si lo mataban. Con todo ello por fin entendí lo que mi madre quería decir con: «Que ames a una persona no significa que tenga que gustarte».

La señorita Tía Buena se detuvo justo delante de nosotros y Nathan pareció agradecerlo.

—Ya que nuestra primera misión ha fracasado y que el consejo aún quiere a Cyrus muerto, nos han ordenado volver.

Se oyeron gritos de enfado y protesta por toda la habitación y algunos se quejaron de que no les devolverían el dinero del billete de avión y de que tenían trabajos a los que incorporarse.

—Ahora que Cyrus sabe que estamos aquí, va a largarse. Eso sin mencionar que el Devorador de Almas aumentará su seguridad —dijo Max, que incluso se había levantado para hablar.

—Cyrus no irá a ninguna parte —respondió su líder—. El Movimiento revisará las listas de pasajeros de los vuelos nacionales e internacionales. En cuanto al Devorador de Almas, sí que logró llegar a Washington D.C. El consejo quiere un voluntario para seguirlo...

—Yo —dijo Max levantando la mano.

—Bien. También necesitamos a un grupo pequeño que se infiltre en la mansión de Cyrus y lo asesine.

Nathan apartó la mirada de la mujer, por fin, y se volvió hacia mí. Sabía que estaba tomando una decisión. Una decisión que, obviamente, me concernía... aunque no me la consultó.

—Yo iré.

—Gracias, Nathan —le dijo la mujer sonriendo.

—¡Entonces yo también! —dijo levantando la mano a pesar de los intentos de Nathan por detenerme.

—¡De ninguna manera! —No se molestó en bajar la voz.

Yo ya estaba harta de que me dijeran lo que podía o no podía hacer y no iba a permitir que se enfrentara solo a Cyrus, en parte porque temía por su seguridad y en parte porque necesitaba ver a Cyrus morir con mis propios ojos.

—Perdona, pero ha dicho «voluntario». ¡Yo me ofrezco voluntaria y no creo que sea asunto tuyo!

—No importa. No es del Movimiento, así que no puede desempeñar la misión —aclaró la mujer.

—Perdona, pero estoy aquí mismo.

—Chicas, chicas, no tengamos una pelea de gatas —dijo Max levantándose de nuevo—. A menos que os arranquéis la ropa, claro... Si Cyrus es su Creador, creo que tiene derecho a acabar con él ella misma.

—¿Cómo sabemos que no caerá ante el lazo de sangre y nos apuñalará por la espalda? —Esa mujer me estaba resultando cada vez más irritante.

—¡Hola! —Me levanté—. Sigo aquí. ¿Cómo evitas volverte una salvaje y rajar a la gente en dos? ¡Yo aún no lo he hecho y estoy bastante segura de que puedo evitar hacerlo en el futuro!

—¡No quiero que vuelvas a entrar ahí! —gritó Nathan agarrándome del brazo.

—¡No tienes derecho a mandarme, así que deja de hacer el papel de padre!

Él se quedó paralizado.

—Oh, Dios, Nathan...

—Vamos, adelante, si te mata, será culpa tuya, no mía. Ya no me importa —se levantó y salió de la tienda dando un portazo.

—Olvida lo de Washington —dijo Max—. Quiero ir con ellos.

La mujer nos miró con mala cara a los dos y salió corriendo detrás de Nathan. Max se encogió de hombros y los miró a todos mientras decía:

—Supongo que la reunión se ha suspendido.

Unas lágrimas hacían que me ardieran los párpados. No sabía qué me molestaba más, si haber herido los sentimientos de Nathan o el hecho de que ella estuviera ahí fuera consolándolo.

—Eh, no te preocupes, no está interesado en ella —la voz de Max estaba tan cerca de mi oreja que me sobresalté. Se había sentado a mi lado.

—No me importa.

—Ya lo sé, pero me apetece hablar de ello —sonrió—. Y ya que no te importa, no debería molestarte.

—Vale —no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Rachel es una buena chica, pero Nathan no es su tipo, no sé si me entiendes...

No lo entendía.

—A ver... si Nathan quisiera ir detrás de ella, tendría que someterse a una intervención quirúrgica. En Suiza.

—Ahora lo entiendo.

—Bien, sabía que eras una chica lista. Soy Max Harrison. No te preocupes, Rachel simplemente se preocupa por sus chicos. Son los vampiros que acogió bajo su ala cuando llegaron al Movimiento.

—¿Tú no eres uno de sus chicos?

—No. Pero ya hemos hablado bastante de mí. Ahora quiero saber algo sobre la preciosidad con el disfraz de bailarina gótica.

—¿Me viste?

—Era difícil no verte —me recorrió de arriba abajo con una mirada depredadora. Sonaron las campanillas de la puerta y di gracias por poder cambiar de tema.

—Parece que han vuelto.

Nathan y Rachel entraron en la tienda. Sabía que seguía molesto, pero intentó mostrarse simpático.

—Bueno, doctora, he oído mucho sobre ti —me dijo ella—. ¿Crees que puedes demostrarme que eres tan buena como dicen?

Le sonreí con dulzura, pero estreché los ojos ante el desafío que me había lanzado.

—Seguro que sí.

—Eso espero —se giró hacia Nathan—. Tengo que hablar contigo. A solas.

Max me echó un brazo por los hombros.

—Bueno, sabemos cuándo molestamos. A ver, señorita...

—Doctora —dijo Nathan bruscamente.

—Puedes llamarme Carrie.

—Bueno, señorita Doctora Llámame Carrie, tengo una habitación fantástica en el Hampton Inn con minibar y todo. ¿Qué te parece si nos emborrachamos un poco con esas botellitas?

Me reí y sacudí la cabeza.

—La verdad es que estoy un poco cansada. Creo que subiré a dormir.

Me despedí breve y educadamente de Rachel y de Max y subí las escaleras exteriores, hacia el apartamento.

El aire de la noche era frío, pero el día debía de haber sido templado porque la nieve casi se había derretido. Por una vez en los últimos días no sentí que tuviera que ir corriendo a ninguna parte ni temer nada. Estaba deseando darme un buen baño de burbujas.

Cuando llegué a la puerta, me di cuenta de que no tenía llaves para entrar. Ahí fue cuando se me erizó el pelo de la nuca y quise entrar desesperadamente. No sabía qué me había asustado, pero mi instinto me decía «¡corre!» y no iba a ignorarlo, pero entonces algo me agarró del pelo y me echó hacia atrás. Abrí la boca para gritar y una

mano amortiguó el sonido.

Una mano fría y con garras. Una mano sorprendentemente familiar.

La mano de mi Creador.

Capítulo 20

Transfusión

—¿En qué nido de víboras te has metido?

—Sólo tengo que gritar y... —estaba temblando.

—Pero no lo harás, porque no quieres luchar contra mí.

—Tienes razón. No quiero luchar contra ti —apreté los dientes—. Quiero que suban y te hagan pedazos.

—No creo que yo sea el único que va a acabar hecho pedazos aquí —deslizó un cuchillo por mi cuello y aunque apenas sentí el escozor del corte, una cálida cascada de sangre mojó mi camiseta. Me salía sangre de la boca.

—Esto debería bastar para solucionar tu problema de hablar tanto.

Oí la puerta abrirse al final de las escaleras, pero tenía la visión borrosa. No podía ver quién era. Cuando la oí despedirse, supe que era Rachel. Si hubiera podido gritar, lo habría hecho. Pero Cyrus me metió en el estrecho callejón que había junto al edificio.

—Vaya. Todos se marchan y no te queda mucho tiempo —dijo al mirar la sangre que brotaba de mi cuello.

Volvió a alzar el cuchillo y con él atravesó mi esternón. Durante un aterrador momento pensé que me lo había clavado en el corazón.

—Yo no te haría eso, Carrie —dijo al girar la hoja del cuchillo—. Si te atravesara el corazón, no serías más que un montón de polvo y no sería divertido que Nathan te encontrara así.

Mientras movía los dedos entre mi tórax abierto, sus recuerdos se colaron en mi mente y el sádico rostro del Devorador de Almas llenó mi visión: «Quédate quieto, chico. ¡Tu hermano no se quejó tanto!».

Mis huesos y cartílagos crujieron cuando Cyrus me abrió el pecho. Grité y me atraganté con mi propia sangre. En las imágenes que saltaban dentro de mi cabeza vi la cara de la mujer muerta, la misma que había visto al lado de Cyrus en la fiesta. Se reía y deslizaba un dedo sobre la cicatriz del pecho de Cyrus. «¿Y por qué iba a permitirte hacer eso?», preguntó ella. «Para que podamos estar juntos para siempre». Mi visión se aclaró y vi a Cyrus sobre mí, con las manos y la ropa empapadas con mi sangre.

—Y tú estarás conmigo para siempre.

Esas campanillas diabólicas volvieron a sonar. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí. No podía ver a Cyrus, pero oía su voz en alguna parte del callejón.

—Si llegas a mañana.

La sangre de mi camiseta ya no era cálida, casi estaba helada. En ese lugar entre los edificios, no vi estrellas en el frío y claro cielo.

El alba llegaría pronto.

Cerré los ojos, incapaz de preocuparme por qué me pasaría cuando el sol se alzara y tocara mi piel. Parecía más sencillo que rescatarme. Si alguien me encontraba ahora, ¿cómo iban a poder arreglarme? Me habían destripado como a un pez.

Pensé en lo que creería Nathan cuando subiera y encontrar el apartamento vacío. Tal vez pensara que le había dado la espalda a nuestra amistad otra vez o que estaba tan enfadada que había vuelto con el hombre que había matado a su hijo.

¿Se pasaría el resto de su vida odiándome?

Algo suave y fresco acarició mi oreja, una brisa en la noche sin viento. Abrí los ojos. A mi alrededor, los colores se mezclaron formando manchas que se oscurecieron con la rápida deceleración de mi corazón. Después, el lugar que separaba las manchas se hizo más y más pequeño a medida que la oscuridad se volvía absoluta. En la distancia vi un punto de luz que se hinchó y vino hacia mí.

En la facultad habíamos estudiado las teorías de la muerte de Kubler-Ross. Un túnel de luz, todos tus familiares y la deidad de tu elección esperando para darte la bienvenida. Cuando estaba en el hospital trabajando había oído a las enfermeras hablar del «hombre a los pies de mi cama», una visión que siempre tenían los pacientes la noche de su muerte. Ambas versiones de la muerte me habían resultado terroríficas, pero lo que yo estaba experimentando ahora era placentero y gradual, mis sentidos iban cayendo uno a uno a medida que la luz aumentaba.

En lugar de ver el Cielo, vi el callejón y la calle al final. A mis pies, vi mi cuerpo sin vida y mi torso abierto como en una macabra historia.

Deseé poder ver el mundo para siempre como lo estaba viendo en ese momento, pintado con los tonos de las acuarelas. De pronto, donde antes las aceras habían estado vacías, unas pálidas sombras flotaron como un fantasmagórico ballet. Un gran gato atigrado naranja corría por el callejón y se detuvo para olfatear mi cuerpo.

La vitalidad y la vida del animal me robaron el aliento. Las sombras lo vieron y alargaron sus dedos para tocarlo antes de que bufara y volviera por donde había venido. Quería seguirlo. Necesitaba tocar al gato y sentir la vida que había en él, pero algo me sujetaba. Sentí que mi cuerpo aún tenía vida, pero yo quería morir.

«Entonces así es convertirse en fantasma...».

Oí la voz de Nathan. Pasó por delante del callejón, olfateó el aire y se detuvo. Gritó. Se puso de rodillas junto a mi cuerpo y con los brazos extendidos como si no supiera qué hacer. Por desgracia, sentí que quería salvarme. Quería decirle que no se molestara, que era demasiado trabajo y yo estaba cansada.

Las sombras brillaron y vibraron, pero no se abalanzaron sobre Nathan como habían hecho con el gato. No los culpé. No había vida en él, no había color. Sólo pálidas sombras de tristeza, y nosotros eso ya lo teníamos.

Nathan me levantó la cabeza y besó mis labios muertos. Una lágrima cayó contra mi fría piel. No podía haber sido mía.

La ternura con la que me trató me hizo sentir algo. ¿Arrepentimiento?

Mis nuevos compañeros me hicieron señas y quise llegar hasta ellos. No con las

manos. No tenía manos. Y ellos tampoco. Pero me rodearon y su abrazo fue cálido reconfortante.

Nathan se llevó la muñeca de mi cuerpo inerte a la boca y la mordió. Sangre oscura goteaba dentro de mi boca. Los fantasmas temblaron y se debilitaron. ¡No!

Intenté luchar, pero poco a poco fui volviendo a la vida. Primero oí los sonidos con más claridad. Después sentí un pequeño dolor y la sensación de una sangre caliente y pegajosa acumulándose en mi boca. Tragué y el dolor aumentó hasta que todo lo que sentí fue desesperación y hambre.

Cerré los labios alrededor de su muñeca y cuando sorbí más sangre, un temblor lo recorrió.

—Te pondrás bien.

Sostenía mi cuerpo roto en sus brazos.

—Los he visto —susurré. Volví a alejarme, pero en esa ocasión no hubo almas perdidas para recibirme.

Estaba abandonada en la oscuridad.

Capítulo 21

Nacida de nuevo (no de ese modo)

Durante mi recuperación no fui consciente del tiempo. Se movía de la oscuridad a la luz y no en intervalos regulares. A veces abría los ojos, pero mi visión era tan débil y descentrada como la de un recién nacido.

De vez en cuando, algunas imágenes asaltaban mi mente. Algunas eran irreconocibles, pero otras cuantas eran mis propios recuerdos, como si estuviera viéndome en una película. En la imagen más recurrente, veía mi cuerpo sin vida en el callejón. Era como una escena de una película de terror y se repetía una y otra vez. Cuanto más dormía, más hambre tenía y cuando finalmente superó a mi cansancio, me desperté, malhumorada y dolorida.

Aunque mis recuerdos eran vagos, sabía que estaba en la cama de Nathan. Su aroma me envolvía y mi cuerpo reaccionó con sorprendente ferocidad. Me exigió que lo encontrara.

Al principio me daba miedo moverme. Recordaba que me habían rajado la garganta, pero no sabía cuánto me había curado. Me toqué el cuello y sentí únicamente piel suave, piel nueva.

—Estás despierta.

Sabía que Nathan había entrado antes de que hablara. Lo sentí. Tenía aspecto de no haber dormido en días.

—¿Es mediodía?

—Sí. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele. Mucho. Y tengo hambre.

—Deja que primero me ocupe del dolor —dijo verdaderamente agotado aunque sonriendo—, y después veré si puedo encontrarte algo de sangre.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Ocho días.

—¿Y Cyrus? ¿Lo has matado?

Nathan desvió la mirada.

—No, no lo hemos matado. Propuse que pospusiéramos la misión porque si sobrevivías y te enterabas de que habíamos ido sin ti no pararías de quejarte.

Por lo menos no había perdido su sentido del humor. Junto a la cama había colocado una mesa plegable donde había toallas limpias, un kit de primeros auxilios y muchas cajas de gasas y cinta. Levantó una aguja y midió una inyección de algo. No me importaba lo que fuera con tal de que me quitara el aplastante dolor que tenía en el pecho. Una gasa envolvía mi cuerpo dándome el aspecto de una momia.

—No puedo respirar.

—Sí que puedes. Respira hondo. Si te pones nerviosa, hiperventilarás.

Me puso una inyección y mis recuerdos aparecieron como escenas sueltas de una

película cuyo argumento desconocía. El sonido era malo y las imágenes confusas.

—¿Qué me ha pasado?

—¿Qué recuerdas?

—Sonidos. Dolor —y un terrible tormento físico, pero eso no quería mencionarlo —. Recuerdo bajar a por las llaves y después de eso, nada.

—Nunca llegaste a bajar, Carrie. Te encontré en el callejón.

—¿Me quemé? —Recordaba el callejón y que el alba estaba cerca.

—No —con delicadeza, retiró la aguja de mi piel y le puso la tapa. Aunque ya le había dicho que eso no debía hacerlo, no me molesté en repetírselo. «Soy una persona completamente distinta».

Un golpe de tristeza hizo que se me saltaran las lágrimas y Nathan me miró.

—¿Qué pasa? —me preguntó Nathan.

—Deberías dormir. No tienes muy buen aspecto —le dije cuando los medicamentos comenzaron a hacer efecto.

—Lo mismo digo, cielo.

Había estado muerta. Ése era el detalle importante que tenía que recordar. Había estado muerta y había estado ahí. Pero volví a alejarme y tardé dos días más en despertar.

•••••

Nathan estaba tumbado a mi lado protegiendo mi cuerpo. Si me giraba, podría acurrucarme contra él, oír su corazón. Resultaba muy reconfortante tenerlo a mi lado. Me acarició el pelo y abrí los ojos.

La gasa que envolvía mi pecho había sido sustituida por una camiseta azul marino que había vivido mejores tiempos. Tenía sangre y restos de vómito.

—Has reaccionado muy mal a la morfina. Tuve que dártela cuando me quedé sin meperidina.

—Bueno, de cualquier modo debe de estar funcionando porque no siento nada — el dolor de mis heridas era una pesadilla lejana.

—Seguro que ya estás curada —me dijo cuando se sentó a mi lado.

De pronto, vi a Cyrus abalanzándose sobre mí con sangre en las manos. Mi pecho abierto como el de un cadáver al que van a diseccionar. El rostro de Nathan cuando me encontró en el callejón. Recordé que me había contado que el Movimiento prohibía administrar tratamiento médico para heridas mortales. Yo estaba muerta cuando me encontró.

—Has roto las reglas.

—Supongo que sí.

—¿Por qué?

—Me gusta vivir peligrosamente.

De todos los vampiros que había conocido hasta el momento, Nathan era el más

serio, el que más se ceñía a las reglas. Durante las dos semanas en las que estuve decidiendo si unirme o no al Movimiento me llamó cada noche para darme información que según él era vital que yo conociera. Había tenido en sus brazos a Ziggy y lo había visto morir cuando podría haberlo salvado convirtiéndolo, pero no lo había hecho por su afiliación al Movimiento.

Y, sin embargo, me había salvado a mí.

—¿Por qué?

—No puedo explicarlo.

—Avísame cuando puedas —hice intención de levantarme, pero Nathan me lo impidió.

—Tienes que descansar.

—He descansado mucho. Quiero levantarme.

—¿Quieres escucharme y tumbarte? —Me dio una camiseta limpia y se puso de espaldas a mí.

—¿En qué piensas, Nathan?

—Ésta no es la primera vez que he actuado en contra del Movimiento. De hecho, estoy en libertad condicional.

—Ya puedes girarte —le dije cuando terminé de cambiarme y después añadí—: ¿Te arrepientes?

—Carrie, cuando te encontré mi primera intención fue quedarme contigo hasta que murieras. Justo cuando pensaba que... volviste. En serio, nunca he visto a nadie luchar así. Pero el daño era demasiado y no habrías podido curarte sola. No, siendo una vampira tan joven —se sentó en la cama.

—¿Has visto la cicatriz? —Cuando me puso la mano sobre la camiseta, mi cuerpo sufrió una sacudida.

—Sí —la había visto al cambiarme.

—Te cortó desde aquí —sus dedos se deslizaron entre mis pechos y llegaron hasta el tórax antes de volver a subir hacia el cuello—, hasta aquí. Pero no fue sólo un corte, fue...

—¿Como cuando se abre un libro? Bueno, ahora ya estoy de una pieza.

—Te ayudé —sonrió y señaló una pila de textos de cirugía sobre la mesilla—. Como te he dicho, eres una vampira demasiado joven para sanar algo tan grave.

—Nathan, ¿cómo demonios...?

—Imagino que no querrás saberlo. Aquí no tenía instrumentos quirúrgicos de precisión —dijo señalando a los alicates oxidados que había sobre la mesa.

Se me encogió el estómago, pero podría ser una náusea por la morfina.

—Cuéntamelo.

—Utilicé alambre para sujetar tu... ¿esternón?

Asentí ante la terminología correcta que había empleado.

—Tuve que graparlo por todas partes, así que si yo fuera tú no pasaría por un detector de metales.

—Vaya, gracias por el consejo. Pero, si no pude curarme a mí misma, ¿por qué ahora estoy mejor?

—¿En serio no recuerdas esa noche?

—No. Sé exactamente lo que pasó, pero quiero escucharlo desde tu punto de vista. Ya sabes, para matar el tiempo. Si hay algo que tengas que decirme, deberías decirlo sin más.

—Habías perdido demasiada sangre y moriste, Carrie —suspiró—. Si hubiera sabido lo que pasaría...

—Nathan, ¿qué hiciste?

Me miró directamente a los ojos y un calor atravesó mi cuerpo.

—Te reviví del único modo que sabía. Te di mi sangre.

—¿Qué significa eso?

—En un principio, nada. Estaba desesperado. Creí que mi sangre aceleraría tu recuperación, eso es todo. Después, cuando te tocaba para cambiarte los vendajes, empecé a ver cosas, tus recuerdos. Así es como lo supe —respiró hondo—. Cuando te convertiste en vampiro ingeriste sangre de Cyrus. Tu corazón debió de detenerse en algún momento...

—Después de una de las operaciones.

—Ahí fue cuando te convertiste. Cuando te di mi sangre, tu corazón... Ya te habías ido, pero eso no pareció influir en nada. El proceso se repitió, como si nunca hubieras sido un vampiro. Creo que ahora soy tu Creador.

Se me secó la boca y por primera vez en mi vida me quedé sin habla.

—No lo entiendo —era como si hubiera cruzado un desierto sin una sola gota de agua—. A Cyrus también se le paró el corazón en Urgencias. ¿Cómo sobrevivió sin que volvieran a crearlo, entonces?

—Dependiendo de nuestra edad y poder, podemos morir durante varias horas mientras nos sanamos, siempre que nuestro corazón esté intacto. Si fueras tan vieja como él habrías podido sobrevivir sola sin problema.

—¿Entonces, ahora eres mi Creador? —No pude contener las lágrimas. Por desgracia, Nathan malinterpretó mis lágrimas de alivio, se levantó y salió corriendo.

Aparté las sábanas y lo seguí. El suelo del pasillo estaba frío, así que intenté ir de puntillas, aunque después de dos semanas sin moverme, acabé tropezándome y caí contra la pared. A los dos segundos, Nathan ya estaba a mi lado, furioso y enfadado.

—¡Te he dicho que te quedaras en la cama!

Me levantó en brazos y me dejó en la cama con menos delicadeza de la que me había esperado.

—¡Espera un minuto! —le grité cuando se dirigía a la puerta—. No vas a hacer eso. ¡No!

—¿Hacer qué?

—¡Marcharte! —Logré ponerme de rodillas sin que la camiseta dejara mucho al descubierto—. No puedes decirme que ahora eres mi Creador y marcharte sin más,

como si lo único que te preocupara fueran tus sentimientos. ¡No es justo!

—La vida no es justa, cielo. Lo siento mucho, pero no quiero quedarme aquí a escuchar lo que vas a decir.

—¡No sabes qué voy a decir! —Salí de la cama y lo seguí cuando salió por la puerta.

—Bueno, puedo hacerme una idea —dijo al entrar en la cocina y abrir la nevera.

—¿Puedes? —Al ver que no podía abrir la botella de cerveza que había sacado, se la quité de las manos y cuando yo tampoco pude, le pregunté furiosa—: ¿Dónde demonios tienes el abrebotellas?

—Aquí —dijo transformando la cara. Me quitó la botella de las manos y perforó la chapa con uno de sus colmillos antes de arrancarla y escupirla a la pila. Después, sus rasgos volvieron a la normalidad.

—No puedo creerme que esté unido a ti a un nivel celular.

El comentario sólo sirvió para irritarle más.

—Siento no tener tantos conocimientos como tú. Veré programas educativos y abriré a gente por la mitad para divertirme. ¿Así mejor? ¿Te avergonzarás menos de ser mi Iniciada?

Probablemente podría haber aclarado el malentendido, pero su actitud me molestaba mucho. Lo insulté y me metí en el dormitorio, donde empecé a sacar ropa y a tirarla sobre la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—Vistiéndome. Voy a salir.

—¡Claro que no! —Me agarró por el brazo y lo aparté.

—Perdona, no soy tu prisionera. No puedes obligarme a quedarme —estaba tan furiosa que me resultaba difícil mantener mi rostro de humana.

—Bien. Sal y consigue que te maten. Esta vez no pienso mover un dedo para ayudarte —su mirada fue tan intensa que sentí cómo ardía la mía.

Di un paso atrás y él uno hacia delante. Di con las piernas en la cama, pero él seguía avanzando. Lo golpeé en el pecho para apartarlo y me agarró las muñecas.

Las emociones que fluyeron por el lazo de sangre fueron asombrosas. No había furia. Sólo miedo. Miedo a que me marchara, a que me mataran, o peor, a que volviera con Cyrus. Pero más miedo daba el deseo que se encendió entre Nathan y yo.

Sabía que podía controlarlo, al menos por un rato; lo había logrado con Cyrus. Pero había deseado a Nathan antes de que compartiéramos sangre y mis hormonas no admitirían un «no» por respuesta. Al parecer, tampoco las suyas. Cubrió mi boca con un beso.

Aunque no fue tierno, no se pareció en nada a los de Cyrus. No tuve que prepararme para recibir una bofetada ni me estremecí de dolor.

Al oír mi pensamiento, me soltó las muñecas y me rodeó por la cintura mientras con su lengua acariciaba mi labio inferior.

«Confía en mí», le susurró su pensamiento a mi cabeza. Pero él no confiaba en sí mismo. Noté cómo intentaba bloquear sus emociones, no sentir nada más que placer físico, y supe que se sintió confuso cuando vio que eso era imposible. Entonces lo entendí. «Soy su primera Iniciada».

No podía evitar su impulso de protegerme ni de estar cerca de mí, y esa pérdida de control era lo que más le asustaba. Como para demostrar que era fuerte, que seguía teniendo el control, agarró mis nalgas y llevó mis caderas contra su abultada erección.

Mi lado de adolescente se rió al notar que mi nuevo Creador venía bien equipado. Nathan oyó mi pensamiento y sus labios se curvaron en una sonrisa mientras me besaba.

«Así es como esto debe ser». Nuestro lazo no estaba marcado por el mal. No era algo contra lo que tuviera que protegerme. El lazo de sangre es un vínculo poderoso del que mi antiguo Creador había abusado. Del mismo modo que había abusado de mí. La sangre de Nathan en mis venas y sus manos sobre mi piel aliviaron el dolor que había sentido mientras Cyrus había sido mi Creador.

Lo agarré por los hombros cuando los dos caímos en la cama.

—Hace mucho que no hago esto —me susurró en tono de disculpa mientras colaba las manos bajo mi camiseta. Sus dedos me pusieron la piel de los muslos de gallina. Temblé.

—Lo estás haciendo bien.

Cada centímetro de su cuerpo era tan duro como parecía y cuando se quitó la camiseta no supe dónde quería tocar primero. Mis manos vagaron desesperadamente sobre su suave pecho, sus fuertes brazos, su abdomen.

Situado entre mis piernas, me quitó la camiseta desnudando así mis muslos, mi estómago y mis pechos. Apoyó la cabeza sobre la curva de mi estómago y cuando lo besó, mis piernas se aferraron a su cintura. A cada tierna caricia de sus dedos, de su lengua, fue perdiéndose más en lo que hacía y yo me sentí embargada por su gratitud.

Tomó mi pezón en su boca, enroscó mis dedos en su pelo y cerré los ojos. Ascendió sobre mi cuerpo para besarme el cuello.

—Es increíble —susurró—. Puedo oír lo que piensas. Puedo saber dónde quieres que te toque. ¿Era así con...?

En cuanto lo dijo, mi cuerpo se quedó frío.

—Es la mayor tontería que podría haber dicho.

—La verdad es que no has estado muy acertado.

—Yo sólo... bueno, sabes que eres mi primera Iniciada. Esto es completamente nuevo para mí.

—Pero yo no sé nada sobre ser un Creador, Nathan. Eso tendrás que aprenderlo solo.

Se puso de rodillas como si fuera a bajar de la cama, pero lo agarré. Nunca había tomado la iniciativa en el sexo y ahora quería hacerle sentir algo que no fuera ni miedo ni angustia. Además, lo deseaba de verdad.

—¿Qué estás...?

Respiró hondo cuando le desabroché el pantalón y colé la mano por dentro. A pesar de la interrupción, seguía excitado. Su erección palpitó cuando mis dedos la rodearon. Lo acaricié y percibí a través del lazo de sangre todo lo que él estaba sintiendo.

Se levantó para quitarse los pantalones y yo me agarré a sus muslos. Gimió cuando respondí a su deseo y abrí la boca para tomarlo. Tenía un sabor salado, pero no desagradable. A medida que su excitación aumentaba, también lo hacía la mía. Cuando me agarró del pelo y con delicadeza me echó atrás, supe que estaba al borde del éxtasis.

Me tumbó y se guió por el lazo de sangre para saber dónde me gustaría que me tocara. A diferencia de Cyrus, Nathan no veía mi deseo como un modo de manipularme o controlarme, y darme cuenta de ello me liberó de todas mis inhibiciones. Si perdía el control con Nathan, no perdería una parte de mí misma. Me sentía tan aliviada que llegué al éxtasis tan pronto como deslizó dos dedos dentro de mí. Se quedó tan sorprendido como lo estaba yo.

—Al parecer no estoy tan oxidado como pensaba —se tendió entre mis piernas.

El movimiento de sus músculos bajo su piel me fascinaba.

—Ten cuidado. Ya tengo lo que quería. Y si ahora decido que he acabado contigo, ¿qué harías?

—Consolarme solo, como he hecho estos veinte años. Pero tú no vas a ninguna parte.

Le di un golpe en el hombro por su vulgar comentario y él me metió la mano entre nuestros dos cuerpos y se guió hasta la entrada de mi cuerpo.

—Oh... oh...

Me sentó sobre su regazo y me aferré a sus hombros mientras se adentraba por completo en mí.

—Ya te he dicho que no irías a ninguna parte —me susurró—. He querido hacer esto desde la noche que entraste en la tienda —añadió con la voz entrecortada.

Era agradable sentirse deseada. No por una cuestión de poder o control, sino como mujer.

Bajé las caderas y me mordí el labio para contener un gemido. Saboreé mi propia sangre. El corazón me palpitaba con fuerza, reproduciendo la palpitación de su erección, hundida tan dentro de mí. Los ojos de Nathan no se apartaron de la sangre de mi boca.

—Vamos. Quiero que lo hagas.

Vaciló, pero entonces tomó mi labio entre sus dientes y lo lamió.

Cuando había ingerido la sangre de Cyrus había visto la muerte de Nathan. ¿Qué vería Nathan en la mía?

Dolor, eso fue lo que vio. Dolor.

Me tumbó en la cama y me miró con ternura.

—¿Por qué no me has contado lo que te hizo?

Cerré los ojos.

—¿Por qué ibas a querer saberlo?

Me acarició los labios con delicadeza, con amor.

—Podría haber hecho algo. No sé qué, pero algo.

Contuve las lágrimas.

—Podrías hacerme olvidar.

—Veré que puedo hacer —respondió con una triste sonrisa.

Se movió dentro de mí, lentamente. Una y otra vez se retiró para volver a deslizarse dentro, más rápido cada vez. Me agarré a las sábanas y me moví a su ritmo.

La familiar sensación de perder el control se apoderó de mí. Sólo necesitaba un poco más para llegar al límite. Al oír mi deseo en silencio, deslizó una mano entre los dos y acarició mi inflamado clítoris. Eso era exactamente lo que buscaba. Me alcé de la cama.

Fue su nombre el que grité cuando llegué al éxtasis y su rostro el que vi cuando abrí los ojos. El alivio que sentí fue tan intenso que casi lloré.

—Así, cielo —comenzó a hundirse en mí con más insistencia que antes.

—Adelante —lo animé y llegó al final con un movimiento demasiado fuerte para mí.

—Gracias —me susurró una y otra vez cuando pudo hablar. Me besó los labios, la cara, la frente, allí donde alcanzaba.

Cuando se tumbó a mi lado, bajé de la cama y me cubrí con la sábana.

—¿Adónde vas?

De pronto me sentí fría y extrañamente sola.

—Al baño. A lavarme.

Cuando llegué a la puerta, me dijo:

—Nos ha venido bien. Era inevitable.

—Sí —¿para él no había significado más que un alivio físico? ¿No le había dado importancia?

—Sabes que sí ha significado algo, Carrie.

Su respuesta debería haberme reconfortado, pero no fue así.

Encendí la luz del baño y al mirarme al espejo vi una lágrima deslizándose por mi mejilla.

«No, no lo sé. Y no te conozco, Nathan». Me aparté de mi reflejo, disgustada conmigo misma.

Lo conocía tan poco como siempre.

Capítulo 22

Dejé mi corazón en San Francisco

Aunque había temido las secuelas de nuestro encuentro, las noches que siguieron estuvimos demasiado ocupados como para sentirnos incómodos.

Durante mi recuperación, Nathan había estado alimentándose con su sangre y, sin nada con que reponer lo que me daba, se había debilitado gravemente. Eso, combinado con la maratón de insomnio y la energía que había perdido conmigo, hizo que apenas pudiera salir de la cama la noche siguiente.

Por suerte, pude contactar con su Donante de emergencia. Una alegre mujer aburguesada que me entregó bolsas de sangre cuidadosamente etiquetadas y fechadas. La primera noche estuvo tan débil que tuve que sostenerle la cabeza para que bebiera, pero mejoró enseguida.

Todo el contenido de la habitación de Ziggy estaba metido en cajas. Era obvio que Nathan había estado dividiéndose entre cuidarme y contener más recuerdos. La única prueba de que el chico había vivido allí era la colección de fotos enmarcadas que había en la librería del salón. Busqué entre las cajas, saqué algunos objetos y los coloqué en distintos lugares donde sabía que Nathan los encontraría. No iba a permitir que olvidara a Ziggy.

Poco a poco, comencé a conocer el pasado de Nathan ya que ocasionalmente me venían imágenes a través de la sangre que había compartido conmigo. Así supe que la fotografía escondida era la del día de su boda y que la mujer era Marianne. Tenía diecisiete años cuando se casaron y había sido una boda concertada debido al embarazo de ella. Pero había perdido al bebé y los abortos siguientes fueron la primera señal de los tumores que plagaban sus órganos. Los sentimientos de culpa y desesperación que cubrían esos recuerdos a veces resultaban insoportables.

No volví a acostarme con él y ninguno mencionó nada sobre lo que había sucedido. Dormí en el sofá unos días hasta que Nathan se recuperó y guardó las cajas de Ziggy. Un día me dio un juego de sábanas limpio y me dijo:

—La habitación de Ziggy es toda tuya.

Al parecer quería que me quedara y, aunque me molestó que no hubiera pedido mi opinión, no discutí. No tenía ningún sitio donde ir y en ningún otro sitio me sentiría a salvo.

Al cabo de dos semanas más, me pregunté si Cyrus volvería a molestarme y supe que no tenía la suficiente paciencia como para esperar un mes entero.

Las noches fueron haciéndose más cortas según se acercaba la primavera. La reforma de la librería estaba casi terminada y me vi trabajando con Nathan y haciendo inventario para la próxima gran apertura. Aun así, leer números ISBN no evitaba que dejara de pensar en que Cyrus volvería a por mí. Y tampoco me ayudó a tranquilizarme el hecho de que, por cuarto día seguido, me despertara y encontrara a

Nathan a mi lado en la diminuta cama.

—Nathan, ¿qué está pasando?

—Max vendrá mañana. Pospusimos la misión cuando le dije lo que te había pasado, pero el Movimiento está impacientándose.

—¿Aún tenemos que matar a Cyrus?

Su expresión confirmó mis temores antes que sus palabras.

—Será mejor dejar eso hecho antes de que Max vaya a por el Devorador de Almas.

—De acuerdo —intenté sonreír y no mostrarme preocupada—. ¿Cuál es el plan?

—Que no nos mate.

—¿Y cómo hacemos eso?

Tardó en responder mientras jugueteaba con el tirante de mi camiseta, deslizándolo sobre mi hombro. En la semioscuridad de la habitación, se le veía cansado y derrotado.

—No lo sé.

Estaba seguro de que me perdería. Su terror me rodeaba; terror a sentir el mismo dolor por mí que había sentido por Ziggy y por Marianne. Pero Nathan nunca admitiría que sentía algo por mí a excepción de la responsabilidad por ser mi Creador. Y eso era bueno, porque no estaba segura de que yo quisiera aceptar más de él.

Nos quedamos abrazados.

No estaba preparada a aceptar más que una amistad porque no estaba preparada a admitir la intensidad de mis sentimientos hacia él. Mientras ignoráramos lo que sentíamos, podríamos vivir felices.

Los obreros estaban terminando cuando bajamos esa noche y mientras Nathan charlaba con ellos fui a ver el correo. Entre las facturas y algunos catálogos había un gran sobre acolchado que iba dirigido a la Doctora C. Ames. Esperé hasta que los obreros se fueron antes de enseñárselo a Nathan.

—No pienso abrirlo. No hay nada que indique qué puede ser.

Nathan me lo quitó de las manos y lo abrió.

—Es para ti —me dijo.

Era otra copia de *El Sanguinari* y estaba un poco más deteriorada que la anterior.

—Lo he comprado en eBay.

—¡Vaya! Ahí se puede encontrar de todo ¿eh? —Sonreí.

La tienda de la puerta se abrió y las campanillas, que aún había que cambiar, anunciaron la llegada de Max. Max era joven y guapo, pero por lo que me había contado Nathan tenía reputación de ser un despiadado asesino... Y a juzgar por los chupones morados que tenía en el cuello, debía de ser también un despiadado seductor.

—Adoro esta ciudad, ¡adoro esta ciudad!

—¿Has tenido un buen vuelo? —Nathan ni lo miró mientras hojeaba el correo.

—¡Y tanto! —Se acercó a mí—. ¿Qué haces?

—Estoy leyendo *El Sanguinarius*.

Pasé una página y me encontré un diagrama especialmente horripilante del estómago del vampiro.

—Me niego a ser así por dentro.

Max se rió.

—Es increíble lo enganchados que están todos los vampiros a ese libro. Estaca más corazón es igual a muerte del vampiro. Eso es todo lo que necesitas saber. Aunque la verdad es que depende de qué corazón dañes —siguió diciendo Max—. Hay dos, o debería haberlos.

Un escalofrío me recorrió la espalda y busqué en el libro hasta encontrar un diagrama del corazón.

La principal debilidad en la fisiología del vampiro es el primero de los dos corazones, el órgano humano original. Obsoleto ante la aparición del corazón del vampiro, es el modo más eficiente de deshacerse de la criatura. Atravesar el corazón humano con cualquier instrumento resulta en la muerte instantánea del vampiro por incineración.

—Nathan, ¿por qué no me lo habías dicho? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

—No quería asustarte.

—¿Qué? ¡Cómo te atreves! Es mi vida. ¡Deberías habérmelo dicho!

Max se alejó de la conversación fingiendo un gran interés por el muro de mampostería del otro lado de la habitación.

—¿Cómo iba a decirte algo así? Durante los últimos cuatro días he estado despierto, vigilándote en busca de algún signo de... —desvió la mirada—. Mi sangre corre por tus venas. Conozco cada parte de ti. Si no te decía lo que Cyrus había hecho, creí que tal vez... creí que podría olvidarlo.

Ahora entendí su desesperado miedo, pero no tenía ningún derecho a ocultarme mi mortalidad.

En el otro lado de la tienda, Max tarareaba una canción y la melodía me hizo llorar. *I Left my Heart in San Francisco*. «Dejé mi corazón en San Francisco».

El corazón que me quedaba, el de vampiro, aporreaba mi pecho mientras corrí hacia la puerta.

—¡Carrie, espera! —gritó Nathan.

Subí las escaleras corriendo hasta la acera y, por la razón que fuera, Nathan no me siguió. Aunque no quería compañía, me molestó que se rindiera tan fácilmente. Sobre todo cuando Cyrus podría matarme en cualquier momento.

Pasé por delante del callejón y aunque mi sangre ya se había borrado, me pareció poder olerla. Mi antigua sangre, la de mi primer Creador. El recuerdo del Devorador de Almas abriendo el pecho de Cyrus de pronto fue más claro. Cyrus me había dicho que el Devorador había matado a su propio Creador, así que debió de haberle sacado

el corazón humano a su hijo como una medida preventiva. Nadie traicionaría a alguien que podía matarlo a distancia.

Cyrus se había llevado mi corazón humano para asegurarse de que no lo traicionaría. ¿Pensaba que volvería con él? Mientras caminaba, miraba mi piel para asegurarme de que no estaba convirtiéndose en ascuas. Cyrus podía destruir mi corazón cuando le apeteciera y nunca vería la muerte llegar. No dejaba de ver la imagen de su padre abriéndole el pecho. ¿Aún lo controlaba teniendo su corazón en su posesión?

Caminé toda la noche y de vez en cuando consulté en *El Sanguinarius* por qué tenemos dos corazones. Me quedé con la explicación más sencilla; que el corazón de vampiro era necesario para llevar más cantidad de sangre hasta nuestras extremidades anormalmente fueras. El viejo corazón quedaba obsoleto, anulado, pero de algún modo mantenía una conexión vital a pesar de no estar físicamente conectado al cuerpo.

Las culturas antiguas pensaban que el corazón era la casa del alma de una persona y el hecho de que yo pudiera perder este nivel de existencia si mi corazón humano era destruido parecía demostrar su hipótesis. Me prometí que lo investigaría... si vivía lo suficiente.

En varias ocasiones me vi acercándome al barrio de Cyrus y dando la vuelta. Cuando el sol comenzó a salir, regresé al apartamento. Max estaba sentado en el sillón cambiando de canal con gesto aburrido. Me saludó con la mano.

—¿Dónde está Nathan?

—Lleva ahí metido desde que te marchaste. Menos mal que ha dejado de poner *Dark Side of the Moon*. Estaba a punto de tirarle el reproductor por la ventana.

Cuando iba hacia el dormitorio de Nathan, Max me detuvo.

—Iremos mañana. Nathan no quería que te lo contara, pero creí que deberías saberlo.

—¿Y por qué no quería que lo supiera?

—Probablemente porque está loco por ti y no quiere que te hagan daño. O tal vez cree que vas a estropearlo todo.

—Apuesto a que es por lo segundo —respondí riéndome.

Max soltó el mando a distancia y me indicó que me sentara a su lado. Me senté.

—Vamos a charlar. No es que sea un fresco o quiera propasarme, ¿eh? Es que pienso mejor con el brazo alrededor de una bella mujer —dijo al echarme un brazo sobre los hombros.

—Pues piensa rápido antes de que aparte ese brazo.

—Vale, vale —se rió—. Deja que te dé un consejo. Hace tiempo que conozco a Nathan y no ha tenido una novia desde 1984. El caso es que hay algo en su pasado que le hace tener miedo de acercarse demasiado a la gente.

Me costó tragar saliva al recordar las palabras que Cyrus me había gritado furioso.

—Max, ¿de verdad Nathan mató a su mujer?

Debía de ser un secreto que no podía revelar porque se mordió el labio.

—No me mientas, Max. ¿Mató a su mujer?

—Sí. Al menos eso es lo que he oído.

—Pero no fue culpa suya —dije—. Quiero decir, no pretendía hacerlo, ¿verdad?

—Ojalá pudiera decirte eso —su expresión fue descorazonadoramente tierna—.

Pero por entonces era una persona distinta.

Me excusé y fue al dormitorio que desde hacía poco consideraba mío. Por detrás, lo oí decir:

—No quería que vinieras con nosotros porque no quería que resultaras herida. Ésa era su principal preocupación. No sé qué os está pasando, pero no perdáis el tiempo que os queda. Hazme caso, la eternidad resulta horriblemente solitaria al cabo de un tiempo.

Me quedé despierta un buen rato pensando en las palabras de Max. No era justo que los dos arriesgaran sus vidas por matar a Cyrus. No cuando de todos modos él acabaría matándome. Era yo la que debía ir y matarlo porque, en lo que a mí respectaba, yo ya estaba muerta.

Cuando oí que Nathan había apagado la tele, entré en su dormitorio.

—¿Carrie? ¿Qué pasa?

—Shh —me quité el camisón y me tumbé a su lado.

Me acarició como para asegurarse de que seguía allí, de que aún teníamos tiempo. No hablamos, tal vez para ahorrarnos dolor, y cuando nos besamos me mantuve distante. Cuando recorrió mi cuerpo con su boca, no grité su nombre. Y cuando finalmente me preguntó qué quería, no le dije que quería que me hiciera el amor. Le dije que me follara. Enfadado, lo hizo. Me separó las piernas y se hundió en mí con fuerza. El único contacto de nuestros cuerpos fue el de sus caderas contra mis muslos. La cama se sacudía y se golpeaba contra la pared y no me molesté en reprimir mis gritos de placer. Llegó al éxtasis con un estremecimiento que más bien pareció un sollozo y me abrazó con fuerza. Lo besé en la frente. ¿A quién pretendía engañar? No podía negar el vínculo creado por el lazo de sangre ni mis sentimientos por él, que habían existido mucho antes de que nuestro lazo existiera.

—Nathan —dije entre lágrimas—. Nathan, yo...

—Por favor, no lo digas —sentí lo que quería decir. «Por favor, no lo digas o no podré negar que yo también lo siento. Y me da mucho miedo permitirme sentirlo».

—No lo diré —le prometí.

—Gracias —entrelazó sus dedos con los míos.

Pero cuando se quedó dormido, lo besé y le susurré:

—Te amo, Nathan.

«O Nolen, o lo que sea. Aunque nunca llegue a descubrir quién eres, te amo».

Minutos después de la puesta de sol, salí de debajo de sus brazos y me vestí. No dejé ninguna nota porque no sabía qué iba a hacer. Lo único que sabía con seguridad

era que cuando saliera el sol, o Cyrus estaría muerto, o lo estaría yo.

Capítulo 23

Bienvenida a casa

Mi corazón de vampiro latía con fuerza según me aproximaba a la mansión de Cyrus. Las ventanas estaban oscuras y por un momento de pánico pensé que había perdido mi oportunidad. Cyrus se había mudado y se había llevado mi corazón en una caja que, con suerte, llevaría escrito «Frágil». Pero entonces vi un suave resplandor en la ventana de su despacho y supe que había llegado el momento. Aunque lo más valiente habría sido entrar directamente por el portón principal, no me pareció tan buena idea. Llevaba una estaca, aunque ni siquiera sabía si tendría el poder físico para usarla contra otro vampiro, sobre todo contra Cyrus. Pero por lo menos, así tendría algo que clavarles a los guardias si se me acercaban demasiado. Recorrí la acera hasta el final de la calle. La entrada a la garita de seguridad estaba en un extremo tan alejado que parecía que perteneciera a otra vivienda. Pasé por delante de la puerta en la que me reunía con Nathan y pensé en Ziggy. Miré hacia la casa y vi luces en mi viejo dormitorio. Sentí un inesperado golpe de celos al pensar que había sido reemplazada.

Una delgada figura cruzaba el jardín hacia el laberinto de arbustos y la reconocí.

—¿Clarence?

—¿Doctora?

Con el corazón en la garganta, vi al hombre salir corriendo hacia mí. Lo último que quería era que se rompiera una cadera.

—¡Ten cuidado!

—¿Que yo tenga cuidado? Estás loca viniendo aquí. ¡Me dijeron que habías muerto!

Sacó un juego de llaves del bolsillo de sus impolutos pantalones y abrió el portón oculto entre la hiedra.

—Mete tu trasero aquí dentro —me dijo furioso y mirando nervioso hacia la casa—. Y ahora vas a explicarme algo, ¿te comiste al chico?

—¿Qué? ¡No!

—Baja la voz. El Amo está en casa y ha estado de muy mal humor desde que su papaíto se fue.

—Pensaba que el Devorador de Almas no podía sobrevivir sin su comida anual.

—Nada va a matar a ese bastardo. Créeme, no es la primera vez que alguien lo intenta. ¿Qué le pasó al chico?

—Cyrus lo mató —pensé en los barriles de la despensa sobre los que me había hablado Clarence—. ¿Qué hiciste con él?

—Yo no hice nada con él. Tenía la noche libre. Probablemente lo quemaron como a los demás.

—¿Dónde está Cyrus?

—En el despacho. Lleva ahí metido desde la noche de la fiesta, intentando evitarla —eso último lo pronunció en tono acusatorio.

—¿Te refieres a Dahlia? ¿Sobrevivió?

—Parece que alguien le dijo que se buscara un vampiro para que la convirtiera...

Apreté los dientes. Una cosa era luchar con Cyrus, pero contra Dahlia sí que no tenía nada que hacer.

—¿Y los guardias?

—Intentan evitar a Dahlia y al Amo, pero te encontrarán si entras ahí. Habrás traído refuerzos, ¿verdad?

—No. Lo cierto es que directamente podría clavarme a mí misma una estaca aquí en el jardín.

—Llevo una en el bolsillo de atrás —me ofreció—. La cosa se va a poner fea, ¿verdad?

—Puede que quieras salir de aquí.

—No. Cuando él ya no esté, alguien tendrá que recoger todo esto —dijo con una triste sonrisa.

—No tienes que quedarte. Tengo amigos, podríamos ayudarte a ir a Florida, por ejemplo. Adonde quieras.

—No pienso ir a ninguna parte. Ya te lo he dicho. Vengo incluido en la casa. Hazle ver las estrellas, doctora.

Quise abrazarlo, pero no podía pedirle que se rebajara a abrazar a un vampiro. No entendía por qué no aprovechó la oportunidad de escapar, como tampoco entendía la extraña obsesión de la gente por permanecer en sus casas y enfrentarse a huracanes y riadas antes que huir. Miedo al cambio, supongo. Fuera lo que fuera, sabía que no podría hacerle cambiar de opinión, pero le hice prometer que permanecería cerca de la garita de seguridad y que no aparecería hasta el día siguiente. Cuando lo vi desaparecer en el laberinto, me dirigí hacia la casa.

Después de varias semanas ocupada por los Colmillos y por las grupis humanas, la casa estaba muy vacía. Al parecer, Cyrus no había salido para reponer las numerosas mascotas que habían consumido para la cena.

Pero los guardias seguían allí. En cuanto abrí las puertas de cristal que daban al vestíbulo, se desató el infierno. Dos guardaespaldas me esperaban en el centro de la sala. Estaba claro que me habían visto hablar con Clarence porque enseguida llegaron refuerzos. Detrás de mí, las puertas se abrieron y al girarme vi a Max y a Nathan allí apostados. Sentí alivio y pavor al mismo tiempo. «Estoy salvada... Estamos todos muertos».

—No preparéis café, nos vamos enseguida —anunció Max con una amplia sonrisa.

—Salid de aquí, Nathan —grité cuando el primer guardia me agarró y sus manos me aplastaron los hombros. Lo sujeté por los antebrazos y lo lancé por encima de mi cuerpo justo cuando se acercaba otro, al que golpeé con el codo en la cara. La sangre

brotaba de entre sus dedos mientras se tapaba la nariz. Le di una patada en la entrepierna y cuando se agachó, lo agarré por los hombros y le aplasté la cara contra mi rodilla. Cayó al suelo.

Miré a Max y Nathan. Max había noqueado a un guardia y con un arma aturdidora estaba reduciendo a otro. Nathan estaba acorralado por un oponente que blandía una estaca. Intentó esquivarla, pero se hundió en su hombro.

—¡No! —Cuando eché a correr, otro par de brazos me agarró; empujé al hombre con fuerza y lo lancé contra la pared, sobre la que se deslizó como una muñeca de trapo. Llegué al lado de Nathan cuando estaba sacándose la estaca; de su hombro brotó un torrente de sangre. El guardia se había sacado otra del bolsillo, pero antes de que pudiera atacar lo agarré. Saqué los colmillos sin apenas darme cuenta y, de no haber sido porque Nathan me gritó, le habría mordido el cuello.

—¿Por qué no dejas que lo haga?

Max y Nathan se quedaron paralizados. Solté al guardia y me giré hacia la voz.

Cyrus salió del despacho. Tenía el pelo recogido en una trenza despeinada y su túnica de piel parecía habérselo tragado. Unas sombras negras bajo los ojos acentuaban su palidez. Parecía que no había dormido en días.

—Nunca has tenido la oportunidad de verla comer, ¿verdad, Nolen? Pues es algo que todo Creador debería experimentar.

Nos tenían agarrados a los tres; me tensé, preparándome para luchar, pero entonces sentí la punta de una estaca en mi esternón. Miré a Nathan y en mi cabeza oí su voz diciéndome: «No te muevas». Max se giró hacia Nathan.

—¿De qué demonios está hablando?

Cyrus se acercó y me acarició un lado de la cara suavemente. Ahora que no compartíamos lazo de sangre, lo único que sentía era repugnancia.

—Todo ha terminado —y gritando con furia se giró hacia Nathan—: ¿Por qué? ¿Por qué me la arrebataste?

—Eso me gustaría saber a mí —dijo Max entre dientes.

«Por favor, que no nos dé la espalda»; no lo conocía tan bien como para saber si informaría al Movimiento de lo que había hecho Nathan o si abandonaría la misión.

«No te preocupes, cielo. No va a ir a ninguna parte. Saldremos de ésta», me respondió Nathan con un reconfortante pensamiento.

—Tú eres el único culpable, Cyrus —dijo Nathan—. La mataste en ese callejón y mi sangre la trajo de vuelta. El que se la encuentra se la queda.

Justo en ese momento, Cyrus lo golpeó; la cabeza de Nathan se sacudió hacia atrás y comenzó a sangrarle la nariz.

—¿El que se la encuentra se la queda? ¿Igual que yo me encontré a tu chico y lo hice mío?

Nathan luchaba por soltarse y lo habría hecho si otros cuatro guardias más no hubieran corrido a sujetarlo. Los vampiros son fuertes, pero no tanto... Uno de los centinelas lo pateó entre las piernas haciendo que se doblara con un grito de dolor.

—¡Cyrus, por favor, díles que paren! —grité.

Mi antiguo Creador chasqueó con los dedos hacia el guardia que me sujetaba y la estaca que había contra mi pecho atravesó mi piel. Nathan dejó de forcejear y se rió.

—Cyrus, sabes que eso no va a hacerle nada.

—¿No?

La madera se hundía más en mi piel.

—¡Para, por favor!

«No le supliques, Carrie. No puedo soportarlo»; la expresión de Nathan era de consternación.

—Cyrus, déjalo ya —bramó.

Cyrus le indicó al centinela que se detuviera.

—Es muy noble por tu parte que estés defendiéndola después de lo que le hizo a tu hijo.

—Eso no va a funcionar, Cyrus. Ahora soy su Creador, puedo ver...

Intenté contener mis recuerdos de aquella noche en la que me había alimentado de Ziggy, pero el pánico no evitó que me invadieran. No pude ocultárselos a Nathan. «Quería contártelo», pensé firmemente, pero no me respondió. Furioso, ignoró el lazo de sangre; tras décadas evitando que el Devorador de Almas entrara en su mente, había perfeccionado su técnica. Mis pensamientos rebotaron como una pelota de tenis contra un muro. Sin embargo, dijo:

—Me lo ha contado todo. Siento decepcionarte.

—Ojalá alguien me lo hubiera contado todo a mí —dijo Max—. ¡No sé que está pasando aquí, pero todo se ha ido a la mierda!

—Matad a ése —dijo Cyrus.

—¡No! —gritamos Nathan y yo al mismo tiempo.

—¿Acaso queréis hacer un trato conmigo? ¿Los dos?

Entraron más guardias en grupos de diez, uno para cada uno de nosotros, y nos ataron las manos detrás de la espalda.

—Llévadlo a la habitación de Dahlia. Y a los otros dos a mi despacho.

—Nos reuniremos luego —le gritó Nathan a Max. Y como si estuvieran separándose simplemente para comer en restaurantes distintos durante el descanso para el almuerzo, Max le respondió:

—Claro —y dirigiéndose a los guardias, añadió—: Bueno, y esa tal Dahlia... ¿cuántos tiene? ¿Dieciocho?

La mitad de los guardias se quedaron fuera del despacho, pero dentro seguía habiendo diez, demasiados para mí, una luchadora inexperta, y Nathan, con un hombro herido.

—¿Me tienes miedo, Cyrus? —le preguntó Nathan.

La única luz provenía de la chimenea. Pude ver el elegante perfil de Cyrus contra las llamas.

—Bueno, así que estás aquí para quitarme la vida después de haberme quitado

todo lo demás.

—Yo no te he quitado nada... —no pude evitar decir.

—Está hablando conmigo —dijo Nathan—. No pienso disculparme por nada. Cada uno recoge lo que siembra.

—¿Y qué he sembrado yo? —preguntó Cyrus mirando hacia el fuego—. ¡Tan sólo le he sido fiel a mi Creador, tal y como requiere el lazo de sangre!

—¡No vuelvas a utilizar esa excusa conmigo! Tenemos el mismo Creador. ¡Yo no perdí mi libre albedrío cuando vertió su sangre por mi garganta!

—Carrie, espero que tengas eso en cuenta en lo que respecta a lo que le sucedió a su esposa —dijo Cyrus mirándome.

Caminó haciendo círculos a nuestro alrededor, como un tiburón en el frenético festín.

—¿Te ha contado Nolen lo que le pasó a su mujer?

—No, pero lo sé.

—¿Carrie? —El impacto de Nathan resonó dentro de mí.

«Max me lo ha contado». Quise darle la mano, aunque algo me decía que no la habría tomado.

—Dudo que sepas toda la historia —me susurró Cyrus al oído antes de apartarse y añadir—: Por favor, toma asiento. Te lo contaré todo.

Nathan se lanzó a por él; no sé qué creía que podía haber hecho sin usar las manos, pero no importaba. Dos guardias lo agarraron. Aunque estaba de espaldas, Cyrus le advirtió:

—Yo no lo haría; no sobrevivirías y entonces, ¿quién protegería a tu Iniciada? Créeme, no dudaré en matarla una vez que ya no estés.

—¿Y qué te está deteniendo ahora? —le preguntó Nathan—. ¿Y por qué no la mataste en el callejón? Creo que nunca lo harías.

Cyrus sonrió, se acercó a Nathan y lo golpeó tan fuerte que oí los huesos de su cara crujir. Después, vino hacia mí.

—Supongo que crees que vas a librarte gracias a los sentimientos que me quedan hacia ti, ¿verdad, pequeña zorra?

—Si fueras a matarme, ya lo habrías hecho.

Me abofeteó.

—Se me está agotando la paciencia contigo. Te abriría la garganta ahora mismo, pero no quiero el sabor de la sangre de ése en mi boca.

Dándole una patada a Nathan, señaló hacia el sofá.

—Siéntate.

Lo hice para evitar que nos hiciera más daño a Nathan o a mí, eso contando con que no estuviera muerto ya.

Cyrus se sentó enfrente de mí y por primera vez me fijé en lo débiles que parecían sus dedos; quise aplastárselos uno a uno con un martillo. Una de las ventajas de no ser su Iniciada era que podía pensar libremente sin que me leyera el pensamiento,

pero aunque ya no tuviera que bloquear mi mente, no podría esconder las emociones reflejadas en mi cara. Sonrió mientras me observaba.

—Me odias, ¿verdad?

—¿Acaso importa? De todos modos dices que vas a matarme.

—No, Carrie. Lo admito. Nunca pensé en matarte —dijo levantando algo de la mesa de mármol.

El objeto era una caja lacada, parecida a las que Nathan vendía en la tienda para guardar cartas de Tarot y cristales. La puso sobre su regazo.

—Bueno, dime qué sabes sobre tu Creador. Me muero por saber su versión de la historia.

Imaginaba lo que había en esa caja, pero aparté la mirada de ella.

—No me contó nada. Max me dijo que Nathan había matado a su mujer y cuando... cuando bebí tu sangre vi lo que le pasó en una de vuestras fiestas de Año Nuevo. Pero no sabía cómo encajarlo todo.

—Sí, por lo que sé Nolen puede ser una persona muy reservada.

Con la caja bien protegida contra su pecho, se levantó y agarró una copa de cristal. En lugar de llenarla de la centelleante absenta del decantador, fue hacia donde Nathan estaba tirado.

—¿Haces los honores o lo hago yo?

Nathan estaba inconsciente. Estaba pensando que era un milagro que Cyrus no lo hubiera matado cuando lo vi sacar una daga de su manga y hundirla en el costado de Nathan.

—¡No! —Intenté levantarme, pero con los brazos atados perdí el equilibrio y caí al sofá.

Cyrus llenó media copa con la sangre de Nathan y después limpió la daga en la camiseta de mi nuevo Creador.

—No sobreactúes, Carrie. Sabías que iba a morir cuando ha entrado por la puerta. Pero por ahora tiene que estar vivo, al menos hasta que puedas ver lo que quiero que veas.

Deslizó la daga sobre su muñeca y dejó que la sangre cayera en la copa para mezclarse con la de Nathan. Pensé que al entrar en contacto habrían reaccionado violentamente o que se habrían separado como el aceite y el agua, pero el oscuro líquido se mezcló creando un turbio cóctel.

Cuando estaba llena, Cyrus llevó la copa a mis labios.

—Bebe.

Cerré los ojos. ¿Qué pasaría si bebía? La punta de la daga hacía presión contra mi cuello.

—Bebe.

Abrí la boca. «Es ahora o nunca. Querías respuestas... pues vas a tenerlas».

Tragué la mezcla de sangre de mi Creador y de mi enemigo y me preparé para la oscuridad que me consumiría.

Capítulo 24

Revelación

Las visiones me invadieron, dos vidas de recuerdos vertiéndose en mi cabeza a la vez. Temí no poder soportarlo, y tal vez ése era el plan de Cyrus. O eso, o quería volverme loca. Había miedo, breve felicidad, amor, pero sobre todo, dolor. Creo que podría haber gritado, pero ya no sentía mi cuerpo.

Una noche en particular se desarrolló como una película ante mis ojos. La noche del Año Nuevo Vampiro. La noche en la que Nathan había cambiado.

Cyrus estaba sentado junto a una mujer que sabía que se llamaba Elsbeth. Era su Iniciada. Llevaban juntos casi doscientos años, pero estaba claro que él la amaba y que ella apenas sentía nada por él. Era la misma habitación que había visto a través de los ojos de Cyrus cuando había bebido de él aquella otra vez, pero nunca había visto la apatía de Elsbeth porque él tampoco lo había visto. Nunca había sido consciente de que no lo amaba. Casi sentí lástima por él.

Habían discutido; él le había pedido algo, algo que ella no quería hacer. Le había pedido que le diera su corazón. Literalmente. Le había pedido que le diera, de voluntad propia, lo que a mí me había robado.

Apartándome de su mente, vi las puertas abrirse y a Nathan entrando con su mujer. No podía acceder a la mente de ella, pero la de Nathan fue, por una vez, totalmente accesible.

Reconoció a Jacob Seymour, el curandero por el que habían recorrido el mundo, pero le extrañó la túnica que llevaba y se preguntó quién sería toda la gente sentada alrededor de la mesa. Dedujo que uno era el hijo de Jacob, eso lo sabía, y la mujer a su lado, su esposa. Pero ¿qué estaban haciendo ahí? ¿Habrían interrumpido una cena al llegar demasiado pronto?

Cuando las puertas se cerraron tras ellos, sentí su alarma. Sabía que algo iba mal, al igual que había sabido que las promesas de Jacob eran demasiado buenas para ser verdad. Había convencido a Marianne, su bella Marianne, para visitarlo en busca de una cura para su enfermedad. «Ojalá nunca la hubiera traído aquí».

Cuando los rostros alrededor de la mesa comenzaron a cobrar su verdadera forma, Nathan empezó a rezar. Pero el Espíritu Santo, Jesucristo y la Sagrada Virgen le dieron la espalda, tal y como había hecho él con ellos cuando sus oraciones no hicieron nada para frenar el cáncer que devoraba el joven cuerpo de su esposa.

—¿Nolen? —susurró Marianne, pálida de terror.

Nathan intentó proteger a Marianne de colmillos y garras, pero unas manos lo sacaron de allí.

—¡Éste es para mí! —bramó el Devorador de Almas y después, al lanzar a Nathan contra Cyrus, añadió—: Simon, haz que tu padre esté orgulloso.

Nathan se resistió mientras Cyrus lo rodeaba con sus brazos; intentó llegar hasta

Marianne, pero la distancia lo hacía imposible y había demasiados vampiros en medio. «Esto es el Infierno. Estoy condenado».

Intenté bloquear su pánico, pero era demasiado fuerte. Cyrus le desabrochó la camisa y deslizó sus garras sobre la bronceada piel de su musculoso abdomen. Los gritos de Marianne se oían cada vez más débiles.

—¡Dejadla vivir! —suplicó Nathan—. ¡Por favor, dejadla vivir!

El Devorador de Almas reflexionó un momento y dio una palmada, un gesto que había visto a Cyrus imitar muchas veces.

—Cambio de planes. Todos fuera.

Los invitados se marcharon gruñendo y contrariados. Elsbeth reprendió a su suegro.

—Siempre haces lo mismo, Jacob. Cambias los planes sin consultarnos. No es justo. ¡Hace días que no como!

—Pues te resultará más difícil todavía comer cuando te arranque la cabeza. Ahora, fuera.

—¿Padre? —Cyrus seguía sosteniendo a su premio, pero con la atención puesta en Elsbeth.

—Dejaremos que la enferma muera sola y, con un poco de suerte, vivirá para ver cómo matamos a su querido esposo —y antes de salir por la puerta, añadió—: Ha sido un placer conocerla, señora Galbraith.

Marianne, tendida en el suelo y con marcas de colmillos por todo el cuerpo, levantó un brazo hacia Nathan implorándole que la ayudara. Pero él no podía.

Estaba cansado. Cansado de buscar una cura de continente en continente para ver que una esperanza moría tras otra. Cansado de temer su muerte, de lo culpable que se sentía cuando deseaba que todo acabara. Tal vez ése fuera su castigo. Apartó la mirada.

—Bueno, parece que nos hemos quedado los tres solos —susurró Cyrus al oído de Nathan, que cerró los ojos mientras las manos del otro hombre le desabrochaban los pantalones. Esos fríos dedos lo acariciaron hasta excitarlo contra su voluntad y los colmillos de Cyrus se hundieron en su cuello.

«Por favor», supliqué a nadie en particular. «Por favor, no quiero saber esto».

Así que miré al techo y me concentré en los gordos querubines que sonreían desde arriba en lugar de en los gritos de terror y dolor de Nathan. La pesadilla fue sádicamente larga. Después de haberlo destrozado física, mental y emocionalmente, Cyrus dejó a Nathan sobre el suelo de mármol, desnudo, violado y con sangre goteando de una docena de venas abiertas. Para cuando alguien volviera, estaría muerto.

El Devorador de Almas entró en la habitación con Cyrus a su lado.

—Muy bien, Simon. Le has dado posibilidades —se arrodilló al lado de Nathan y apoyó su cabeza sobre su regazo.

—Yo no diría tanto. Durará sólo hasta tu próxima comida.

El Devorador le acarició los brazos con amor.

—No, creo que tengo otros planes para él.

Se mordió la muñeca y pudo oírse cómo sus colmillos perforaron piel y venas. Después, la llevó contra la boca de Nathan. Lentamente, la sangre fue reanimando el cuerpo de Nathan y en menos de dos minutos el Cambio ya estaba completo.

—Padre, piensa en lo que estás haciendo. Tu sangre aún es débil, apenas lo mantendrá vivo. No podrás alimentarte de él. Deja que lo convierta, tal y como planeamos.

Nathan se levantó. Hambriento.

El Devorador de Almas lo ignoró y se centró en su nuevo hijo.

—Mírate. Mi vieja sangre no puede mantenerte.

Justo en ese momento, Marianne gritó débilmente; fue como el quejido de un animal agonizando. Nathan intentó controlar su hambre.

—No harás más que empeorarlo —le dijo su Creador—. El hambre te volverá loco.

Cyrus iba tensándose por segundos.

—Padre, mávalo. No puedes sobrevivir otro año sin alimentarte.

El Devorador de Almas siguió ignorando a su hijo.

—Nolen, por favor. Sabes que va a morir. Mírala.

Pero Marianne pareció reaccionar. Me alegré de no poder ver dentro de su mente ni saber qué vio al mirar a Nathan, a su querido esposo.

—Nolen, ¿qué estás haciendo?

Él se cubrió la cara.

—No puedo.

—Lo harás. Sientes el hambre que he soportado durante siglos. Si crees que ahora duele, imagina cómo será dentro de una semana, o de un mes. ¡Tómala y aplaca tu sufrimiento o me aseguraré de que desees haberlo hecho!

El dolor de Nathan me invadió. Había sentido hambre, pero nada parecido a eso. La sangre del Devorador no le había dado la fuerza necesaria. Era demasiado luchar contra el hambre y contra la voluntad de su Creador al mismo tiempo.

Marianne gritó cuando Nathan la agarró.

—Lo siento. Lo siento —murmuró contra su cuello antes de atravesarlo con sus colmillos.

—¡No quiero ver más! —grité, pero la visión seguía allí.

El Devorador de Almas lo observó todo con perversa satisfacción mientras Nathan consumía las últimas gotas de la sangre de Marianne.

—¡Déjala salir, Cyrus! —gritó, no el Nathan de la visión, sino el del presente.

—¡Tiene que verlo! —Y las palabras de Cyrus se solaparon con las que le dirigió al Devorador de Almas—: ¡Padre, mávalo! Ha comido, su sangre se ha repuesto. ¡Aliméntate de él!

—Es demasiado fuerte. Creo que me será de gran utilidad en el futuro, por medio

del lazo de sangre. Siempre debemos pensar en el futuro, hijo. Tendré que encontrar a otro.

—No hay tiempo. Si no te alimentas, ¡morirás!

En el suelo, Nathan acunaba a Marianne mientras lloraba. Cyrus miró a su padre, horrorizado, al leerle la mente.

—¡No!

—Me ha resultado insoportable desde que la convertiste —fue hacia las puertas.

—Padre, no.

—Deja de gimotear. ¿Preferirías que te tomara a ti? Encontrarás a otra. Una que obedezca, una más merecedora de llevar nuestra sangre.

Le dio una patada a su hijo y antes de que Cyrus pudiera levantarse, las puertas se cerraron.

—¡Elsbeth! ¡Elsbeth! —gritó hasta quedar afónico.

No podía abrir las puertas. Los minutos pasaron, haciéndose insoportables, hasta que finalmente los gritos de horror de su esposa rompieron el silencio.

La visión se volvió borrosa. Me quedé pendiendo sobre un vacío y rodeada por el llanto de Nathan y los sollozos encolerizados de Cyrus.

—¡Está muriendo! ¡Ayudadla!

Abrí los ojos al presente y vi a Nathan forcejeando con los guardias que lo sujetaban. En cuanto volví a respirar con normalidad, él se sentó y se calmó. En algún momento del sueño me había caído del sofá y me dolían la cabeza y la espalda.

Cyrus agarró mis muñecas atadas y me puso de pie.

—Espero que eso le haya dado un poco de luz a nuestra situación. Y espero que entiendas por qué hice lo que hice.

—¿A quién? ¿A Nathan? ¿A su mujer? ¿A tu Iniciada? ¿Qué tengo que entender exactamente?

—¡Que es un asesino! —gritó Cyrus tan violenta y repentinamente que temblé de miedo. Toda la angustia de siglos pasados se enroscó en sus palabras y el dolor en su voz me llegó tan hondo que pude sentirlo a pesar de que ya no existiera el lazo de sangre entre los dos.

Pero tan pronto como había surgido, su furia se desvaneció y con el tono de un niño cansado, dijo:

—Es un asesino y tú me has abandonado para estar con él.

—No —me giré y lo miré a los ojos y el pesar que vi en ellos me robó el aliento—. Cuando te llevaste mi corazón en ese callejón, me dejaste morir. Nathan me salvó la vida. No fue mi elección.

—No importa. Lo hecho, hecho está. Cuando esté muerto las cosas pueden volver a ser como eran —Cyrus chasqueó con los dedos—. Matadlo.

Nathan bramó y se soltó de los guardias. Con las manos atadas, lo único que podía hacer era embestir a Cyrus golpeándolo con la cabeza y lanzándolo contra la pared. Y eso fue lo que hizo. La colisión fue fuerte y quebró los paneles de madera,

pero Cyrus se recuperó rápidamente y tiró a Nathan al suelo de una patada. Riéndose, agarró el atizador de la chimenea y lo golpeó en la espalda. Aunque lo avisé, no le dio tiempo a apartarse. Con un grito de rabia, separé las manos y el plástico de la cinta que las ataba me cortó la piel, pero se rompió. Estaba libre.

Antes de que los guardias pudieran reaccionar, corrí hacia Cyrus y caímos sobre la alfombra persa. Lo agarré del pelo y tiré, forzándolo a mirarme.

—¡Si vas a matarme, hazlo ya y déjalo tranquilo!

Él se soltó dejando un mechón blanco entre mis dedos.

—No quiero matarte, Carrie. Pero ahora eso no está en mis manos.

Unos guardias levantaron a Nathan y lo sentaron en una silla. Respiraba con dificultad y sangraba por la espalda.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté. Otro guardia se acercó a por mí y le gruñí.

—Dejadla —ordenó Cyrus—. Tengo que hacerle una proposición.

Agarré al guardia y le giré la cabeza.

—Será mejor que empieces a explicarte o lo mato ahora mismo.

Cyrus se rió.

—¿Y qué me importa? Tengo docenas como él.

Touché.

Frustrada, retorcí el brazo del guardia hasta rompérselo. Cayó al suelo y puse el pie sobre su cabeza.

—Habla o estarás limpiando sesos de esta bonita alfombra.

—Muy bien. Es impresionante que hayas llegado tan lejos habiendo aprendido sólo de él. El poder que hay en ti es... embriagador —se movió hacia mí lentamente. Di un paso atrás y el centinela se alejó arrastrándose—. Piensa en lo que podrías llegar a ser si volvieras a mí. Podría volver a hacerte mía. Podría dejarte sin sangre, llevarte al borde de la muerte y volver a llenarte.

Me acarició la mejilla y su uña hizo una incisión en mi piel.

—Nunca me has llenado, así que dudo que puedas hacerlo ahora.

—Eso es un golpe bajo, Carrie —se giró hacia Nathan—. Anoche le envié a padre un paquete bastante interesante. Debe de estar recibéndolo ahora mismo.

—¿Esta información es relevante en este momento? —preguntó Nathan.

—La verdad es que sí —me rodeó por la cintura—. Ya que se perdió su cena anual y que su víctima está muerta, pensé que lo justo era darle el corazón de Carrie.

—¿Por qué?

—Ojo por ojo —Cyrus me apartó—. Y por hacer uso de otro dicho, así mataremos dos pájaros de un tiro. Carrie me ha desobedecido y tiene que ser castigada. Tu vida me arrebató a Elsbeth y merezco algo a cambio. Si creíste que perder a tu preciado chico humano fue duro, espera a sentir cómo se rompe el lazo de sangre. Espera a experimentar su muerte sin tener forma alguna de evitarla. Pero no te mataré, Nathan. Sentirás su muerte cada día de tu vida, igual que yo he vivido el dolor de haber perdido a Elsbeth.

Estaba paralizada, no podía creerlo. Iba a morir. Aunque matáramos a Cyrus ahí mismo, el Devorador de Almas devoraría mi corazón. Ya estaba muerta.

Cyrus me dio una palmadita en la cabeza como para reconfortarme.

—Claro que utilicé un mensajero personal, y podría decirle que vuelva si deseas cambiar de opinión.

El recuerdo de la noche en la que había cambiado mi libertad por la vida de Nathan me puso enferma.

—Deja que adivine. Si me quedo contigo, ¿me devolverás mi corazón y soltarás a Nathan?

Dando palmas, igual que su padre, Cyrus se rió.

—No. Nolen va a morir, de un modo u otro. Pero yo te estoy dando la opción de elegir. Quédate conmigo, vuelve a ser mía, y cancelaré el almuerzo de mi padre.

Sin pensarlo, levanté una mano y le clavé un dedo en su ojo sano. Gritó mientras la sangre brotaba entre sus dedos.

—No volveré a ser tu prisionera. Antes preferiría morir —y lo decía en serio.

Para él sólo había sido una propiedad, un títere. Tal vez lo había amado, pero podía vivir sin el amor si ello comprometía mi libre albedrío. Fue ahí cuando decidí que, si iba a morir, lo haría luchando. Y así, para cuando Nathan apareció a mi lado, había ignorado las reglas del Movimiento y ya había matado a tres guardias partiéndoles el cuello. A él también le sangraba la muñeca después de haberse liberado.

—Lo siento —le dije mientras le daba una patada a un guardia.

—No te disculpes, ¡ve a por Cyrus!

Casi había llegado a la puerta. Salté por encima del sofá y le bloqueé el paso.

—¿Vas a alguna parte?

—¡Guardias! —gritó intentando evitarme y mantener el ojo en su sitio a la vez.

—¡Adelante, llama a más! No me importa, estoy muerta —me acerqué y saqué la estaca de mi bolsillo trasero—. Y en cuanto a mí respecta, tú también lo estás. Ahora puedes salir como un cobarde con tus guardaespaldas protegiéndote, o puedes luchar conmigo hasta que uno de los dos muera. Tú decides. A menos que tengas miedo.

Bajó la mano de su cara ensangrentada. El ojo le colgaba de la cuenca pendiendo de un hilo de carne. Se lo metió para dentro y parpadeó.

—Creo que te he subestimado, Carrie —y girándose hacia los guardias que rodeaban a Nathan, gritó—: ¡Todos fuera!

Miré a Nathan. Había caído al suelo, pero estaba vivo. Podía sentir su fuerza corriendo dentro de mí.

Cyrus dio un paso atrás para que los guardias pudieran salir. Me lancé hacia él y le clavé la estaca en el cráneo a través de su ojo prestado. Los huesos de la cuenca se separaron con un crujido. Podría haberle clavado la estaca directamente en el corazón, pero quería hacerlo sufrir.

—¡Ups! ¿Tenía que esperar una señal o algo? —Lo absurdo de la situación y mis

acciones me arrancaron una carcajada que murió en un histérico sollozo de desesperación, y apreté los puños con tanta fuerza que me hice sangre en las palmas con las uñas.

Inútilmente, él tiró de la estaca que sobresalía de su cara. Mi estado de *shock* se desvaneció y aproveché la oportunidad para agarrarlo y sujetarle los brazos por detrás de la espalda.

—¿Sabes qué es lo bueno que tiene Nathan? Que su sangre es diez veces más concentrada que la tuya porque no la ha desperdiciado en un puñado de Iniciados perdedores —le saqué la estaca del ojo y se la clavé en la espalda—. ¿Sabes? ¡Creo que me hace más fuerte!

A pesar de mi bravuconada, me temblaba la voz.

Las piernas se le doblaron e intentó hablar, pero se atragantó con su propia sangre. Cerré los ojos y respiré más hondo que en toda mi vida. La parte de mí que aún creía que podía ser bueno quería escapar de la parte de mí que lo hirió con furia. La culpabilidad me rasgó por dentro ante el hecho de estar haciéndole algo tan violento a un hombre que había pensado que amaba, pero mi mente lógica era más fuerte. Cyrus se lo había ganado y si no lo mataba, repetiría su asqueroso juego con otros Iniciados. Reuniendo más valor, giré la estaca y gimió de dolor.

—¡Suéltalo!

Alcé la vista para ver a Dahlia entrar empujando a Max delante de ella. Observó la escena con frialdad.

—Ve a ayudar a tu amigo —le gritó a Max señalando a Nathan—. Quiero hablar con Carrie.

La última vez que vi a Dahlia había estado huyendo de una horda de vampiros y ahora la rodeaba un aura de ilimitado poder. El pánico me atravesó. Me había sentido más segura luchando contra Cyrus porque sabía que yo moriría de todos modos, pero no había pensado en Nathan y Max y estaba bastante segura de que, incluso juntos, no podían igualarse a Dahlia.

Pero Max seguía vivo... y supongo que eso decía mucho de su buena mano con las mujeres. Con suerte eso haría que Nathan y él se librasen cuando yo hubiera quedado reducida a cenizas.

—Me elegiste para morir.

Respirando entrecortadamente sobre el suelo de mármol, Cyrus intentó agarrarme la pierna.

—¡Quieto! —Dahlia hizo un gesto con las manos y él cayó atrás, como sujeto por unos brazos invisibles.

—No sabía cómo funcionaba, pensé que ofrecería a Ziggy a los invitados y que te convertiría a ti.

—¿Para que después me comiera el Devorador de Almas?

—Tal vez. Pensé que Cyrus te convertiría, pero con tal de que el resto del plan funcionara, no importaba.

—Lo cierto es que salió mejor de este modo. Obtuve mi sangre, obtuve mi poder...

—Y supongo que algún vampiro motero se llevó una pieza de joyería con la forma de un dragón a cambio de unos cuantos vasos de sangre.

—Muy astuta.

Debió de soltar a Cyrus del hechizo, porque él se puso de pie sin problemas. Se llevó una mano a su ensangrentada cara y presionó el ojo que le quedaba para que entrara en su cuenca.

—No puedes creer que yo la haya convertido, ¿verdad, Carrie? No, no malgastaría mi sangre en ella.

Esperaba que Dahlia montara en cólera o que lo derribara, pero se limitó a sonreír y a responder:

—Claro que no. Eso jamás lo habrías hecho. Simplemente ibas a aprovecharte de mí hasta que te cansaras. Después, ibas a matarme.

—Oh, pero por un tiempo pensaste que me tenías —dijo él con una carcajada—. Qué fácil eras de manipular —se giró hacia mí—. Por eso me cansé tanto de ella. La de cosas que conseguía que hiciera, Carrie. ¡Y tú pensabas que lo que te hice a ti era malo!

—No quiero oírlo —independientemente de lo que hubiera pasado entre Dahlia y yo, no se merecía las perversas torturas que le había infligido. Pero ella no parecía molesta por sus provocaciones.

—Y lo haría otra vez —le dijo—. Porque conseguí lo que quería, y no vas a poder matarme.

Un extraño zumbido empezó en mi cabeza. Fue como si alguien hubiera encendido una televisión, pero sólo podía oír un ruido agudo. La voz de Dahlia llenó mi cabeza. No fue como la comunicación que había tenido con Cyrus o Nathan a través del lazo de sangre. Era una conexión diferente que hizo que el cráneo me vibrara de dolor.

«El paquete nunca ha salido de la casa». Vi sus labios moverse mientras a la vez hablaba con Cyrus, aunque a ellos no podía oírlos.

«Gracias», le respondí con la mente. «Nunca podré agradecértelo lo suficiente».

«Esto no significa que me caigas bien», me respondió ella. «No pienses que vamos a irnos de compras ni nada de eso».

Hubo un momento de silencio y después el zumbido se detuvo y sus siguientes palabras fueron claras como el cristal: «Mátalo». La vi temblar cuando se giró para salir de la habitación. «Acabará matándome. Lo necesito muerto. Lo haría yo, pero no puedo. Mátalo y te lo recompensaré con tu corazón».

Así que sí que lo amaba, aunque no lo suficiente como para confiarle su vida, pero lo amaba. ¿Qué me había dicho una vez? «Hay cosas que no son ni buenas ni malas. Simplemente... son».

Supongo que Dahlia simplemente... era; como un tornado, una fuerza de la

naturaleza.

Se detuvo justo antes de salir. «Hazlo rápido. No dejes que sufra». Estaba tan ocupada viéndola marcharse que no me di cuenta de que había soltado a Cyrus del hechizo de contención. Fue el grito de Max lo que me alertó.

—Carrie, ¡cuidado!

Cyrus agarró mi estaca llena de sangre y vino hacia mí. Salté a un lado, pero perdí el equilibrio y caí de espaldas. Sin dudarlo, bajó la estaca. Rodé por el suelo y la madera se partió al chocar con fuerza contra el suelo. Max vino hacia mí, pero lo detuve.

—¡Quédate con Nathan! —Aunque ya estaba consciente, no estaba lo suficientemente fuerte como para luchar.

Salté sobre la espalda de Cyrus y aproveché el impulso para lanzarlo contra la pared. Alargué la mano para arrancarle los ojos y sentí sus dientes en mi antebrazo. Mis huesos crujieron fácilmente bajo sus mandíbulas y brotó la sangre de mis dedos paralizados.

«Genial, ¿cómo vas a luchar ahora con un solo brazo?».

Me levantó por encima de su cabeza y me lanzó al otro lado de la habitación.

—¿Estás teniendo algún problema? —me preguntó.

—Ninguno. Sólo estoy descansando un poco —respondí con la voz entrecortada.

—Vamos, Carrie. Paremos esto. Sabes que nunca podrás matarme. Hay demasiado entre nosotros —pero no parecía estar tan seguro como quería hacerme creer.

—Ya he matado esta noche. A lo mejor estoy encontrándole el gusto.

—Has matado a extraños —fue avanzando hacia mí, pero no me moví, ni siquiera cuando me rodeó con sus brazos—. Hombres que nunca te habían tocado. Que nunca habían estado dentro de ti. Hombres que nunca habían visto tus pensamientos y emociones.

Sabía que ya no era mi Creador, pero mi corazón recordó los momentos en que lo fue.

—No significó nada.

—Sí —insistió acariciándome el pelo—. Sabes que sí. Sentías cosas por mí que no podías ignorar y que no puedes ignorar ahora.

—Sentí cosas por ti porque me manipulaste para que lo hiciera. Y ya no las siento.

No lo amaba, nunca lo había amado. No como él quería. Fue como si mis palabras le hubieran hecho más daño que la violencia física.

—Yo te amé.

Eso me dejó paralizada.

—Carrie, ¡aléjate de él! —gritó Nathan.

—¡Suéltala! —Max se levantó—. ¡No muevas ni un músculo, Carrie!

Sentí un cuchillo en mi cuello.

—Sí que te amé, Carrie. Y todavía lo hago —sentí una fría lágrima contra mi cuello—. ¿Por qué no pudiste amarme?

«Amor» no era una palabra que yo pronunciara a la ligera, pero con un cuchillo en el cuello podía cambiar mis prioridades.

—Tal vez sí te amé.

—Te habrías quedado conmigo si fuera así. ¿Por qué no te quedaste?

Oí desesperación en su voz. Deseaba que lo amara y tuve que mentir para salvar mi vida.

—Me quedaré.

—¡Carrie, no! —gritó Nathan con la misma expresión que cuando murió Ziggy.

«Confía en mí», le dije rezando para que Cyrus no me leyera el pensamiento.

—Me quedaré —repetí—. Pero tengo que saber que estaré a salvo.

Cyrus apartó el cuchillo y me tomó en sus brazos.

—Estarás a salvo. Lo juro. Nada volverá a hacerte daño.

—Pero no puedo confiar en ti —le quité el cuchillo y no se resistió—. Ya has enviado mi corazón al Devorador de Almas.

—Lo recuperaré —dijo al soltarme.

El alivio de su cara se extendió hasta mi corazón.

«No te sientas culpable. Se lo merece», me dijo Nathan.

—Ojalá pudiera estar segura —les respondí a los dos.

Cyrus desvió la mirada hacia la caja lacada que tanto había protegido antes.

Su padre abriéndole el pecho. Cyrus abriendo el mío. Sabía lo que había dentro. Me sonrió.

—Claro. Sabía que entrarías en razón y que volverías y te he traído algo.

Fue a la mesa y levantó la caja.

—Toma. Siempre te pertenecerá.

—¿Qué es?

—Mi corazón —contestó.

Me besó y sentí una inmensa tristeza. Sabía lo que era desear el amor y que te lo negaran constantemente. Pero Cyrus no era como yo. Mientras que yo me había obligado a llenar mi vida con otras cosas, él simplemente se había limitado a obligar a otros a amarlo. Al final, su búsqueda del poder y del control serían su perdición porque ahora que creía que por fin había encontrado el amor, había quedado vulnerable.

Levanté la tapa con la mano, que aún sostenía el cuchillo. Vacilé un segundo y le di fuerzas a mi valor con recuerdos de las crueldades a las que Cyrus me había sometido. Lo besé en la mejilla.

—Lo siento mucho, Cyrus.

Y era verdad. Sentía mucho que no hubiera tenido una vida mejor, que no hubiera podido ser el hombre que debería haber sido, y sentí también, aunque menos, no haber podido amarlo, por su bien. Pero no era momento para lamentaciones. Hundí el

cuchillo en la caja a través del objeto seco que era su corazón.

Cyrus gritó.

Ya estaba hecho.

Las llamas comenzaron por sus pies, pero en lugar de subir por su cuerpo, ardieron de dentro hacia fuera. Echó la cabeza atrás con un grito de angustia mientras unas llamas cegadoras salían de sus ojos, de su boca y de su nariz. Su piel se fundió, revelando músculo. Un viento llenó la habitación dejando sus huesos limpios, pero su grito continuaba. Me aferré a la mesa de mármol para no ser arrastrada.

El esqueleto de Cyrus pendía del aire y una bola azul de llamas ardía donde debería haber estado su corazón. En segundos, los huesos quedaron reducidos a cenizas y ese viento se las llevó para a continuación detenerse bruscamente. Caí al suelo.

—¡Qué pasada, es lo mejor que he visto en mi vida! —dijo Max impresionado.

—Cierra la boca, Max —oí pisadas y entonces Nathan se arrodilló y me abrazó con tanta fuerza que me costó respirar—. Carrie, ¿estás bien?

No podía hablar. Sólo podía llorar.

—Ya ha pasado todo —dijo acariciándome el pelo—. Has hecho bien.

—Tenemos que recuperar su corazón —dijo Max quedamente—. ¿Hay alguien por aquí que pueda ayudarnos?

—Dahlia —dije secándome los ojos. Sin preguntarme, me ayudaron a levantarme y salimos al vestíbulo.

Dahlia bajaba por las escaleras con el rostro surcado de lágrimas.

—¿Lo has hecho?

Asentí.

—Entonces, toma tu corazón —lo había guardado en una bolsa de plástico y lo miré con desconfianza.

—Es tu corazón —gritó Nathan—. Lo reconocería en cualquier parte.

Agarré la bolsa.

—Si vuelvo a veros, seguramente os mataré —nos advirtió Dahlia.

—Entonces espero no volver a verte —le respondí.

Quería preguntarle si se quedaría en la mansión, o si se marcharía. Pero sobre todo quería saber si Clarence estaría a salvo con ella, ya que él preferiría quedarse ahí y morir antes que tener que salir de esos muros.

Pero Nathan y Max ya estaban yendo hacia la puerta y no me apetecía quedarme allí más tiempo charlando.

No miré atrás cuando salimos al jardín, pero no pude evitar imaginar que el alma liberada de Cyrus se deslizaba junto a mí hasta llegar al portón.

Capítulo 25

Por siempre jamás

Pasó una semana antes de que pudiera aguantar todo un día sin llorar. La mayor parte del tiempo, estuve en la habitación de Nathan, acurrucada bajo las sábanas.

Nathan estuvo a mi lado cuando no estaba supervisando los preparativos para la reapertura de la librería. No hablamos. No creo que le dijera una palabra hasta el sexto día, cuando decidí que tenía que preguntarle sobre la visión que había tenido.

—¿Cuánto estuvisteis casados?

Nathan suspiró y se tumbó a mi lado.

—Ésta es una de esas conversaciones inevitables, ¿verdad?

—Sí —levanté la taza de sangre que me había dejado en la mesilla. Había empezado a coagularse, pero la bebí de todos modos, contenta de haber recuperado el apetito.

Nathan se aclaró la voz.

—Casi trece años.

—La amaste mucho —le agarré la mano. «Estoy aquí para ti. Déjame entrar».

Cuando me miró, sus ojos estaban enrojecidos.

—La amo.

El tiempo presente me dejó impactada y él lo sintió, pero no se disculpó.

—No quiero que pienses que no me importas. El lazo de sangre se ocupa de eso, no tengo elección en esa cuestión. Pero no puedo dejarla marchar.

—No tienes que hacerlo —una lágrima se deslizaba por mi mejilla—. Nathan, ¿tú...? —«¿Me quieres?».

—No —sabía lo que había querido preguntarle y cuando me respondió un brillo de dolor cubrió su rostro. Mi corazón bien podría haberse convertido en piedra, pero sabía que no estaba rechazándome. Estaba rechazándose a sí mismo.

Nos quedamos en silencio unos minutos en los que por el lazo de sangre sólo fluyó tensión. Finalmente, me miró y me dijo:

—Bueno, aún queda la cuestión de qué hacer con respecto al Movimiento. ¿Has pensado en ello?

«Claro». Estaba a punto de decirle dónde podía meterse su preciado Movimiento, pero las palabras no llegaron a salir de mis labios porque él dijo:

—Porque yo voy a abandonarlo.

—¿En serio? —pregunté absolutamente impresionada.

Él se rió.

—Llevo más de setenta años en libertad condicional porque maté a Marianne. Nunca dejaré de lamentarme por ello, y si alguien entrara ahora mismo por la puerta y me diera la oportunidad de cambiarme por ella, lo haría. Pero el Movimiento nunca me perdonará y hasta que dejen de restregármelo por la cara, no voy a ser capaz de

seguir adelante.

Había más, lo sentía, pero no lo presioné. Ya habría días para ello.

—Eso es un gran cambio. Yo también haré uno. Voy a empezar a buscar casa — dije con una alegría que no sentía en realidad.

—No —fue rotundo—. Carrie, eres mi Iniciada, jamás te pediría que te marcharas. No creo que pudiera sobrevivir si te fueras.

—Pero puedo pasar a visitarte.

—Quédate —me pidió agarrándome la mano.

Sabía que Nathan no podía decirme lo que sentía en realidad porque él no sabía qué sentía, pero yo sí.

Un Creador tenía que amar a su Iniciado; era una dolorosa verdad de la existencia de un vampiro. Eso era lo que hacía que el lazo de sangre fuera tan importante. Supongo que habría sido agradable que me amara sin esa conexión, pero estaba herido y su distancia emocional casi era un alivio para mí.

—Sabes que habrá consecuencias —apoyó la cabeza sobre mi hombro—. Si abandono el Movimiento, estaré sentenciado a muerte. Si no te unes, tú también lo estarás.

—Bueno, pues pasaré de una sentencia de muerte a otra. Es más, ya he olvidado lo que es vivir sin una —dejé la taza y me recosté en la almohada.

—¿Qué te parece si salimos esta noche? —me preguntó de pronto—. Hace días que no sales de esta habitación.

—Me vendría muy bien una ducha y también ver a otra gente. Con eso no quiero decir que no sea fabuloso estar sola contigo.

—Iré a prepararte el baño —se levantó de la cama con una sonrisa.

—Espera —cuando se detuvo añadí—: Tráeme mi corazón.

Asintió, aunque parecía algo confuso. Cuando volvió, llevaba la caja de acero que había comprado para guardar mi corazón. Dentro, estaba envuelto en capas de gasa y papel de burbujas y descansaba sobre un nido de bolitas de espuma. Sólo Max y Nathan tenían conocimiento de dónde estaba y cómo estaba protegido.

Nathan me entregó la preciada caja con manos temblorosas.

—No pasa nada —le dije sonriendo—. El corazón de Cyrus sobrevivió todos esos años en una caja de madera. Qué pena que no se astillara y lo matara.

—¿Qué quieres hacer con ella?

Respiré hondo.

—Quería dártela.

—No.

—Escucha —le puse la caja en las manos—. Se quedará contigo. No porque seas mi Creador, ni tampoco por el lazo de sangre. Voy a quedarme contigo porque confío en ti. Con mi vida.

—Ya sabes lo que hice.

—Sí —los gritos y las súplicas de Marianne me invadieron—. Pero confío en ti.

—Gracias, pero yo no puedo confiar en mí —respondió con lágrimas en los ojos.

Más tarde, cuando ya había salido el sol y Nathan dormía a mi lado, le agarré la mano. Se había vuelto a poner su anillo de casado, bien como una indirecta para que me olvidara de él o como un castigo eterno que se había impuesto a sí mismo. Supuse que era por esto último.

Pero ese castigo era innecesario. El Devorador de Almas seguía ahí fuera, pronto el Movimiento se enteraría de su desertión y Dios sabía qué más acechaba en el horizonte. Estaba segura de que ahí fuera había demasiadas cosas que nos derribarían sin necesidad de que su culpabilidad tuviera que asolarnos.

Pero no me iría a ninguna parte.

Abrí el cajón de su mesilla y metí dentro la caja. Pensé en mis padres y, por primera vez desde su accidente, me permití perdonarme. Había recorrido tanto camino que ya no reconocía a la persona que era antes. Había rechazado la devoción y admiración que Cyrus me había ofrecido, había rechazado sus promesas de poder sin pensar en las consecuencias porque ahora sabía que una vida sin consecuencias era insignificante. Y aunque había hecho cosas de las que no estaba orgullosa, no lo lamentaba. En ese aspecto, probablemente era más fuerte que Nathan.

La fuerza no consiste en cargar con una cruz de vergüenza o dolor. La fuerza consiste en elegir tu propio camino y vivir con las consecuencias.

Y, mientras tuviera la fuerza para seguir viviendo, iba a hacerlo sin lamentarme.



Jennifer Armintrout es el seudónimo con el que firma sus novelas Jenny Trout (1980), escritora estadounidense de fantasía romántica, conocida por una serie de novelas de fantasía urbana, Blood Ties.

También escribe novela erótica bajo el seudónimo Abigail Barnette.

Reside en Michigan con su marido y sus hijos.